

NATAËL TRAPP

**LAS
7 VIDAS
DE LEO
BELAMI**



Lectulandia

Léo es un chico de diecisiete años, solitario y amante del cine, que lleva una vida tranquila en una anodina ciudad francesa. Lo más emocionante que le espera es la fiesta de fin de curso, que tendrá lugar dentro de siete días.

A lo largo de esa semana Léo vivirá 7 vidas, con el fin de evitar la muerte de Jessica, asesinada en 1988 en ese mismo instituto, en esa misma fiesta.

Nataël Trapp

Las 7 vidas de Leo Belami

ePub r1.0

Titivillus 25-04-2024

Título original: *Les 7 vies de Léo Belami*

Nataël Trapp, 2019

Traducción: Francesc Reyes

Diseño de portada: Coco Covers

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



PROYECTO
SCRIPTORIUM
XI ANIVERSARIO

se



Voy a morir dentro de una hora.

Es casi medianoche y he hecho todo lo que he podido, todo, para no encontrarme aquí, en este lugar, a esta hora. Y tal como veo las aguas oscuras que se agitan ante mí, o el viento que balancea dulcemente las copas de los pinos, o las constelaciones brillantes en el cielo límpido, he de reconocer que he fracasado.

Más lejos, hacia la ciudad, sigo oyendo el rumor de la música. La fiesta de fin de curso del instituto está en su punto álgido. Imagino a mis compañeros, los veo bailar y reír, y abrazarse... El ruido de su alegría llega hasta mí en oleadas amargas y sordas. No tienen conciencia de la tragedia que va a suceder a unos cientos de metros de donde se encuentran.

El rugido de un motor desgarrar la noche desde la carretera y doy un respingo. ¿Cuántos minutos faltan todavía? ¿Cuántos segundos antes del momento fatídico?

Una bruma finísima flota sobre el lago. Como si una parte del agua quisiera evaporarse, pero se viera atrapada por las profundidades glaciales. Todo está tranquilo, aparte del leve chasquido de la superficie contra el pontón. Un poquito más y casi sería una noche bella: la noche de verano perfecta, cuajada de estrellas, salida de un sueño.

Escucho con atención.

En algún momento percibiré un temblor entre las ramas, unos pasos procedentes de los grandes pinos, algo que me indicará que no estoy solo.

La muerte tiene un olor. Es un olor vegetal y mineral: una mezcla de boj y de granito. Un olor que baja hacia los pulmones como una piedra cae al fondo de un pozo. En mi impotencia, decido sentarme. Sé que ya nada podrá cambiar el curso de los acontecimientos. Visualizo el sendero que corre a través del bosque hasta el aparcamiento. Sin duda es allí donde ha aparcado mi asesino. Lo imagino a la espera del momento propicio. Lo imagino saliendo del coche. Lo imagino abriéndose paso por entre las plantas.

El ramaje bajo de los pinos se agita de pronto. El rumor de un roce se difunde en el aire glacial que me rodea. Unos pasos avanzan y resuenan en la oscuridad. Ha llegado el momento.

Miro el reloj en mi muñeca: es un reloj rosa y ridículo, un reloj de chica. Lleno de rabia, incapaz de revolverme, siento ganas de llorar. Las doce menos un minuto.

Voy a morir.

Y lo peor de todo es que no será la primera vez.

SEIS DÍAS ANTES...

Sábado

1

No somos libres, qué va.

Cuando la alarma del iPhone suena en la habitación, abro primero un ojo con todo el dolor y luego suelto un suspiro de cansancio.

Son las siete y media y las cifras luminosas parpadean en el móvil que había dejado en el suelo. Unas campanadas acompañan el conjunto. Tiendo la mano y deslizo el dedo sobre la pantalla. Un gesto mecánico.

Para la mayor parte de la gente de mi edad, el sábado por la mañana es sinónimo de dormir hasta tarde. No es mi caso. Fuera, un pájaro echa a volar con un silbido irritado. A ese creo que también le habría gustado dormir un poco más.

Echo a un lado las sábanas y me abro paso entre el campo de batalla de mi habitación, convertida en algo semejante a un alegre caos, con boles de cereales semivacíos apilados sobre mi escritorio, pares de calcetines depositados con cuidado en los lugares más inverosímiles y toneladas de cómics de manga lanzados aquí y allá, sobre el parqué. El ordenador se ha quedado encendido toda la noche y escupe en sordina las notas de una canción de Vampire Weekend, *This Life*. En la pared, el viejo póster de *Rocky III*, comprado en un mercadillo *vintage*, me devuelve una mirada de acero. «El ojo del tigre», dice el cartel. En lo que a mí concierne, a esta hora, sería más bien el ojo del lirón. Pero como título de una película no sería tan bueno, supongo.

—Pero ¿por qué te castigas así?, —me preguntó Areski cuando le dije que había decidido hacer deporte todos los sábados por la mañana.

Para él se trataba del choque frontal perfecto entre dos conceptos totalmente incompatibles: 1) el deporte y 2) el sábado por la mañana.

—El sábado por la mañana no existe. El sábado empieza a mediodía. Eso es algo que está en el principio mismo de los sábados.

Me desprendo de la parte inferior del pijama y salgo de la habitación, con el iPhone en la mano. En la puerta del cuarto tengo un póster de One Punch Man, subrayado con la inscripción «Prohibida la entrada». Amago con darle

un puñetazo y luego me meto en la ducha, sin olvidar el detalle de darle a la *playlist* «Sábado por la mañana». Es algo que vuelve loco a mi padre (me refiero a eso de verme con el móvil allá donde vaya, incluso en el baño). Mi madre es más tolerante. «Acuérdate de que nosotros también llevábamos el *walkman* siempre encima —le dice ella—. En el fondo es lo mismo». Habla de esos trastos que reproducían las casetes. En la feria en que compré el póster de *Rocky III* incluso vi uno. La mayor parte de las veces, mi padre se limita a gruñir y a murmurar que no, que no es lo mismo, y luego vuelve a callar. Es lo que se dice de un natural silencioso. Mi madre prefiere llamarlo «taciturno». No sé muy bien qué significa eso, pero imagino que es algo así como «reservado e irritable». Si es el caso, entonces sí. Es de un natural taciturno.

Cuando salgo del baño y bajo a la cocina todo está desierto. Me he puesto un viejo chándal de rayas fluorescentes y la camiseta de *Stranger Things*. Antes de salir, mamá ha dejado un mensaje en la nevera. Papá sigue arriba, roncando. A diferencia de ella, él no tiene que levantarse a las seis para trabajar como vendedor en una zapatería en el culo del mundo. Al final, se ve que esto de estar en el paro no tiene más que inconvenientes.

Mientras me tomo rápidamente una taza de café, recojo el mensaje de la nevera: un papelito doblado en dos sujeto con el imán del Tío Gilito. Es una lista de la compra hecha con lápices de diferentes colores y coronada por una frase en rojo: «Léo, ¿puedes pasar por el súper? ¡Gracias, gracias!». Pan, pastas, ensalada, biscotes, jamón. El menú habitual. No es demasiado *fun*, ya sé. Pero también sé que no podemos comer caviar todas las noches.

A un lado de la lista, mamá ha dibujado un corazón con la palabra «beso» escrita en su interior. Me apresuro a guardarla en el bolsillo del chándal por miedo a que me sorprendan con ella. Alguien debería recordarle, un día de estos, que tengo diecisiete años.

Cuando salgo de casa el cielo está completamente despejado. No son ni las ocho, pero el sol ya pega fuerte y siento que una gota me resbala a lo largo de toda la espalda. Resulta de lo más probable que mi sesión semanal de *jogging* concluya en un baño de sudor. No importa. Necesito aguante para abordar la semana que viene. Dentro de nueve días se iniciarán las pruebas del *bac* de Francés^[1]. Y después, las vacaciones largas: las últimas antes del Terminale, el bachillerato superior, la universidad, la edad adulta, el mercado laboral y

demás movidas. Y sin embargo, lo más extraño es que en mi opinión nada de todo eso importa realmente.

En realidad, solo pienso en una cosa: la fiesta de fin de curso del viernes que viene.

Empiezo a correr y calculo mentalmente. Contando con hoy, me quedan siete días. Algo menos de ciento cincuenta horas para reconquistar a Valentine y convencerla para que vuelva a ser mi chica. Me parece un plan realista. Por lo menos si consigo permanecer en vida hasta ese momento. Realista, sí, pero entre una cosa y otra —el trabajo en Vídeo 2000, las sesiones de boxeo, la preparación de los exámenes y la gestión de mis padres disfuncionales— no será ningún camino de rosas.

Pero no soy de los que se desaniman fácilmente.

¡El ojo del tigre, Léo, el ojo del tigre!

Todas las casas a mi alrededor son semejantes. Se diría que no las han construido, sino que las han ido colocando unas al lado de las otras. De hecho, eso es probablemente lo que pasó. Mis zancadas se van haciendo más distendidas, la respiración se alarga y voy encontrando mi ritmo de carrera. En los oídos, la lista de canciones «Sábado por la mañana» ha dejado su sitio a la titulada «Jogging» y las notas de Justice en *Safe and Sound* acompañan al rítmico batir de mis zapatillas contra el asfalto.

El gimnasio queda a un poco más de dos kilómetros pasando por las pistas deportivas municipales. Pero esta mañana he decidido ir por otro camino, por los senderos que llevan al lago y suben por el bosque. Es un poco más largo, pero al menos iré por la sombra. De todos modos, no tengo prisa.

El fin de semana llegará enseguida.

Valmy-sur-Lac es una ciudad de provincias como otros tantos miles más, rodeada de montañas y levantada a orillas de un lago de aguas oscuras que ha inspirado su propio montón de historias escalofriantes y de rumores terroríficos. Seguro que conocéis la leyenda urbana de los adolescentes que quieren liarse, buscan un sitio tranquilo y dan con un maniaco armado con un gancho... O esa del tío que sube a su coche a una dama de blanco que hace autostop... Las hay por todas partes, supongo. Pues en Valmy siempre pasan junto al lago. No es el peor lugar del mundo, pero seamos francos: tampoco es el más divertido.

Cruzo la carretera regional, desierta a esta hora, y me meto en la pista forestal que atraviesa el bosque. A lo lejos veo las pistas deportivas, vigiladas

por sus torres de luz. Allí fue donde, hace seis meses, Valentine me dijo que ya no le gustaba.

Entre una cosa y otra, habíamos salido durante un mes y medio.

Seis semanas.

Mil ocho horas.

El sendero de tierra no es demasiado práctico para correr, y en más de una ocasión noto que las zapatillas me resbalan.

—No es por tu culpa —me aseguró—. Soy yo. Estoy un poco perdida. Tengo que analizar la situación, ¿entiendes?

En ese momento estábamos en la cantina de las pistas deportivas. Se jugaba un partido entre el equipo de nuestro instituto y el de Saint-Péray. Creo recordar que con la sorpresa se me cayó la cerveza. Por encima de nosotros se oía una canción en la radio, algo en plan balada. Sí, eran los Scorpions. *Still Loving You*. Hay que fastidiarse.

—No, no entiendo nada —me limité a contestarle, sin poder ni tragarme la saliva.

Ella echó a un lado la cabeza y me puso una mano compasiva en la mejilla mientras suspiraba:

—Oh, Léo, no me lo hagas todavía más difícil.

A la semana siguiente ya había analizado la situación. Lo suficiente como para salir con Jérémy Claquard y procurar que todo el mundo lo supiera: besos lánguidos a la entrada y a la salida del instituto, intercambios de palabras cariñosas en pleno comedor, paseos de la mano por el patio: no me han ahorrado nada de nada. Algunos maestros espirituales dedican toda la vida a eso de «analizar la situación». ¡Vaya pringados! A Valentine solamente le llevó una semana, y de paso se las arregló para enrollarse con el más popular del instituto, el tío bueno oficial, el de las camisetas ajustadas, ese que toca la guitarra en un grupo de *rock* y masca sin parar un chicle imaginario.

Subo por el camino de tierra acelerando y procuro evitar las ramas de pino que me azotan la cara.

Evidentemente, para mí, la humillación era total. Además, Areski no se cortaba en dejármelo bien clarito:

—Buenooo, tío, ¡cómo te ha dejado! De una tacada, plaf, se acabó Léo.

Las frases de este tipo suele adornarlas con los gestos convenientes. Se trata de hundir un poco más el clavo, por si las dudas.

—Sí, tío, gracias...

—Pero claro, es que alguien tenía que ponerte en tu sitio. ¿Qué te creías? ¿Valentine Beaupain con Léo Belami? Eso sería como... No sé...

—Pues si no lo sabes no lo digas.

—... Como degustar un gran reserva acompañándolo con un bocata de atún del súper.

A Areski le gustan las comparaciones culinarias. En un futuro quiere convertirse en chef y abrir su propio restaurante. Sería el primer gran chef «árabe y mutante», según sus propias palabras. Desde que tenía ocho años va en silla de ruedas.

También yo era muy consciente de que el interés de Valentine por mí no era normal. Ella: la chica brillante, redactora jefa del boletín del instituto, delegada de clase, guapa, delgada, todo eso. Y yo: un tipo de lo más banal, mediocre en todo, sin seguridad, cuya única ocupación consiste en mirar pelis en Netflix y leer mangas. No es nada glorioso, lo sé muy bien.

Por eso mismo había decidido ponerme a hacer deporte: para demostrar que yo también podía convertirme en un cretino descerebrado. Si me ponía cachas, tal vez Valentine aceptaría volver a salir conmigo, ¿no? Después de todo, ¿qué tenía Jérémy Claquard que yo no tuviera, aparte de esos bíceps suyos?

Para llegar a este objetivo, mi programa era muy sencillo: *jogging* semanal y sesiones de pegada a un viejo saco de boxeo que había al fondo del gimnasio. En plan clásico. A lo *Rocky III*.

The eye of the fucking tiger!

Paso buena parte de la mañana en el gimnasio, brincando alrededor de un saco sujeto a una viga y golpeándolo con todas mis fuerzas intermitentemente, sin saber demasiado cómo, pero con ganas. Cuando salgo estoy completamente agotado. Por si no queda claro en *Rocky*: el boxeo cansa.

Bobby, el encargado de mantenimiento, me saluda con un ademán cuando salgo del lugar. Fuma un cigarrillo, por matar el tiempo, apoyado contra la salida de emergencia.

—Hasta la próxima, Bobby.

—Adiós, chaval. Aprovecha la juventud.

Bajo la camisa, que siempre lleva abierta, percibo un tatuaje en forma de dragón. Los colores, a la altura del corazón, se han apagado un poco con el

tiempo. Bobby habrá pasado ya de los cuarenta, y no sé nada de su vida, pero intuyo que no habrá sido especialmente fácil.

—¡Eso seguro!, —le digo, con el rumbo ya puesto hacia la tienda de Vídeo 2000.

Ahí es donde trabajo desde que empieza el verano: un pequeño local de alquiler de DVD, tanto de películas de serie B como de culto, aunque un tanto olvidadas. Está la sección «zombis», la sección «vampiros», la sección «artes marciales»... Incluso se conserva un espacio VHS para extremistas que han conservado sus magnetoscopios y siguen poniéndose copias pirata de *El ataque de la musaca gigante* o de *Danger: Diabolik*!

Con este trabajo ocupo la mayor parte de mis fines de semana, y también mis tardes de los días laborables. Voy cuando acaban las clases, y a veces allí me dan las uvas. Para los estudios no es la situación ideal, ya lo sé. Pero de todos modos no es nada grave: no soy Einstein.

Cuando llego, según el reloj de encima de la caja son las diez y cinco. Justo al lado, un viejo televisor difunde una compilación de los mejores momentos de Chuck Norris con el *Back in Black* de AC/DC de fondo.

«¡Vaya, cinco minutos de retraso!», pienso al meterme en la trastienda para cambiarme. Belinda ya está allí, inmersa en una de sus sempiternas novelas.

—Lo siento —digo al colocarme junto a ella tras el mostrador.

—¡Hola, Léo! ¡Ten cuidado, que por poco llegas a la hora hoy!

Cierra el libro y lo mete en el bolso sin que me dé tiempo a leer el título. Seguro que es algo de ciencia ficción, con viajes en el tiempo o con monstruos cósmicos. Belinda lleva unas gafas enormes con montura negra y un flequillo moreno que le oculta en parte los ojos. Recuerdo que un día se describió en estos términos: «neurótica, obsesiva, un poco pasmada, loca por la costura, siempre tarde, torpe, nunca mal intencionada». Todo lo cual, con el tiempo, ha resultado ser cierto.

—Sergio me ha enviado un SMS —anuncia colocando el DVD de *Reckless* en la pila de su izquierda—. Dice que tiene una sorpresa para nosotros.

Sergio es el dueño de Vídeo 2000. Imaginaos un cruce entre Jean-Claude Van Damme en *Full Contact* y Aldo Maccione en *Cállate cuando hablas*. Me contrató inmediatamente en cuanto le dije, el día de la entrevista, que había visto tres veces la primera de *Chucky*. «¡Ven a mis brazos, hijo mío!», exclamó. (Eso de las tres veces no era del todo cierto, pero tampoco totalmente mentira: había descargado la película y luego había dejado el

lector de mi ordenador en bucle antes de dormirme delante. La película se había repetido durante toda la noche. Tres veces).

Con una expresión de terror, miro a Belinda y pregunto:

—¿Una sorpresa en plan: «¡Sorpresa, podéis volver a casa, hoy no hace falta que trabajéis!», o en plan «¡Sorpresa, tengo otro plan apestoso!»?

—Pues no lo sé —me contesta—. Simplemente ha escrito: «Hay una sorpresa para ti y para Mumu en mi despacho».

Mumu soy yo. Cuando supo que boxeaba para entrenarme, Sergio pasó a llamarme Muhammad Alí. Luego Muhammad. Y luego Mumu.

—Me da que va a ser algo del palo «plan apestoso» —digo mientras finjo derrumbarme.

Belinda me devuelve una sonrisa llena de sentimiento. Nos dirigimos hacia el despacho de Sergio y, después de abrir con suavidad la puerta, descubrimos dos trajes deslumbrantes de duendes de Papá Noel, uno verde y otro rojo, colgados de sendas perchas.

—Oh. Dios. Mío.

Me acerco lentamente, como si figuráramos en una de esas películas de serie B en las que los trajes te pueden saltar a la cara en cualquier momento. Uno lleva prendido un tarjetón:

¡Sorpresa!
¡Esta semana toca operación especial «películas navideñas»!
Un DVD alquilado = una película adicional, ¡gratis!
(Para vuestra información, pandilla de ignorantes, a esto se le llama
«marketing de situación»).

Y ahora, mis duendecillos, ¡hop, a trabajar!

—Sabrá que estamos en junio, ¿no?, —pregunto.

—Pfff —se limita a contestar Belinda—. Pero mira, son de buena calidad. ¡Fíjate qué cascabeles llevan en las mangas!

Sacude uno de los trajes y de pronto se oye el ruido de un carillón salido directamente del infierno. Los dos disfraces van provistos de larguísimos calcetines de lana, así como de babuchas verdes de terciopelo adornadas con pompones rojos.

—Justo cuando pensaba que ya no podía caer más bajo... —comento en voz baja.

Tomo mi disfraz de enano («¡de duende!», me corrige Belinda) y me meto en la trastienda para cambiarme. En ese preciso momento, aparecen en el local los primeros clientes.

Genial, mi vida es genial.

Cuando salgo de Vídeo 2000 es casi de noche. Belinda y yo hemos establecido las cinco mejores películas navideñas (resultado: *Gremlins*, *Eduardo Manostijeras*, *Solo en casa*, *Jungla de cristal*, *Noche de paz, noche de muerte*).

En cuanto a Sergio, ha estado toda la tarde dándome la chapa con *Golpe en la pequeña China*, y quería que me la llevara a toda costa.

—¡Que te estoy diciendo que es la mejor película de todos los tiempos! ¡Es el *Ciudadano Kane* de las películas frikis!

Mientras me hablaba yo iba asintiendo, para fingir interés. Cada vez que lo hacía sonaba el cascabel de mi sombrero de duende.

—No puedo llevármelo, no tengo lector de VHS.

—¿Cómo? ¿Que no tienes lector de...?, —ha dicho, llevándose la mano al pecho para simular una crisis cardíaca—. ¡Mumu, tú quieres matarme!

Camino por las calles de Valmy-sur-Lac y recorro con la vista las terrazas de los bares, todavía llenas. El verano está por todas partes, y sin embargo hay algo que me falta.

Durante las últimas semanas una atmósfera extraña, como una confusión generalizada, se ha impuesto en los pasillos del instituto Marcel-Bialu. A medida que se acercaba el fin de curso se percibía en el aire algo así como una explosión entremezclada de hormonas, de incertidumbre e impaciencia. La mayoría de los alumnos había olvidado que estaban ahí para trabajar. Algunos ya pensaban en las vacaciones de verano. Otros se esforzaban al máximo para sacarse el bachillerato y poder salir por fin de Valmy. Pero todos tenían una sola idea en la cabeza: la fiesta. ¿Qué iban a ponerse? ¿Cómo convencer a los padres para quedarse hasta después de medianoche? Y sobre todo: ¿Con quién irían?

Como cada año, el instituto se ha esforzado en sensibilizar a los estudiantes de los riesgos de la borrachera. En la página del Facebook del instituto, un eslogan se ha unido a la imagen del perfil: «Alcohol cero, droga cero, riesgo cero». Muy sobrio, aunque no muy original, pero eficaz. También hay que decir que treinta años antes, en 1988, se consumó un drama: la misteriosa desaparición de una alumna con ocasión del baile de fin de curso. La habían buscado... Pero había sido inútil. Y dos semanas después el cuerpo resurgió en el lago. Tras sospechar brevemente del chico con el que salía, la policía atribuyó la muerte a un ahogamiento accidental debido a «una intoxicación alcohólica aguda».

Este suceso trágico dejó una huella profunda y cada año en esta misma época reaparecen los carteles aquí y allá en el instituto:

Jessica Stein
1971-1988

Este año, el retrato va subrayado por el *hashtag* #TreintaAñosYa. Como todo el mundo, he acabado por conocer al dedillo esa cara que sonreía con tanta inocencia al objetivo: pelo rubio, ojos verdes, tez rosada y dientes perfectos. En la foto, Jessica Stein lleva un vestido azul cielo y un pasador en los cabellos. Se parecía a cualquier estudiante de diecisiete años, pero tenía algo más: la expresión de su rostro comunicaba una gracia juvenil, un suplemento de confianza y de belleza. Transmitía la sensación de que nada malo podía sucederle, nunca.

De año en año, Jessica Stein ha acabado por convertirse en un icono local. Asociada para siempre a la imagen oscura y misteriosa del lago, se ha ido separando progresivamente del mundo de los vivos para unirse al de los mitos.

La fiesta del instituto de 1988 fue durante mucho tiempo el tema de agrias discusiones en Valmy-sur-Lac. El pescador que descubrió el cuerpo aseguraba que había observado marcas de golpes y lucha. La policía negó sistemáticamente estas afirmaciones y se ciñó a su versión oficial: ahogamiento accidental.

Nadie lo creía así, pero tampoco nadie podía asegurar con certeza que eso fuera falso. Algo había ocurrido esa noche, algo terrible. Eso era todo lo que sabían.

El resto pertenecía al pasado. Y a las fuerzas misteriosas —maniaco del gancho, dama blanca u otra leyenda urbana— que, según decían, acechaban por el lago.

Antes de volver a casa me desvíó por la calle Guillemet y voy al súper del señor Sylvestre. Es un local pequeño, con detalles bastante oxidados en la fachada. Justo al lado hay un bar de viejos beodos, el Plus-que-parfait. No se puede decir que este sea el barrio más elegante de Valmy-sur-Lac.

Abro la puerta de la tienda. Suena el timbre. Un fluorescente parpadea en el techo y suena una canción antigua en un pequeño aparato de radio: «*Love me, please love me. Je suis fou de vouuuuus...*».

El señor Sylvestre, en la caja, se vuelve hacia mí:
—Hola, Léo.

—Hola, señor Sylvestre.

El señor Sylvestre es toda una figura local. Parece como si siempre hubiera vivido en la ciudad, y sea cual sea el momento en que paséis, siempre lo encontraréis en el mismo lugar, tras su caja, con la mirada puesta en su revista. Andará por los sesenta, y conoce a todo el mundo en Valmy. Baja el volumen de la radio y me mira sonriente.

—¿Y qué, qué hay de nuevo bajo el sol?, —me pregunta, como hace siempre.

—Bah, nada nuevo —respondo yo, como siempre.

—Nada nuevo..., ¡por ahora!, —añade él antes de soltar una risotada, como siempre.

La verdad es que tampoco serviría de nada contarle la vida al señor Sylvestre, porque se limitaría a inclinar la cabeza, sonriente como ahora. Sube el volumen y la canción crepita con nuevo brío en el transistor: «*Pourquoi prenez-vous tant de plaisir / à me voir souffriiiiiir...*».

Saco la lista de la compra que ha preparado mamá y me dirijo mecánicamente hacia los estantes de la tienda. El trayecto concluye en un santiamén. Pongo el conjunto sobre el mostrador, saludo al señor Sylvestre («Adiós, muchacho», responde) y retomo por la calle Guillemet en sentido inverso para volver, por fin, a casa.

Cuando abro la puerta mi padre está en el salón, sentado en el sofá, delante del televisor y encorvado. La postura es un poco rara, pero sé exactamente qué está haciendo: está jugando a *Legend of Zelda* en su consola Nintendo NES, la que baja del desván cuando la nostalgia y la depresión arrecian.

—Hola, papá —digo tímidamente—. He vuelto.

Ni siquiera levanta la cabeza.

—¿Todo bien?, —insisto.

En vano. Solo consigo oírle un gruñido, algo así como un «Mmm» distante, tan lejano como si lo hubiera pronunciado desde otro mundo.

—He hecho la compra.

—Mmm.

—Vale, pues voy a mi habitación, ¿de acuerdo?

—Mmm.

—Hasta luego.

—Mmm.

Ni se vuelve cuando subo la escalera hacia mi habitación. Mis pasos resuenan sobre el cemento como el eco en una estancia vacía. Me gustaría

decirle que seguro que las cosas se arreglan, que debería dejar de esperar sentado, que tiene que recomenzar y empezar a ocuparse de sí mismo. Que esta historia del paro no durará eternamente. Pero no sale ninguna palabra de mi boca. De hecho, es una regla que he establecido con relación a mis padres: nunca puedo permitirles que vean lo que siento de verdad.

No estoy seguro de que sean lo suficientemente maduros como para encajarlo.

Domingo

2

Inicio el día con una extraña sensación de resaca. Con la mejilla pegada a la almohada, siento que un hilillo de baba se me escapa por la boca. Percibo un olor desconocido que impregna la habitación. Como una mezcla de cola ultrafuerte y de calcetines podridos. Me llega una voz del otro lado de la puerta.

—¡Dany! ¡Venga, Dany!

Abro lentamente un ojo. Mi habitación está inmersa en una semioscuridad algodonosa. ¿*Dany*? Vaya, no recuerdo que ayer bajara las persianas en ningún momento. Me incorporo en la cama y me quedo unos segundos apoyado sobre los codos. En la pared frente a mí ha pasado algo. El póster de *Rocky III* ha desaparecido. En su lugar, un montón de fotografías recortadas de revistas, con actores de cine, cantantes y músicos que no conozco. En una, en grandes letras: «The Cure en concierto en Londres el pasado 8 de enero». El cantante lleva una camisa demasiado grande. Un peinado expansivo corona la silueta espigada, y su coreografía es minimalista en un concierto de neones violetas y morados.

«Pero bueno —pienso—, ¿alguien va a decirme por qué mi habitación ya no se parece en nada a mi habitación y por qué hay fotografías de cantantes raros en las paredes?».

Miro a mi alrededor. Jo, nada es igual a lo que yo conozco.

Me levanto despacio, y enseguida me extraña la sensación que noto en mi cuerpo. Una impresión de pesadez me sube desde las piernas hasta el cerebro. Siento como si se me hubieran acortado los brazos. La espalda me duele. A menudo tengo dolores musculares tras las sesiones deportivas del sábado, pero nunca hasta este punto.

Salto de la cama y me encuentro frente a un armario desconocido y con un gran espejo en la puerta. No es necesario subir las persianas o encender la luz para comprender que el reflejo de ahí enfrente no es el mío. Ahí lo que veo es un chico de mi edad, entrado en carnes, más bien bajito, vestido con un pijama infantil.

«Pero... Pero...». Estas palabras se quedan atrapadas en mi garganta. Nada supera la barrera de mis labios. Estoy tan patidifuso que no puedo articular palabra. Me paso una mano por la cara: la piel de las mejillas, reblandecida, se hunde como la plastilina. Pero este delirio, ¿qué es? ¿Dónde estoy? Y sobre todo, ¿quién soy?

Continúo mirándome, es decir, mirando a ese, mientras al otro lado de la puerta las llamadas se hacen más urgentes.

—¡Dany! ¿Duermes o qué?

Es una voz de mujer. Sin pensármelo dos veces, contesto:

—¡Voy, mamá!

El cerebro registra con urgencia las informaciones que le llegan. Por lo visto me llamo Dany. Es un poco horterera, pero supongo que dada la situación es lo de menos.

La puerta se abre de pronto de par en par mientras sigo ahí de pie, inmóvil ante el armario. Una señora de unos setenta años, vestida con traje chaqueta de falda plisada, irrumpe en la habitación y me mira con aire severo y los brazos en jarras.

—¿«Mamá»? Pero bueno, ¿qué te pasa? ¡Venga, date prisa!

Sale de la estancia tan deprisa como ha entrado y me deja con un montón de interrogantes. ¿Qué delirio es este? ¿Quién es ese chico con sobrepeso que me mira desde el espejo? ¿Qué demonios hago yo aquí?

Doy vueltas sin sentido por la habitación durante unos segundos, antes de dirigirme hacia el escritorio. Carpetas y cuadernos tirados por encima, entre montones de casetes. Tears for Fears. Depeche Mode. Kim Wilde. El vinilo de *When You Were Mine* de Prince. Un viejo número de *Première* con Mickey Rourke en la portada. Un ejemplar doblado del *It* de Stephen King. También encuentro una nota escrita en lápiz: «Fiesta / Recordar Élise Brossolette / No». Esta última palabra, en mayúsculas y subrayada dos veces.

En cualquier caso, el misterio se complica todavía más. ¿Por qué este tipo, Daniel, no tiene más que cosas de viejo en su habitación? Inspiro con fuerza y toco con el extremo de la mano el borde de madera de la mesa, como para asegurarme de que estoy realmente aquí. ¿Será que mi imaginación me está jugando una mala pasada? Si realmente estoy dormido, es el sueño más agobiante que he tenido nunca. Todo tiene un aire tan... tan... ¡real!

Para salir de dudas, abro el primer cajón de la mesa. En el interior, algunos cuadernos puestos unos sobre otros, y al fondo una agenda recubierta con una protección de plástico verde. En la cubierta, una etiqueta precisa: INSTITUTO MARCEL-BIALU. VALMY-SUR-LAC.

—Bueno, tranquilo —me digo, soltando aire con mucha fuerza—. Esta mañana me he despertado en un cuerpo que no es el mío. Evidentemente, eso no es posible. Es un error. Es un *bug* en la matriz o algo parecido.

Digo estas palabras en voz alta mientras cobijo entre las manos la agenda verde.

—Me quedaré aquí, y todo se pondrá en orden otra vez.

Casi que llegaría a convencerme. Quiero evitarla, pero finalmente me hago la pregunta: ¿Hice alguna cosa ayer noche que pudiera provocar esta situación? Los recuerdos de la noche anterior me vuelven en fragmentos. Después de subir a mi cuarto, jugué en línea a *Fortnite* con Areski, escuché música, intenté revisar el comentario de texto para los exámenes. Nada fuera de lo normal.

Abro maquinalmente la agenda por la primera página y veo una foto acompañada por la mención: «Daniel Marcuso, Primero B». Es el mismo chico que me miraba desde el espejo hace unos minutos. ¿Daniel Marcuso? ¡Qué raro! El nombre no me dice nada. Y eso que pronto hará siete años que voy a la escuela y al instituto Marcel-Bialu.

Sigo observando la página abierta de la agenda. Abajo a la izquierda una pequeña línea de tinta azul me llama la atención. Me quedo inmóvil una fracción de segundo. Y luego me empiezan a temblar las manos.

«No... No... ¡No es posible!».

Leo una y otra vez la breve línea escrita por una mano cuidadosa y aplicada.

¿Imposible? De pronto, una sensación glacial me invade el cuerpo y la cabeza empieza a darme vueltas.

«Curso 1987-1988».

Me pongo la ropa a toda prisa y salgo de la habitación para bajar por las escaleras. Es evidente que Daniel Marcuso vive solo con su abuela, en una casa de los alrededores de Valmy. En la planta baja, la cocina da a una sala llena de cacharros y de viejas fotografías. Con mucho cuidado para que no se caiga nada —todavía no estoy acostumbrado a mi nuevo cuerpo—, me siento a una mesa redonda cubierta por un mantel a cuadros. Estoy incómodo en mi pantalón de chándal sin forma y con la sudadera de capucha. Me he puesto lo que he encontrado en los estantes. Sin duda soy alguien un poco torpe y no demasiado elegante, pero supongo que eso no tiene mayor importancia.

Después de todo, es domingo. ¡Jo, domingo de 1988! Siento que todavía voy a necesitar un tiempo para asimilar lo que me ocurre.

A mi izquierda, la nevera hace un ruido extraño. Al otro lado de la mesa, la abuela me mira con aire de perplejidad. Se diría que sospecha algo. Abre la boca, quiere hablar, pero luego la cierra y niega con la cabeza, con los labios apretados. Yo tampoco digo nada. Me limito a permanecer sentado, lo más derecho posible. Ella no parece cómoda.

Ante mí, un plato a rebosar de huevos revueltos, sobre los que descansa una morcilla, reluciente de grasa.

—¿No comes?

Me lanza una mirada aviesa, como si yo mismo no fuera más que un pedazo de esa inmunda salchicha negruzca.

—Pues no —digo sacudiendo la cabeza al tiempo que evito respirar para no percibir el olor que se eleva desde mi plato—. No sé lo que me pasa. No tengo hambre.

—Es la primera vez que oigo algo así en esta casa —suspira ella.

Se levanta y con gesto adusto retira el plato de delante de mí. En la cocina, el aire se hace rápidamente irrespirable.

—Anoche olvidaste sacar la basura. Que no se repita.

Murmuro algo, una serie de ruiditos incomprensible, y luego bajo la cabeza, como si me quisiera esconder. «Pobre Daniel Marcuso», pienso. A mi alrededor, la decoración parece datar de los años cincuenta. El papel pintado se desprende en las esquinas y a toda la casa le vendría bien un repaso.

No, pero en serio, ¿qué mal he hecho para encontrarme en esta situación?

Una hora más tarde vuelvo a estar en mi habitación y no paro de dar vueltas, como un animal enjaulado. Tengo que encontrar una manera de salir de este atolladero. Primero pienso en deslizarme con discreción por las escaleras y escurrirme sin hacer ruido, pero sé perfectamente que eso no serviría de nada, que me dejaría en evidencia. Miro a mi alrededor, inspecciono la estancia, con los objetos de clase ordenados, la cama todavía deshecha, el póster de The Cure, la ventanita de madera que da al exterior, el armario lleno de ropa horterá...

Me acerco a la ventana. En realidad no queda tan arriba... Con cuidado, giro el pomo y saco la cabeza. Veo un canalón metálico a lo largo del cual podría deslizarme hasta el nivel de la calle. Lo he visto en miles de películas. Es un clásico: la fuga por la ventana. Tendría que haberseme ocurrido antes.

El marco parece algo deteriorado por la parte inferior derecha. Podría cerrar el batiente al salir y, sobre todo, volver a abrirlo a la vuelta.

Tomo un boli de cuatro colores del escritorio de Daniel para poder accionar el mecanismo desde el exterior y, sin pensármelo más, saco una pierna y quedo a caballo sobre el pie de la ventana. El aire primaveral me da en la cara como un aliento de salvación. Con mucho cuidado para no pisar en falso paso la segunda pierna e intento agarrar el canalón, más resbaladizo de lo que creía. Espero que nadie me vea. De cualquier modo, ya es demasiado tarde para dar marcha atrás. Cierro los ojos y agarro el endeble tubo metálico. Luego, ahogando un grito de temor, me dejo caer desde el primer piso.

Menos de un segundo después ya estoy abajo. He aterrizado sin demasiado ruido. Aunque estoy algo aturdido por el peso de Daniel Marcuso, en principio no me he roto nada. Lo menos que puede decirse es que no le iría mal un poco de deporte. Me tiran los músculos, un dolor sordo rodea mis articulaciones, y los pulmones emiten un curioso silbido a medida que voy recuperando el aliento.

No importa. Estoy vivo. Mejor todavía: soy libre.

Las calles de Valmy-sur-Lac están llenas de paseantes, de mirones, de curiosos. Muchos van en ropa de playa, con su bañador y su sombrilla al hombro. Se dirigen al lago. La ciudad es tal y como la conozco. Sin embargo, hay algo diferente. Por la calzada circulan cantidad de coches que petardean y sueltan al aire toneladas de dióxido de carbono sin que eso preocupe a nadie lo más mínimo. Delante de las tiendas se ven maniqués de colores fluorescentes. Los peinados son extravagantes. Por la acera me cruzo con una chica con patines, vestida con una cazadora de lentejuelas de color fucsia y un *walkman*. «Vaya, los ochenta —pienso mientras cruzo la calle—... eran un poco cantones, ¿no?».

A medida que avanzo por la ciudad me asaltan las preguntas. ¿Cómo he llegado aquí? ¿Por qué yo? ¿Por qué Daniel Marcuso? ¿Estoy condenado a pasar el resto de mi vida en su cuerpo? Miro con incredulidad los edificios que me rodean. El cine Le Palace todavía no es una tienda de ropa deprimente. Reina con orgullo en medio del paseo Villemin. En cartel: *Jungla de cristal*, *Cocodrilo Dundee II* y *El Gran Azul*. Me detengo un momento, justo cuando un tipo cruza la acera ante mí con un gigantesco aparato de música al hombro. Da unos pasos de baile al compás de una canción un poco

hortera mientras va repitiendo «Yo, man!» y luego desaparece por la esquina. Me froto los ojos. Pero ¿cómo es posible?

Avanzo sin saber demasiado adónde me dirijo. Se diría que toda la ciudad ha salido de un episodio de *Salvados por la campana*, con sus camisas tejanas, chaquetas con hombreras y cortes de pelo *mullet*. Las piernas de Daniel Marcuso me llevan hasta una calle de sentido único. En una señal de *stop* alguien ha pegado un adhesivo con una mano amarilla y el eslogan «*Touche pas à mon pote*^[2]». Justo al lado, el anuncio de un concierto de un grupo un poco raro: Les Nègresses Vertes.

A unos diez metros reconozco la tienda del señor Sylvestre. Una placa por encima de mi cabeza indica: «Calle Guillemet». La tienda es parecidísima a la que ya conocía, aunque la fachada está menos oxidada y todavía no se ha instalado la puerta automática. De pronto, esa voz aguda y familiar —tan familiar que me dan ganas de llorar— me llega a los oídos:

—¡Buenos días, señora Duteil! ¿Qué hay de nuevo bajo el sol?

—Pues nuevo, nuevo... No mucho, señor Sylvestre.

—No mucho..., ¡por ahora!

Una canción escapa de la radio y la letra resuena por la calle: «*Ils m'entraînent au bout de la nuit... Les démons de la nuit*». Durante un brevísimo instante me dan ganas de entrar en el súper para explicarle al señor Sylvestre lo que me ocurre. ¿No podría comprenderme o ayudarme, con su llaneza y su sonrisa? Pero ¿cómo podría explicárselo? «Esta mañana me he despertado treinta años antes y en el cuerpo de un desconocido, y no sé cómo volver a mi casa...».

Tras algunos pasos indecisos, me decido a empujar la puerta del Plus-que-parfait. Un adhesivo en el cristal me aconseja: CÁLDATE Y REFRÉSCATE CON PSCHITT. Ahí voy.

Entro en una nube de humo y constato con gran sorpresa que el establecimiento no tiene nada del antro en que se ha convertido en 2018. No, en 1988 el Plus-que-parfait es sin duda el lugar más in de Valmy. En los asientos de *diner* americano a lado y lado de las mesas se abrazan las parejas. En la barra, tres moteros con chupa de cuero claveteada enarbolan sendas jarras de cerveza y lanzan risotadas graves destinadas a la galería. Plantado al lado, un tipo con unos *shorts* y peinado afro. En la pared del fondo, un televisor emite un clip de Isabelle Adjani, *Pull marine*.

Avanzo despacio por el establecimiento, con cuidado de no tirar nada. Tengo la sensación de que el más mínimo contacto con el mundo exterior podría provocar una paradoja temporal o algo por el estilo. Dos o tres clientes se vuelven para mirarme. Siento que desentono, con mis pantalones cedidos y el aire atolondrado. Asoman las primeras sonrisas y entre el guirigay oigo una salva de carcajadas burlonas. No importa. Me siento en la barra, como si nada, y pido una Pschitt.

—Quiero calmarme y refrescarme —le digo al barman.

Me mira con cara de pocos amigos. Vaya, como si por el simple hecho de estar allí ya destrozara la reputación del local.

—Son cinco francos.

Me saco una gruesa moneda plateada del bolsillo, y la suelto en la barra sin decir nada. Esa mañana he encontrado el portamonedas de Daniel Marcuso entre sus cosas.

A mi alrededor sobre todo hay gente joven. A excepción de los tres motoristas y del tipo del peinado afro, casi todos los demás son adolescentes. En 1988, supongo que no hay gran cosa más que hacer el domingo por la tarde. Después de todo, no inventarán Facebook hasta dentro de millones de años, así que mejor matar el tiempo en el bar de la esquina.

Al fondo de la sala, en una banqueta tapizada en rojo, al lado de una máquina comecocos *Bubble Bobble*, unos chicos ríen, sacuden la cabeza al ritmo y beben claras de cerveza. Los distingo a través de las volutas de los cigarrillos que espesan el ambiente con una humareda azul. Uno está sentado en el apoyabrazos. Otro está ocupado ante un *pinball* en el que pone «Day of the Dead». Llama la atención la chica del centro. Es rubia y el rostro, fino y grácil, muestra una expresión de extraña serenidad.

—Aquí tiene, joven.

El barman abre la botella de Pschitt en el momento en que esta choca con el cinc y acto seguido se guarda la moneda de cinco francos.

La chica está con otras dos estudiantes, no tan guapas. Resulta evidente que el tipo que está sentado en el apoyabrazos está explicando alguna broma. Ella se echa a reír y veo que con los labios forma las palabras: «¡Qué tonto eres!». El tipo sigue desternillándose y le da un manotazo en el hombro a uno de sus colegas. La chica, sentada en la banqueta roja, sacude los cabellos con un movimiento de la cabeza y se pasa la lengua por los labios.

Tengo una sensación muy rara. Es como si toda la escena se desarrollara a cámara lenta. En la tele, Isabelle Adjani se sigue declarando *noyée au fond de la piscine*, «ahogada en el fondo de la piscina». La chica se vuelve hacia una

de sus amigas y le dice algo al oído. Luego, como si se asustara, repara en mi presencia y me mira a los ojos. Desde el otro lado de la sala, a través del humo, su vista se fija en mí.

Y en ese momento me doy cuenta.

Conozco esa cara.

La veo todos los días en los pasillos del instituto.

En unos grandes carteles, subrayada con el *hashtag* #TreintaAñosYa.

Jessica Stein se incorpora lentamente del taburete, sin dejar de mirarme. Se levanta y atraviesa el local avanzando hacia mí. Reconozco la expresión de esos ojos, ese aire a la vez oscuro y ligero, entre la despreocupación y la gravedad. Es todavía más guapa que en las fotografías. En una mesa del café, un periódico doblado indica en qué fecha estamos: 12 de junio de 1988. En menos de una semana habrá muerto.

Con paso lento y acompasado supera las filas de mesas, evita las sillas, resigue las banquetas. Las dos amigas la acompañan como guardias de corps. Una es morena y la otra pelirroja. Jessica, tan rubia, es el puente entre ellas. Una fina sonrisa, como el trazo de un lápiz, se dibuja en su cara.

Cuando llega a mi altura, me mira de arriba abajo. Dudo si decirle algo, pero es ella quien abre la boca primero:

—¿Qué haces aquí, gordinflas?

Hay un brillo hostil en su mirada. Las dos guardias de corps no pueden contener la risa. Jessica sigue acercándose lentamente a mí hasta que casi siento su aliento caliente en la piel.

—¿Qué te parece esto, Capucine?

La chica pelirroja se acerca también. Me mira con expresión asqueada.

—Pues me parece que aquí no hay sitio para los pringados.

—¿Lo has entendido?, —insiste Jessica—. ¡Venga, lárgate!

Esta última palabra la dice en tono amenazante. Al fondo del bar los tres chicos observan la escena, prestos a intervenir. Suena la música del *pinball* de *Day of the Dead* y una atmósfera pesada va llenando progresivamente el lugar.

Me quedo bloqueado, incapaz de componer gesto alguno.

—Jessica Stein... —susurro, estupefacto.

La chica pelirroja me da un puñetazo seco en el hombro.

—¿Qué pasa, gordinflas? Cualquiera diría que has visto un fantasma.

Y entonces vuelve a soltar una risotada, una sonora y vibrante, insoportable.

Jessica Stein es una mala persona.

Me lleva unos segundos asimilar esta información. Durante todos estos años, el instituto no ha dejado de presentárnosla como una chica modélica, buena alumna, respetuosa, sin lados ocultos, correcta en todos los sentidos. Una cara perfecta, un peinado impecable, una sonrisa luminosa. ¡Y luego resulta que en realidad es lo peor de lo peor!

No deja de mirarme con su ojo de víbora mientras un hilo de sudor corre por mi sien.

—¿No traes la cámara, hoy? ¿Clic-clic?

No sé de qué me habla, pero decido dejar pasar la tormenta. Desde que ha venido hacia mí no he despegado los labios.

—A ver, dime, ¿por qué siempre cargas con ese trasto? ¿Eh, Marcuso? ¿Otra cosa de pervertido?

Se echa a reír y las perras guardianas la imitan. Uno de los chicos del fondo de la sala se acerca a nosotros. Lleva una cazadora de cuero con un tigre verde, camiseta roja y gafas de sol estilo *Top Gun*, bien caladas en la nariz.

—¿Dónde está el pervertido?, —dice, acercándose a mí—. ¿Eres tú, Marcuso?

—N-n-no... —balbuceo.

Extiende el brazo, como si fuera a pegarme, pero lo que hace es agarrar el vaso de Pschitt de la barra y tirar el contenido sobre mi entrepierna.

—Oh-oh, me parece que has tenido un problema, gordinflas —dice Jessica con voz burlona.

—¡Tendrás que pedirle a la abuela que te cambie!, —comenta una de las otras chicas.

Siento que el líquido se desliza entre mis muslos. Quisiera ocultarme y desaparecer, y ya no sé si siento vergüenza, rabia o si estoy bloqueado por la impresión. Durante todo el tiempo que dura esta tortura —unos segundos eternos— estoy paralizado, pasmado.

Jessica Stein ni pestaña. Me mira directamente a los ojos. Luego, muy lentamente, acerca su rostro al mío y murmura con voz suave:

—Te lo digo por última vez, Marcuso. Largo.

Bajo del taburete, con el pantalón de chándal chorreando. Me siento como hipnotizado, incapaz de protestar o de resistir. Ante la mirada curiosa de los tres motoristas, salgo por la puerta del Plus-que-parfait. Siento que en mí va penetrando un sentimiento desagradable. Como si un cuajaron oscuro penetrara en mi cerebro, me hinchara el pecho, endureciera mis músculos.

Este sentimiento ya no es vergüenza, no.

Este sentimiento es odio.

Una vez en la calle decido volver a casa para pasar allí el resto de la jornada. Tanto peor si eso implica que voy a tener que aguantar a la abuela neurasténica. Atravieso la plaza Borghese a toda velocidad y atajo por la plaza Desnouettes para llegar a la zona de casas unifamiliares donde me he despertado esta mañana.

A medida que voy avanzando por entre los árboles en flor me doy cuenta de hasta qué punto es triste la vida de Daniel Marcuso: un pobre tipo solitario, de quien todos se burlan, sobreprotegido por una abuela loca, que vive en una casa llena de polvo, cachivaches y tapetes bordados. No tengo ninguna duda: si me quedo atrapado aquí, ¡todo eso tiene que cambiar!

De pronto una voz me saca de estos pensamientos.

—¡Daniel! ¡Eh, D-D-Daniel!

Al volver la cabeza veo a una chica que corre hacia mí. Es alta, delgada, lleva unas gafas de culo de vaso. El pasador en forma de flor que le sujeta el pelo le da un aire algo infantil. A medida que se acerca la sonrisa se le hace más amplia y revela un aparato dental tan voluminoso como metálico.

—¡Ah, hola!, —digo yo con voz dubitativa, mientras intento disimular la entrepierna mojada.

—¿Q-Qué tal?, —me pregunta la chica.

La cara se le deforma en cada una de las palabras por efecto del tartamudeo. Me imagino el partido que Jessica y los suyos deben de sacar de algo así.

De inmediato, al verla sonreírme así, pienso en el papelito que he encontrado esta mañana: «Fiesta / Recordar Élise Brossolette / No».

—¿Élise?, —aventuro—. ¿Élise Brossolette?

De todos modos, dudo que Daniel tenga muchos más amigos...

—¡S-S-Sí, Dan-n-niel Marcuso!, —responde ella, como burlándose de mi actitud interrogadora.

Se echa a reír y todo el cuerpo se mece adelante y atrás, como si tuviera que contenerse para no lanzarse sobre mí. Me quedo inmóvil un segundo, algo aturdido. «¡Daniel Marcuso está hecho un donjuán!», pienso. La vergüenza me invade poco a poco, pero procuro que no se note demasiado e inspecciono el rostro de Élise. Gafas enormes, aparato dental, espinillas. Todos esos elementos unidos forman un conjunto enternecedor.

—¿Es sobre la fiesta?, —pregunto, inseguro.

—¿Y ent-t-tonces? ¿Q-q-qué dices? ¿S-s-sí o n-n-no?

Me mira con aire ansioso. A disgusto, decido seguir la consigna indicada en el papelito.

—Eh... No.

Los ojos de Élise se oscurecen de pronto. Baja la cabeza, se mira los pies y murmura entre dientes:

—Vale. Ent-t-tiendo. Es p-p-por tu abuela, ¿n-n-no?

—Bueno, eh, sí, claro —balbuceo—. Ya sabes, yo...

—... N-no p-p-puedes dejarla sola...

—Claro... Es... En fin...

Me mira con gran decepción y bajo la sudadera siento que el corazón de Daniel Marcuso se resquebraja y se rompe en mil pedazos secos y afilados. En mi cabeza, los elementos se van colocando en su sitio: Élise probablemente habrá invitado a Daniel a la fiesta de fin de curso, pero él ha preferido no aceptar, por miedo a que su abuela se lo prohíba, como es habitual. Algo ridículo.

Ha llegado el momento de que las cosas cambien en la vida de este chaval.

—De hecho... —digo de pronto—. De hecho, te digo que sí. Disculpa.

Ella me mira confundida. Esboza una sonrisa metálica e inclina la cabeza, lentamente:

—¿S-s-seguro q-que sí? ¿No m-m-me estarás t-t-tom-mando el p-p-pelo?

—¡Pues claro que no! ¿Paso a buscarte el viernes al atardecer?

—¡S-s-s-í, v-vale!

La expresión se le ilumina y un cloqueo como de alegría se le escapa de entre los labios.

«Realmente —pienso—, este día está lleno de sorpresas...».

De vuelta en casa, hago todo lo que puedo por pasar desapercibido. En el jardín encuentro una escalera plegable y la coloco debajo de mi habitación.

Una vez arriba, levanto el batiente de la ventana con ayuda del bolígrafo de cuatro colores y salto al interior. Visto y no visto.

El aire en la habitación es pesado. Como si retuviera de algún modo la oscuridad. Necesito unos segundos para acostumbrarme y para ver por fin, sentada en mi cama, la silueta de la abuela de Daniel Marcuso. Está muy erguida, con los brazos cruzados sobre la falda plisada. En su mirada pesan los reproches. Infinitas flechas venenosas salen hacia mí desde sus ojos.

—¿Qué? Ya estarás contento, ¿no?, —dice por fin con voz seca.

Me mira con desprecio y asco. Me mantengo callado. En el espejo de detrás de ella veo mi imagen. Parezco un bufón triste, con esa ropa demasiado grande y esa mancha en la entrepierna.

—Estarás contento —repite la abuela, con voz todavía más alta y amenazante—. Se habrán burlado de ti a gusto, ¿no? Se han reído a gusto de mi Dany, ¿verdad?

No sé realmente lo que llego a decir, pero le pido que salga de la habitación, que me deje tranquilo. Me sorprende ver que efectivamente se levanta, sin dejar de mirarme. Siento un aire glacial que se mueve a mi alrededor, un escalofrío intenso que me baja por el espinazo. Pero no cedo. Me mantengo en mis trece.

—¡Déjame!

Sigo sin controlar lo que sale de mi boca. Esa orden parece haber golpeado en el corazón de la abuela, con tanta contundencia como un puñetazo. Se queda contraída, incapaz de respuesta alguna. Sin que deje de brillar en su mirada esa cólera malsana, se desplaza lentamente y sale de la habitación mientras murmura, como para sus adentros:

—Lo lamentarás...

Cuando por fin vuelvo a estar a solas me dejo caer sobre la cama y lanzo un largo y dolido suspiro. ¿Qué puedo hacer para salir de esta pesadilla? ¿Estoy condenado a ser Daniel Marcuso por el resto de mis días? He de encontrar la manera de volver a casa, sea como sea. Si me hubiese despertado en la vida de un tipo agradable, contento consigo mismo... Pero no. ¡Tengo que cargar con la existencia del mayor fracasado de todo Valmy-sur-Lac! Repaso, una vez más, los hechos del día anterior. ¿Qué habría hecho para provocar esta situación? Después de estudiar un rato, dejé los libros sobre el escritorio y me tumbé en la cama. Respiré muy hondo pensando en Valentine. ¿Había bastado eso para alterar el orden espacio-temporal del universo? Algo me dice que no.

De perdidos, al río: decido repetir la experiencia. Lentamente me tiendo en la cama de Daniel Marcuso, reclino la cabeza en la almohada y relajo las piernas. Hago todo lo posible por controlar la respiración e intento no pensar en nada. El pecho se mueve por el movimiento del aire en mis pulmones. ¿Cómo se producirá el fenómeno? ¿Habrà un *flash*, relámpagos, como en la serie *A través del tiempo*? ¿O simplemente me dormiré y luego al despertarme estaré en 2018, en el cuarto, en mi cuarto, con mi póster de *Rocky III* y mis cómics de manga por aquí y por allá? No lo sé. De todos modos, la cosa no va de reflexionar. La cosa va de relajarse.

Me revuelvo en la cama para encontrar la posición ideal. Noto algo en la espalda que me molesta. Es algo pequeño que alguien ha puesto bajo el colchón y que forma un bulto. Me incorporo, me siento en el borde y me inclino para comprobarlo. Levanto el colchón —es pesado, de muelles, y hace un ruido metálico— y estiro el brazo. Ahí hay algo: un objeto metálico de unos quince centímetros de largo que extraigo y que examino bajo la luz.

Es una cajita rectangular, de esas para las galletas de mantequilla. La miro con suspicacia. Si la han colocado ahí es porque tiene que contener algo prohibido. La observo unos segundos y la giro en todos los sentidos entre mis dedos.

Siento que me invade una ola de calor. Ahí es donde Daniel Marcuso esconde su jardín secreto. Dudo un instante, inmóvil. Tengo muchas ganas de saber lo que contiene, pero me da la impresión de estar violando la intimidad de alguien. Seguro que no me gustaría que un desconocido se permitiera revolver entre mis asuntos. Pero después de todo, me digo, yo no soy exactamente un desconocido. ¡Hasta que se demuestre lo contrario soy Daniel Marcuso!

La curiosidad me vence y levanto la tapa. Un olor rancio me viene enseguida a la nariz.

En el interior, fotografías, unas sobre otras. Habrá unas cincuenta, creo. Tomo con cuidado la primera, y luego las deslizo de una en una. De pronto, la cabeza me da vueltas. Las caras de las fotografías desfilan en mis manos mientras un miedo intenso va invadiéndome todo el cuerpo. No son caras. Son una sola cara. Siempre la misma.

No son fotografías. Es un monumento a la belleza de Jessica Stein. Es ella en cada una de las instantáneas, tomadas en secreto, por sorpresa, al azar en una calle, de improviso. Se diría que es la obra de un *paparazzi*, o peor aún: la de uno de esos trastornados que siguen obsesivamente a sus víctimas.

Un pensamiento terrorífico, insoportable, se me pone delante, flotando en el aire: ¿Y si Daniel Marcuso fuera realmente un perverso?

Recuerdo ese sentimiento de odio que me llenaba a la salida del Plus-que-parfait.

¿Y si me había despertado en la misma piel del asesino de Jessica Stein?

3

Todavía es pronto cuando el primer rayo de sol penetra en mi habitación. Abro primero un ojo con mucho dolor y luego palpo al lado de la cama para dar con mi iPhone. Según la pantalla son las ocho y cinco. Justo debajo, una línea de pequeños caracteres luminosos: «Domingo 10 de junio».

Me incorporo con suavidad, todavía medio dormido. ¡Qué raro! La sensación ya no es la misma del día anterior. Al contrario, me siento bien. Ligero. En forma. Estiro un brazo, y luego otro, y hago que suenen las articulaciones mientras voy soltando el aire. Una multitud de motas de polvo flotan en el aire inmóvil.

¿Domingo? Pero ¿no fue ayer domingo?

Frente a mí, *Rocky III* y su mirada del tigre. Sobre la mesa de estudio veo que mis cosas están donde deben: los mangas y los libros de clase se amontonan en un alegre caos, entre calzoncillos sucios y tazas de café medio llenas. También está el mando de la PS4 que me ha prestado Areski. El ordenador, que se ha quedado encendido toda la noche, emite en sordina las notas de una canción de Weezer, *Photograph*.

Abandono la cama de un salto y corro hacia el espejo colocado encima del perchero. Daniel Marcuso ha desaparecido del reflejo. No puedo retener un grito de alegría y me palpo los brazos, el pecho, el estómago. No hay duda, ¡soy yo! ¡Epa, estoy de regreso en el futuro!

Reflexiono sobre la situación un momento y respiro a fondo para asegurarme de que todo esto es real. 1988... 2018... ¿Qué ha podido pasar? Escojo una camiseta de *The Walking Dead* del cajón de la cómoda y me la pongo con una pequeña coreografía... ¡Qué alivio! Ya no estoy atrapado en una época en la que para ir a clase lo mejor era llevar cintas fluorescentes en la cabeza y escuchar a Daniel Balavoine.

Bajo las escaleras a toda velocidad y me encuentro a mamá en la cocina. Está sentada tomándose el desayuno. Paso en tromba por delante de ella y meto

una mano en el paquete de cereales.

—¿Todo bien, Léo?, —pregunta. Tiene arrugas alrededor de los ojos y un aspecto cansado—. Oye, ¿no podrías servirte en un bol?

—No tengo tiempo. Pero sí, todo bien. ¡Estamos en 2018!

—Que estamos... ¿Qué?

—Oh, nada, no te preocupes. ¡Hasta la noche!

Cojo la mochila y salgo corriendo al exterior. Mi trabajo en Vídeo 2000 no empieza hasta dentro de una hora, pero tengo ganas de andar. Uno no se despierta todos los días en su propio cuerpo...

Las calles de Valmy-sur-Lac resplandecen con una nueva claridad. Flota en el aire un perfume ligero y agradable. Todo vuelve a ser maravillosamente familiar: los paneles publicitarios, los peatones que maldicen y que caminan con las narices pegadas a la pantalla del móvil y con los auriculares *bluetooth* atornillados a los oídos. En mi avance hacia el centro me cruzo con un grupo de adolescentes que van hacia el lago. Tres chicos y tres chicas que van armando jaleo, con el bañador puesto y con la bolsa de la playa a la espalda. Uno de ellos lleva en la mano una barra de sonido que vibra al son de *Uptown Funk*. No los conozco, pero les dirijo una sonrisa de complicidad. Del estilo «¡Sííí, estamos en 2018!». Debo de parecer un auténtico idiota, ¡pero qué más da!

Tras unos centenares de metros deambulando por la zona antigua de la ciudad, me desvío en la plaza del ayuntamiento para ir hacia Vídeo 2000. De pronto, me detengo en seco. Las piernas se bloquean, el corazón se desboca, los músculos se contraen: frente a mí, a la altura de tres como yo, la cara de Jessica Stein me mira fijamente, sonriendo. El cartel, colocado sobre la fachada del ayuntamiento, incluye el *hashtag* #TreintaAñosYa con una fuente de letra falsamente *grunge* de muy mal gusto. En la foto Jessica está guapa, guapísima. Los largos cabellos rubios forman un halo brillante.

En ese mismo momento, una sacudida desagradable me recorre el cuerpo. Vuelvo a pensar en la escena del día anterior, en el Plus-que-parfait. Veo la sonrisa venenosa que se le formaba en los labios mientras me miraba en su camino hacia la barra.

«¿Qué haces aquí, gordinflas?».

Basta con este recuerdo para que se me haga un nudo en la garganta y la sangre me retumbe en las sienes. ¿Seré yo el único que ha percibido el verdadero rostro de Jessica Stein? Esta idea provoca en mí un sobresalto de

pavor que quiero reprimir de inmediato. «No pienses más en eso, Léo. No pienses más en eso».

Ahora esa pesadilla ya ha acabado.

Cuando llego a la tienda de vídeos, Belinda ya está en su sitio. Me corresponde con una sonrisa discreta por encima de la caja y hace que tintinee su gorrito verde acabado en punta: clin-clin.

—Hola, Léo. ¿Qué tal?

No me tomo la molestia de contestar. En lugar de eso, me dejo caer en la silla de detrás del mostrador y lanzo un suspiro largo como el día. Encima de mí, un gran póster de *Encuentros en la tercera fase*, mientras la tele reproduce el tráiler de *Un hombre lobo americano en Londres*. Belinda cierra su libro, una novela de kiosco de cubierta chillona, y alza los ojos hacia mí con expresión bondadosa.

—¿Estás bien?, —pregunta.

Apoyo los codos sobre el mostrador y hundo la cara entre los puños.

—¿Tú crees en las rupturas espaciotemporales?

—Mmmmm... ¿Como en *Terminator*, quieres decir?

El rostro se le ilumina levemente y revela cierta curiosidad.

—Sí. En cierto modo, sí.

Siento que he despertado su interés. A Belinda le gustan las películas de ciencia ficción y las historias sentimentales con Meg Ryan. Por no hablar de su desmedida afición por las comedias musicales. Para ella, la película ideal sería una mezcla estrambótica entre *Predator* y *Los paraguas de Cherburgo*. Es de la onda original, libre, independiente. Se ríe de lo que los demás puedan pensar de ella y no se parece a nadie que yo conozca. A nuestra edad, solamente eso ya es todo un cumplido.

—Quizá... —dice con voz soñadora—. Creo que el tiempo no es forzosamente algo fijo. Me da la impresión de que pasa de diferentes maneras según los lugares, según las épocas. A veces es como si los segundos duraran horas. Y al revés.

Me mira de soslayo a través de sus grandes gafas y luego baja los ojos. Un mechón escapa de su sombrero y cae con extrema ligereza sobre la cara.

—Según *Donnie Darko* —insiste—, el tiempo es una percepción humana. No existe como tal. Por eso el continuo espacio-tiempo puede ser modelado por una proyección del espíritu.

No contesto. De hecho, intento asimilar lo que acaba de decirme sin poner cara de idiota total. ¿Una «proyección del espíritu»? ¿De qué me habla?

Le falta muy poco para echarse a reír ante la expresión algo perdida que debe de percibir en mi cara.

—En fin... Supongo que hay que ver *Donnie Darko* para entenderlo. —Y luego, para cambiar de tema, pregunta—: ¿Irás a la fiesta de fin de curso?

—Claro —respondo sin pensar, como si la respuesta fuera de lo más evidente—. ¿Y tú?

Un intervalo, como una sombra de duda, pasa por la expresión de sus ojos.

—No lo sé. Todavía falta. Ya tendré tiempo para decidirlo.

—Sí, aunque... Es dentro de una semana. Excepto si...

—¿Excepto si qué?

—Excepto si antes de ese momento llegamos a modelar el continuo espacio-tiempo —contesto sonriente.

Voy a la trastienda a ponerme el disfraz de gnomo y durante el resto de la jornada me esfuerzo en tener un aire simpático. El episodio Daniel Marcuso me va viniendo a la cabeza, pero no autorizo a mi cerebro a concederle demasiada importancia. Prefiero concentrarme en mi trabajo, aquí y ahora, incluso si este me obliga a tener un aspecto más ridículo que nunca. Por suerte, Valentine no puede verme...

—¡Eh, Mudito! ¿Dónde está Blancanieves?

La voz chillona me saca de mi ensueño. Me vuelvo lentamente. A la entrada de la tienda, un grupo de tipos del instituto me miran sin parar de reír.

—¡No soy ningún enanito!, —digo como un tonto—. ¡Soy un gnomo!

Y para apoyar mi argumento, sacudo el cuerpo y hago que los cascabeles del disfraz tintineen. No hace falta más para provocar un estallido de risa general. Dejo que pase esta oleada de hilaridad inmóvil, silencioso, abatido.

Tras unos segundos, uno de los tipos enseña su móvil y les grita a todos.

—¡Tíos, tíos, escuchad esto!

Pulsa *play* y oigo mi voz, gimiente, que sale de ese teléfono: «¡No soy ningún enanito! ¡Soy un gnomo! ¡Clin, clin, clin!».

Nuevo estallido de risas, acompañado por exclamaciones de todo tipo («¡Qué pasada!», «¡Me parto el culo!», «¡Directo al Facebook!») para desolación de Belinda, que desde el mostrador me dirige una mirada llena de compasión.

El resto de la jornada pasa «con normalidad», si es que eso significa algo todavía. La prosigo concentrado en mi trabajo, que consiste en clasificar los DVD, aconsejar a los clientes y hacer como si controlara a tope.

—*La Cosa* está en la sección «Apocalipsis y fin del mundo». Solamente tenemos la versión original, la de 1982. ¿El *remake* penoso que hicieron luego? No, ese no.

Cuando dan las ocho, a pesar del cansancio, me ofrezco para acompañar a Belinda a su casa. Todavía luce el sol, y caminar un poco nos sentará bien.

—¿Qué harías tú —le pregunto, cuando pasamos por el parque— si resultara que te has perdido en el pasado? Sola, sin manera de volver a casa...

—Vaya, ya vuelves con el tema, ¿verdad?

Se echa a reír y me empuja suavemente con el hombro mientras nos desviamos hacia una calle adyacente al paseo Villemin.

—Vale —digo, mientras procuro permanecer a su nivel en la acera estrecha—. Tus cinco mejores películas de viaje en el tiempo, así, sin pensártelo.

—¡Ja, ja! Está chupado. *Regreso al futuro*...

—Sí, claro.

—... *Terminator*...

—De acuerdo.

—... *Evil Dead 3*...

—Eeeh... Vale.

—... Y... A ver... ¡*El planeta de los simios*!

—¿Cómo? ¡Pero eso no es una película de viaje en el tiempo! Es un viaje espacial.

—¡No, no!, —insiste Belinda—. En la primera película el protagonista cree que viaja por el espacio, pero en realidad sigue en la Tierra, en el futuro. De manera que técnicamente también es un viaje en el tiempo.

Pronuncia estas últimas palabras con tono experto, como si no hubiera nada más importante que eso. No puedo evitar dirigirle una sonrisa para reconocer su victoria.

—Vale, tienes razón. Pero falta una.

—Hombre, Léo... Es evidente: *Donnie Darko*, ¡claro!

Atravesamos la plaza del ayuntamiento y llegamos a la calle Guillemet. Ya no habla. Yo, tampoco. Sin embargo, no es un silencio incómodo. Caminamos a buen ritmo y nuestras manos casi se tocan cuando las aceras se estrechan o cuando el pavimento de las calles peatonales se hace menos

regular. Ante el Plus-que-parfait tres viejos borrachines, sentados a una mesa, duermen la mona en un concierto de eructos. Unos metros más adelante, el súper del señor Sylvestre está cerrado.

«¡Vaya!, —me digo interiormente—. Pues los domingos de 1988 abría...».

Seguimos caminando por unos minutos, intercambiamos los puntos de vista sobre las películas que nos han gustado y sobre los libros que hemos leído. Luego Belinda se detiene ante un pequeño edificio junto al paseo.

—Es ahí —dice señalando una puerta azul hecha polvo.

—¿Aquí?

—Sí, es mi casa. Gracias, Léo.

Hace como si me enviara un beso con la mano en un gesto muy teatral. Luego marca un código en el tablero de la entrada y desaparece por el resquicio oscuro.

Todo esto ocurre tan rápidamente que ni siquiera me da tiempo de decirle adiós.

Vuelvo por fin a casa cuando noto que el iPhone vibra en mi bolsillo. Me esperan cinco avisos del Facebook. El primero es de Areski: «¡Uf, tío! ¿Qué delirio es este?».

Son casi las nueve de la noche. No sé de qué me habla, pero tengo la sensación de que la jornada está lejos de acabar. Su mensaje envía a un vínculo. Clico y me encuentro en el perfil de Aurélien Meursault, un cretino del instituto. Y ahí, en un adjunto, me doy de narices con una imagen... Soy yo, magistralmente vestido de gnomo. Aprieto *play* y oigo mi voz quejumbrosa, que satura los auriculares: «¡No soy ningún enanito! ¡Soy un gnomo! Clin, clin, clin».

Durante unos segundos me dedico a reproducir una y otra vez el vídeo. Me observo, a la vez fascinado y aterrado, cuando hago ese movimiento con el torso para que suenen los cascabeles. «Así es un día normal en la vida de Léo Belami», pienso. Una mezcla de absurda comicidad, preguntas existenciales e indumentarias ridículas. El resumen de una condición humana, vaya.

Debajo del vídeo, los veinticinco comentarios que ya han enviado. Acelero el paso para llegar a casa lo antes posible y leo algunos («OMG qué pringao», «Majara», «¿Quién es este tontaco?», «¡No soy un enanito! ¡Soy un payasito!»). Incluso Sergio ha aprovechado para dejar su mensaje: «¡La

Navidad ha llegado antes de hora a Vídeo 2000! ¡Por 1 DVD alquilado, otro gratis!». Debajo, un comentario lapidario acompaña la imagen del perfil de Valentine: «LOL!!!».

Apago el móvil con gesto de hastío. Describir lo que siento como «disgusto» sería un suave eufemismo. En realidad, tengo ganas de lanzar un grito primario para liberarme del nudo kármico en el que siento que estoy preso.

A todas estas, me doy cuenta de que mis posibilidades de acompañar a Valentine a la fiesta de fin de curso desaparecen a la misma velocidad que un conejo en el sombrero de un mago. Tecleo una respuesta rápida a Areski —«Olvidalo, es *marketing* situacionista, no podrías entenderlo»— y sigo mi camino como si nada.

En ese mismo momento siento que vibra mi teléfono. Me pongo, aunque sé que tal vez no sea buena idea.

—¿Ya está? ¿Te has quitado el disfraz de Mudito?, —dice Areski entre risas al otro lado.

—Jo, tío. ¡Que no es un disfraz de enano! Y ya basta de bromitas.

—Buenooo... Más que Mudito eres Gruñón, por lo que veo.

—Sí, sí, muy bien, sigue así. Yo lo que voy a hacer es colgar, volver a casa y acostarme. Tal vez mañana no seas tan imbécil.

—Muy bien, buenas noches, Dormilón.

—Ja. Ja. Ja.

Cuelgo con rabia y me guardo el móvil. Tal vez Areski sea mi mejor amigo, pero a veces tiene el don de sacarme de quicio.

El sol casi se ha puesto cuando llego a casa. Solo pienso en una cosa: subir a mi cuarto, dejarme caer en la cama y dormir como un tronco. Mañana se inicia la semana de clases, la última antes de los exámenes, y no puedo seguir dispersándome así.

Abro la puerta de entrada. Como cada noche, la tele está encendida. Mis padres están delante, en silencio. No hablan, no se dicen nada, no se miran. Desde hace mucho se relacionan más con las pantallas que entre ellos. El sonido saturado por el mugido de los espectadores llena toda la sala.

No soy lo bastante valiente como para enfrentarme a este cuadro. Esta noche, no. Subo directamente a mi cuarto. Enciendo el ordenador y directamente pongo Deezer.

Levanto la vista hacia la ventana. Las últimas luces del día son vagas y difusas, de modo que la ciudad se ve sumergida en tonos anaranjados. En mi mesa de estudio, una fotografía en la que salgo con Valentine se muestra con orgullo dentro de un marco de Ikea, de acero inoxidable. Prácticamente enseña todos los dientes con esa sonrisa: realmente parece de lo más feliz. No les he dicho a mis padres que habíamos roto. No sé por qué, no me he atrevido. Mamá me lo pregunta con regularidad:

—¿Qué tal con Valentine?

—La mar de bien —miento con aplomo, acompañándolo con una sonrisa falsa dibujada en mis labios.

Mientras me tumbo en la cama, vuelvo a pensar en el día anterior. ¿Qué estará haciendo Daniel Marcuso a esta hora, en su mundo de 1988? ¿Estará pasando revista a sus fotos, en secreto? ¿Estará en plena bronca con su abuela? ¿Estará pensando en Élise Brossolette, o en Jessica Stein? No lo sé. Solamente espero que «eso» no vuelva a suceder. No tengo ganas de volver a pasar por una nueva jornada en otra vida que no sea la mía. Si hay un Dios en alguna parte —lo imagino un poco como el tipo raro al final de *Matrix 2*—, le ruego que no siga utilizándome como cobaya para sus experimentos espaciotemporales. «Tal vez podrías utilizar a Jérémy Claquard en mi lugar...», sugiero silenciosamente lanzando un suspiro. Este pensamiento me hace sonreír; ese cretino engominado atrapado para siempre en los años ochenta, ¡eso sí que sería divertido!

De mi ordenador se escapan los ritmos obsesivos y melancólicos de una canción de Harry Styles, *Sign of the Times*. Intento calmarme, no ceder a la inquietud, regular la respiración. No sirve de nada: a pesar de mis esfuerzos, mi estado de ánimo se agita y se exalta. ¿Qué voy a hacer si vuelvo a despertar en otro cuerpo que no sea el mío? ¿Soportaría otro día más en la vida de Daniel Marcuso? ¡No, imposible! Todo eso no fue más que una pesadilla. Una pesadilla muy realista, sí. ¡Pero una pesadilla que no puede repetirse!

Por si las moscas, decido dejar el iPhone levantado, al lado de mi cama, en equilibrio sobre la mesita de noche, contra la pared. «Mañana por la mañana veremos si sigue ahí...», pienso al volver la cabeza hacia la ventana.

El sol ya ha completado su ocaso. Solo la noche flota por encima de Valmy en la reverberación de luces y estrellas. Pienso en los miles de personas que están ahí fuera. Todos esos espíritus que dudan, que lo pasan mal, que ríen, que lloran. Como yo. Todos esos cuerpos que sufren. El de Areski, o el de Daniel Marcuso, o el de Jessica Stein. ¿Qué esperan en su

rincón olvidado del tiempo y el espacio? ¿Que alguien venga a salvarlos? ¿Que les mejore la vida? ¿Que el futuro sea clemente con ellos?

Reflexiono sobre estas ideas negras, pero sé que ya es demasiado tarde. Lo que pasó, pasó, y nadie puede hacer nada sobre eso.

Y mañana, ¿cómo será? Hago lo posible por no pensar más en eso y por no dormirme, pero poco a poco siento que mis músculos se relajan y que el sueño me invade. Los párpados se me cierran. Los reflejos se difuminan.

Y el cerebro, lentamente, se sumerge bajo la superficie agitada de todos los sueños y de todas las pesadillas.

Lunes

4

Lo primero que pienso en cuanto me despierto: «¿Dónde está mi iPhone?».

Palpo por los alrededores de la cama. Nada.

Un martillo neumático se pone a aporrear mi puerta con todas las fuerzas, acompañado de gritos y clamores. Una sensación de desánimo y de pánico me invade a medida que voy comprendiendo que no reconozco en absoluto esta habitación.

«¡Oh, no, otra vez no...!».

Se hace del todo evidente que he caído en otra falla temporal.

Con las manos apretadas contra la cara, reprimo un grito de rabia. ¿Por qué yo? A mi alrededor, una estancia con mucha luz, bien ordenada. Esta vez no he aterrizado en casa de Daniel Marcuso. Vuelvo la cabeza con lentitud y veo sobre una mesa de madera clara un pequeño montón de cuadernos de colores diversos muy bien colocados unos sobre otros y coronados por una agenda. En la pared, un póster de la película *Betty Blue* clavado con chinchetas junto a una foto de Michael Jackson de la etapa *Bad*. Justo por encima de la mesilla de noche veo un radiocasete de plástico rosa decorado con diversas pegatinas en forma de estrellas.

Me incorporo lentamente, y enseguida noto que hay algo que no concuerda. Los golpes en la puerta arrecian todavía más. Me duele la cabeza, tengo la impresión de que me va a explotar. Lo daría todo por una aspirina y un vaso de agua fresca.

—¡Vale, vale! ¡Ya voy!

Justo cuando estas palabras salen de mi boca comprendo qué es lo que no concuerda. Salgo disparado de la cama y voy hacia el armario perchero. No encuentro ningún espejo, pero me doy de narices con toda la colección de ropa de muchos colores. Es la primera vez que veo tal cantidad de vestidos reunidos en un espacio tan reducido.

Me vuelvo, aterrorizado, y agarro un neceser que veo sobre la mesa. Redoblan los golpes en la puerta, cada vez más fuertes.

—¡Voy!

Por fin encuentro un espejo de bolsillo y lo agito ante mi rostro.

«¡Oh, no!».

De pronto la puerta, ante tanto empujón, acaba por ceder y veo que entra una niña de unos once años que me mira, con una mano en la cadera y la expresión alterada por la ira. Lleva un pijama con motivos de arcoíris, con un bolsillo en el pecho. En este bolsillo está bordado con hilo rojo el nombre «Sibylle».

—¡Capucine!, —grita dirigiéndose a mí.

Me aventuro a echarle otro vistazo al espejito. Tengo una cara fina y armoniosa y una abundante cabellera, pelirroja y rebelde. En los ojos llevo todavía restos del maquillaje de la noche anterior. Soy bastante mona, aunque al conjunto le falta un poco de definición.

—¡Capucineeeeeee!, —repite la niña.

Me mira fijamente, con aire exasperado. «Así que esto es tener una hermanita...». Vuelvo a reprimir la sensación de pánico e intento, en la medida de lo posible, hacer como si todo fuera perfectamente normal.

—Sí, ¿qué?, —digo con un tono que pretende ser anodino, aunque con un toque irritado—. ¿Qué te pasa?

Me sorprende la tonalidad aflautada de mi voz. Tendré que ir acostumbrándome. Y entonces Sibylle suelta un torrente de palabras, gritos y reproches que parece que no vaya a acabarse nunca. Por lo que puedo deducir, en esencia, le he quitado su lector de cintas de casete con la de Indochine dentro, está harta de que le robe sus cosas y si no dejo de hacerlo les va a decir a mamá y a papá y a todo el mundo lo que vio la última vez, aunque eso no iba a gustarme, pero que es mi culpa, porque todo lo había empezado yo al quitarle la casete de Indochine.

La miro completamente quieto, aturdido. Resopla y se calma (un poquito), aparta la mano de la cadera y luego me mira con expresión indecisa.

—¡Sabes muy bien de qué te hablo!, —añade con aire burlón.

Evidentemente, no tengo ni idea. Decido jugar la carta de la inocencia.

—¿A qué te refieres?

—¡Oh, como si no lo supieras de sobra!, —exclama, entrecerrando los ojos con una expresión repleta de sobrentendidos.

Y luego añade:

—¡Tú y Marc-Olivier Castaing!

Acerca sus índices, los apoya uno sobre otro y los hace girar, con la mímica de un lánguido beso.

—¡Mmm, mmm, Marc-Olivieeer!

La escena se prolonga tanto que acaba por darme apuro.

—¡Bueno, Sibylle, para ya!, —digo por fin, cuando ya no puedo más.

Me dirijo hacia el borde de la cama y recupero el radiocasete rosa con sus pegatinas estrelladas.

—¿No será esto lo que buscas, por casualidad?

Me lo arrebató con gesto brusco, me saca la lengua y luego sale del cuarto sin decir nada más.

Me quedo solo, con los brazos caídos, pasmado por lo que acaba de pasar. El sol ya ha salido y resplandece a través de los estores. El radiodespertador que hay sobre la mesilla de noche marca las siete y nueve.

—Pero ¿quién es Marc-Olivier Castaing?, —me pregunto a solas, con una voz algo tomada.

Vuelvo a mirarme en el espejito que he conservado en la mano. Esta nariz fina... Esta cabellera pelirroja... «Capucine»... Todo esto me parece extrañamente familiar. En cambio, lo que me resulta una completa novedad es la sensación de estar en un cuerpo realmente muy diferente al mío. Un cuerpo... Un cuerpo... ¡Un cuerpo de chica!

Sí, ya sé que habría un montón de cosas más urgentes que hacer. Pero una ocasión como esta no se presenta todos los días. Me pongo una mano vacilante en el pecho, por saber... Resulta extraño.

Por miedo a que me sorprendan, echo el pestillo y enciendo la radio.

—¡Bienvenidos a Valmy FM!, —chirría una voz desde el aparatito.

Me quedo bloqueado por un momento. «¿Valmy FM?». Eso es algo que debía de ser corriente en los años ochenta, supongo: las emisoras locales y las radios pirata. Evidentemente, en 2018 de todo eso no queda nada.

—Hoy lucirá el sol en nuestra pequeña ciudad y nuestros pensamientos están puestos en los estudiantes que se preparan para sus exámenes. ¡Mucho ánimo, amigos! A continuación, para ayudaros a empezar bien la semana, ¡las Bangles y su *Manic Monday*!

Los sintetizadores de una canción pop deliciosamente azucarada llenan inmediatamente la estancia. Siento que el ritmo me invade y aventuro unos pequeños pasos de danza. Subo el volumen y empiezo a saltar levantando los brazos al aire. Por cierto, la verdad es que no debo de parecer ninguna lumbrera.

Inmediatamente se evidencian algunos contrastes con respecto a mi cuerpo de chico: las caderas más bajas, el pecho que rebota con cualquier movimiento. Se apodera de mí una sensación inquietante, como un calor inconcebible que sube desde el vientre... Las Bangles siguen dándolo todo,

pero yo me quedo quieta. Siento una gota de sudor que me baja por el vientre. Jadeante, inseguro, aterrorizado por la curiosidad, tiro suavemente de la cinta elástica de mi pantalón de pijama. Solo por ver qué hay, vaya...

«Jo, Areski no se lo va a creer...».

La vida de Capucine Chauchoin parece más bien banal, por lo menos comparada con la de Daniel Marcuso. Cuando entro en el comedor, una mujer que supongo que es mi madre me mira un tanto asombrada. La taza de café se le queda a medio trayecto, suspendida en el aire entre la mesa y la boca.

—Eeeh... Capucine... —balbucea con voz confusa.

Me he puesto lo que me parecía menos chillón: un suéter enorme y unos vaqueros anchos. Y ya veo que no ha sido la mejor de las ideas. Mi madre va de punta en blanco, con su chaqueta a medida, falda negra y camisa blanca entallada.

Sibylle me lanza una mirada burlona mientras va mordisqueando una tostada con mermelada.

—Bueno, chicas, ¡me voy!

La voz masculina viene de detrás de mí. Cuando me vuelvo me encuentro frente a un hombre de unos cuarenta años, alto, esbelto, traje y corbata. Lleva un maletín en la mano derecha. La manga de la chaqueta permite percibir la correa de oro de su reloj de lujo. Tiene el cabello engominado y luce una sonrisa de hombre de negocios, tipo *golden boy* pero un poco entrado en años.

—Eeeh... Capucine... —dice también en cuanto me ve.

Lo miro sin decir nada. En esta familia todos parecen personajes de una serie de la tele. Son jóvenes, guapos y ricos. Como en *Gossip Girl*, pero en una versión de 1988.

—No pretenderás ir al instituto así, ¿verdad?, —me pregunta el padre.

Bajo los ojos para inspeccionar mi indumentaria.

—Pues sí. ¿Qué pasa, que...?

El tipo me mira con aire escandalizado. Se vuelve hacia su mujer.

—Évelyne, ¡di alguna cosa, por el amor de Dios!

—Es verdad —dice por fin la madre—. Capucine, ¡mírate! ¡Si ni siquiera te has maquillado! ¡Pareces un saco!

Estoy casi seguro de que si Capucine Chauchoin fuera un chico, nadie le habría hecho este tipo de comentario.

—¿Un saco? ¿A qué te refieres, a uno de patatas o a uno de dormir? ¿A uno de cemento, tal vez?, —le contesto riendo, la mar de satisfecho de mi

excelente sentido de la réplica—. No es lo mismo.

—¡Eh, eh, eh!, —se interpone el padre a lo «paladín de la luz»—. ¡En otro tono, jovencita! Vas a ir a tu cuarto enseguida, y allí te peinas, te maquillas y te pones la ropa que toca. No se sale de casa de los Chauchoin vestida como una pordiosera.

—Bien dicho —susurra Sibylle, burlona.

—Cuando eres una chica —añade la madre—, sobre todo a tu edad, hay que saber estar presentable y limpia. Si no, ¿qué pensarían tus compañeros? ¿Y los profesores?

La escucho, atónito.

—Mira si no a tu amiga Jessica —prosigue—. Siempre guapa. Siempre bien peinada. ¡Deberías inspirarte en ella! Creo que esa sí que es una muy buena influencia para ti.

—Pero... Pero... —balbuceo.

—Pero nada —me corta fríamente el padre—. Punto final, gracias, hasta la tarde.

Me envía a paseo con un gesto de la mano y luego mira la hora en su reloj probablemente carísimo. Le da un beso en la frente a Sibylle y se dirige hacia la puerta de entrada, que cierra secamente antes de desaparecer.

—¡Venga, corre, hop! —me dice entre las risas redobladas de Sibylle.

Corro a la habitación y cierro la puerta con fuerza, para recalcar mi enfado. Me da la impresión de que soy Sophie Marceau en *La fiesta*. Una vez en mi cuarto agarro la cartera —una mochila cubierta de pegatinas con el logo de grupos de *rock*: Aerosmith, Indochine, Niagara, Téléphone— y lanzo al interior las libretas que encuentro. ¿Tengo que ir al instituto? Vale, pues allá voy. Pero ni hablar de ponerme un vestido solamente para contentar a mis padres.

En ese momento, me doy cuenta de lo pesado que puede resultar, en la vida de cada día, ser una chica. Ha llegado el momento de que las cosas cambien para Capucine Chauchoin, también. Abro la agenda y consulto el horario. Estamos a lunes, y en la primera casilla pone:

«9-10 h, Matemáticas, aula 225b».

Me pongo unas zapatillas deportivas desgastadas y me paso las cinchas de la mochila sobre un hombro. Hace calor, y ya es pleno día. No importa. No me quitaré el suéter. Se ha convertido en una cuestión de principios.

Abro la ventana de la habitación —una ventana de un solo batiente que da directamente sobre el jardín— y sin pensármelo dos veces, salto.

Son algo más de las ocho. Me deslizo por la parte posterior de la casa y, sin que nadie me vea, tomo la pequeña carretera que recorre el pinar cercano al lago. Reconozco el barrio en el que vive Capucine: es la parte residencial de Valmy, el barrio más elegante. Con paso vivo y decidido, sin volver la vista, corto por el bosque para llegar a la ciudad. Mis zapatillas crepitan sobre la grava, mientras que una urraca lanza un graznido burlón en el aire de la mañana.

Dentro de quince minutos estaré en el instituto. Entonces empezará otra vida.

A medida que avanzo hacia el centro de Valmy, veo que se va perfilando el lago, larga playa inerte de azul y negro que se recorta por entre los árboles. Con un escalofrío pienso en las fotos de Jessica Stein que dentro de treinta años estarán clavadas aquí y allá, por toda la ciudad.

A cada paso levanto una nube de saltamontes, que escapan en una serie de saltos contradictorios y finalmente se ocultan entre las hierbas altas que hay a los lados de la carretera.

¿Quién es en realidad Capucine Chauchoin? ¿La mejor amiga de Jessica Stein? ¿La que dos días antes llamaba a Daniel Marcuso «gordinflas», entre risas, como quien lanza un puñado de flechas asesinas? ¿O más bien la chica oprimida, educada en una familia que solo se fija en las apariencias y en el éxito social, como la que he conocido esta mañana?

La verdad, por lo que sé, se sitúa entre las dos.

Continúo mi camino hacia el instituto arrastrando un poco los pies. Pienso que, francamente, tengo mala pata: encontrarme en otro cuerpo... ¡y estar obligado a ir a clase!

Pero ¿«obligado»? Pensándolo bien, nadie me obliga. Realmente, nadie sabe que estoy aquí. Podría pasar el día en el lago, tomar el sol, bañarme... Nadie podría reprochármelo. No soy Capucine Chauchoin. Técnicamente, por tanto, no sería yo quien se saltara las clases.

Pienso en el lago, en su playita. ¿Cómo será bañarse con un cuerpo de chica? ¿Habrá alguna diferencia? Por primera vez en mi vida —o por lo menos en mucho tiempo—, soy libre de hacer lo que quiera. Ninguna de mis acciones de hoy tendrá consecuencias en la existencia de Léo Belami. Y esta

sensación de libertad absoluta es de lo más embriagadora, pero también un tanto incómoda...

¿Qué pensará Capucine cuando mañana por la mañana se despierte y vea que se ha fugado por la ventana de su habitación, que ha hecho enfadar a sus padres y que se ha ido al instituto con un viejo suéter deformado y unos pantalones impresentables? ¿Tengo derecho a hacer cualquier cosa con la excusa de que no estoy en mi vida? Más bien es lo contrario: me parece que tengo algo parecido a una responsabilidad. Ser libre, realmente libre, ¿acaso no consistirá en esto? No actuar en todo momento como te dé la gana, sino teniendo en cuenta las consecuencias. No sé...

Mientras sigo con desgana hacia la verja del instituto, vuelvo a pensar en la escena que viví en el Plus-que-parfait. La cara de satisfacción de Capucine Chauchoin cuando se burlaban de Daniel Marcuso. Su risa penetrante y cruel. Ese maquillaje impecable, esa ropa bien conjuntada, ese peinado perfectamente a la moda. Debe de creer que es la bomba: la mejor amiga de la chica más conocida del instituto, rica, popular, despiadada. Lo más de lo más.

No, no tengo derecho a inmiscuirme en su vida, de acuerdo. Pero una pequeña lección de humildad tal vez no le iría mal...

El instituto Marcel-Bialu de 1988 no es muy diferente a lo que será treinta años más tarde. Todavía no dispone de los dos grandes cubos prefabricados que se añadieron al conjunto, y la fachada del edificio principal parece un poco menos vetusta. Pero en cualquier caso me encuentro en un ambiente que me resulta familiar: las aulas, las mochilas, los timbres, las burlas, los besos y los apretones de manos. En el lado derecho del patio, el grupo de los populares mercadea disimuladamente con cigarrillos comprados a cuentagotas. En el lado exactamente opuesto, esos a los que todavía no se llama «frikis», sino simplemente «perdedores» o «raritos» y que hablan de películas, de discos, tal vez de videojuegos...

Mientras me abro paso por entre la multitud de alumnos, reconozco en este último grupo la gruesa y borrosa silueta de Daniel Marcuso, con una cámara sujeta a la correa que lleva al cuello. Cuando él repara en mí baja inmediatamente los ojos, para no llamar la atención. Al otro lado, Jessica Stein no para de hacerme aspavientos. Está apoyada contra la pared, a lo «actitud rebelde», con la chica morena que vi en el café el otro día.

Dudo por un momento, pero luego, con paso decidido y rápido, avanzo entre los plátanos que separan el espacio y proyectan en él sus largas sombras

serenas.

Cuando me ve llegar, Daniel Marcuso parece entrar en pánico. Vuelve a bajar la cabeza, levanta los hombros, aprieta los brazos. Se diría que intenta replegarse sobre sí mismo, como un animalillo indefenso a merced de un depredador. Prosigo mi avance y hago restallar la suela de mis zapatillas contra el asfalto bañado por el sol. Siento en mi espalda la mirada atónita de Jessica Stein.

«Que se aguante. Ya hablaré con ella más tarde».

Por la zona de la entrada del instituto reconozco a la chica que ha invitado a Daniel Marcuso a la fiesta. Élise Brossolette. Veo sus movimientos un tanto exagerados, y esas gafas grandes, y esas trenzas algo ridículas... ¡Ni me atrevo a imaginar hasta qué punto deben de burlarse de ella! Realmente, ya es hora de que todo esto cambie.

Daniel me lanza miradas furtivas mientras voy avanzando hacia él. A medida que me acerco, el grupo de alumnos que lo rodeaba se va disolviendo. Pero Daniel no se mueve. O más bien sí: tiembla. Lo veo en su corte de pelo erizado, que de pronto se anima con un ligero movimiento de pánico. Capucine Chauchoin tiene el don de provocar este tipo de reacción.

—¿Daniel?

—S-Sí...

—Solamente quería... Eh... ¿Estás bien?

—Sí.

—Me refiero a... Ya sabes, el otro día, en el bar...

—¿A ayer, te refieres?

Me mira con suspicacia. Me daba la impresión de que habían pasado ya dos semanas después de aquello. Pero claro, fue ayer.

—Sí, exacto. Ayer. Pues quería... ¿Sabes? Bueno... Que lo siento, sí.

Una expresión de sincera sorpresa se dibuja en su rostro.

—Ah, bueno... No pasa nada.

Levanta las cejas, inquieto, y vuelve a mirarme interrogativamente, como si esperara una indirecta o alguna burla por mi parte.

—En el fondo no soy así —digo con una voz tomada de pronto por la aprensión—. Bueno... Al menos eso creo. Pero me cuesta tener aplomo. ¿Me entiendes? Lo que quiero es confiar en mí misma.

—Ah... Sí, ya... —responde él inclinando la cabeza, visiblemente poco convencido y no muy seguro de adónde va a conducirnos la escena.

Yo tampoco estoy seguro de nada, pero sigo con el mismo rollo:

—La cuestión es que siento mucho lo que ha pasado estos años. Porque imagino que te estoy agobiando desde hace tiempo...

—Desde los once años. Desde que nos conocemos. Desde el mismo momento en que me viste.

Es algo que ha meditado e interiorizado tanto que me da la sensación de que está recitando una lección aprendida de memoria.

—Ah... Pues mira, la próxima vez que ocurra, bastará con que me llames «niña de papá».

—¿«Niña de papá»?

—Sí. Creo que sabré lo que quiere decir.

Me mira, perplejo. Antes de dejarlo, le dirijo un guiño y un «¡Venga, ánimo!» que pretendo que sean reconfortantes. Aunque no parece entender demasiado qué ocurre, por lo menos me devuelve la sonrisa antes de bajar la mirada. Quiere asegurarse de que no lo pille en falso.

Me alejo sin volverme, con la sensación de haber hecho algo útil. El timbre suena en el patio. Pienso en mi horario: De 9 a 10, Matemáticas, aula 225b.

El día empieza bien, me digo mientras me dirijo al edificio B. Pero sí, sí, ya sé que lo más difícil está por llegar.

Ahora tendré que ocuparme de Jessica Stein.

La clase de mates se desarrolla en una neblina de concentración. Me siento al fondo del aula e intento, en la medida de lo posible, seguir a la profesora, que va escribiendo en la pizarra ecuaciones de varias incógnitas y nos pide que identifiquemos identidades notables. En diferentes momentos, veo que Jessica se vuelve hacia mí. Achica los ojos y parece preguntarse qué me pasa.

Cuando acaba la clase, en el pasillo, se me acerca.

—¿Todo bien, Capucine? Te veo rara, hoy. Oye, ¿y esta indumentaria?

—Oh, pues... Tenía ganas de probar algo nuevo.

—Ah, sí, bueno... La verdad, pareces un saco.

Pero ¿qué les ha dado a todos con los sacos? Me mira con una expresión severa que me recuerda a la de mi madre esta mañana.

—A mediodía nos vemos en el comedor —me dice—. Tenemos que hablar de eso que ya sabes.

Luego desaparece en la marea de alumnos hacia el aula de artes plásticas. En todas las paredes del pasillo, carteles: «Fiesta de fin de curso – Viernes 17

de junio de 1988». Las letras rojas están impresas sobre un dibujo extraño, en estilo grafiti, que representa a una pareja bailando.

Durante una fracción de segundo tengo ganas de correr tras Jessica, de alcanzarla y decirle: «Ven, que nos vamos. Nos subimos a un coche y dejamos Valmy. No hay necesidad de ir a esa estúpida fiesta...».

La cabeza me da vueltas mientras me dirijo a mi taquilla. La abro lentamente —he encontrado la combinación del candado en mi agenda— y ordeno los libros de clase en el pequeño estante superior. A mi alrededor la actividad de los alumnos del instituto Marcel-Bialu es febril. Algunos conversan animadamente. Otros arman jaleo. Acurrucada contra una pared, una chica parece sumergida en sus repasos. A unos metros de ella, una pareja se abraza ante las miradas burlonas de un grupo de chicos. Aquí y allá se oyen gritos y risas.

Es un día normal en un instituto normal.

Solamente yo sé que entre nosotros tal vez se esconde un asesino.

Cuando van a dar las doce empiezo a darme cuenta de que ser una chica resulta mucho mucho más cansado que ser un chico. En diversas ocasiones me abordan con comentarios como este:

—¡Eh, Capucine! ¿Te has mirado al espejo? ¡Si pareces una mendiga!

Otras observaciones, algo menos desabridas, también me van llegando:

—Se diría que la noche ha sido larga, ¿eh? ¡Y dura! ¡Ja, ja!

Imagino que era de esperar. La vida de adolescente en un instituto estándar parece más bien el recorrido de una pista americana. Más aún cuando resulta que hay que respetar un cierto nivel: no se puede ir a clase vestida de cualquier manera. Hay que cuidar la ropa, el peinado, el aspecto. Los comentarios y las burlas se suceden durante toda la mañana. Incluso el profesor de Educación Física, el señor Mailletz, un viejo cuarentón, tiene algo que decirme:

—Señorita Chauchoin, si no quiere ponerse la ropa de deporte, intente por lo menos tener un aspecto más presentable y agradable.

Evidentemente, todos los chicos a mi alrededor van hechos unos espantajos, pero nadie les dice nada. Al final de la mañana me siento cansado de estar a merced de la mirada de todos. Me dan ganas de quitarme la ropa y empezar a gritar a todo el mundo:

—¡Me visto como me da la gana y ya os podéis ir a tomar viento! ¡Abajo la opresión de las mujeres!

Mi primer día como chica y resulta que ya soy una FEMEN...

A la una es la pausa para el almuerzo. Tengo un hambre que podría comerme tres platos de pasta seguidos. Pero me contento con uno, alto como esos montones de tierra que excavan los topes, cubierto de salsa. Y luego me junto, al fondo del comedor, con Jessica Stein y la chica morena del Plus-que-parfait.

Están sentadas según una jerarquía muy precisa y sin duda de lo más estudiada. Lo entiendo así porque en el lugar en el que se supone que voy a sentarme, es decir, frente a ella, Jessica ha colocado una manzana.

—Para ti —dice con voz amistosa mientras me instalo.

La chica morena —en el transcurso de la comida me entero de que se llama Victoire Delasalle— da golpecitos con el tenedor a una pobre hoja de lechuga solitaria en su plato. Jessica Stein, por su parte, no tiene más que una zanahoria cruda en el plato, acompañada de un yogur natural.

Las dos me miran en silencio mientras ataco mi plato de espaguetis.

—¿Qué pasa?, —digo al verlas tan pasmadas y sin duda salpicando un poco de salsa boloñesa.

—Eeh... Capucine, ¿seguro que te encuentras bien?, —me pregunta Victoire.

—Sí, sí. Pero empiezo a estar hasta el gorro de ser una chica. ¿A vosotras no os pasa?

Jessica respira hondo y luego borra una ligera expresión de descontento de su rostro. Parece preocupada, pero hace un esfuerzo para no exteriorizarlo. Le da un mordisco seco a la zanahoria: la mandíbula se cierra sobre el vegetal como un torno de esmalte inmaculado.

—Bueno, chicas —dice por fin, mirándonos a las dos—. Tenemos que hablar de la fiesta.

Victoire se endereza, como bajo el efecto de una descarga eléctrica, y luego se pone a aplaudir repitiendo a media voz: «¡Sí, sí, sí, sí!».

—Como ya sabéis —sigue diciendo Jessica—, quiero que lo del viernes sea memorable. Absolutamente me-mo-ra-ble.

Estoy a punto de atragantarme y devolver una pelota de espaguetis cuando la oigo pronunciar estas palabras. «Bueno, memorable será —pienso—. Pero tal vez no seas tú quien lo recuerde...».

Sin decir nada, observo a Jessica. Al lado, Victoire sigue con sus escalas de cloqueos emocionados. Pero en la mirada de Jessica hay algo más. Algo

más vivo, teñido de un brillo perverso. Como si tramara algo.

Me aguanta la mirada, hermética, insondable. ¿Qué estará pensando esa cabeza en este momento? ¿Qué habrá previsto que sea tan «memorable»?

Entrecierro los ojos, como si quisiera penetrar en su mente, pero de pronto se oye que la puerta del comedor se abre con gran estruendo. Me vuelvo hacia allá y veo que tres chicos avanzan con paso confiado por la sala, repartiendo miradas seductoras. Circulan entre las mesas, como si todo el comedor fuera su territorio. El primero va vestido con una camiseta blanca de manga corta, unos vaqueros ceñidos y unas zapatillas de deporte rojas. El segundo lleva una chaqueta raída cubierta de chapitas y de inscripciones neopunkies.

En cuanto al tercero, lleva las manos metidas en su chupa de cuero de tipo aviador. Lo reconozco enseguida: es el chico del tigre verde que también estaba en el Plus-que-parfait. Camina con paso lento y seguro. Los cabellos, con un corte de medio largo, se le levantan por encima de la frente y forman como una mecha perfectamente engominada. Se diría que es un cantante de moda, o más bien que responde a la imagen que tengo de un cantante de moda de los años ochenta. Eso sí: parece muy consciente del efecto que produce en las chicas.

Al verlo llegar a nuestra mesa, Jessica se apoya suavemente en el respaldo de la silla y adopta una sonrisa triunfante. El chico se le acerca, a Victoire y a mí nos gratifica con un guiño (como diciendo: «Hola, chatis») y besa a Jessica en toda la boca.

Permanecen enlazados durante sus buenos treinta segundos, durante el tiempo suficiente para que todo el comedor pueda contemplar la escena. Tengo delante de mí a la pareja más guay de toda la historia del instituto Marcel-Bialu. Es algo que casi me da escalofríos.

El chico se incorpora y durante un segundo muy breve pero suficientemente intenso como para que el corazón me dé un brinco, nuestras miradas se cruzan.

—¿Todo bien?, —pregunta Jessica.

—Afirmativo —responde el del tigre verde mientras recupera un cigarrillo de detrás de su oreja y se lo pone en los labios—. Aunque estoy hasta las narices de este instituto. ¡Qué ganas de que llegue el verano!

—¡Y tanto!, —confirma Jessica—. Pero ya solo queda una semana, *baby*... Solo una semana.

—Afirmativo —repite él.

De pronto, uno de los otros dos chicos —el que va vestido como un punk— suelta un gran eructo que retumba en la sala.

—¡Será cerdo!, —exclama el del tigre verde entre risas.

Jessica muestra una sonrisa de cara a la galería en la que también puede distinguirse el asco.

—¡*Baby!*, —dice de pronto mientras levanta la vista hacia el chico que sigue a su lado—. ¿Y si nos saltamos la clase esta tarde?

—¡Eso sí que me interesa!, —exclama—. ¡Podríamos ir al lago!

—¡Síííí!, —grita Victoire, aplaudiendo otra vez.

Se vuelve hacia mí y entonces me interpela:

—¿Vendrás, Capucine?

—Oh... Eh... Pues no sé...

—Vengaaaaa... —insiste Victoire—. Hace buen tiempo. Casi estamos de vacaciones... ¡Y no podemos dejar solos a Jessica y Marco!

Me quedo de piedra. Mis músculos parecen no responder a los impulsos nerviosos que el cerebro les envía. No puedo ni pestañear. El chico del tigre verde me mira como si se hiciera cargo de toda la situación. En el rostro refleja una satisfacción malsana.

Vuelvo a pensar en Sibylle. Veo el gesto con sus dedos pegados, el largo y lánguido beso. «Tú y Marc-Olivier Castaing...».

Marc-Olivier.

Marc-O.

Marco.

El novio de Jessica Stein.

5

A la mañana siguiente me despierto en el perfume familiar de mis propias sábanas.

El póster de *Rocky III: el ojo del tigre* cuelga de la pared. Todo está ahí, normal, habitual. Vuelvo a ser yo, y estamos en 2018. Veo el iPhone donde lo dejé ayer: sobre la mesilla de noche, contra la pared. Como si solamente hubieran pasado unas horas. Lo tomo entre las manos y compruebo a qué día de la semana estamos.

Lunes. Otra vez.

Así que cada día se desarrolla dos veces. Una vez en 1988 y otra en 2018. Claro que esto no explica ni por qué ni cómo. Pero aun así, las cosas se aclaran poco a poco. Saco un pie de la cama y doy un golpe a la pantalla. Siete y treinta y uno.

Ayer, después de la comida, recuerdo que no quise ir al lago.

—Tengo que trabajar —había dicho con poca convicción.

—¿«Trabajar»? Pero bueno, Capucine... —dijo Victoire, extrañada—. ¿Seguro que estás bien?

Luego se fueron y, antes de salir del comedor, Marco se volvió hacia mí. El tigre verde de su cazadora de cuero brillaba bajo la iluminación pálida de los fluorescentes. Me dirigió una sonrisa y un guiño, como diciendo: «Tú y yo, nena».

Borré la expresión asqueada de mi rostro y volví a fijarme en mi plato de espaguetis fríos. De pronto me parecían vómito. O tal vez ya no tenía hambre.

Empujé el plato y me puse la cabeza entre las manos mientras me murmuraba a mí misma, como si fuera un encantamiento misterioso y lleno de peligro:

—Capucine Chauchoin y Marc-Olivier Castaing...

El resto de la tarde pasó exactamente como las demás tardes de la vida de Capucine Chauchoin... O al menos así las imagino. Entre disputas familiares, amenazas de mi adorable hermanita y reprimendas paternas. Todo lo cual concluyó ante el televisor —de ahí se deduce que ciertas cosas son

universales—, donde retransmitían una extraña competición entre dos pueblos. Sus representantes se enfrentaban en un ruedo lleno de pequeños toros, bajo las aclamaciones de un público beodo, que bramaba: «¡La vaquilla! ¡La vaquilla!».

Menos mal que esta mañana todo vuelve a parecer normal. Abro la ventana, meto en la mochila las tres o cuatro cosas de clase que hay sobre la mesa y tomo la decisión solemne de no desperdiciar la jornada. Tras una ducha rápida, bajo las escaleras y pillo una barra de cereales de la mesa del comedor. Mi madre, apenas despierta e incapaz de reaccionar, me mira. Mi padre sigue durmiendo ahí arriba. ¿Para qué molestarse? Sin interrumpir mi carrera ni por un momento, lanzo:

—¡Hasta luego, mamá!

Así me escapo por la puerta de entrada y bajo por la calle de la urbanización para situarme ante el edificio de Areski. Como todas las mañanas, lo espero abajo, apoyado en la fachada de la farmacia que, de todos modos, no abrirá sus puertas hasta las nueve. Le envío un mensaje —«Aquí te espero, atontao»— y me pongo a silbar, por hacer algo, pero también para no pensar en lo que ocurrió ayer.

Esta mañana no he abierto el Facebook. Así mejor, seguro.

Cuando Areski llega por fin son casi las ocho. Las clases empiezan dentro de poco más de media hora. Normalmente no quiere que empuje la silla —«Cuestión de orgullo», me dijo un día, cuando teníamos once años—, pero hoy vamos a tener que darnos prisa.

Sin que mi amigo pueda objetar nada, me hago con los agarradores y me pongo a caminar a buena marcha.

—¡Oye! ¿Qué mosca te ha picado?, —protesta entre risas.

—Tengo prisa. No puedo faltar a la primera clase.

—¿A cuál, la de mates? ¿Se te ha revelado una pasión por las ecuaciones de segundo grado?

—Exactamente, eso es —respondo, en el esfuerzo de ignorar sus sarcasmos.

Es importante que esta mañana seamos puntuales porque tengo previsto sentarme junto a Valentine. Claro que de eso no le digo nada a Areski. Incluso entre los mejores amigos siempre hay un resto de pudor.

«De orgullo», como dice él.

En clase de mates no ocurre realmente lo que había previsto. Llegamos con Areski unos minutos antes del timbre, pero en el tiempo que he tardado en deslizarme por entre las mesas, el sitio de al lado de Valentine ya estaba ocupado por el cretino de Rémi Duffour. Algo decepcionado —pero no derrotado por un detalle tan nimio— me dejo caer y ocupo el sitio justo de detrás. Desde ahí puedo ver el brazo desnudo de Valentine, y su constelación de pequeñas pecas. Las mechas doradas y finísimas de sus cabellos caen sobre su rostro cuando se inclina para escribir. Las coloca tras la oreja cuando se incorpora y, cada vez, este movimiento provoca en mí como un redoble de palpitaciones. Siento que el corazón repiquetea y que la sangre se acelera en mis venas. Es algo que dura bastante, no sé, algunos minutos, hasta que una voz me baja de la nube.

—Señor Belami, ¿sigue usted con nosotros?

La profesora de Matemáticas, la señora Krazewski («Crazy» para los íntimos) me mira fijamente. Parece haber abandonado toda esperanza y la expresión de su rostro refleja una vacuidad melancólica que no se aleja mucho de esa de las vacas junto a la carretera.

—Eeh... Sí —digo yo.

—Muy bien. Entonces, tal vez podría explicar a sus compañeros el principio de las identidades notables, ¿verdad?

Cuando habla, la cara casi no se mueve. Se diría que está modelada en cera.

De pronto resulta que toda la clase me está mirando. Incluso Valentine, con una leve sonrisa, enigmática e impaciente.

—Eeh... ¡Sí, claro!, —le contesto a Crazy imitando ese aire de pez de colores neurasténico—. Las identidades notables es cuando se reconoce una... Eeh... Una identidad. Porque... Eeh... Vaya, porque se reconoce, ¿no?

Toda la clase se echa a reír ante esta nueva representación de *pathos*. Desde el fondo de la clase Areski me mira con expresión dividida entre la burla y la desolación. Sacude la cabeza y se la toma entre las manos, como diciendo: «¡Menudo tarugo!». Y lo entiendo. De hecho, pienso más o menos lo mismo.

Valentine acompaña el concierto de risas, pero luego se vuelve hacia la pizarra blanca y levanta la mano. La señora Krazewski inclina la cabeza en su dirección.

—¿Señorita Blondel?

Valentine, confiada, toma aire y se lanza sin ninguna dificultad. Desde el lugar que ocupo percibo los efectos de la respiración en su tórax.

—Se llama «identidades notables» a los esquemas de cálculos que permiten facilitar la resolución de ecuaciones de segundo grado gracias a fórmulas matemáticas fácilmente localizables y cuya resolución será sistemáticamente la misma.

Pronuncia estas últimas palabras como si hablara una lengua extranjera, muerta desde siglos atrás, conocida solamente por un puñado de especialistas en el mundo. Con la misma mezcla de orgullo contenido y de certeza. Cada una de las palabras que escapan de su boca se convierte de rebote en una minihumillación para mí.

—Sí... Bueno, es lo que he dicho, ¿no?, —mascullo a media voz.

En realidad, he comprendido muy bien el principio de las malditas identidades notables. Es una teoría matemática que explica que existe un cierto número de esquemas preestablecidos, de ecuaciones modelo, cuyo resultado es siempre el mismo. No puede hacerse nada, ni cambiar nada.

En el fondo, todos somos identidades notables.

Crazy vuelve a la pizarra sin decir nada ni dar muestras de su satisfacción (respecto a Valentine) ni de su irritación (respecto a mí). Luego retoma la clase en el punto en que la había dejado. Valentine se inclina sobre sus apuntes para hacer más anotaciones.

De nuevo un mechón le cae sobre la cara. Ella lo desliza tras la oreja, y veo que un brillo de satisfacción ilumina sus rasgos. El móvil que tiene sobre las rodillas vibra.

Me inclino ligeramente adelante para ver quién es el remitente del mensaje, pero el hombro de Rémi Duffour me impide leerlo. «Seguro que es ese cretino de Jérémy Claquard», pienso.

Como un autómatas, me vuelvo hacia el fondo de la clase. Areski me lanza una nueva mirada burlona. De pronto me parece que la vida consiste en una larga serie de pruebas absurdas y ridículamente difíciles. Algo semejante al concurso ese entre pueblos de la tele.

Pero sin vaquillas.

—«Es cuando se reconoce una... Eeeh... Eeeh... Una identidad. Porque... Eeh...». ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Jo, tío, pensaba que iba a reventar de risa!

Areski se troncha mientras imita mis apuros a la hora de responder a la señora Krazewski. Vamos por los pasillos del instituto y es un poco más tarde de mediodía. Casi todos los alumnos se dirigen hacia el comedor, bajo las fotos de los carteles de Jessica Stein. Areski hace que las ruedas de su silla giren bajo sus dedos mientras sigue burlándose de mí.

—¡Bueno, bueno, ya te vale!, —acabo diciendo en un tono cansado.

Miro a mi alrededor. Una multitud de mochilas en movimiento, atareadas. En realidad nada ha cambiado desde 1988. Sí, claro, las nuevas tecnologías han hecho su aparición. Pero aparte de eso, las caras son las mismas. Y las dudas también. La vida no es ni más fácil ni más difícil. ¿Cuántas Capucine Chauchoin, cuántos Daniel Marcuso se disimulan entre nosotros, y se esfuerzan precisamente en no destacar, en no dejar adivinar nada, ni de sus sueños ni de sus miedos más íntimos?

Sin abandonar mis reflexiones, levanto un poco la mano para despedirme de Areski:

—Hasta luego, cara huevo.

—Sí, hasta luego, huevón —responde él trazando una curva a la derecha para meterse en el pasillo que lleva al comedor.

Tengo hambre, pero todavía no puedo ir a comer. Todavía me queda una clase. Es una hora optativa con un tema llamado «Grupo de reflexión filosófica y de preparación a la *Terminale*».

Sí, ya sé que parece el nombre de un taller de apoyo a pacientes con cáncer muy avanzado. Pero no lo es.

No mucho, vaya.

Cuando llego al aula 112 casi todos los demás alumnos ya se han instalado. El profesor, el señor Gérôme, me acoge con grandes gestos e indicándome cuál es mi lugar, allá al fondo.

—¡Bueno!, —exclama—. Ahora que el señor Belami. Ha tenido a bien. Incorporarse a la clase. Vamos a poder. Empezar.

Así habla, con frases muy cortas entre ruidosas respiraciones. Un poco como Darth Vader.

El señor Gérôme es bajito, con treinta años cumplidos. Lleva chalecos de lana y empieza a perder el cabello. En definitiva, que está por tomar el tren de la vejez prematura, tranquila y asumida. A veces me lo imagino en su casa, con unas babuchas en los pies o bien paseando a un viejo labrador con sobrepeso mientras silba una canción de Michel Delpech, de Michel Sardou o

de no sé qué otro cantante de otros tiempos. De aquellos tiempos en que llevar babuchas era lo más *cool*, tal vez.

—Esta semana —empieza con voz aguda— vamos a hablar...

Marca una pausa, como para favorecer el efecto sorpresa. Una sonrisa de satisfacción se le dibuja en la cara. Somos algo menos de una quincena de alumnos, provenientes de todas las clases. Hay intelectuales, malos estudiantes, reinas de la belleza, frikis... Diría que formamos una muestra bastante representativa de la población del instituto Marcel-Bialu en 2018.

—¡De libertad!, —exclama por fin el señor G r me entre la estupefacción y el regocijo general.

No, estoy bromeando. En realidad, nadie parece haberse dado cuenta de que ha acabado la frase. Estamos demasiado concentrados en nuestros garabatos y nos atormenta la idea de ser los últimos en llegar al comedor.

Sobre la pizarra blanca que tiene detrás, el profesor escribe:

—Li. Ber. Tad.

Se vuelve hacia nosotros y nos mira con aire maravillado, un poco como si fuera Papá Noel en la mañana del 25 de diciembre.

—Y. Eso. Qué. Quiere. Decir.  Eh?

Responder, lo que se dice responder, no responde nadie, pero aun así se oyen algunos murmullos por la clase. El señor G r me se lo toma como una señal participativa, porque insiste:

—Actualmente. Os. Parece. Que. Sois.  Libres?  Eh?

—No —responde de sopet n un alumno de la segunda fila que se llama K vin—. Si fuéramos libres no estaríamos aquí.

A esta intervención le suceden un pequeño concierto de risas discretas y de cloqueos de todo tipo. El señor G r me sonríe y asiente con aire profesional.

—Exactamente. Bravo, K vin.

K vin se cala todavía más la gorra y luego se endereza, de lo más ufano.

—Dentro de dos. Semanas —prosigue el profesor—. Estar is. De vacaciones. Libres. Totalmente libres. Significa eso. Que. Podr is hacer. Lo que quer is.  Eh?

—Pues por lo menos no estaremos obligados a venir al instituto —responde una chica de la primera fila.

— Ah!, —exclama el profesor—. Así que eso. Significa. Que la libertad. Es la ausencia. De obligaciones.  Eh?

—Mmm-mmm —murmura ella con la cabeza gacha y anotando algo en la libretita que tiene delante.

Tal como se plantea, el debate me recuerda a lo que sentía cuando estaba en la vida de Capucine Chauchoin. Esa sensación de que podía hacerlo todo, sin que tuviera consecuencias para mí: era totalmente libre. Y sin embargo, algo me contenía.

—Ser libre —insiste el señor Gérôme—. Es por tanto. Ser libre de hacer. Lo que queremos. Por ejemplo, si voy por la calle. Y veo algo que me gusta. En una tienda. Puedo cogerlo. Así. Sin pagar. ¿Eso es la libertad?

—Bueno, eso no —murmura un tipo al fondo de la clase.

—Podrías desarrollarlo. Por favor. ¿Victor?

—Bueno... —dice Victor—. Si lo haces así, eso es robar.

—Sí. Pero acabamos de decirlo: la libertad. Es hacer lo que uno quiere. Sin limitación. Así que puedo robar. ¿Cuál es el problema?

—Bueno, pues que si haces eso los de la tienda llamarán a la policía.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué? ¿Los de la tienda no quieren? ¿Que sea libre?

Risitas incómodas en la clase. Victor muestra una expresión vacilante, visiblemente desorientado.

—¿Alguien más? ¿Quiere hablar? ¿Aparte de Victor?, —pregunta el señor Gérôme escrutando por la clase.

—Los de la tienda no quieren que les roben porque en ese caso perderían dinero —apunta la chica de la primera fila.

—Así que si robo. En la tienda. Les quito. El dinero. Eso significa... Que... ¿Alguien...?

Nadie.

—Eso significa —completa el señor Gérôme, ante la ausencia general de reacción— que al hacer uso de mi libertad. Privo a otra persona. De la suya.

Pasa un silencio por encima de las sillas y de las mesas alineadas. Como si el tema fuera trazando su camino entre nosotros.

—Dicho de otro modo... La libertad de unos. Se acaba donde... Donde... Donde... Donde...

No entiendo si quiere que digamos algo o es que simplemente se ha encallado.

—... ¡Donde empieza la de los demás!, —exclama Kévin, visiblemente contento de haber sacado al profesor de su trance.

El señor Gérôme, efectivamente, asiente con aire satisfecho.

—¡Bien, Kévin!

Y luego prosigue:

—Esto significa por tanto que. La libertad implica... ¿Léo?

Me mira con una sonrisa animosa.

—Eeh... La libertad implica... —Me arriesgo—: ¿Responsabilidad?

—¡Muy bien! ¡Exactamente! Ser libre. Supone. Ser responsable de los propios actos. Y eso, ¿acaso no es una obligación?

—Bueno, pues sí... —dice Victor desde el fondo de la clase, descolocado.

El señor Gérôme hace una nueva pausa para observar con mayor detenimiento nuestras expresiones.

—Y sin embargo... —concluye—. Habíamos dicho que. Ser libre. Era no tener más. Obligaciones. ¿No?

Aquí ya nadie responde nada. Pero el señor Gérôme sigue sonriendo, como si acabara de ganar una batalla. Vuelve a sentarse a su mesa y, mientras el timbre suena por el pasillo lanza, con voz satisfecha:

—¡Lo dejamos aquí! Pensadlo. Para la próxima clase. Gracias. A todos.

Al acabar la jornada de clases, con las dos horas de Francés de la tarde seguidas por una de Física, estoy de lo más convencido: el curso tiene que acabarse. Ha llegado el momento. Por mucho que el señor Gérôme nos quiera hacer creer que la libertad implica obligaciones y sacrificios, las vacaciones serán muy bien recibidas.

Tengo prisa: quiero levantarme a mediodía y dedicar los días a bañarme en el lago, pero ya.

Acompaño a Areski hasta su casa. Está entrando en la portería cuando le lanzo:

—Hasta mañana, cara trol.

Responde a mi grosería con un gesto obsceno sin ni siquiera volverse.

Suelto una carcajada antes de reemprender el camino hacia el gimnasio, donde querría entrenar un poco. Un par de horas de pegada no me irán mal. Tengo que trabajar el directo de derecha. «¡El ojo del tigre, Léo! ¡El ojo del tigre!», digo para darme ánimos.

Estoy cansado, pero también me alegro de no tener que volver a casa enseguida. Sé muy bien lo que me encontraré: a mi padre, en su posición favorita: ante la tele, cuando no jugando a uno de sus viejos videojuegos. No es exactamente el cuadro que más me apetece contemplar al volver del instituto.

Las palabras del señor Gérôme flotan por encima de mis pensamientos. ¿Es la libertad la facultad de hacer lo que quieras con tu vida? No, sin duda. Por mucho que mi padre tenga derecho a que todo le dé lo mismo y a dejarse deteriorar cada vez más, eso no es justo para mamá ni para mí. ¿Es libre ella?

Está obligada a trabajar en el otro extremo de la ciudad, en una tienda miserable, para pagar la hipoteca de la casa y ofrecernos unas condiciones de vida más o menos aceptables. Algo se ha roto en nuestra familia. Nadie sabe a ciencia cierta cómo ha ocurrido, ni cómo revertir la situación, pero siento que esto no siempre ha sido así.

Cuando yo era niño, mi padre era una persona sonriente y atenta. Recuerdo el día —yo tenía nueve años— en que volvió a encontrar el vídeo en VHS de *Rocky III* al revolver por las viejas cajas del desván. «¡Anda que no tiene años, esta!», exclamaba. ¡Estaba tan contento de mostrarme esa película! Nos quedamos dos horas frente a la tele, ¡dos horas de risas y palomitas! Fue una de las mejores tardes de mi vida. Estar allí, simplemente, con mi padre. No intercambiamos ni una palabra, pero algo infinitamente más precioso se dio entre nosotros: la complicidad.

En memoria de este recuerdo compré, unos años más tarde, mi póster. Se lo enseñé, superorgulloso, al volver del mercadillo. Pero ni siquiera lo miró. Supongo que lo había olvidado todo.

Cuando llego al gimnasio es algo más pronto de lo habitual. La sala de boxeo está ocupada por un curso de *fitness* para adultos. Decido hacer tiempo y pasar por el súper de la calle Guillemet.

Paso por la puerta automática y me sumerjo en el primer pasillo. El señor Sylvestre me saluda inclinando la cabeza.

—¡Buenas, Léo! ¿Qué hay de nuevo bajo el sol?

—Bah, nada especial.

—Nada especial, nada especial..., ¡por ahora! ¡Ja, ja!

Oigo que se echa a reír (¿cuántas veces puede reírse uno de la misma broma?, me pregunto) mientras en la radio suena una canción de Serge Lama: «*Je suis mala-de, complètement mala-de...*».

Esas palabras llenan la tienda, como un veneno muy lento. Pongo mis adquisiciones a toda velocidad sobre el mostrador —una Coke y un minipaquete de chips sabor «pollo-paprika»—, pago y salgo de ahí para volver a la calle y al gentío.

Tras dos horas de entrenamiento tengo el cuerpo roto, partido en dos, y los músculos agarrotados, y los pulmones vacíos. Sin embargo, cuando salgo del gimnasio, me encuentro extrañamente sereno. A la salida me despido de

Bobby con un gesto rápido de la mano. Está inclinado sobre la escoba y la camisa abierta permite entrever el tatuaje del dragón azul que lleva sobre el corazón.

—¡Hasta la próxima, chaval!, —me grita con esa voz grave y desgarrada, como si fuera el mismo dragón quien me hablara.

Las calles de Valmy siguen bañadas por el sol, aunque ya son más de las seis de la tarde. Los días se alargan. Sobre las fachadas y las ventanas de los edificios, los rayos de luz se reflejan y proyectan hacia el aire una atmósfera aterciopelada. Casi que me dan ganas de pararme en un parque para disfrutar del fin de este día.

Los pasos me llevan a los jardines Desnouettes. En este mismo lugar, Élise Brossolette le pidió a Daniel Marcuso que fuera su caballero para la fiesta de fin de curso. Es curioso... Me da la impresión de que eso ha ocurrido hace muchísimo. Belinda tenía razón: el tiempo es muy raro. A veces, un minuto puede parecer una eternidad. Y una eternidad pasar en un abrir y cerrar de ojos. Todo es relativo en este mundo.

Aunque esto ya no sé si lo decía Belinda o Einstein.

¿O tal vez fuera en *Donnie Darko*?

A lo largo del parque, sobre las grandes verjas que bordean el bulevar, veo la foto de Jessica Stein y su *hashtag* #TreintaAñosYa. Dentro de unas hora tal vez vuelva a despertarme con otra identidad. ¿De quién se tratará, esta vez? ¿Cómo me las arreglaré para sobrevivir a una nueva jornada de esa clase? ¿Tendré el arrojo de hacer lo que mejor me parezca? La libertad implica responsabilidad, ha explicado el señor Gérôme. «¡Qué peñazo!».

Dejo atrás la foto y siento un escalofrío. ¿Sabía Jessica Stein que Marc-Olivier Castaing la engañaba con Capucine Chauchoin? ¿Será ese el motivo por el que murió, tras haber descubierto el secreto? ¿O tal vez había amenazado a Daniel Marcuso con denunciarlo, puesto que la asediaba fotografiándola hasta cuando estaba en casa? Cuanto más avanzo, más complicada y turbia me parece la situación.

Me dispongo a sentarme en un banco al sol, bajo una gigantesca secuoya, cuando distingo una pequeña silueta vestida con una blusa blanca que se acerca, con la mirada baja.

—¡Vaya, una identidad notable!, —le digo junto con un pequeño gesto con la mano.

Cuando se da cuenta de quién soy, Valentine suelta una carcajada.

—¡Supongo que será notable porque se nota que te conozco, bacalao!

Llega hasta mí y me da un golpe amistoso en el hombro, como diciendo: «Todavía tengo derecho a vacilarte». Reprimo una sonrisa confusa e intento controlar el fuego que me sube a la cara. Pero es más fuerte que yo, ¿qué puedo hacer? Valentine me pone frenético. Ella se sube la correa de la mochila sobre el hombro y me dirige una mueca compasiva. En su rostro, la luz del sol, filtrada por las copas de los grandes árboles, dibuja una infinidad de sombras que realzan la forma de esos labios, lo mismo que la nariz, las mejillas... Podría estar horas mirándola así. ¡Qué pringao!

—¿Qué haces por aquí?

No responde, pero señala el paquete de patatas chips que le he comprado al señor Sylvestre.

—¿Pollo-paprika? Será horrible, ¿no?

—Ah, pues no... ¿Quieres probar?

—No, gracias. He quedado con Jeremy y... En fin, que no...

Distingo en su rostro cierto apuro. Adivino el fin de su frase: no quiere llegar a la cita con su amigo con el aliento apestando a pollo-paprika. Normal. Pero, a pesar de que la comprendo, ese pensamiento me parte el corazón. Valentine me mira un segundo y luego vuelve la cabeza.

—Llegaré tarde —resopla—. ¿Me acompañas?

La idea de encontrarme con Jérémy Claquard, con su peinado engominado, los bíceps protuberantes y ese aire de Robert Pattinson de tres al cuarto no me resulta demasiado apetecible. Pero pasar un rato con Valentine sí que lo es. Asiento y me pongo a caminar junto a ella.

—¿Qué vas a hacer este verano?, —le pregunto.

—Oh, como todos los años. Iremos a nuestra casa de la playa con mis padres y mis hermanas. Dos meses de sol, de mar y de no hacer nada, ¿te imaginas?

La verdad es que no, no me lo imagino. Al contrario que los míos, los padres de Valentine son ricos. Vive en los barrios finos, no lejos del lugar en el que, hace treinta años, me desperté dentro del cuerpo de Capucine Chauchoin. Claro está que después de ese episodio sé que el hecho de ser rico no es la solución para todo. Pero también sé que lo de ser pobre no incluye nada glorioso.

—¿Y tú?, —pregunta Valentine—. ¿Tienes algo previsto?

—Bueno, sí, vaya, lo mismo que tú... En fin, quiero decir... Sin mar, sin sol y sin casa en la playa. Por lo demás, todo igual.

Esboza una sonrisa, con una expresión que es a la vez ligera y llena de comprensión.

—¿De verdad no vas a hacer nada?

Percibo cierta compasión en la pregunta, y eso me emociona y me hace sentir un poco incómodo.

—Yo a eso no lo llamaría «no hacer nada» —digo—. Me ocuparé de Areski. El pobre está perdido sin mí, y además necesita una cobaya para probar sus recetas de cocina fallidas.

Inclina la cabeza y vuelve a sonreír. Llegamos a los límites de la ciudad, al barrio elegante de Valmy. Aquí las casas son más grandes, más limpias, están mejor arregladas. Es así. Sé que Jérémy Claquard vive por aquí. Una ventaja más que yo no tengo.

—¿Irás a la fiesta de fin de curso?, —pregunta Valentine.

En su voz percibo algo semejante a la vacilación. No quiere hacerme sentir mal.

—Pues no lo sé —respondo—. Todavía no tengo nada decidido. No es que me apetezca mucho... Quiero decir... Si estoy solo, vaya.

Soy consciente de que doy penita. Valentine no dice nada. Un silencio de algunos segundos que parece durar una eternidad. Gracias, Einstein.

—No vayas solo. Eso sería la peor idea de todos los tiempos.

—No. La peor idea de todos los tiempos es la mantequilla de cacahuete. De verdad, ¿cómo le puede gustar a alguien una cosa como esa?

—Pues estoy segura de que hay cosas peores. Como por ejemplo el *heavy metal* sueco.

—Los rodeos con ponis.

—¿Los rodeos con ponis?, —pregunta riendo—. Pero ¿eso existe?

—Espero que no. Pero en cualquier caso sería peor que el *heavy metal* sueco.

—El pantalón de chándal metido en las zapatillas.

—Los caniches.

—Las pelis con Vin Diesel.

—¿Qué? ¡Me encantan esas pelis! ¡Las chaquetas de ante con flecos!

—Los domingos por la noche.

—¡Las patatas sabor pollo-paprika!, —digo tirando mi bolsa a la papelera.

Valentine vuelve a darme un golpe sobre el hombro. Tiene un aspecto radiante. Por un momento, yo también me siento así, y me alegra verla tan contenta. Y luego recuerdo que quien me ha dejado es ella.

«¡No te dejes engañar, Léo! ¡El ojo del tigre!».

—¿No te parece un poco raro, tantas fotos de Jessica Stein por todos lados?, —pregunta Valentine.

Murmuro algo, como si no me importara.

—Es que ya ni siquiera las veo.

Intento adoptar un aire del todo indiferente para que Valentine no sospeche nada. Por otra parte, ¿cómo iba a imaginar todo lo que me está pasando?

—De todos modos —insiste ella—, es un poco siniestro. ¿Te das cuenta? Morir así, a los diecisiete años...

—Sí, es horrible. Pero claro, igual se lo había buscado...

—¿Cómo?

Valentine se detiene y se vuelve hacia mí. En los ojos ahora reina un brillo de incomprensión, mezclada con ira. Detrás de ella veo otro panel con ese lema tan pesado: #TreintaAñosYa.

—Quiero decir... En fin... No lo sé... No la conocíamos... Quizá fuera de cuidado...

Lo admito, en ocasiones me cuesta encontrar las palabras adecuadas. De pronto siento una gota de sudor deslizándose por la espalda.

—¿Y qué?, —pregunta Valentine con una voz extrañamente serena—. ¿Justifica eso que la asesinen?

—No, claro. Tienes razón. Solo que... A fin de cuentas no sabremos nunca lo que pasó realmente. Eso quiero decir.

Me lanza una mirada de reprobación y sacude la cabeza, como para olvidar mis desafortunadas palabras.

«La peor idea de todos los tiempos —pienso mientras nos acercamos a la casa de Jérémy Claquard—: Morir a los diecisiete años».

Martes

6

El primer sonido que oigo es el canto de un pájaro, al otro lado de la ventana. Abro los ojos y comprendo de golpe lo que me ocurre. Vuelvo a estar despierto en un cuerpo que no es el mío. Tras un microsegundo de sorpresa, la costumbre toma el relevo. Empiezo a ser perro viejo en estas situaciones y sé que no hay motivo para asustarse.

La habitación es luminosa, bastante grande. Las paredes están recubiertas por un papel pintado en tono beis, rematado por una cenefa de motivos florales de un rojo violáceo. En la que tengo delante, una composición de recortes de revistas, con fotografías de grupos de *rock* y de escenas de películas. Tom Cruise. Patrick Swayze en *Dirty Dancing*. El vinilo de *Girls Just Want to Have Fun*.

«¡Oh, no! Otro cuarto de chica...».

Lo curioso es que el lugar me resulta familiar. Y eso que no tiene nada que ver con la habitación de Capucine Chauchoin. Aquí la decoración no recuerda a la de una casa de muñecas. Es el cuarto de una adolescente estándar. A mi izquierda, un pequeño estante lleno de libros de bolsillo. Son novelas. También hay cómics: un ejemplar de *Yoko Tsuno*, otro de *Clifton*...

Bajo los ojos y me observo el cuerpo. Mis manos son finas y llevo un pijama de algodón con un estampado azul de barquitos. Tengo la misma sensación extraña que en el cuerpo de Capucine Chauchoin: como si flotara y me costara un poco mantener el equilibrio. Me incorporo en la cama. Tal vez tenga algo que ver con el centro de gravedad. Es algo que vi en la tele: las chicas tienen el centro de gravedad más bajo que los chicos. ¿O era más alto?

Sea como sea, consigo levantarme y voy hacia el escritorio. Abro un primer cajón. En el interior, diversos cuadernos bien ordenados, forrados en plástico de colores. Justo delante tengo una foto dedicada de un cantante que sin duda está de moda. Posa con los cabellos peinados hacia atrás y una larga mecha morena que le cae sobre la cara. El cuello de la camisa roja aparece levantado, y lleva arremangada la chaqueta de lentejuelas. Se esfuerza por aparentar un aire misterioso e inaccesible. Pero la verdad es que da risa.

Supongo que es lo que hacía soñar a las chicas en 1988. Al lado tiene a un tipo con el torso desnudo, buenos abdominales, un pequeño tatuaje en forma de corazón a la altura del bíceps. Uf... Jo... Un poco horterera ya...

De pronto, una voz tras la puerta me sorprende y me hace dar un respingo:

—¡Isabelle! ¿Estás despierta ya, amor?

El pequeño despertador de encima de la mesilla de noche indica las siete y treinta y tres.

—¡Sí! ¡Ya voy!

Pero la puerta se abre y apenas me he vuelto cuando una mujer ya ha entrado en la estancia. Avanza hacia mí, me abraza y me da un beso fuerte en la mejilla.

—Buenos días, mi amor. ¿Has dormido bien?

—Eh... Sí... Sí, bien...

La miro mientras se mueve por la habitación y coloca un montón de ropa en el armario. Es más bien joven... Menos de cuarenta años, en cualquier caso. Ese pelo moreno, el corte cuadrado. Los ojos verde oscuro, la nariz algo torcida, la expresión traviesa... Todo me resulta familiar. ¿Es alguien a quien conozco en 2018? ¿Una profe? ¿Una clienta de Vídeo 2000?

Durante unos segundos me quedo inmóvil, perdido en mis elucubraciones, cuando de pronto caigo en ello:

—¿Abuelita?

La palabra me ha salido de la boca por su cuenta, como un pequeño grito descontrolado. La mujer me mira con extrañeza.

No tengo tiempo de responderle ni de justificarme. Me precipito hacia el primer espejo que veo, el que está sujeto al fondo del perchero. La mujer parece un tanto sorprendida, pero permanece en silencio. Me pongo ante el espejo e inspecciono mis rasgos, uno por uno.

—¡Oh, no...!, —vuelvo a decir pasándome la mano por las mejillas, por la nariz, como para asegurarme de que todo esto es bien real.

Siento que me invade una náusea. Casi que tengo ganas de vomitar. Vuelvo hacia la cama y me dejo caer sobre los cojines, como si acabara de recibir una bala en pleno corazón.

—¿Estás bien, cariño?

Sí, sí, estoy bien. Aunque, vaya... Podría estar mejor. No digo nada. No me muevo. Frente a mí, el tipo con el torso desnudo de la foto me envía una mirada lasciva.

Inspiro todo lo que puedo y siento que los músculos del tórax se tensan. En mi mente chocan imágenes y sonidos.

Estamos en 1988. Tengo diecisiete años.

Y acabo de despertarme en el cuerpo de mi propia madre.

Los minutos que siguen son difíciles de describir. En cuanto asimilo el impacto me levanto, algo vacilante, y me vuelvo hacia el espejo para asegurarme de que no me he equivocado. Mi madre —es decir, mi abuela— ha salido de la habitación. Parecía algo preocupada.

—Bueno, tienes el desayuno preparado, si quieres... —Se ha limitado a decir, con una sonrisa.

Y luego ha salido, dejando la puerta ajustada tras ella. Aprovecho para inspeccionar con otra mirada la habitación de mi madre. Tom Cruise, con su camiseta ajustada, parece preguntarme: «¿Sale todo según tus planes, *baby*?». Necesito unos segundos para reaccionar. ¡Mi madre era una chica del montón, de lo más banal! Inspecciono lentamente el resto de la decoración, sin decir palabra, conteniendo el aliento. Así que en esto consistía su vida cuando tenía mi edad...

Es una sensación a la vez extraña y desagradable. Es como si hubiera traspasado algo así como una línea imaginaria. Nunca había pensado en que mi madre pudiera tener diecisiete años, ni que coleccionara fotos de *top models*, ni que se maravillara ante tipos de pelo en pecho. Como es frecuente entre los chicos, hasta ahora he vivido con la impresión de que había nacido conmigo, de que todo lo que había precedido a mi existencia en realidad no había tenido importancia para ella.

Inspecciono los libros de la biblioteca. Algunos parecen leídos y releídos, como esa edición de bolsillo de *El guardián entre el centeno*. También tiene toda una colección de casetes de Étienne Daho. Treinta años más tarde seguirá siendo su cantante preferido. En cuanto algo no vaya bien, escuchará *Duel au soleil* o *Bleu comme toi* para animarse.

A un lado ha quedado como olvidado un peine rosa que parece de niña. Luego una foto, bajo un cuadro. Mi madre posa junto a otra chiquilla. Tienen diez u once años. No más. Miran hacia el objetivo entre risas. En ninguno de esos rostros percibo trazas de duda, ni de cansancio. Una mano infantil, con bolígrafo directamente encima de la foto, ha escrito las palabras que descifro: «*Best Friends Forever*». ¡Qué raro! No he conocido nunca amigas —lo que se dice amigas— de mi madre.

En el armario ropero hay colgados cinco o seis vestidos de verano, ligeros y coloridos. Nunca he visto a mi madre tan llamativa. Lo habitual es que lleve

ropa oscura, de esa que sirve para todas las ocasiones. ¿Qué puede haberle ocurrido, a lo largo de los años?

Vuelvo a sentarme sobre la cama y abro el cajón de la mesilla de noche. Destaca un cuaderno de cubierta azul cielo. Al principio pienso que se trata de un diario íntimo y algo me prohíbe abrirlo. El señor Gérôme, como un angelito directamente salido de un dibujo animado, se coloca sobre mi hombro. ¿Tengo derecho a hacer lo que me dé la gana? No. Eso estaría mal. Completamente mal.

Levanto el cuaderno —sin abrirlo— y desde su interior se desliza un papel. Lo cojo y no puedo evitar leer una línea enigmática, escrita con lápiz: «Llamar a Laurent??».

Los dos interrogantes están trazados con mano firme, como si se tratara, más que de un signo de puntuación, de un dibujo. De pronto empiezo a temblar. Abro el cuaderno: no es ningún diario íntimo, sino una agenda de teléfonos. Se suceden los nombres y apellidos, escritos con bolígrafo de diferentes colores y seguidos de sus números de ocho cifras.

Deslizo el papel entre las páginas y vuelvo a colocarlo todo en el cajón de la mesilla de noche.

«No es posible. Es un sueño. Es un sueño. Es un sueño».

Me repito estas palabras una y otra vez, tanto que hasta pierden el sentido. Como si no formaran más que una especie de plegaria íntima y secreta. Una fórmula mágica para escapar de esta situación.

Pero no ocurre nada. Me quedo inmóvil durante unos cuantos segundos más. La nota, garabateada por una mano apresurada, flota ante mis ojos como el fantasma de todos los días pasados y futuros. «Llamar a Laurent??».

Dos interrogantes. ¿Esto qué significa? ¿Tal vez duda?

A Laurent, claro está, lo conozco.

Es mi padre.

—¡Isabelle!

La voz proviene de la sala y me saca de la ensoñación. Es una voz de hombre: la de mi abuelo. Reconozco enseguida ese tono, a la vez firme y cálido. Es una voz que me lleva a la infancia más lejana. Se remonta a los recuerdos que uno creía perdidos, pero que siguen ahí, en el fondo de todo. Los recuerdos más íntimos, los más secretos. Esos que nos remueven y nos trastornan. No conocí demasiado a mi abuelo, puesto que murió cuando tenía

seis años. Pero lo tengo anclado en mí, como una pequeña y secreta parte de mi vida, como un núcleo sólido y resplandeciente.

Vuelve a llamarme:

—¡Isabelle!

Me da la impresión de que las paredes tiemblan. Me levanto y luego, como un zombi, me dirijo a la sala.

La abuela ya me está esperando, sentada a una mesa sobre la que se disponen tazas y trozos de pan. Me mira sonriente, pero también con cierta inquietud. El abuelo está de espaldas. Cuando llego a su altura, todavía un poco vacilante, me mira con expresión divertida.

—¿Qué pasa, pues?, —pregunta—. ¿Se te han pegado las sábanas esta mañana?

Sus grandes ojos azules se sumergen en los míos. Por la expresión de la cara se diría que se siente cansado. Se parece a mi madre: los mismos rasgos rectos, la misma expresión acogedora, la misma frente alta. Sin ser muy consciente de lo que hago, me lanzo a sus brazos y lo abrazo tan fuerte como puedo. Primero ahoga un grito de sorpresa, pero luego me aprieta los hombros con sus manazas.

Cierro los ojos, acurrucado contra él, y luego suspiro:

—Abuelo...

—Eehh... —dice, de pronto azorado y liberándose de mi abrazo—. Isabelle, ¿qué te ocurre hoy?

Me mira intrigado. La abuela también se añade a la escena y me pasa la mano por la frente. Niega con la cabeza, como diciendo: «No, fiebre no tiene». Luego sirve un poco de café en una taza de porcelana.

—Toma —dice—. Esto te sentará bien.

Me siento en un lugar libre y miro a mis abuelos, que se preocupan por su hija. Entre ellos hay una diferencia de edad importante. Mi abuela —calculo rápidamente— tiene treinta y ocho años. Mi abuelo, en cambio, ya parece mayor. Unos sesenta años o así. Tiene el cabello gris y la cara llena de arrugas.

Cuando era pequeño —debía de tener entre siete y ocho años— le pedí a mi abuela que me hablara de él. Lo recuerdo perfectamente: era verano, estábamos en el jardín de una casa que ella había alquilado al sur del país para pasar las vacaciones. Ella miró hacia el infinito y la voz empezó a temblarle. «¿Sabes?, —me dijo—, con tu abuelo vivimos una historia de amor fuera de lo común. Es imposible de explicar. Hay que haberlo vivido para entenderlo».

Bebo lentamente el café. Está caliente, fuerte, delicioso.

—¿Hoy no te pones azúcar?, —me pregunta mi abuelo.

Niego con la cabeza. La abuela también se sirve e intenta dar conversación:

—¿Qué tal si el viernes vamos todos al cine? ¿A ti qué te parece, Maurice?

Mi abuelo suelta un pequeño gruñido, el tipo de ruido que significa: «Sí, vale, si tú quieres...». Mi abuela sigue sonriendo y me mira con aire interrogativo.

—Isabelle, ¿a ti qué te parece?

—Bueno, es que yo... —Le doy el último trago al café—. El viernes por la noche es la fiesta de fin de curso.

Mi abuela se da una palmada en la frente y dice para sí misma, pero en voz alta:

—¡Anda, es verdad! ¡Qué tonta soy!

Sospecho que igual lo ha hecho expresamente: para hablar de la fiesta, pero sin abordar el tema directamente. El abuelo, por su parte, suelta un suspiro de alivio.

—¿Qué piensas hacer, entonces?, —me pregunta ella—. ¿Con quién irás, con Laurent Belami o con Emmanuel Leblanc?

En ese instante la sangre se me hiela en las venas. Pienso en la nota que he encontrado hace unos minutos.

—Bueno, pues no sé... —digo bajando la mirada.

—Tienes razón —dice mi abuelo—. Desconfía de los chicos. Sobre todo a tu edad. Son una pandilla de mentecatos.

—¡Pero bueno, Maurice!, —exclama mi abuela—. ¡Qué cosas de decir! También tiene derecho a salir y divertirse un poco, ¿no? Sobre todo con ese Emmanuel. Me parece muy simpático. Me encontré con él en el súper. Es muy educado.

—¡Pfff, seguro!, —dice mi abuelo masticando otra tostada con mermelada.

Y yo me quedo ahí, con la boca abierta. No sé qué puedo añadir. Solo pienso en una cosa. Una sola pregunta ocupa todas mis neuronas:

«Pero ¿quién cojones es Emmanuel Leblanc?».

Durante el resto del desayuno apenas decimos nada. Mi abuelo se acaba el café y se levanta. Ante el espejo de la entrada se ajusta la corbata y nos envía una mirada interrogadora.

—¿Voy bien así?

Parece un niño, es como un colegial que se enfrenta al primer día de clase y que tiene miedo de no ir vestido correctamente.

—¡Perfecto!, —le contesta mi abuela con una sonrisa.

Vuelve a la mesa, me planta un beso en la frente, y luego se inclina sobre mi abuela y le da otro beso. Son gestos sencillos, gestos de amor que me conmueven más de lo que puedo expresar. En mi casa nunca he visto este tipo de pequeñas ternuras, hechas de palabras amables, de miradas cómplices... Supongo que mis padres estuvieron enamorados en algún momento. Pero eso fue antes de mí.

Al ver a mis abuelos tan cariñosos el uno con el otro me doy cuenta de lo alejada que está la vida que lleva mi madre en 2018 de la que esperaba llevar en 1988. Un marido depresivo, un trabajo sin interés, un único hijo, ni siquiera una familia numerosa llena de gritos, de peleas y de risas. Una vida pequeña y calmada. Un poco fallida.

Siento que crece en mí un sentimiento de derrota y de rabia. Tras la salida de mi abuelo hacia el trabajo soy yo el que se pone ante el espejo de la entrada. Mi abuela está lavando la vajilla. Miro a la chica joven que tengo frente a mí. Esa cara traviesa. Todavía algunas pecas en las mejillas, que pronto desaparecerán. Esa expresión de alegría en la mirada. Su imagen da ganas de sonreír, de tomarla en brazos. ¿Acaso sabe lo que le espera? Con este pensamiento, siento de pronto ganas de llorar.

En la cocina, mi abuela está de lo más atareada frente al fregadero con la radio encendida. Una canción de varietés se oye de fondo, medio tapada por el ruido del agua. La observo sin decir nada.

—Abue... Eeeh... Mamá...

—Dime, cariño.

—¿Te parece mal si hoy no voy al instituto y me quedo contigo? No me encuentro bien...

Enseguida cierra el grifo, se vuelve de golpe, hace restallar el trapo de cocina contra su brazo. Entrecierra los ojos, como para ver a través de mí.

—¡Sabía que algo te ocurría!, —dice acercándose—. ¿Qué te pasa? ¿Te duele algo? ¡Oh, Dios mío! ¡Estás embarazada! ¿Es eso?

—¿Cómo? ¡N-no! ¡Qué ocurrencia! Pero si no estaré embarazada hasta... ¡Hasta algo así como dentro de trece años! Cuando tenga treinta, eso es.

Ella me mira con aire entre aliviado e intrigado.

—Bueno, pero entonces... La regla, ¿no?

Arrugo la nariz en señal de rechazo y luego niego con la cabeza, sin abrir la boca. Si hay algo en el mundo de lo que no tengo ganas de hablar con mi abuela es de las reglas de mi madre.

—¡Que tengo ganas de quedarme aquí contigo, eso es todo!

—Bueno, bueno... —responde ella suspirando—. Pues claro que sí, mi niña.

Vuelve a sumergir las manos en el agua jabonosa y continúa con los platos.

—Mamá... —digo en una voz tan baja que no me oye.

De pronto tengo ganas de bombardearla a base de preguntas: ¿Qué tengo que hacer para triunfar en la vida y no perdmela sin darme cuenta? ¿Cómo ha conseguido ella ser tan feliz, tan brillante, tan alegre? ¿Cuál es la receta? ¿Cuál es el secreto?

Eso me gustaría hacer... pero no me atrevo. De mi boca no sale palabra alguna. En lugar de hablar, lo que hago es acercarme a ella y, como he hecho antes con mi abuelo, abrazarla. Se queda un momento inmóvil, sorprendida sin duda. No dice nada, no se mueve. Pero luego explota:

—¡Pero bueno, Isabelle, ahora mismo vas a decirme lo que te pasa! Te drogas, ¿verdad?

Yo la abrazo más fuerte, para tranquilizarla.

—Mamá, por favor... —digo entre risas.

Y entonces ella también se echa a reír. Su voz llena toda la estancia y tiene sobre mí el efecto de un bálsamo reparador.

—¿Cómo os lo habéis montado?, —pregunto—. Con papá, me refiero. ¿Cómo es que sois tan felices?

Ella me mira, perpleja. Suspira y luego me dice, casi en voz baja.

—Pues mira, no fue fácil. Tu padre tiene treinta años más que yo. Como podrás imaginar, mis padres no estaban muy conformes con nuestra relación. Tuvimos que pelear. Cuando me quedé embarazada —tenía veintiún años— mi padre me dejó claro que no iba a ayudarme. Que iba a tener que apañármelas sola.

Su mirada queda velada, como por la sombra de la pena.

—Así que una tarde, o más bien una noche, tu padre vino a buscarme. Y nos escapamos. Lo dejé todo para pasar la vida a su lado. Sabía que era una locura, pero... ¿Cómo explicarlo? También sabía que hacía lo correcto. Sabía que era justo, vaya, ¿entiendes?

Asiento con la cabeza, imperceptiblemente. Aunque de hecho no estoy muy seguro. Pero no quiero interrumpirla.

—En fin —concluye, con una aspiración de nariz y colocando el trapo de cocina al borde del fregadero—, sabía que si no lo hacía iba a pasar el resto de la vida lamentándolo. No tenía trabajo, ni estaba situada socialmente, y esperaba un hijo, y tal vez no me daba cuenta de todo lo que eso representaba... Pero aun así, sabía que tenía que hacer precisamente eso. Sabía que mi vida no iba a hacerse de ningún otro modo.

Esas palabras se me quedan flotando en la cabeza hasta mucho después de que ella acabe de hablar.

—Estás preocupada por la fiesta de fin de curso, ¿no es eso?, —me pregunta.

—S-sí... Eeh... —vacilo—. En fin... No sé muy bien qué hacer...

El papelito «Llamar a Laurent??» me vuelve a la memoria. ¿Y si mi madre no volvía a llamar a mi padre? ¿Y si se organizaba la vida sin él? Sí, claro, eso implicaría también que yo, Léo, ya no existiría. Pero en el fondo... ¿Acaso ella no sería más feliz... sin nosotros? En cuanto me formulo interiormente esta pregunta, sufro un arrebató de angustia. Es una especie de duda, profunda y negra como la superficie de un lago. Mi vida, mi propia vida, ¿es necesaria? Me explico: en este preciso instante, todo sigue siendo posible. Mi madre sigue disponiendo de la libertad de no encontrarse con mi padre. De no ir con él a la fiesta del instituto. Pero en ese caso, ¿qué sería de mí, eh? Por primera vez entiendo que mi existencia no es algo que dar por supuesto. Que también podría ser que yo no hubiera nacido.

Como si adivinara mi tormenta existencial, mi abuela me toma la mano con dulzura y la acaricia con la punta de los dedos.

—¿Sabes? No es más que una fiesta... —murmura, como si me estuviera diciéndolo un secreto.

¿Que no es más que una fiesta? ¡Pero si mi vida —la mía, la de Léo— depende de esa fiesta! Claro está, no puedo quitarle la razón a mi abuela, y mi madre debe seguir siendo libre de escoger. No en función de un futuro hipotético, ni de mi propia existencia, sino en función de lo que ella quiera.

Mi abuela me dirige una sonrisa tranquilizadora y luego añade:

—¡Isabelle, que solo tienes diecisiete años! Tómate tu tiempo para soñar. La vida ya se encargará muy pronto de darte su lote de desgracias. Y pase lo que pase, tienes que recordar que solamente tú eres responsable de tu vida. No cuentes con nadie más para ser feliz... Para eso, sobre todo, más vale que no cuentes con un hombre.

Estas palabras las dice en un tono irónico. Recuerdo que mi abuela —ella misma me lo ha contado— estuvo entre las primeras feministas de los años

setenta. De cuando quemaban sujetadores en la calle y militaban por más libertades.

—Eres tú y nadie más que tú —concluyó— quien tiene que tomar sus propias decisiones, y asumirlas. En esto, precisamente, consiste el éxito en la vida.

Asiento con la cabeza sin decir nada y luego vuelvo a abrazarla. Me pasa una mano delicada por el pelo, una y otra vez, exactamente igual que hacía mi madre cuando, de pequeño, no conseguía dormirme.

—Bueno, y ahora ¡corre a vestirte!, —me ordena mirándome de arriba abajo con aire divertido.

Sigo con mi pijama de barquitos azules. Seguro que tengo el aspecto de una niña pequeña.

De vuelta al amparo de mi habitación, me tiro en la cama y me encuentro frente a las fotografías de las paredes. El tipo del torso desnudo sigue ahí. Con su mirada lánguida, como diciendo: «Te he estado esperando todo este rato». Entre cojines y almohadas, sigo dándole vueltas a la adolescencia de mi madre, a sus sueños, a sus deseos. Son unos pensamientos que me provocan una mezcla de sentimientos. «La vida ya se encargará de darte su lote de desgracias», ha dicho mi abuela, y seguro que sabía de qué hablaba. Pero también ha dicho que la felicidad dependía de la libertad de tomar tus propias decisiones, y esta idea me hace sonreír.

Sobre el escritorio veo la fotografía de mi madre de niña. Esa en la que sale con la otra niña y en la que alguien escribió «*Best Friends Forever*». Están entrelazadas por la cintura y juntan sus rostros ante lo que parece una feria. Hay máquinas de comecocos, atracciones y un montón de gente.

La chiquilla que está al lado de mi madre lleva en la mano un bastón con algodón de azúcar. Esa cara me suena. Sin embargo, estoy seguro de que nunca he visto a mi madre con una amiga.

Me incorporo y abro el cajón de la mesilla para sacar el papel: «Llamar a Laurent??».

La situación es difícil... ¿Debo dejar que mi madre tenga la libertad de elegir por su cuenta, con el riesgo de que repita los errores del pasado? ¿O he de dejarla soñar su futuro, a riesgo de sacrificar mi propia existencia?

Vuelvo a mirar la fotografía. Un electrochoque atraviesa entonces mi cerebro. No dura más que una fracción de segundo. Conozco a la chiquilla

que posó junto a mi madre, con el algodón de azúcar. Conozco ese rostro, esos rasgos finos, esos ojos claros. Incluso sé cómo se llama.

Todo el mundo sabe cómo se llama.

Jessica Stein.

¿«*Best Friends Forever*»? Releo el mensaje escrito con bolígrafo. Lo releo una y otra vez, incapaz de creérmelo. Mi propia madre... ¿y Jessica? ¿Cómo es posible? Y sobre todo: ¿cómo es posible que nunca —absolutamente nunca— haya oído hablar del tema por su boca?

Me quedo quieto un momento para mirar el rostro de estas dos niñas sonrientes, despreocupadas. ¿Qué pasó entre ellas? ¿Dejaron de verse? ¿Se separaron sus caminos? Sé que a veces es difícil, cuando empiezas la secundaria, conservar a tus amigos de infancia, pero eso no explica el silencio absoluto de mi madre sobre el tema. Es algo que durante todos estos años ha llevado como en secreto. Ni siquiera recuerdo que el nombre de Jessica Stein se haya mencionado en alguna ocasión en casa.

De pronto me invade una intensa tristeza. Comprendo hasta qué punto la vida de mi madre ha estado puntuada por pequeñas derrotas, por renunciadas, por dramas. Su mejor amiga: perdida, luego asesinada. Su marido: depresivo. Su vida profesional: un fiasco. En un cuadro como este no hay ningún motivo de alegría. Pero la chica que soy en este momento no sabe nada del asunto, todavía. Es alguien que cree en su felicidad. Es su derecho.

Con un movimiento rápido, vuelvo a revolver en el cajón de la mesilla de noche. Recupero el cuaderno azul y lo manipulo con cuidado, como si se tratara de un grimorio mágico. En sus páginas se encuentra toda la vida de mi madre adolescente. Una cincuentena de páginas garabateadas, con números consecutivos, con nombres alineados. Un inventario de lo que es la vida de una chica de diecisiete años en 1988.

Paso las páginas hasta caer en lo que busco.

Jessica - 75.22.39.81

El nombre está escrito en tinta azul, con una escritura que es algo infantil. El punto sobre la i es una redonda, y la jota mayúscula forma como un dibujo.

Vuelvo a cerrar el cuaderno y de nuevo inspecciono las paredes a mi alrededor. Sobre el escritorio se encuentra la fotografía de un paisaje californiano: una gran playa sobre un fondo de sol poniente, sobre una mar en espejo y algunas siluetas que se bañan o surfean. La imagen tranquilizadora y calurosa de un mundo en el que nada malo puede ocurrir.

La sensación de tristeza sorda, de melancolía difusa, me sigue atenazando. Vuelvo a pensar en mi padre. «Llamar a Laurent??». Los interrogantes flotan ante mis ojos y no desaparecen. ¿Realmente depende de esta cuestión toda la existencia de mi madre? Si ella llama, conozco las consecuencias: una vida en declive, un trabajo sin interés, un marido que la deja de lado, una casa hipotecada en una ciudad de provincias. De pronto me da la impresión de que se merece algo mejor que esto. Tiene derecho a una segunda oportunidad.

Por supuesto, sé lo que esto implica. Si modifico el pasado, treinta años más tarde ya no estaré ahí, sin duda. «No. Es imposible. Tengo que llamarle. Y a la porra el futuro. A la porra los sueños y esperanzas».

La cabeza me da vueltas mientras tomo el listín anual de teléfonos de la compañía y busco hasta encontrar la página que me interesa. Tomo el aparato que hay sobre el escritorio —uno de esos tan voluminosos, con un hilo de metros de largo y grandes teclas de plástico duro— y compongo el número. Un tono, dos... Una voz me responde. Durante todo este tiempo, los interrogantes han seguido brillando ante mí:

—¿Diga?

La voz es a la vez grave y ligera. Me quedo un poco desconcertado, ya no estoy seguro de lo que estoy a punto de hacer. Luego lo digo, con voz distante:

—Hola, ¿Emmanuel? Sí, soy Isabelle. Verás, te llamo por la fiesta de este viernes.

El primer pensamiento que me viene a la mente en cuanto abro los ojos al día siguiente es: «¡Jo, he hecho imposible el emparejamiento de mis padres!». Y sin embargo, aquí estoy. Me palpo los brazos, el pecho, la cara... ¡No hay duda, sigo en vida! ¿Cómo es posible? Recupero el iPhone de al lado de la cama: 06.07. Todavía es pronto.

Recuerdo muy bien que ayer invité a Emmanuel Leblanc a la fiesta. Eso debería significar, en toda lógica, que mi padre se ha quedado «para vestir santos» y que mi madre ahora es libre de llevar la vida que le venga en gana. A pesar de eso, nada parece haber cambiado a mi alrededor. Mi habitación es la misma. La casa es la misma. Incluso el dichoso póster de *Rocky III* está ahí colgado, ¡y eso que se supone que ya no he visto esa película con mi padre!

¿Será esto el destino? ¿La imposibilidad de cambiar el pasado, como si todo estuviera escrito de antemano, como si no pudiéramos evitarlo? Es una idea que me deja helado.

Para salir de dudas decido repasar los sucesos del día anterior. ¿Qué hice después de llamar a Emmanuel? Pues me tumbé en la cama de adolescente de mi madre. Metí en el aparato de música una casete de George Michael —*Faith*— y me quedé quieta una o dos horas. Cada vez que la cinta llegaba al final, volvía a empezar por la otra cara, automáticamente.

Luego volví a ver a mi abuela, que leía en la sala. Comimos y luego hablamos y así pasamos gran parte de la tarde. Cuando por fin volví a la habitación tuve la sensación de que ya oscurecía. Pero tal vez fuera algo en mi interior. Un trozo de noche que me había caído encima y que ya no quería soltarme.

Me dirigí hacia la ventana, levanté el batiente y dejé que el aire primaveral penetrara en la pieza. Todas las lámparas estaban apagadas y solo la luna daba a la escena su luz remota. Me encaramé al alféizar y bajé por el canalón. No quería que mis abuelos me descubrieran. Además, para ser sincero, eso de jugármela como Spiderman me gustaba.

Una vez fuera, salté por encima de la puerta del jardín y fui hasta la entrada de la urbanización, hacia el pequeño parque municipal. Allí, naturalmente, no se oía ni un ruido. Nadie en las calles. Ni peatones, ni coches. Valmy dormía.

Avancé hasta la rosaleda y escogí una flor rosa y roja, con pétalos ornados con puntos blancos. La olí. Dulce, embriagadora...

De vuelta en casa, dejé esa rosa sobre la mesa de trabajo de mi madre. Una rosa con treinta años de distancia, como muestra de agradecimiento. Me acosté y me dormí imaginando lo que ella pensaría mañana, cuando se reintegrara a su cuerpo de la adolescencia y viera esta flor solitaria puesta sobre sus cosas.

Como una pequeña ofrenda a través del tiempo.

Estos pensamientos me dan vueltas en la cabeza mientras observo en silencio la progresión de los primeros rayos del sol en la pared. Abajo, desde el comedor, se oye toda una serie de ruiditos discretos: un bol contra la mesa, la agitación del agua al hervir, el papel de un embalaje de biscotes... «Se está preparando para ir al trabajo», me digo.

A las siete se habrá ido. Sin esperar más, salto de la cama, me pongo una camiseta y unos tejanos, y bajo las escaleras de cuatro en cuatro para unirme a ella en la pequeña estancia inundada por el sol.

—¡Léo, qué madrugador!

Se diría que la alegra verme aparecer, aunque también está algo sorprendida. Pero claro, es que por las mañanas no solemos hablar. Siempre nos cruzamos, sin coincidir. A veces me deja un papelito sujeto con un imán a la nevera, al que respondo para que ella, a la vuelta, lo encuentre.

Al verla me siento incómodo. Ayer mismo era una chica llena de vida, llena de esperanzas, con una habitación cubierta de sueños en las paredes. Eso me duele, pero no dejo traslucir nada. El maquillaje alrededor de sus ojos intenta disimular las arrugas. Ya está lista para salir, y me dan ganas de abrazarla fuerte.

—Sí, me he despertado pronto —digo quitándole importancia—. ¿Te preparo tu té?

Sin esperar la respuesta, me levanto, acciono la hervidora y saco la caja de bolsitas Earl Grey del armario de encima de la nevera. Estoy de espaldas a ella, pero sé que no me quita los ojos de encima. Me dedica una gran sonrisa cuando vuelvo a la mesa y le vierto el agua humeante en la taza.

—Gracias —dice encantada, como si fuera la primera vez en años que alguien se ocupa de ella.

De hecho, tal vez sea exactamente así.

Vuelvo a sentarme y, sin esperar más, a bocajarro, le pregunto:

—¿Tú conociste a Jessica Stein?

Mi madre me mira, sorprendida, sin decir nada. Por fin, tras una ligera vacilación, abre la boca:

—¿Por qué me preguntas eso?

—Oh, no sé... Se acerca la fiesta de fin de curso y van a hacer homenajes, conmemoraciones, todo eso... En el instituto está lleno de fotos suyas...

Intento quitarle importancia, darle una apariencia natural y anodina a la conversación, pero siento que mi garganta se va cerrando, como si una mano invisible intentara hacerme callar. Mi madre bebe un sorbo de té, con la mirada perdida.

—No, en realidad no —dice—. En realidad no la conocía.

Entonces vuelvo a pensar en la foto: «*Best Friends Forever*», en el pequeño estante de la habitación. No debería, pero insisto. Tengo que aclarar este asunto.

—Pero erais del mismo año, ¿no? ¿Estuviste en ese baile de fin de curso? ¿El de cuando la asesinaron?

Me mira, ahora ya con cierta expresión de apuro.

—Mira, Léo... La conocía un poco, así, de lejos. Ya está. ¿Te vale con eso?

Comprendo que quiere que la deje tranquila. No digo nada. Muevo un poco la cabeza sin dejar de mirarla, mientras ella vuelve a beber otro sorbo de té. Me da la impresión de que tiene ganas de ocultar la cara, de que quiere desaparecer, ella también, en esa taza.

La mañana en el instituto se desarrolla sin incidentes. Entre clase y clase me encuentro con Belinda en un pasillo, y me sonríe con mucha timidez. Lleva un montón de libros y camina con los ojos bajos. Al pasar junto a ella le digo:

—¡Esta tarde nos vemos!

—S-Sí —responde con una vocecita, como si fuera un secreto.

Luego vuelve a caminar, más deprisa, y desaparece en la esquina del edificio B.

Es extraño. Las ganas que tengo de volver a la tienda de Vídeo 2000 y de ponerme el disfraz de gnomos son igual a menos cero, pero la idea de volver a

ver a Belinda me alegra.

Ya han dado las doce, de manera que me dirijo —sin gran convicción— al aula 112. Es la hora de mi «Grupo de reflexión filosófica y de preparación a la *Terminale*».

Hoy no llego tarde. El señor Gérôme me acoge con una sonrisa beatífica, un poco idiota, que le da un aire de jefe de los Boy Scouts. Como si el programa del día consistiera en asar nubes de azúcar pinchadas en un palo mientras entonamos canciones alrededor de la hoguera.

En la clase ya hay algunos alumnos, dispersos: Kévin con su gorra, la chica de la primera fila que se llama Anissa y que se está pintando las uñas, una pareja de chicas con la risa floja, situadas en medio de la clase... Me abro camino entre las mesas y me siento en mi sitio, al fondo del todo, junto a la ventana.

Dejo mi mochila y saco una libreta. El señor Gérôme nos mira, uno por uno, como una manera de indicarnos que exige un silencio absoluto antes de empezar. No ha dejado de mostrarse sonriente en ningún momento.

—Bien. Vamos a continuar reflexionando. Sobre esta cuestión. Sobre la libertad.

Mira a su alrededor, pendiente de nuestras reacciones, y luego sigue:

—¿Alguno de vosotros? ¿Ha reflexionado? ¿Sobre lo que quiere hacer luego?

No contesta nadie, aunque se oyen algunos murmullos aquí y allá en el aula. Las dos chicas de en medio se agitan en silencio conteniendo las risitas.

El señor Gérôme recorre la clase con la mirada. Supongo que espera que uno de nosotros tome la palabra. Cuando llega a mi altura, noto que me mira intensamente. Siento que hoy seré el elegido.

Y por supuesto, no falla.

—Léo —dice con tono triunfal—. ¿Tú lo sabes?

—Eeeh...

Sí que he pensado en lo que quiero hacer después del instituto, pero tengo que reconocer que no he llevado esta reflexión demasiado lejos. El primer sábado de cada mes, el instituto organiza una especie de jornada de puertas abiertas para permitir que los alumnos hablen, conozcan gente y «adquieran todos los mecanismos para definir mejor su orientación y su futuro profesional» (son palabras del director del instituto). Personalmente, no me ha convencido ninguna de las vías que se me han propuesto. También hay que

decir que no soy un alumno particularmente brillante. Y no tengo demasiadas ganas de hacer proyectos. Bastante carga llevo ya con el pasado. Así que el futuro...

—Eehh... —Vuelvo a decir, mientras el señor Gérôme y el resto de la clase me miran, esperando que me desencalle.

—Puedes hacer lo que quieras. Con tu vida. ¿Verdad?

Estas palabras flotan por un segundo en el aire y chocan con algo semejante a una resistencia al entrar en contacto con mi cerebro. ¿«Hacer lo que quieras»? ¿Es eso cierto?

—En realidad, no —respondo de pronto.

Incluso me sorprendo a mí mismo por las palabras que salen de mi boca, pero no dejo que eso se note, y sigo hablando:

—No podría ser deportista profesional, por ejemplo. No tengo esa condición física. Es así.

—¡Ja, ja!, —exclama el señor Gérôme—. Entonces tú crees. Que hay una forma de determinismo. Que solo podemos hacer. Lo que está a nuestro alcance.

—Pues sí, eso es —contesto—. Si quisiera seguir estudiando después del bachillerato tendría que irme de Valmy. Entonces mis padres tendrían que pagarme la estancia en una ciudad universitaria. Si mis padres no tienen medios para eso, ¿qué se supone que he de hacer?

El señor Gérôme asiente con la cabeza. Luego se vuelve a la clase y explica, con voz fuerte:

—Léo piensa que nuestras vidas están determinadas de antemano. Según nuestras capacidades físicas y mentales. Pero también según nuestro origen social. Según nuestro origen geográfico. Según la sociedad en que vivamos. Cree que todo está decidido. De antemano.

Se oyen murmullos en la clase. Kévin se muestra de acuerdo: su gorra se mueve de arriba abajo. Anissa parece más dubitativa. Un chico que está sentado a su lado levanta la mano y dice suavemente:

—¿Como si fuese cosa del destino?

El señor Gérôme se vuelve hacia la pizarra y escribe la palabra con letras grandes: «DESTINO».

—Sí, eso es —dice—. Léo cree en el destino.

Dejo que la frase se asiente. La palabra «destino» ha quedado resonando. Lo que pasó ayer fue eso: intenté cambiar el curso de la vida de mi madre, pero fue en vano. Al final se ha vuelto a encontrar aquí, treinta años más tarde, en idéntica situación. Como si todo estuviera escrito de antemano.

Una de las dos reidoras toma entonces la palabra:

—En árabe tenemos una palabra para esto. El *maktub*. No puedes escapar al *maktub*, está escrito.

Su compañera se parte de risa y se cubre la cara con la manga del suéter. El señor Gérôme acoge el comentario con una sonrisa.

—Pero si las cosas son así —dice—, ¿nosotros somos realmente libres?

Ahora sí que ya nadie dice nada. El señor Gérôme escruta nuestros rostros.

—Yo siento que soy libre. Puedo hacer lo que quiero. Si tengo ganas de salir de esta clase. O de saltar por la ventana. Puedo hacerlo. La libertad no se queda solo en un concepto. Es una sensación. Es algo que todos podemos sentir y conocer. En nuestra vida.

Kévin vuelve a asentir. Parece inmerso en una profunda meditación. ¿O se habrá dormido? No estoy seguro.

—Y sin embargo —continúa diciendo el señor Gérôme—. Si todo está escrito de antemano. Entonces resulta que nadie es libre. Entonces hay una contradicción, ¿no? Si Dios —Dios, Yahvé, Alá, lo mismo da— lo tiene todo escrito. Eso va contra lo que yo siento. Lo que siento. En mí. La libertad. ¡Mi libertad!

Estas últimas palabras las pronuncia como arrebatado. Luego vuelve a la pizarra y escribe con grandes letras: «LIBRE ALBEDRÍO».

—A este debate se le llama así. El debate del libre albedrío.

Apunto mentalmente ese nombre. «Libre albedrío». Dejo que las preguntas crezcan en mi interior: ¿Podemos escapar a nuestro destino? ¿Tenemos la libertad de cambiar el curso de las cosas? ¿O por el contrario — cada vez me inclino más por pensar así— no somos libres de nada?

En ese momento veo que aparece ante mis ojos el rostro de Jessica Stein. Lo corona una luz, como ocurre con las santas o las diosas. Y sin embargo, está escrito que debe morir. ¿Conseguiré cambiar el curso de las cosas? ¿Será precisamente por eso —para impedir este asesinato— que el *maktub* me hace tomar prestados esos cuerpos?

Siento que la angustia va creciendo en mí, desde el interior de mi vientre. Estamos a martes.

Me queda menos de una semana para salir de dudas.

Por la tarde, aprovecho la ausencia de la profesora de Geografía e Historia para ir al Centro de Documentación e Información. Es un pequeño edificio

aislado, un poco apartado de las aulas, con grandes ventanales en la entrada, en donde abundan los expositores. En uno de ellos, una revista con un grupo de estudiantes de mi edad en la portada y la frase: «¿Qué significa ser adolescente hoy?».

Comprendo que uno pueda hacerse este tipo de preguntas. Pero según mi experiencia entiendo que no hay tanta diferencia entre ser adolescente en 2018 y serlo hace treinta años. Pienso en Daniel Marcuso y su sobrepeso, en Élise Brossolette y su tartamudez, en Capucine Chauchoin y la presión familiar y social que sufre cada día. ¡Y eso por no hablar de la banalidad de mi madre! En el fondo todos los adolescentes se parecen un poco, aunque cada uno sea desgraciado a su manera.

Me acerco lentamente al mostrador de recepción, en donde la documentalista —«la Docu», como la llaman la mayor parte de los alumnos — me mira por encima de sus gafas de lectura. Es una persona que ya se sitúa más cerca de la jubilación que de la adolescencia y tiene un aire descontento, entre el cansancio y el estreñimiento, o algo así. No entiendo demasiado qué puede tener de fatigoso el oficio de profesor-documentalista, pero no le digo nada de eso. Le sonrío y espero a que me pregunte qué quiero. Así lo hace con una voz, oh sorpresa, la mar de dulce, que contrasta con la apariencia más bien seca de su expresión.

—Desearía consultar los archivos del instituto —le digo—. El libro de los alumnos del año 1988. Por favor.

Cada año, el instituto Marcel-Bialu edita una publicación con fotografías de los alumnos y sus nombres, así como los éxitos cosechados por cada uno, si los hubiere. El año pasado, Areski tuvo derecho a sus honores:

Areski Tabib
Friki impenitente, futuro chef con estrella
Vencedor del torneo 2018 de Street Fighter

Me alegré un montón por él, aunque debo decir también que me sentí un tanto celoso: bajo mi nombre no había nada escrito.

La Docu se levanta (se oye un chirrido que no sé si atribuir a sus articulaciones o a la silla) y se dirige hacia un compartimento cerrado en el que se conservan los archivos. Desde el lugar que ocupó la oigo levantar algunas cajas, desplazar un taburete, sentarse, resoplar... Hasta que por fin se oye un pequeño grito triunfal. Cuando sale del compartimento, cinco buenos minutos más tarde, me mira con determinación. Como Rambo volviendo de Vietnam.

—¡Aquí está!, —dice entre toses.

Me tiende el libro, encuadernado en cuero rojo. En su cubierta, en mayúsculas:

INSTITUTO MARCEL-BIALU
VALMY-SUR-LAC
AÑO 1987-1988

La Docu me mira con suspicacia, como si tuviera muy claro que tramo alguna maldad. Me contento con devolverle la sonrisa y darle las gracias al tiempo que le arranco el libro de entre las manos.

Me siento en una de las mesas de lectura —la más cercana a la ventana— y abro con cuidado el grueso tomo rojo. La sensación, un poco rara, es de tener un pedazo de historia entre las manos. Un objeto escapado de ese famoso año 1988 que creía muerto y enterrado, y que por lo visto no ha dejado todavía de revelar sus secretos.

Lentamente voy pasando las páginas. Primero la presentación del director, luego el prefacio de la redactora jefe de la revista del instituto, una alumna llamada Diane Mercier. Después vienen las páginas de fotografías: caras alineadas en formato cuadrado, en blanco y negro y ordenadas por clases. Los de segundo, los de primero y por fin los de *Terminale*. En general todos sonrían. Otros —sobre todo los recién llegados de segundo— ponen caras raras.

Sin pensar en nada en concreto voy pasando páginas hasta llegar a la de Primero B. Las caras son parecidas al resto: repeinadas, relamidas, sonrientes. Inmediatamente reconozco a Daniel Marcuso: mofletudo y un poco melancólico. Y a Capucine Chauchoin: expresiva y fina. También está Élise Brossolette, con sus gafas de culo de botella. Antes de volver la página me encuentro con la mirada eléctrica de Marc-Olivier Castaing: una mirada de reptil, seductora y fría, que me provoca cierto malestar.

Paso rápidamente a la siguiente, y enseguida me topo con la cara de mi madre. En la fotografía tiene un aire un poco perdido, pero parece contenta. Lleva el cabello bien cortado, sujeto con una diadema que le da un aspecto de chica de lo más formal. Y justo al lado, la fotografía icónica de Jessica Stein, la misma que cuelga por todas partes, sobre los muros del instituto y de la ciudad. La virgen de Valmy-sur-Lac.

Jessica Stein
Reina de la promoción de 1987
Presidenta del club de gimnasia del instituto

Bajo la fotografía de mi madre no hay nada. Solo su nombre.

Miro a estas dos chicas, tan diferentes: una rubia, la otra morena. La primera radiante de alegría, la segunda con una sonrisa menos franca, como si una leve duda empezara a hacer mella.

Prosigo mi paseo por entre las caras de 1988. Organizo a mi ritmo, distraídamente, el desfile de sonrisas y de insólitos peinados. En mi cabeza suena una canción un poco *old school*, como si fuera la banda sonora que toca: *Kids in America*, de Kim Wilde.

Muchas fotos constituyen eso que llaman «escenas de grupo». Entre los retratos, dan cuenta de viajes escolares, competiciones deportivas, actuaciones artísticas... En definitiva, todo lo que jalona un curso escolar. Una de estas fotografías está tomada junto al lago. Se ve a algunos chicos y chicas, en la arena, jugando a salpicarse. Uno armado de una pistola de agua riega generosamente a sus compañeros, que se ríen como locos. El día es soleado. Todos los protagonistas irradian una alegría perfecta. Tienen el privilegio de la despreocupación.

La última parte del libro —una treintena de páginas— se consagra enteramente a la fiesta de fin de curso. Descubro con incredulidad las fotografías en blanco y negro que desfilan bajo mis dedos. Son testimonios de la última fiesta de Jessica Stein. ¿Qué secreto ocultan?

El gimnasio del instituto se dispuso enteramente para la fiesta. Una gran bola de espejos cuelga del techo y al fondo de la sala se montó un escenario, junto a las porterías de balonmano. Algunas fotografías muestran las guirnaldas que adornaban los muros. Una banderola de una a otra pared en la que pone «Marcel-Bialu 1988». Bajo el muro de escalada, dos mesas sobre trípodes acogen el bufé. Unos cuantos alumnos se congregan a su alrededor. Los otros bailan, enlazados, en la pista improvisada. Tienen un aire a la vez concentrado y despreocupado. Jessica debe de estar entre ellos, en algún sitio. Intento encontrarla, en vano.

En la parte inferior de la página, una pequeña mención: «Fotografías: D. M.».

Daniel Marcuso.

Voy pasando las páginas: sonrisas, algunas impostadas, muecas grotescas. ¿El asesino de Jessica Stein se deslizó por entre todos esos desconocidos? Siento un escalofrío. ¿Y si estas reproducciones dijeran mucho más de lo que parece? ¿Y si la verdad estuviera ahí, ante mis ojos?

Poco a poco, una idea se va abriendo paso en mis pensamientos: si quiero resolver este misterio, será necesario que me entrevistase con el autor de estas fotografías.

Sí.

Tendré que recurrir a Daniel Marcuso.

Llego a Vídeo 2000 algo antes de las siete. Belinda me saluda un poco con la mano mientras corro a instalarme tras la caja. Lleva un pasador en forma de estrella en el cabello, y va con un vestido de volantes coloridos. Los labios parece que le brillen, como si se hubiera aplicado *gloss* o algo así. El conjunto hace honor a su imagen: un poco excéntrica y alocada, pero sin estridencias. Sobre el mostrador, un televisor muestra un extracto del primer Freddy, su primera pesadilla.

—¿Todo bien?, —pregunta Belinda inclinando la cabeza hacia mí.

Parece como si algo le rondara por la cabeza, pero no me dice nada al respecto.

—Sí. Un poco hecho polvo, pero bien.

He pasado una parte de la tarde en el gimnasio para perfeccionar mis encadenamientos pugilísticos. Empiezo a controlar más. No soy como Stallone en *Rocky III*, pero tampoco me falta tanto. A pesar de la ducha todavía me siento un poco pringoso. Incluso me lo ha dicho Bobby antes de que me fuera de allí:

—¡No hueles a rosas, chaval! ¡Joder, cómo cantas!

—Ya lo sé, Bobby —he contestado suspirando—. Es para subrayar un poco el estilo. Como tú y tu tatuaje del dragón sobre el corazón.

—Pero eso mío es clase —se ha limitado a decir sin dejar de mover la escoba.

Frente a mí, Belinda esboza una sonrisa llena de bondad y de comprensión.

—Venga, Léo, ánimo. Una semana más y se habrá acabado.

Naturalmente, se refiere al fin de curso. Por mucho que todavía nos esperen los exámenes del bachillerato, casi habremos llegado a las vacaciones de verano. ¡Vacaciones! Y sin embargo, no puedo dejar de pensar en Jessica Stein. «Una semana más y se habrá acabado». Esas palabras me hielan la sangre. Tengo que forzar la sonrisa con la que le correspondo.

Belinda agita lentamente su sombrero de duende y exclama, con voz alegre:

—¡Venga, alegre esa cara! ¡Es Navidad!

Acaban de dar las diez cuando bajamos la verja metálica. Me ofrezco a acompañar a Belinda y ella acepta, disimulando un gesto de satisfacción. Caminamos lentamente y en silencio a lo largo de las calles de Valmy. Allá en el horizonte, el sol acaba de ponerse y tiñe el cielo de un rosa oscuro. Pasamos por delante de la panadería, de la ferretería, de correos... Hasta que llegamos a la altura de las pistas deportivas.

Los campos de fútbol y de *rugby* forman un espacio verde enorme que huele a hierba fresca y en donde viven miles y miles de ranas. En las noches de verano se las oye croar desde el otro extremo de la población. Vienen del lago y buscan un poco de calor. Esos terrenos están rodeados de grandes hileras de árboles que se estremecen con la brisa. Levanto la cabeza y distingo las primeras estrellas en el cielo. Belinda hace lo mismo. En esa oscuridad la cara se le ilumina de una manera curiosa. Se diría que esa luz procede de su interior. Se vuelve hacia mí y me dirige una pequeña sonrisa. Los labios le brillan y siento una ligera vibración. Atravesamos el terreno y caminamos sobre las líneas blancas que delimitan el perímetro.

De pronto siento ganas de echarme en la hierba y de aprovechar esa temperatura tan agradable.

—¿Te apetece?, —le pregunto a Belinda señalándole el césped perfectamente cortado.

Ella no dice nada, pero afirma con la cabeza y se sienta en medio del terreno.

Frente a nosotros, los grandes árboles forman como una cortina. Estamos solos en el mundo. Saco el equipo de boxeo de la mochila y lo amontoño para formar una bola que nos sirva de cojín. Belinda murmura un agradecimiento mientras se tiende en la hierba. La miro un momento: los cabellos forman un sol y la sonrisa de esos labios me hace sentir bien.

—¿No tienes frío?

Niega con la cabeza y levanta los ojos al cielo. El rosa ha desaparecido del todo y ahora cantan los grillos. En el aire flota un aroma misterioso y dulzón: es el olor del lago, ahí abajo, a unos centenares de metros.

Me tiendo junto a ella y contemplo las estrellas que aparecen una por una sobre nuestras cabezas. Se diría que son los farolillos de una feria. Nos llegan algunos ruidos de la ciudad —un coche que arranca, el petardeo de una moto—, pero en sordina, como si pertenecieran a otra dimensión del espacio y el tiempo.

—Es bonito —dice Belinda lentamente—. El inicio de la noche es el momento que prefiero.

Tira suavemente del asa de su bolso, para acercárselo. Del interior se desprende un cuadernillo de notas, de tapas azules y hojas blancas, sin pautar.

Sin pensar en lo que hago lo recojo y lo abro por la primera página. Son dibujos hechos con lápiz, bosquejados a veces unos encima de otros: cuerpos, caras, expresiones... Se diría que son bocetos de pintor, esbozos preparatorios. En ese trazo tan fino, en la simplicidad de la expresión y en la sutileza de las emociones se detectan características propias del manga japonés. Muchos dibujos parecen pequeñas escenas, como en un guion gráfico para una película. Reconozco algunas fachadas, y también algunos escaparates.

Me vuelvo hacia Belinda y la miro con atención. Ella sigue en su contemplación del cielo y no se da cuenta.

—No sabía que dibujaras —digo en voz muy baja, para no sobresaltarla.

Ella se vuelve hacia mí bruscamente. Cuando se da cuenta de que tengo su cuaderno en las manos me lo arrebató y lo mete rápidamente en el bolso.

—Oh, eso... —dice frunciendo el ceño—. No es nada. Es... lo que me sale.

—No, qué va. Tienes talento.

Me mira fijamente, sin decir nada. Durante un breve instante me parece ver en sus ojos una luz que vacila. Luego los baja y se repliega sobre sí misma, como una concha que, al tomar contacto con el aire, cerrara su habitáculo de nácar. Pero esboza una sonrisa. Es su manera de decir «gracias» sin abrir la boca.

—¿Qué te pasa?, —pregunto ante su reacción.

No responde nada. No pretendo incomodarla, pero tampoco quiero obviar la importancia que me parece que tiene el asunto.

—Podrías probar en el cómic —digo con mucha seguridad—. O si no en el cine. Serías una directora genial. La única persona en el mundo capaz de hacer una comedia musical con zombis.

Se echa a reír, pero luego se contiene.

—Hablas por hablar —dice, algo molesta.

—No, al contrario, te lo digo muy en serio. Tienes todo lo necesario para llegar: talento, imaginación y un poco de locura. Jo, Belinda, ¡mírate! No te pareces a nadie. Eres original, única. No como yo. Yo no soy más que un chico del montón. Podrían intercambiarme con el primero que pasara. Pero tú no. Tú tienes algo especial.

Intento volver a hacerme con su cuaderno, pero ella me lo impide y se apresura a tirar de la correa del bolso para cerrarlo. Incluso en la oscuridad percibo que la expresión de su cara se ha endurecido. Y luego acaba por decir, en un suspiro:

—Pues no resultará tan fácil apañárselas si vienes de este rincón perdido.

Miro a mi alrededor. Las pistas deportivas municipales de Valmy-sur-Lac, con el césped tan bien cuidado, lucen con mil brillos verdes bajo el cielo nocturno. Me veo llevado por una sensación extraña. Un sentimiento raro, como una inyección de sangre que se apoderara de mi vientre y de mi cerebro, una especie de congoja o cierta melancolía... ¿Qué puede uno hacer con su vida cuando procede de Valmy-sur-Lac? ¿Qué puede uno esperar, aparte de acabar en el paro o trabajar en una zapatería? ¿Será este nuestro destino? ¿Es lo que el futuro nos reserva, a pesar de las apariencias engañosas y de las falsas promesas de libertad?

Belinda vuelve a suspirar. Me gustaría que las cosas no fueran tan tristes, pero no consigo convencerme de lo contrario. Vuelve el rostro hacia mí y en ese momento distingo por primera vez una pequeña peca situada en la comisura de sus labios.

—¿Las cinco mejores películas sobre el destino?, —le pregunto de pronto. Belinda se echa a reír.

—¡Eso está chupado...! *Réquiem por un sueño, Las vidas posibles de Mr. Nobody, ¡Olvídate de mí!, Las señoritas de Rochefort.*

—Falta una.

—Pues... ¡*Donnie Darko*, claro!

En mi rostro se forma una sonrisa melancólica, mientras algo en mí me impulsa a acercarme a ella, lentamente. Bajo el brillo de las estrellas, discreto e inocente, el verano estalla por todas partes a nuestro alrededor. El canto de los grillos, el olor de la hierba cortada, la proximidad de las vacaciones: todo se mezcla.

Belinda me mira a los ojos y luego se incorpora. Hago lo mismo, y nuestros hombros casi se tocan.

—¿Nunca has tenido la impresión de que eres prisionero?, —dice con voz cansada.

Antes de esta semana no lo había pensado. No me sentía particularmente desgraciado, y no consideraba que Valmy fuera ninguna cárcel.

—Resulta difícil —añade—. Resulta difícil eso de tener sueños en la vida.

Y al tiempo que pronuncia estas palabras, oímos el petardeo de una moto que atraviesa la noche.

Permanecemos así, tendidos en el césped, cosa de una hora, hablando de todo y de nada. La noche avanza: bajo nuestros cuerpos se forma una capa de humedad y el zumbido de los insectos aumenta. Belinda habla de cuánto ama el cine: le gustaría ir a París, seguir estudios especializados. Yo insisto y le digo que debería intentarlo. Pero ella rechaza mis ánimos con un gesto de la mano, o alzando la mirada al cielo, como si fueran exagerados. De todos modos, en cada ocasión percibo un pequeño resquicio en tanta resistencia, algo que parece forzarla a preguntarse, en secreto: «¿Será verdad que puedo conseguirlo?».

En el fondo, la envidia. No por esa pasión o por ese talento en particular, sino por tener un sueño. En su caso, parece que de momento es imposible de alcanzar... pero siempre es mejor que nada.

Nos quedamos callados durante algunos minutos más, para aprovechar ese instante perfecto, cuando oigo por detrás de nosotros un ruido de pasos en la hierba. Una ligera vibración retumba en la tierra. Entorno los ojos para observar la orilla del lago. Al principio no veo nada, pero luego aparecen dos siluetas que van distinguiéndose mejor en la oscuridad. Avanzan, inseguras. No aprecio sus caras, pero adivino que son una chica y un chico. Caminan muy juntos y van murmurándose al oído cosas que no consigo entender.

La chica se apoya en él agarrándolo por la cintura. Él se inclina sobre ella y parece como si quisiera enterrar la cara en el hueco de su cuello. De vez en cuando se escapa una risita desde esa extraña postura. Avanzan lentamente, enredados en el abrazo.

De pronto, un coche pasa por el otro lado del campo. Belinda se vuelve hacia mí.

—¿Ocurre algo?, —me pregunta al ver mi expresión.

No digo nada. El haz de los faros del coche queda impreso en mi retina durante unos segundos. Por un momento, ha barrido a los dos enamorados, que ahora se alejan de nosotros y vuelven a la calle. Los rostros se han visto iluminados, como en un *flash*. He sido testigo de su alegría incontinente, de esa manera de abandonarse el uno en el otro. El chico lanza una gran carcajada, una risa luminosa, llena de confianza y de arrogancia, que perfora la noche.

Belinda me interroga con la mirada. Me fijo en que sus cejas forman, justo por encima de los ojos, dos pequeñas líneas verticales y atentas.

—No, no, todo bien —contesto por fin con un resoplido, como para convencerme a mí mismo.

Vuelvo a ver las dos caras en la iluminación súbita. No puedo asegurarlo, pero...

De hecho, sí, sí estoy seguro. Estoy seguro de dos cosas:

1/ El chico era Jérémy Claquard.

2/ La chica no era Valentine.

Miércoles

8

El sol inicia, despacio, su ascensión. Un pájaro canta tras la ventana. Empiezo a acostumbrarme a este ritual. Abro lentamente un ojo y escruto el panorama a mi alrededor. Me encuentro en una habitación sobria, uniforme, bien ordenada. Las paredes están pintadas de blanco. A diferencia de las otras habitaciones que he podido visitar a lo largo de la semana, no hay nada colgado: ni pósteres ni fotos. Estoy en una cama de muelles sobre un somier metálico. Estilo cuartel. Nada que destaque en la estancia. Todo está alineado, lo que enseguida me provoca cierto malestar.

Sobre la mesilla, un despertador de agujas se pone a sonar.

Son las seis.

Es muy pronto. Siento la fatiga en el fondo de mi cuerpo. Me duelen los ojos, como si bajo los párpados hubiera un depósito de arena. Tengo la impresión de no haber dormido desde hace más de un siglo. Me paso la mano por la cara y levanto la sábana. Estoy en camiseta y calzoncillos. No hay duda: hoy soy un chico. No sé por qué, pero la idea me tranquiliza. No habría soportado un día más en la piel de una chica.

Mientras emerjo lentamente del sueño y los ojos se van acostumbrando a las primeras luces del día, mientras el cerebro se acomoda a este nuevo decorado, oigo ruido de pasos tras la puerta. Como si alguien fuera golpeando el suelo con los pies, a propósito.

—¡Arriba, ahí dentro!, —grita una voz.

Es una voz de hombre: fuerte, directa, que llama la atención por su potencia. Instintivamente enderezo el cuerpo y los músculos se tensan, movidos por una suerte de reflejo. Me siento en el borde de la cama y oculto la cara entre las manos: «¡Otra jornada genial en perspectiva!», pienso.

No contesto al grito, pero me levanto de la cama y me dirijo hacia el armario. El interior de una de las puertas dispone de un gran espejo. Un chico de mi edad me mira, y no me doy cuenta hasta al cabo de un momento de que ese chico de ahí soy yo, por lo menos hoy. Se trata de uno de los tres amigos de Marc-Olivier Castaing, uno de los que van con él a todas partes y lo siguen

como su guardia pretoriana. La fisonomía es discreta, y tampoco parece muy expresivo, pero lo reconozco. Me lo crucé en los comedores del instituto, cuando era Capucine Chauchoin. Lleva el pelo muy corto, a lo militar. Es visiblemente atlético: mucho más musculado que yo. Delgado. Esbelto. Con la mirada decidida.

Permanezco quieto ante el espejo durante unos segundos y busco en este cuerpo la menor marca que represente un indicio. Como si permaneciendo así pudiera desvelar un misterio. Pero claro, no ocurre nada.

Voy hacia la mesa, perfectamente ordenada, y tomo la agenda del instituto. En la primera página, una indicación: «Étienne Pernod. Primero B».

Siempre este mismo Primero B. Intento recordar la memoria del curso que consulté la víspera en el Centro de Documentación. Vuelvo a ver las caras en blanco y negro, pequeñas manchas cuadradas impresas en papel, unas al lado de otras. Me esfuerzo por encontrar entre ellas la cara de Étienne. Pero por muchas vueltas que le dé, no me viene nada a la cabeza. Por lo visto, no puse suficiente atención.

Abro con cuidado la agenda, para consultar el horario. Estamos a miércoles... A ver... Solo cuatro horas de clase, y dos de Francés. Por lógica, la mañana debería pasar deprisa.

—¡Arriba!

La voz del pasillo se hace todavía más imperiosa y, tras los pasos que acaban de percutir en el suelo al acercarse a la habitación, oigo una serie de golpes secos que hacen temblar la puerta.

—¡Vale, vale, ya lo capto!, —digo con voz irritada—. ¡Voy!

En cuanto pronuncio estas palabras, un silencio sepulcral se impone en la casa. El pomo de la puerta gira de pronto. Un hombre entra, brutal, seguro. Tendrá unos cuarenta años. Lleva la cabeza rapada y no bromea en absoluto.

—¿Qué acabas de decir?

Lleva una camiseta sin mangas con un estampado de camuflaje, y justo me da tiempo de pensar que es la primera vez que veo una así.

—N-Nada... Que voy... —respondo vacilante—. Perdón, quería decir que voy corriendo, que enseguida estoy.

El hombre me lanza una mirada severa. Está claro que no lo convengo, y parece que quiere grabarse bien ese momento para poder recurrir a él más tarde. Por fin inclina la cabeza con aire descontento y acaba por desaparecer tras la puerta, refunfuñando.

Resoplo, aliviado. Parece que en casa de los Pernod el ambiente es un poco..., digamos..., militar.

Llego al instituto tras pasar unos minutos desayunando frente a frente con el padre de Étienne. Hemos hablado de fútbol, de coches y de caza. La verdad, para mí no es la manera más propicia para empezar el día... Cuando he salido de la casa para ir a clase, el viejo me ha lanzado una mirada suspicaz y me ha dicho con voz bronca:

—Nada de gaitas, ¿de acuerdo?

He balbuceado vagamente que sí, que de acuerdo, y he salido lo más rápido que he podido. Sin necesidad de hablarlo, he comprendido que la madre de Étienne ya no estaba. ¿Habría muerto? ¿Habría abandonado al marido? No lo sé. En cualquier caso, no había ninguna foto de ella, ni en las paredes, ni en los muebles.

Ahora que lo pienso, la única decoración que he visto en toda la casa era un calendario *Playboy* de 1988 clavado junto a la puerta de la cocina.

En el instituto el ambiente es eléctrico. La excitación va en aumento entre los alumnos congregados: la fiesta de fin de curso se acerca.

Con mi camiseta blanca de manga corta y mis vaqueros ceñidos —la única ropa que he encontrado— no me siento completamente a gusto. Intento permanecer en un plano discreto cuando oigo que me llaman.

—¡Étienne! ¡Eh, Étienne!

A mi izquierda, Marc-Olivier Castaing me hace grandes gestos. Lo acompaña, como siempre, su lugarteniente número 2. Me dirijo hacia ellos, aunque no es lo que más me apetece, pero sé que eso es lo que haría Étienne en este preciso momento, de modo que debo hacerlo, y punto. Mientras avanzo, procuro darme un aire despreocupado. Como si quisiera expresar que todo es perfectamente normal y que controlo.

Por otro lado, en el patio del instituto, el circo es el habitual. Los alumnos se aglutinan en grupitos bien definidos, que no se comunican entre ellos más que en raras ocasiones. El grupo de las chicas populares. El círculo de los *losers*. El *gang* de los *bad boys*. Hoy pertenezco a este último, de modo que atravieso este espacio contoneándome un poco, en la mejor tradición rebelde.

A uno y otro lado observo las caras de los alumnos. Algunos me miran. Otros me ignoran. Me abro paso a través de sus siluetas, iluminadas por la luz, tan viva ya, del sol de junio.

Llego a la altura de Marc-Olivier. Le saludo tendiéndole la mano y diciéndole el «¿Qué pasa?» de rigor. Murmura algo, más un gruñido que una

palabra, y luego enciende una cerilla en el hueco de su mano.

—Tony, dame un piti, anda.

Antoine —«Tony»— se saca de la cazadora vaquera un paquete de Marlboro.

—¿Se puede fumar aquí?, —pregunto.

Marco me mira con perplejidad, como si acabara de hacer la pregunta más idiota que hubiera oído jamás. Durante un instante, veo que un rayo de violencia pasa por su mirada. Entonces recuerdo el escalofrío que se había apoderado de mí cuando era Capucine Chauchoin. Mirándolo a los ojos, pienso: «Conozco tu secreto». No son palabras que pronuncie, pero me llevan a pensar que este rostro impasible y distante tal vez esconda otros misterios inconfesables.

Mira para otro lado y sacude ligeramente la cabeza. Luego señala con la barbilla una silueta algo desgarbada que se encuentra a una decena de metros.

—¡Mira que son penosos!

No me cuesta reconocer a Daniel Marcuso. Como tiene por costumbre, se mantiene apartado del resto de la población estudiantil, en su pequeño rincón de la parte trasera del patio. Sin embargo, lo que me llena de alegría es que no está solo. A su lado hay una chica que se va apoyando en uno y otro pie, y que imprime en ese contoneo un sutil acercamiento. A su manera discreta, pero no por eso menos patente, Élise Brossolette va estableciendo un contacto físico con Daniel Marcuso. Es un espectáculo bastante fascinante, incluso por su lentitud. Como un documental de naturaleza sobre la vida amorosa de los caracoles, o como el aterrizaje de una sonda en un planeta de atmósfera desconocida. Imagino los miles de millones de movimientos celulares que deben de producirse en los cuerpos de los dos protagonistas, sin que exteriormente se perciba nada de nada.

Una bocanada de bienestar me vivifica cuando pienso que en cierto modo soy responsable de este acercamiento. Tal vez —¿quién sabe?— sea el inicio de una gran historia de amor.

Marc-Olivier Castaing, por su parte, hace sonidos guturales para fingir que se ríe, y lo culmina todo con un escupitajo. Tras ese aire de superioridad, tras esa burla, descubro un odio indecible. Como si la simple presencia, en su mismo espacio, de Daniel Marcuso y de Élise Brossolette ya fuera imposible de soportar.

—¡Uf, Marcuso y Brossolette!, —dice entre dientes—. Si es que da grima, tío.

Suelta una última bocanada de humo y luego aplasta la colilla con un gesto preciso de la punta del pie, un gesto que habrá repetido miles de veces. Tony hace lo mismo, y también lo imita en la cara de asco.

—Venga, tíos, vámonos —dice Marc-Olivier.

Me incorporo desde mi apoyo en la pared. Marc-Olivier es el primero en echar a andar, y yo enseguida adopto ese paso característico: decidido, pero a la vez frenado, con un contoneo de los hombros y taloneando bien con las Doctor Martens para marcar el ritmo. Así andan los *bad boys*, como en los vídeos de Aerosmith o cualquier otro grupo de moda en 1988.

Intento imitarlo, sin convicción. Tony me mira con cierta ironía. El mensaje: somos los mejores amigos del tío más molón del instituto.

Avanzamos hacia el edificio A. Son casi las ocho. Las clases van a empezar.

Por primera vez en la vida, al formular este pensamiento siento un alivio considerable. ¡Por fin empiezan las clases!

Durante toda la mañana, permanezco al fondo del aula, mudo. Los profesores parecen haber descartado la idea de hacerle preguntas a Étienne, y me parece bien. Cuando suena el timbre de la última hora (a mediodía) me siento un poco ausente. Tengo ganas de acostarme, de dormir, de volver a mi cuerpo, a mi época, a mi vida.

Al salir de la clase Jessica Stein pasa por delante de mí y me da un toque en el hombro.

—¿Todo bien, Titi? No pareces muy a gusto.

—Sí, sí, todo bien —murmuro.

La expresión que me ofrece ese rostro es amistosa, cálida, abierta. Nada que ver con el de unos días atrás, cuando vivía en el cuerpo de Daniel Marcuso. Es extraño lo que pueden cambiar las personas, lo diferentes que pueden ser según el ángulo en que uno se coloque para observarlas. Supongo que dependerá de la perspectiva y de la imagen que uno tenga de sí mismo y de los demás.

Me dirige una sonrisa encantadora, en la que aparecen sus dientes blancos y perfectamente alineados, y luego se la lleva la corriente de los alumnos a la hora de la comida. En ese instante preciso empieza a sonarme una alarma en el cráneo, empujándome a intervenir cuanto antes. ¡Ya! Corro tras Jessica y me abro paso por el pasillo, entre mochilas y gorras, hasta que por fin puedo agarrarla por el brazo.

—¡Jessica!

Ella se vuelve hacia mí y me mira con expresión intrigada. Está exactamente igual, trazo por trazo, que en esa imagen icónica que conozco de memoria, esa foto que dentro de treinta años se mostrará en todas las paredes de la ciudad.

—Sí, ¿qué pasa?

De pronto me encuentro con que no sé qué decir. Realmente, tengo que controlar esos arrebatos.

—Eeh... Es por... Es por la fiesta, ya sabes...

—¿La fiesta de fin de curso?

—Sí, eso. ¿Sabes una cosa? Yo creo que lo mejor es que no vayamos. Esas fiestas son un rollo. Eso es para los perdedores.

Por un momento se queda quieta, pero luego veo que levanta el labio superior para formar una tierna sonrisa.

—¡Oh, Titi!, —dice, como si le hablara a un gatito enfermo—. Lo dices porque no encuentras a nadie que te acompañe, ¿no? ¿Ya le has preguntado a Capucine?

—No, no es eso... Es que... Bueno... ¿Y si decidiéramos hacer otra cosa?

Jessica se echa a reír. Luego tiende los brazos hacia mí y me estrecha contra ella durante uno o dos segundos. La sensación de urgencia sigue ahí, la tengo hincada en el fondo del estómago. Pero de pronto, en el contacto con Jessica Stein, con su larga melena rubia, con su rostro, con su perfume, siento algo distinto. Es como un aguijón de deseo que me atraviesa el vientre.

—Venga, no te preocupes —dice finalmente—. Se lo preguntaré a Capucine de tu parte.

Me pasa la mano suave por la cara, como para borrar una lágrima inexistente. Ese contacto me provoca un estremecimiento.

—Pero mientras tanto, no olvides que esta tarde nos encontramos en el lago.

—¿En el lago?... Eh... Yo...

—¡Venga, hasta luego!

Cuando lo dice, ya se ha dejado llevar por la corriente de alumnos que se dirigen hacia la salida. A mí me empujan y me zarandean a base de mochilas y hombros, pero es como si no sintiera nada. De lejos, Jessica levanta la mano para decirme adiós y acaba por desaparecer entre tantos cuerpos desconocidos.

Esos cuerpos de diecisiete años que sin duda también se estremecen de deseo y de miedo.

Tras la comida con el padre de Étienne —esta vez comprendo que es un exmilitar que trabaja en un garaje de vehículos de ocasión de la ciudad, en donde hace algunos encargos en negro—, me pongo un bañador con motivos hawaianos que encuentro en una cómoda, me rodeo el cuello con una toalla y decido que me voy al lago. No es que tenga muchas ganas. Es más bien la idea de que es absolutamente necesario impedir que Jessica vaya a la fiesta de fin de curso. Y de que para lograrlo solamente cabe una solución: pasar el máximo de tiempo con ella.

Mientras voy reflexionando sobre las estratagemas que podría urdir, salgo por la puerta de la casa. El padre de Étienne me lanza un «Oye, y no vuelvas tarde, ¿eh?» con cierta entonación alcoholizada. Asiento sin decir nada, antes de sumergirme en las ardientes calles de Valmy.

El lago está situado a unos quinientos metros, más abajo del centro de la población. Me cuesta un poco andar con estas viejas Converse rojas que me he puesto sin calcetines. Cruzo el paseo Villemin, donde el cine Le Palace muestra con orgullo las películas que están en cartelera. «Un día tengo que ver *Cocodrilo Dundee II*», me digo.

Un tipo con chándal fluorescente pasa por delante de mí mientras salgo del paseo para enfilar las calles periféricas y alejarme del centro de Valmy. Los edificios se van haciendo más y más escasos a medida que avanzo. Las aceras desaparecen y las calles no son más que caminitos de tierra.

En las pistas deportivas municipales —el mismo lugar al que dentro de treinta años vendré a tumbarme con Belinda— vuelvo a pensar en la escena del día anterior: Jérémy Claquard, muy acaramelado con una chica no identificada, con el rostro radiante de perversa alegría. Eso hace que me hierva la sangre, aunque la verdad es que no sé muy bien por qué. Después de todo, quien me ha dejado ha sido Valentine. Debería alegrarme ver que alguien la traiciona a ella. Pero mis sentimientos no son esos. Siento más tristeza que satisfacción.

Las historias de amor me superan. Cualquiera diría que la vida no es más que una sucesión de decepciones y de fracasos. Como si estuviéramos condenados a correr unos tras otros sin entendernos nunca del todo. ¿Es así como lo siente todo el mundo? ¿Se puede hacer algo al respecto? ¿Luchar, debatirse, resistir?

No lo sé.

Tras las pistas deportivas, me adentro en el pinar que bordea el lago. Enseguida me envuelve el silencio y el olor del sotobosque. A mi alrededor la sombra forma una nube de frescor muy agradable en este momento del día. Me quito la gorra de los Chicago Bulls que me había encasquetado (en 1988, seguimos de pleno en la gran época de Michael Jordan) y me seco la frente con el dorso de la mano. En lo alto, una urraca grazna y se aleja con un batir de alas. Algo más lejos, hacia el sur, oigo voces, risas y una radio que sintoniza el *Jump* de Van Halen, junto con chapuzones y salpicaduras diversas. Una buena parte de los habitantes de Valmy han quedado en el lago para pasar la tarde.

Sigo mi camino a través de los pinos y de los perfumes del verano. A cada paso que doy, el suelo cubierto de pinaza y de piñas crepita. Aquí es —o más bien, aquí será— donde dentro de unos treinta años besaré a una chica por primera vez. Ese día, Valentine me había citado en secreto. Nos habíamos escondido tras los árboles para que nadie nos sorprendiera. Yo no me atrevía a decir nada, por lo impresionado que estaba. Luego, de pronto, ella se inclinó hacia mí y, muy suavemente, apoyó sus labios en los míos.

Imagino que cosas como esta no se olvidan. Primer beso. Primeras emociones. Y hoy, cuando lo pienso, se me encoje el corazón.

Cuando por fin llego a las proximidades del lago, distingo a través de las sombras de los grandes pinos a decenas de jóvenes que corren, saltan, se bañan...

Avanzo hasta que también me encuentro con los pies en la arena, rodeado de gritos y risas. El sol vuelve a reinar en el cielo y siento que las agujas de los pinos penetran en mis Converse. Entre el revuelo de los bañistas oigo una voz que me llama:

—¡Étienne! ¡Estamos aquí!

Encuentro a los miembros de mi grupo tumbados sobre sus toallas: Jessica, Marc-Olivier, Tony. También están Capucine y Victoire, que custodian a la pareja de Jessica y Marc-Olivier. Los rebeldes del Marcel-Bialu, versión 1988.

Me pregunto qué habrá sido de ellos, treinta años más tarde. ¡Parecen tan seguros de sí mismos, tan orgullosos, tan radiantes...! Como si la vida no pudiera alcanzarlos...

Encuentro un sitio sobre la arena, en medio del grupo. Jessica me dirige una sonrisa, lo mismo que Tony, que se echa a un lado para que pueda

instalarme. Al levantar la cabeza hacia Marc-Olivier me fijo por primera vez en que lleva un dibujito en el cuerpo, exactamente a la altura del corazón. Es un tatuaje.

Un tatuaje en forma de dragón.

Me paso la tarde buscando una manera de hablar a solas con Jessica. A nuestro alrededor, los bañistas y sus coloridos bañadores corren hacia el lago lanzando grandes gritos. En el horizonte, las montañas forman un círculo de verdor sobrevolado por algunas rapaces.

Jessica está tendida en la arena boca abajo. En diversas ocasiones me descubro con la mirada prendida en sus curvas. Las líneas de la espalda, los huesos cincelados de los omoplatos, los ángulos suaves de los hombros. Se ha recogido el pelo para formar un moño que revela el hueco de su nuca rubia, como un pequeño nido.

—¡Qué calor! ¡Voy a bañarme!

Marc-Olivier Castaing se levanta de pronto. Observo el despliegue vertical de ese cuerpo musculado. Capucine lo acompaña.

—¡Espera, que voy contigo!

Los dos se dirigen riendo y empujándose hacia el lago, cuya superficie se agita por su irrupción. Se diría que el mundo les pertenece. ¿Cómo imaginar que dentro de treinta años Marc-Olivier Castaing será el encargado de mantenimiento en un gimnasio insignificante? Sigo sin poder asumirlo. ¿Marco y Bobby son la misma persona? A él tampoco le ha tratado bien la vida.

Me tiendo boca abajo. Tony está a mi lado. Tiene los ojos cerrados y supongo que duerme. En cuanto a Jessica, tiene la oreja pegada al transistor portátil que ahora difunde una canción de Tears for Fears: *Mad World*. Una vez más, observo su cuerpo perfecto bajo el sol. Las nalgas redondeadas, las piernas finas y musculadas. Me invade la misma sensación extraña, como una mezcla de deseo y de culpabilidad. ¡Qué locura eso de sentir deseo por una chica que lleva más de treinta años muerta!

Un poco más allá, en la playa, dos chicas se ponen a correr para escapar de un chico que quiere mojarlas. Me quedo con la mirada perdida, pues me da la impresión de que ya he asistido a esta escena. El chico lleva en las manos una gran pistola de agua con la que amenaza a todo bicho viviente, lo que provoca gritos divertidos y quejas allá por donde pasa.

Un poco apartado del grupo veo a Daniel Marcuso, con el ojo puesto en el visor de su cámara. De pronto entiendo por qué me parece familiar esta escena: ayer la vi, en el libro del curso de 1988, con esta mención a pie de página: «Fotos: D. M.». En la playa los cuerpos se cruzan y se persiguen, se tocan. Y Daniel Marcuso no se pierde detalle.

Durante un rato me quedo inmerso en la contemplación. Jessica levanta la cabeza para mirar también lo que ocurre. Ahoga una risa y luego se incorpora hacia mí. Su expresión, tan despreocupada y juvenil, me deja sin aire en los pulmones.

—Oye, Jessica..., sobre la fiesta... ¿Y si decidiéramos...?

—¡Oh, Étienne, qué pesado!

Y finge un aire de enfado.

—¡Es la fiesta del instituto!, —dice con tono de obviedad absoluta, como si me lo explicara por milésima vez.

Esas palabras resuenan en el aire durante un segundo. «La fiesta del instituto». Y claro, Jessica estará. No puede faltar a un acontecimiento como ese. Sería algo impensable.

Entonces añade, en tono confidencial:

—Oye, y no hay problema: Capucine irá contigo. Se lo he pedido en tu nombre.

Asiento con la cabeza en silencio, como si el asunto no fuera conmigo. De hecho es verdad, no me concierne. Jessica me explica que Tony irá con Victoire, y que todos llevaremos trajes a juego.

—Será fantástico —concluye con voz evocadora—. Ya nos imagino con la ropa coordinada. Elegantísimos. Listos para pasar la mejor noche de nuestras vidas.

Una expresión soñadora pasa durante un momento por su rostro.

Más allá, a contraluz, Marc-Olivier y Capucine siguen armando jaleo. Ella lo abraza, él la tira al agua, ella ríe, él la atrapa de nuevo, la estrecha contra él...

Jessica también los observa, sin sospechar nada.

—¡Son como niños!, —dice riendo.

Luego vuelve a dejarse caer sobre su toalla, con el vientre contra el suelo, y sube un poco el volumen de *Mad World*.

Al acabar la tarde, la playa se va vaciando poco a poco. Uno a uno, los grupillos se van yendo, y somos de los que más rato se quedan. La luz del sol

rebota sobre la superficie del lago y se dispersa en una infinidad de rayos anaranjados. Todavía hace calor, y en el aire se difumina la fragancia de los grandes pinos, un olor que parece venir de muy lejos y que resulta embriagador.

Me digo que de hecho el lago no ha cambiado. Treinta años más tarde, este ambiente dulce y misterioso seguirá envolviendo el lugar.

Un poco más allá, en la playa, un tipo se dirige hacia nosotros. Avanza rápidamente. Lleva solo un bañador rojo, y parece uno de los protagonistas de *Los vigilantes de la playa*. Cuando lo comento entre risas, Marc-Olivier Castaing se me queda mirando:

—¿Los vacilantes de qué?

—¡De la playa! ¡Los vigilantes! Ya sabes, con Pamela Anderson.

Me pongo a cantar la música de la serie, ante la mirada un tanto preocupada de mis camaradas.

—Bah, dejémoslo —digo finalmente—. No la podéis conocer. Todavía no existe.

Victoire Delasalle me contempla con aire dubitativo. Capucine frunce el ceño.

Marc-Olivier se vuelve hacia el chico y enciende un cigarrillo.

—¡Mira tú qué maricón!, —dice exhalando una nube de humo.

Percibo en su voz una punta de celos. También hay que decir que el caminante posee una musculatura perfecta. Me recuerda a esos pósteres de maniqués con el torso desnudo que he visto colgados en la habitación de mi madre. Hombros anchos, abdominales marcados. Con las gafas de sol estilo *Top Gun*, parece un anuncio de moda ambulante.

—¡Eh, Manu!, —dice Jessica dirigiéndose a él.

Lo saluda con la mano y el chico responde, sin que esto lo detenga en su marcha. Nos dirige una sonrisa encantadora y sigue, indiferente a nuestra presencia. A cada uno de sus pasos se levanta una pequeña nube de arena, como si flotara sobre el suelo. Miro cómo se aleja hasta llegar a la carretera regional.

—El mamón de Leblanc —insiste en decir Marc-Olivier.

Comprendo estos celos. Más aún cuando —y soy el único en saberlo— las cosas no le van a ir muy bien. Lo estoy viendo, treinta años más tarde, con su camisa azul de encargado de mantenimiento, con su tripa abultada y el tatuaje descolorido sobre el corazón.

—¿Cómo has dicho?, —le pregunto—. ¿Leblanc? ¿Manu Leblanc?

—Mmm —murmura él sin mirarme.

Siento una descarga eléctrica que me recorre el cuerpo. Emmanuel Leblanc. El chico al que mi madre invitó a la fiesta de fin de curso. O mejor dicho: el que yo he invitado en su nombre. En lugar de mi padre.

Poco a poco, el hormigueo se transforma en un dolor que me oprime el pecho. El corazón late a reventar y el cerebro presiona contra las paredes de mi cráneo.

¡He echado a mi madre en brazos del tío más bueno en toda la historia de Valmy!

¡Pobre padre mío! Frente a Emmanuel Leblanc no tiene ninguna posibilidad. Y en este sentido, yo tampoco. Si mi madre no sale con él en la fiesta del instituto, para nosotros todo se ha acabado. Miro a Jessica echada bajo la luz del sol poniente. En este momento ambos estamos en la misma situación: solamente nos quedan dos días de vida.

Con esta idea en la cabeza, dejo que el cuerpo de Étienne Pernod caiga sobre la arena con un ruido sordo y cierro los ojos como si ya estuviera muerto.

Son casi las ocho cuando finalmente nos vamos del lago. Marc-Olivier y Jessica se van hacia la carretera regional por el acceso norte. Capucine y Victoire van por su lado y desaparecen a la vuelta de un sendero. De pronto me encuentro a solas con Tony. Avanzamos por el pinar, sin pronunciar palabra. En mi interior reproduzco la película titulada *Emmanuel Leblanc*. Lo veo avanzando lentamente por la arena, despreocupado, con su sonrisa incitante. ¡Qué dolor de cabeza!

—¿Sabes qué?, —acaba por decir Tony, sin dejar de mirar al suelo—. Yo tampoco quiero ir a esa mierda de fiesta.

Lo miro, extrañado, y le doy una palmada en el hombro. Bajo nuestros pasos, las agujas de los pinos se rompen en un millar de chasquidos.

—¡Bah, no pasa nada!, —digo sin convicción—. Tú vas con Victoire, ¡podría ser peor!

Hago alusión al físico generoso de esa chica. Efectivamente, Victoire es bastante mona, con esa melena morena que le rodea la cara a la manera de la Gioconda. No es tan guapa como Jessica Stein, claro. Pero tiene su encanto.

—¡Como si no supieras a qué me refiero!, —suelta Tony de pronto.

Y se pone a caminar a toda prisa para dejarme atrás. Parece realmente enfadado. Voy unos metros rezagado y me da la impresión de percibir humo saliendo de su cráneo. No sé qué he dicho o hecho para que se ponga así.

Corro para alcanzarlo. Aunque lleva la cabeza gacha, adivino en su rostro una expresión indignada, como si estuviera a punto de estallar.

—¿Qué te pasa?, —le digo intentando retenerlo por el hombro.

No contesta. Se deshace de mi contacto y prosigue su marcha. Casi que corro detrás de él cuando de pronto se vuelve y se queda quieto para mirarme. Una gotita de sudor le baja por la mejilla derecha. En su mirada percibo como un temblor.

—Sabes muy bien qué me ocurre —dice con voz firme.

Luego se acerca a mí. Me agarra la nuca con una mano y se adelanta para besarme fogosamente. Siento el contacto de su cuerpo contra el mío. Su lengua que se desliza entre mis labios. El aliento que me inunda la cara.

Me invade una sensación de estupor. Quisiera soltarme, pero soy incapaz de hacer nada. Lo extraño es que en este momento recuerdo al padre de Étienne con la camiseta de camuflaje y el eslip ceñido, rodeado de revistas militares en la mesa de la sala, como si fuera lo más normal del mundo.

Tony estrecha todavía más su abrazo, y yo imagino lo que debe de sentir Étienne cuando vuelve a su casa por la noche. Una gran tristeza cae sobre mí, como una lluvia fina y helada que se me introduce por todos los poros.

A los diecisiete años, en 1988, ¿cómo te las arreglas para salir del armario cuando vives en un sitio perdido, lejos de todo? Sin duda que es igual de difícil, cuando no más, que en 2018.

Cierro los ojos e intento abstraerme de este instante. Es la primera vez que beso a un chico, y tengo que decir que no es lo mío. Pero pienso en Étienne. Por algún motivo, pienso que se merece ese beso. Así que me esfuerzo en desaparecer, en la medida de lo posible. Para dejar que él, él, aproveche este instante. Es como si yo estuviera de más.

Tony retira sus labios de los míos y nuestros rostros se separan. Parece más calmado, pero aun así percibo en él una agitación interior. Una mezcla de miedo, de vergüenza, de cólera, de deseo. Todo esto brilla en su mirada.

Me dispongo a decir algo —una palabra insignificante, como para comentar lo que acaba de pasar— cuando oímos, a corta distancia, el crepitar de las agujas de pino. Tony se vuelve rápidamente y yo lo imito: vemos, oculta entre los pinos, una silueta obesa que tiene entre las manos una cámara fotográfica.

Una cámara que nos enfoca.

Daniel Marcuso está inmóvil, con la mirada perpleja. Parece pasmado por la escena a la que acaba de asistir. Noto que la respiración de Tony se acelera

y que la expresión se vuelve agria. Los músculos del cuello se hinchan, como los de un predador que se prepara para el ataque.

—¡Marcuso! ¡Estás muerto, Marcuso!, —dice con voz contenida.

Como una presa que de pronto se da cuenta del peligro, Daniel Marcuso echa a correr y desaparece entre los árboles. Pronto no percibo más que el fragor, cada vez más lejano, de las ramas y de las agujas de pino que cubren el terreno. Tony cierra el puño, con la mandíbula en tensión.

—¿Lo oyes, Marcuso? ¡Muerto!

Sus palabras quedan suspendidas en el aire, mientras una nube de pájaros se levanta por encima de nosotros y rompe la pesadez del silencio y la oscuridad del pinar con un millar de alas batientes hacia el gran día.

9

A la mañana siguiente me despiertan los primeros rayos del sol. El cielo ya está azul: otra jornada perfecta empieza en Valmy-sur-Lac. En cuanto abro los ojos tomo el móvil. Tengo dos mensajes, pero no me molesto en consultarlos. Voy a Google y tecleo «Daniel Marcuso».

Las palabras de Tony, ayer por la tarde —hace treinta años— todavía resuenan en mi cabeza y me dan escalofríos: «Estás muerto, Marcuso, ¿me oyes?».

¿Qué ocurrió a continuación? Pues ya casi ni me acuerdo. Volví a casa, cené a solas (el padre de Étienne ya se había dormido en el sofá de la sala, con los efluvios de la cerveza y del pastís que emanaban de su cuerpo barrigón) y luego me acosté, agotado.

Google tarda un poco en mostrar los resultados de la búsqueda. Cuando por fin se actualiza la pantalla hago que desfilen con un movimiento del pulgar. Supongo que no hay decenas de Danieles Marcuso en la tierra. Doy con una página web personal que me llama la atención: <www.danielmarcuso.com>. Inmediatamente clico. La página de acogida anuncia: «Fotógrafo profesional», y luego un menú de navegación con las pestañas siguientes: biografía, *book*, publicaciones, contacto.

Durante unos segundos, oscilo entre la sorpresa y el alivio. ¡Daniel Marcuso no está muerto! Tony no llevó a cabo su amenaza. Aún oigo su voz llena de rabia. Veo también el rostro rollizo de Daniel a la sombra del pinar, con la cámara en las manos, pillado in fraganti. Pero no solamente no está muerto —ha sobrevivido a su adolescencia, lo que ya de por sí no está mal—, sino que además parece que se las ha apañado bastante bien. «Fotógrafo profesional», según el sitio web.

Clico sobre la pestaña «Contacto». Sale una dirección de correo electrónico, seguida por un número de teléfono y una dirección postal: «Carretera del Lago, 9, Valmy-sur-Lac».

Es la casa en la que vivía su abuela, hace treinta años. Supongo que en algún momento murió, y que Daniel la heredó. Veo las escaleras de madera,

la habitación pequeña de arriba. Los pósteres de The Cure en las paredes. También veo la caja de fotografías escondida bajo la cama. Esas fotografías robadas, secretas, prohibidas. ¿Qué secretos seguirán guardando?

De pronto, las imágenes del anuario se ponen a danzar ante mis ojos. Las fotografías de la fiesta de fin de curso. Daniel Marcuso lo fotografió todo. Todo. Y luego, con extremo cuidado, lo había guardado bajo la cama. ¿Y si supiera más cosas de las que él mismo pensaba?

¿Y si fuera él la clave del enigma?

Me encuentro con Areski frente a su casa, como todas las mañanas. Tiene dificultades para salir de su portal, porque las ruedas de la silla se traban en el batiente de la doble puerta. Lucha durante unos segundos y luego, con un movimiento de la muñeca, consigue liberarse. Se reúne conmigo en la acera. Son un poco menos de las siete y media. Sonríe, hace que las ruedas crujan contra la grava, en plan derrape. Me recuerda a Vin Diesel en *Fast and Furious*.

—*Let's go!* —exclama.

Corro tras él. Ante nosotros, la larga avenida de tilos se extiende hasta los límites de Valmy. También podría ser que llegara hasta el fin del mundo. Una infinidad de pequeñas partículas danzan en la suave luz de la mañana. En las ramas, algunos pájaros lanzan trinos melodiosos. Siento las piernas pesadas, doloridas, como si el día anterior hubiese corrido una maratón. En cierto modo es así.

—Me duelen las piernas —digo en tono lastimoso.

Areski levanta la cabeza hacia mí.

—¿Hacemos un intercambio?, —me pregunta, señalando su silla de ruedas.

Y luego se echa a reír, con una risa que es a la vez grave y sonora. Una risa idiota, pero es la que le he oído siempre: empieza como un acceso de tos, y luego va ascendiendo hacia los agudos en olas guturales y sincopadas.

—Esa risa que tienes es de auténtico cretino. Lo sabes, ¿verdad?

No responde, pero continúa con sus grititos, convertidos en hipidos a medida que va acelerando. Imprime velocidad a sus ruedas y se me hace imposible mantenerme a su lado. Lo llamo, pero es en vano hasta que se digna detenerse y volverse hacia mí.

—Jo, tío, eres un cabrón —le digo, un tanto exhausto.

La picardía, como un destello, le ilumina la cara un momento. Ya solamente nos falta un centenar de metros hasta la entrada del instituto. Me detengo y lo miro a los ojos.

Lo que pasa con Areski, por mucho que no lo hablemos nunca, es que para mí siempre resulta difícil verlo así, prisionero de su sillón metálico. Cada vez que bajo los ojos hacia él y lo veo con la cara hundida en el pecho y las manos pegadas a las ruedas, siento como un acceso de rabia en mi interior. Un escalofrío de cólera y de miedo que se apodera de mí frente a la injusticia de las cosas.

Ni siquiera sé cómo se las ha apañado para aceptar la situación. Tener diecisiete años y saber que nunca más podrá caminar, correr, saltar... Imagino sus dudas, sus miedos. Raramente hablamos de chicas entre nosotros, como si fuera un tema tabú. Pero supongo que, lo mismo que yo, debe de hacerse preguntas. ¿Cómo salir con una chica? ¿Cómo besar a una chica? ¿Cómo hacer el amor con una chica? Para él hasta ir al cine es un problema. Hay que prepararle un sitio especial al fondo de la sala. Como si fuera un animal de compañía, o algo así.

¿Y cómo escoge la vida los que tendrán suerte y los que no? Es un pensamiento que me obsesiona desde el inicio de la semana. ¿Qué parte de libertad nos queda cuando todo parece decidido por anticipado?

Al final de la calle veo el portal verde del instituto Marcel-Bialu. Un pequeño grupo está congregado delante: son una docena de alumnos, que sujetan en los labios sus cigarrillos para dárselas de algo. El miércoles Areski y yo no tenemos clases en común, pero solemos encontrarnos al final de la mañana y luego pasamos la tarde en su casa con los videojuegos. Areski posee la colección más alucinante de videojuegos *vintage* que yo conozca. He intentado mil veces ganarle a *Mario Kart*. Imposible.

—¿Nos encontramos esta tarde?, —me pregunta al acercarnos al portal.

Un grafiti en el que pone «Fuck los adultos» decora el marco de la puerta.

—Tengo que ganarte en tu carrera semanal de *Mario* —dice, antes de añadir, con tono burlón—: Esta vez podrás hacerte con la princesa.

Camino a su lado como si todo fuera completamente normal. Por mucho que el camino a la entrada del instituto haga subida, Areski me ha prohibido expresamente empujar su silla ante los otros alumnos. Lo comprendo. Lo veo luchar contra las ruedas, tensar los brazos para hacerlas girar. El pequeño grupo de alumnos guais nos mira como si fuéramos, literalmente, la hez de la humanidad. Uno de ellos expele una nube de humo y pone cara de asco. Lleva

un iPhone en la mano que amplifica los *beats* de una canción de Kendrick Lamar, *HUMBLE*.

—No, esta tarde no —le digo a Areski dándome un aire misterioso—. Esta tarde tenemos otras cosas que hacer.

—¿Ah, sí? ¿El qué?

—Esta tarde, compañero, vamos a hacer una visita. A una persona que tuvo nuestra edad hace mucho. Y que ha sobrevivido.

—¡No fastidies! ¡Increíble!

—¡Y que lo digas!

Me río abiertamente y acelero el paso mientras dejamos atrás al grupo de alumnos al que todo les sale bien.

De momento.

Una vez en el recinto del instituto, Areski se dirige hacia el edificio de Ciencias. Me abro paso entre la multitud de mis coetáneos. Adolescentes estándar, aglutinados aquí por el único azar de su existencia. Es difícil avanzar sin que te empujen o sin llevarte un mochilazo, pero lo importante es que me abro paso hasta los servicios.

Me inclino sobre el grifo y me echo agua a la cara. Fuera hace calor, y ya me temo el día que me espera. ¿Cómo me las arreglaré para abordar a Daniel Marcuso?

Pongo la mochila a mis pies y me miro en el espejo. En las paredes hay inscripciones hechas con rotulador o bolígrafo: «Tonto el que lo lea», «A tomar por culo»... Cosas así. También hay nombres de grupos de música, y algunos eslóganes de espíritu vagamente propio de mayo del 68: «Tomemos el poder, dejemos de ser ovejas», seguido por una docena de puntos de exclamación.

El espacio de los chicos está separado del de las chicas por un panel prefabricado. Se diría que es casi de cartón. Cuando estaba en cuarto, uno de los mayores consiguió abrir un agujero para poder espiar a gusto. Después lo taparon con una masilla amarillenta, pero seguimos oyendo a través, como si fuera un simple cerramiento de cartón.

La cara que me mira en el espejo me parece de pronto la de un extraño. Es la mía, claro. Es la de Léo Belami. Pero algo ha cambiado. Se diría que los días pasados bajo otras identidades han dejado su marca en mí. Vuelvo a pensar en el curso del señor Gérôme sobre la libertad. ¿Podemos ser libres de nosotros mismos? ¿Acaso nuestra personalidad no es más que el resultado de

acontecimientos exteriores que nos han zarandeado como a un barco entre las olas? Todo lo que sé es que cada uno hace lo que puede con lo que ha recibido.

Cierro el grifo, agarro la mochila y me dispongo a salir cuando oigo un largo lamento que resuena, seguido de pequeñas aspiraciones nasales. Se diría que es la queja de algún animalillo herido. Me acerco lentamente y, sin hacer ruido, pego la oreja al panel de separación, al nivel del agujero relleno de masilla. Los lamentos continúan, se prolongan en un sollozo profundo, entrecortado por suspiros o por hipidos nerviosos.

Dudo un momento, pero luego me lanzo y susurro:

—¿Valentine?

La voz que sale de mi boca es discreta, como en semitono, como si nos encontráramos en un confesionario o algo así. Al oírme, los lloros del otro lado se detienen de pronto. Pasan algunos segundos de silencio. Solamente se oye el agua que gotea en el interior de alguna tubería.

—¿Eres tú?, —pregunto, siempre con el mismo tono susurrado.

Pasa un instante y oigo que alguien se suena. Finalmente, una voz débil me responde:

—¿Qué quieres?

Ya no hay duda ninguna: ¡es ella! La imagino, con la espalda contra el muro, hecha un ovillo.

—Soy yo, Léo —digo por si no me ha reconocido—. ¿Qué te pasa?

Naturalmente, ya conozco la respuesta. Sé muy bien lo que le pasa. Vuelvo a ver la cara de Jérémy Claquard inmersa en la de esa chica, cuando los faros del coche barrieron la zona deportiva. Recuerdo ese aire de felicidad y esa risa que rasgó la noche. Una risa sin miedo.

—Nada —responde Valentine—. Déjame en paz.

En su voz, tras la aparente agresividad, percibo tonos de sufrimiento y de soledad absolutos. En mi interior se activa un magma de sentimientos y emociones. Siento tristeza, pero también alegría. Tengo ganas de derribar esa pared de cartón y de reunirme con Valentine al otro lado. De abrazarla con fuerza para absorber toda su pena. De decirle: «No te preocupes, sobre todo: ese imbécil no te merece».

Me quedo algunos segundos en silencio y luego alzo la voz, lentamente:

—Valentine... Valentine... ¿Sigues ahí?

Silencio. Y luego, de nuevo:

—¿Qué quieres?

Le contesto que no quiero nada, que simplemente estoy ahí, por si en algún momento tiene ganas de hablar, por si en alguna ocasión se siente triste y sola.

—No es tan sencillo como eso, Léo —me responde por fin.

En su voz percibo ahora la decepción. Es como si hubiese madurado de golpe, como si por algún prodigio se hubiera elevado sobre la condición de ambos. Nuestra condición de adolescentes: imperfectos, desgraciados, incómodos en nuestro cuerpo, aterrorizados, zarandeados por sentimientos confusos y por el temor sobre el futuro.

—Tú lo sabes, ¿verdad? Sabes muy bien que no es tan sencillo.

Me contento con murmurar algunas palabras que, a pesar de lo fino que es el tabique, ella tal vez no oiga.

—Las cosas no han de ser simples —añado—. Al contrario. Dejemos que sean complicadas.

Valentine no dice nada. A través de la separación oigo que aspira por la nariz. No parece muy convencida. En el fondo de mi persona sé que la ocasión es esta, o no será. Si quiero reconquistarla, tiene que ser ahora.

De pronto, el timbre que marca el inicio de las clases resuena por encima de nosotros. Son las ocho.

—¿Ya?, —pregunta Valentine—. He de irme, ¡tengo cuestionario de mates a primera hora!

El acento un tanto frío, vagamente distante, ha vuelto a esa voz que reconozco. Bajo la vista sobre el lavabo. El esmalte está descascarillado; la loza, agrietada. Al otro lado, en un frotamiento de tejidos, distingo que Valentine recoge su mochila. Imagino que se incorpora deprisa, se seca las lágrimas, comprueba en el espejo que no se le ha corrido el maquillaje, se atusa los cabellos, se levanta el cuello del vestido o de su polo... La imagino, la veo como si estuviera ahí.

—¿Valentine?

No hay respuesta. Me apresuro a recuperar la mochila para salir también de los servicios. En el pasillo coincido con ella. Parece que lleva prisa. La agarro por el brazo, la retengo.

—¡Déjame en paz, Léo! ¿Lo has entendido, o eres completamente idiota? ¡Que me dejes, te digo!

Se libera de mí y se escurre a la carrera por el pasillo entre las taquillas abandonadas y los altavoces que siguen difundiendo el sonido estridente del timbre. Corre, Valentine, corre. Esto es lo que pienso en el fondo. Corre hacia

tu cuestionario de mates y tu mundo perfecto. Tu mundo de ecuaciones y de identidades notables.

Tu mundo maravilloso en el que cada problema tiene su solución.

Es un poco más de la una cuando Areski y yo salimos del instituto. La mañana ha transcurrido sin sorpresas: una sucesión de clases medianamente interesantes, impartidas por profesores medianamente convencidos a alumnos medianamente atentos. Yo, por mi parte, no podía sacarme de la cabeza los sucesos del día anterior. Una y otra vez me he tocado el brazo, sobresaltado, como para asegurarme de que seguía ahí, en carne y hueso. Vivo. No podía impedir volver a ver la cara llena de confianza, el cuerpo musculoso y en tensión de Emmanuel Leblanc caminando por la orilla del lago.

«El mamón de Leblanc...», había dicho Marc Olivier. Por una vez, casi estaba de acuerdo con él.

Areski se une a mí a la salida del comedor. Parece un poco cansado, como aburrido de la vida del estudiante de instituto.

—Bien, ¿adónde vamos?, —pregunta impulsando las ruedas de su silla.

—A la Carretera del Lago —respondo a media voz al tiempo que salimos por las verjas del instituto en dirección al centro de Valmy.

Areski permanece en silencio unos segundos, y finalmente levanta los ojos hacia mí.

—¿Me explicarás qué vamos a hacer o no?

No le respondo. Todavía no. De momento tengo el cerebro demasiado ocupado en urdir estratagemas. El objetivo es que Daniel Marcuso nos reciba y nos enseñe las fotografías de 1988, incluso las más secretas. Pero ¿cómo conseguirlo?

—Ya lo irás viendo —digo por fin en tono evasivo.

Ante nosotros se suceden calles, caminos, callejones sin salida... Farolas estropeadas, calzadas deformes, aceras estrechas e incómodas: la verdad es que este sector de Valmy-sur-Lac da un poco de pena. Las casas, en su mayor parte construidas alrededor de los años veinte, muestran los estigmas de la edad. Las fachadas están gastadas, hay grietas en los muros y la mayor parte de los jardines se ven abandonados.

De pronto me doy cuenta de hasta qué punto es extraño crecer en un lugar como este. Un lugar fuera del tiempo, separado para siempre del curso de la

historia. Cuando a veces por la noche veo reportajes en la tele sobre París, me da la impresión de que es otro mundo. Observo las avenidas, los edificios del plan de Haussmann y me parece increíble que todo eso exista a unos centenares de kilómetros de mi casa. Que en el momento mismo en que las imágenes se suceden ante mis ojos, otras personas de mi edad experimenten emociones tal vez no absolutamente idénticas a las mías, pero sí muy parecidas. Sin duda se plantearán las preguntas que uno se hace cuando tiene diecisiete años: ¿Qué haré después del bachillerato? ¿Me enamoraré algún día? ¿Conseguiré dedicarme a lo que yo quiera? ¿Seré feliz?

Resulta imposible saberlo, y eso es así en Valmy y en todas partes. Mientras avanzamos, miro mi pequeña ciudad de los mil rincones. Aquí pasaron sus años de juventud Daniel Marcuso, Jessica Stein y Marc-Olivier Castaing (alias «Bobby»). Por no hablar de mis padres. ¿Qué hicieron de esa juventud? ¿La utilizaron para realizar sus objetivos? ¿Traicionaron, uno por uno, todos sus sueños e ideales? ¿O bien simplemente la han olvidado, porque metieron esa juventud en el fondo de una caja o bajo una cama, lo mismo que se oculta un secreto vergonzoso?

Mientras estos pensamientos gravitan en mi cabeza, las ruedas de la silla de Areski empiezan a crujir contra el suelo. El asfalto se disgrega y la calzada se hace casi impracticable. Ya solo falta un centenar de metros para llegar a la Carretera del Lago. Es una callejuela que desciende, más bien residencial. A nuestro alrededor, las casas alineadas se parecen. Se diría que el mundo se ha convertido en una vasta urbanización.

Bajamos unos metros más. El ruido de mis pasos, así como el de las ruedas de la silla de Areski, se hace penetrante en el silencio que impera. Un silencio cargado con el zumbido de los insectos y con el canto de los pájaros allá abajo. De pronto una casita se alza ante nosotros. En medio del adocenamiento de la urbanización, esa fachada de piedra desentona.

Reconozco perfectamente este lugar. Después de todo, ¡yo también he vivido ahí! Todavía me parece oír la voz de la abuela de Daniel. Esa voz dura y despiadada que hacía temblar tanto las paredes como a su nieto.

—Ya hemos llegado —le digo a Areski, mostrándole el edificio confortablemente instalado en la penumbra que forman los árboles a su alrededor.

Él levanta la mirada y lanza un silbido falsamente admirativo.

—¡Jo, qué siniestro!, —dice articulando lentamente cada sílaba.

—Y eso que no has visto cómo era hace treinta...

Areski me mira de soslayo.

—Hace treinta... ¿qué?

—Eeh... No, nada, olvídalo. Venga, vamos.

Pongo las manos en la silla y la empujo hacia la puerta de la casa. Allí se ha fijado sobre un pilar de cemento el buzón rojo, que lleva la mención «D. M.». Avanzamos con Areski hasta el timbre, que tiene encima estas mismas iniciales.

Justo entonces suena un pequeño carillón en el interior, seguido por una voz de entonación grave y segura:

—¡Voy!

Se me hace un poco extraño oír a Daniel Marcuso después de tantos años. Siento un escalofrío que me sube por las sienes y que me esfuerzo en reprimir. «No te preocupes —me digo—. No puede reconocermes».

Areski, por su parte, no deja de mirarme. En su expresión detecto que se lo está pasando bien, pero que no por eso tiene menos preguntas que hacerme.

La puerta se abre con un chirrido y el rostro de Daniel surge ante nosotros. Necesito un momento para reconocerlo. No es que haya cambiado tanto, pero la edad ha jugado a su favor. Sus rasgos son más contundentes, tiene la cara más delgada. La silueta se ha afinado un poco, y una barba de hípster le crece en las mejillas. Al mirarnos, sus ojos se posan ora en la silla de Areski, ora en la sonrisa que intento forzar por todos los medios.

—¿Para qué es?

Tiene una voz profunda. Viéndolo así, nada permite suponer que Daniel Marcuso haya vivido una adolescencia solitaria, ni que fuera el hazmerreír del instituto.

—Eeh... Somos... —digo encallándome un poco—. Somos alumnos del instituto Marcel-Bialu. Preparamos una edición especial para la revista del instituto.

—¿Una edición especial?

—Pues sí. Se titulará *1988-2018. ¿Qué ha sido de los alumnos, treinta años más tarde?*

A mi lado, Areski se contiene para no echarse a reír, pero ni por esas consigue desconcentrarme. Daniel Marcuso me dedica una mirada entre sorprendida y suspicaz. Ahí reconozco la expresión que mostraba siempre cuando tenía quince años. Una expresión abotargada, como si se le acabara de sorprender con la mano metida en el tarro de la mermelada.

—¡Oh, bueno, eso...!, —dice al fin—. Eso queda muy lejos. La verdad es que ni me acuerdo.

No necesito ni reparar en el pequeño rictus en la comisura de los labios para saber que miente. Daniel Marcuso se siente incómodo, eso es evidente. Decido aprovecharlo.

—Pero usted era uno de los fotógrafos de la revista, ¿no? Nosotros vamos a la caza y captura de imágenes inéditas, testimonios no publicados en esa época. Habíamos pensado que tal vez nos podría ayudar...

—... Si es usted tan amable —añade Areski, con ese tono de niño enfermo, casi agónico, que sabe imitar tan bien.

Daniel no dice nada. Relaja un poco la expresión y se mira la punta de los pies. Se diría que reflexiona, que sopesa los pros y los contras...

—De acuerdo —dice por fin, retrocediendo en la puerta para darnos paso—. Pero tendrá que ser rápido: a última hora de la tarde me voy a España para hacer un reportaje.

Areski y yo entramos en la casa. Seguimos a Daniel, que nos guía hasta la sala de la planta baja. Reconozco el lugar, aunque está bastante distinto. Ha cambiado la decoración: el papel pintado, tan siniestro, ha desaparecido y se han derribado algunos tabiques para dar más espacio a las estancias. La verdad es que el conjunto ha quedado muy bien: se diría que estamos en una de esas casas de arquitecto de las revistas de decoración. Un ordenador portátil colocado sobre una mesa baja reproduce una vieja canción de The Cure. *Boys Don't Cry*.

Sobre la cómoda de enfrente veo una foto de boda. Daniel Marcuso luce una sonrisa de oreja a oreja mientras abraza a una mujer joven igualmente radiante. No me lleva demasiado tiempo reconocer la cara de Élise Brossolette. Ella también ha cambiado. La adolescente con problemas dermatológicos se ha transformado en una chica realmente guapa. Ver esta imagen me alegra el corazón.

—¿Es su esposa?, —pregunto a Daniel indicándole el cuadro.

—Sí. Ella tampoco está en toda la semana.

Y luego añade, como si de pronto cayera en la cuenta:

—Pues mira, también nos conocimos en el instituto...

—Ah, ¿sí?, —digo yo, con aire interesado.

Daniel asiente y luego nos indica que nos sentemos a la mesa de la sala.

—Ahora vengo.

Areski sigue sin decir nada, pero cuando me mira veo que luego exigirá explicaciones. De momento se limita a cumplir con su papel. Bastante bien, todo hay que decirlo.

Cuando vuelve a aparecer, Daniel lleva en las manos un álbum de fotografías voluminoso, con una encuadernación en símil de cuero vagamente *retro*.

—Estos son mis recuerdos de esos años —dice con voz un tanto neutra.

En la cubierta, un adhesivo escolar con la mención INSTITUTO MARCEL-BIALU, 1986-1989. Me apresuro a abrir el álbum y a recorrer sus páginas. Areski, a mi lado, también echa un vistazo. Luego levanta la cabeza hacia Daniel y comenta:

—Debió de ser bastante popular en su época, ¿no? ¡Fotógrafo oficial de la revista del instituto! Eso da clase...

—Oh, eh... Sí... Bueno, supongo que puede verse así.

Hago un esfuerzo para que no se me note nada, pero me dan ganas de gritar y de echarme a reír. Daniel Marcuso, ¿popular? ¿Lo dice porque le da vergüenza haber sido el hazmerreír de todo el instituto? ¿O es que realmente ha olvidado lo que realmente ocurrió?

Es extraño comprobar que algunos adultos hacen *zapping* con sus recuerdos de adolescencia. Como si fuera un periodo de sus vidas que ya no les concierne. Un paréntesis en el que ni siquiera participaron, pero del que guardan recuerdos nostálgicos, almibarados por el paso de los años.

Sigo ojeando el álbum. Es un continuo de imágenes banales y sin un interés real. Fotografías de clase. Algunos retratos. Fotografías de partidos de fútbol y de espectáculos de baile. Ni rastro de las fotografías robadas a Jessica Stein. Ni rastro, tampoco, del beso entre Étienne y Tony. Y algo todavía más extraño: ninguna foto de la fiesta de fin de curso.

—¿Es todo lo que tiene?, —le pregunto.

Daniel Marcuso me mira. En sus ojos, un brillo extraño. Como si de pronto se encontrara incómodo.

—S-Sí —tartamudea—. Todo está ahí.

Las cejas espesas se fruncen, la expresión se tensa: sé que está mintiendo.

Areski alarga el brazo y atrae hacia sí el álbum. Se echa a reír.

—¡Vaya fachas!, —exclama, señalando una foto de clase.

—¡Y que lo digas!, —admite Daniel, riendo también—. Eran los ochenta, ya se sabe...

Lentamente apoyo la cara en mi mano y miro por la ventana. ¿Por qué Daniel Marcuso no quiere enseñarnos algunas fotografías? ¿Qué nos quiere ocultar?

—¿Sabéis qué?, —dice de pronto—. Llevaos el álbum, si lo necesitáis para vuestra revista. Ya me lo devolveréis la semana que viene. Ahora tengo

que hacer el equipaje.

Empieza a moverse alrededor de la mesa. Se levanta, camina, da vueltas a nuestro alrededor en un baile de puros nervios. Tras una fracción de segundo, le pregunto.

—¿De la fiesta de fin de curso no tiene ninguna foto?

Daniel Marcuso se queda bloqueado, como aturdido, como si en lugar de preguntarle acabase de darle un golpe.

—No, ninguna. No fui. Estaba enfermo.

Miente.

No digo nada. Lo miro. Intento localizar en el fondo de sus ojos el menor destello que pudiera traicionar sus pensamientos. Pero no distingo nada.

Y sin embargo las fotos están ahí, en alguna parte. Existen. ¿Tal vez en esa caja metálica que antes guardaba bajo la cama?

Daniel Marcuso se muestra casi relajado mientras nos acompaña a la puerta de entrada. Pone el álbum entre las manos de Areski.

—Lléváoslo —insiste—. Ya me lo traeréis.

Me vuelvo para no seguir cediendo a su presión. Frente a él, lo miro a los ojos.

—¿Y Jessica Stein?

Ahí se le ve afectado. Areski se vuelve hacia mí de pronto, como si acabara de entender el objetivo real de nuestra visita. La boca se le redondea en un «Oh» de asombro, y la mirada, entre divertida y estupefacta, busca la mía.

Estamos en la entrada, frente a la puerta. Daniel Marcuso acciona el pomo, como si con eso nos empujara hacia el exterior.

—¿Qué pasa con Jessica Stein?, —pregunta.

—¿La conoció?

—No mucho. La verdad es que apenas me acuerdo de ella. En eso no puedo ayudaros... Y ahora tengo que preparar las maletas.

Pronuncia estas palabras con voz expeditiva. Luego, con un gesto brusco, como si hubiéramos penetrado en sus defensas, nos indica que salgamos y cierra la puerta. Por el resquicio me parece ver en su expresión una mueca de dolor y malestar. La mueca que hacemos cuando nos asaltan los malos recuerdos.

Areski y yo nos encontramos de pronto inmóviles y silenciosos ante la puerta cerrada. Él tiene en el regazo el álbum de fotos con la mención «Instituto

Marcel-Bialu, 1986-1989». Me mira y no dice nada. Pero al final abre la boca:

—Nos está ocultando algo, ¿verdad?

Es lo bueno de Areski. No necesita que se lo expliques todo, todo el rato.

—Exacto. Y eso, en tu opinión, ¿qué significa?

Escruta la casa de arriba abajo.

—Significa que tendremos que volver a pasar. Por lo que ha dicho, se va a última hora de la tarde...

Comprendo enseguida adónde quiere ir a parar. Si Daniel se ausenta, eso significa que la casa pronto quedará vacía.

—Sí —le respondo—. Se va a España.

—¡Olé!

Dejo que mis ojos suban a la ventana del primer piso. La ventana del batiente que no cierra.

—Olé —digo yo también.

Y después de pronunciar esta interjección, agarro la silla de Areski y la empujo lentamente hacia nuestra vieja ciudad de Valmy-sur-Lac, inmersa en la luz del sol y con mil destellos bajo el gran cielo del verano que se inicia.

En el camino de vuelta, tras dejar a Areski en su casa, no puedo evitar pensar en Valentine y en las últimas palabras que pronunció dirigiéndose a mí:

«¡Déjame en paz, Léo!».

En su voz había tanta agresividad como resistencia. Era como si luchara no tanto contra mí como contra sí misma. La veo, una y otra vez, desaparecer por la esquina del pasillo. ¿Tenía que haber corrido tras ella? ¿Tenía que haberla alcanzado, abrazado, besado, como en una película americana?

Mientras voy pensando estas cosas me interno en el centro de Valmy. El sol continúa imponiéndose y los cafés despliegan sus terrazas. Giro por la esquina de la calle Musset, en donde me acoge una pequeña plaza con plátanos. Bajo el ambiente sombreado del inicio de la tarde, se diría que la vida es placentera. En las calles hay gente, aunque imagino que el grueso de la población de Valmy se ha dado cita en el lago.

Paso ante el súper del señor Sylvestre, y allí me detengo para comprar un paquete de pasta, jamón y pan. Tras el mostrador, la radio emite una vieja canción francesa: «*Je l'aime à mourir, je l'aime à mourir, je l'aime à mouriiiiir*».

La voz de Francis Cabrel llena el espacio mientras coloco mis compras ante el señor Sylvestre. Sé muy bien lo que va a decirme, pero lo pillo desprevenido:

—Nada nuevo bajo el sol, señor Sylvestre.

—¡Ja, ja! Nada nuevo..., ¡por ahora!, —me corrige.

Y no puedo reprimir una sonrisa mientras salgo de la tienda bajo el carillón melodioso del mecanismo eléctrico de la puerta.

Cuando llego a casa son un poco más de las cuatro de la tarde. Como no podía ser de otra manera, me encuentro a mi padre desparramado frente al televisor, contemplando absorto la pantalla que se llena de imágenes banales. ¿Cuánto tiempo puede pasarse en esta actitud? Dejo la compra en la cocina y luego vuelvo a la sala. En lugar de subir directamente a mi habitación, como de costumbre, decido quedarme un rato. Me instalo en el sofá, sin decir nada. Es evidente que se trata de un telefilme malo. Brian está enamorado de Suzan, que está casada con John, que mantiene una relación apasionada con Pamela.

Me da la impresión de que mi padre ni siquiera mira la película. Parece que sus ojos quieran ver a través de la pantalla, a través de la tele, a través de las paredes de la casa. Sí, se diría que fija la atención en el horizonte, en algún objeto lejano que solamente él puede percibir.

—Hace calor, hoy —digo con poca convicción.

No hay respuesta, o se contenta con emitir un leve gruñido acompañado de un movimiento del codo. Lentamente coloca el puño bajo la barbilla y vuelve a sumirse en su impenetrable concentración. Me quedo quieto durante un par de segundos contemplando su perfil.

¿Qué ha podido suceder en su vida para que se haya vuelto así? De pequeño, mi padre lo era todo para mí: un modelo, una guía, un ideal. ¿Dónde está ahora ese héroe? ¿Solamente existía en mi imaginación? Ahoga un bostezo y luego deja de mirar la tele y vuelve la cara hacia la pared.

—¿Conoces a Emmanuel Leblanc?, —le pregunto de pronto.

Mi padre alza los ojos hacia mí.

—Sí que me suena... Era un cantante, o un deportista, o algo así, ¿no?

Me gustaría responderle que es el nombre de la persona con la que mamá rehará su vida, pero me abstengo de hacerlo. La mirada de mi padre se diluye en el vacío. Intenta recordar de qué le suena ese nombre. Es extraño, pero me da la impresión de que ha perdido de vista la vida entera y que intenta distinguir algo entre el caos en que se ha convertido su mente. Parece

maniobrar como un barco perdido, uno que navegara a ciegas en un océano brumoso.

—¡No!, —exclamo—. Pero ¿qué dices? ¡Mierda, haz un esfuerzo!

En ese mismo momento me arrepiento de haberle hablado así. Vuelve la vista de nuevo hacia el televisor, donde Brian besa apasionadamente a Suzan bajo el trémolo de los violines saturados. En nuestra sala ese sonido se expande en oleadas estridentes y pesadas.

—Pues no... —dice mi padre con la mirada fija en la pantalla—. No lo conozco...

Me quedo un momento en silencio, como atrapado por la atmósfera que flota entre nosotros. Luego pienso en Daniel Marcuso y en su «apenas me acuerdo de ella», refiriéndose a Jessica Stein. ¿Por qué mintió? ¿Dónde estarán esas fotos secretas? Y sobre todo: ¿qué misterio ocultan?

Sin moverme del sofá, pillo mi móvil del bolsillo de mis tejanos. Luego selecciono a Areski en la lista de contactos:

«Esta noche trabajo hasta las 11. Luego te paso a buscar».

—¿Cómo te las arreglaste?, —le pregunto a mi padre después de cortar el sonido de la tele—. Me refiero a cómo conquistaste a mamá. ¿Os conocíais de mucho antes? ¿La invitaste a la fiesta de fin de curso?

Él me mira, visiblemente sorprendido. La verdad, no es un tema que salga a relucir muy a menudo en casa. Sobre todo en el momento por el que estamos pasando.

—Pues ya no lo tengo muy claro... —responde al fin—. Creo que fuimos al cine.

—¿Recuerdas la película?

—No. ¿Podría ser alguna con gente bailando? Ya no me acuerdo.

Vuelve a ponerse a mirar la tele, aunque el aparato ya no emita ningún sonido. Parece agotado por el esfuerzo que acaba de realizar. Sé muy bien que no serviría de nada insistir y hoy ya no obtendré nada más de él.

—Pues muy bien —le digo—. Gracias por este gran momento de complicidad entre padre e hijo. Ahora tengo que marcharme.

Asiente vagamente con la cabeza para mostrar que la información le ha llegado, pero que solamente la procesará más tarde.

Me gustaría sentir algo más de compasión por él, pero la verdad es que se me hace imposible.

Ahora mismo solamente puedo pensar en nuestra incursión nocturna, cuando Areski y yo vayamos a casa de Daniel Marcuso. Sí, Daniel Marcuso. Reconsidero este nombre, le doy vueltas y vueltas, lo aprieto contra mi

paladar, como si contuviera una parte de verdad, como si solo él pudiera revelar lo que ocurrió en esa célebre noche de 1988.

Lo único que sé sobre Daniel es que ha mentido cuando lo interrogamos. Se acuerda perfectamente de Jessica Stein.

Y basta con este detalle para convertirlo en un sospechoso.

No, rectifico:

Este simple detalle basta para convertirlo en el sospechoso número uno del caso criminal más oscuro de toda la historia de Valmy-sur-Lac.

Jueves

Una luz suave y dorada me saca de mi sueño. Me desperezco. Las sábanas sobre las que estoy echado huelen a colada y a ropa limpia. En la pared ante mí está colgado el cartel de una película. Se ve a un hombre de cara, con un fusil en la mano, en un decorado futurista. El título se inscribe en sobreimpresión: *Mad Max 2*.

Empiezo a sentirme a gusto en este año 1988. Sobre el escritorio que hay junto a la cama reconozco enseguida unos cuantos objetos emblemáticos de la época: un lector de casetes, un teléfono de teclas grandes, algunos blocs y clasificadores de colores. También una cámara fotográfica tipo Polaroid, colocada al borde.

Al verlo me vuelven imágenes de mi escapada nocturna de la víspera. Digo «mi» escapada, pero sería más acertado «nuestra» escapada, porque Areski sin duda estaba más motivado que yo.

Fui a buscarlo a su casa y luego nos dirigimos a la de Daniel Marcuso. Por una vez me dejó empujar y me sometió a un interrogatorio: ¿Quién era ese tipo? ¿Por qué íbamos a forzar la puerta de su casa? ¿Guardaba alguna relación con la muerte de Jessica Stein?

Tuve que responder con calma cada una de sus preguntas. Sí, estaba relacionado con Jessica. Pero no, en realidad no íbamos a forzar ninguna puerta.

—Más bien deberías verlo como un viaje en el tiempo —concluí bajo la mirada dubitativa de Areski.

Cuando llegamos ante la casa ya había oscurecido completamente. La noche flotaba sobre Valmy como un velo ligero constelado de diamantes. Me parecía que las estrellas brillaban con vigor renovado.

Lo primero que hice fue apostar a Areski ante la casa, en un pequeño rincón oscuro entre la escalinata y la ventana del primer piso, por la que pensaba entrar. Tenía que poder vigilar sin que nadie reparara en él.

—Si ves algo raro —le indiqué—, me avisas.

—¿Ah, sí?, —me respondió con ese tono irónico que es su marca de fábrica—. ¿Y qué hago? ¿Maúllo? ¿O prefieres que ulule? El búho me sale superbién...

Lo miré un momento, con aire vagamente fatigado.

—No —le contesté, haciendo caso omiso del sarcasmo—. Me avisas y punto.

Mientras pronunciaba estas palabras levanté la cabeza para observar la ventana del primer piso, que estaba allí, esperándome. La ventana de la habitación de Daniel Marcuso cuando era adolescente. Para subir, me bastaba con agarrarme al canalón. Lo había visto en montones de películas, y yo mismo me había convertido casi en un *pro* cuando se trataba de bajarlos. Sin embargo, en esa ocasión, en el momento de empezar a subir, tengo que reconocer que en parte perdí la confianza.

Areski, desde su rincón en la penumbra, con esa mirada penetrante y la cabeza hundida entre los hombros, se volvió hacia mí.

—Ahora vas a desanimarte, ¿no es eso?

Le respondí que para nada, y agarré el canalón con mano confiada. Por suerte era un canalón antiguo, de metal, y no uno de esos tubos de plástico que se encuentran a menudo en los laterales de las casas. Estaba fijado al muro mediante sólidos remaches, así que me pude aupar sin demasiados problemas, haciendo contrapeso con el cuerpo y apoyando firmemente los pies en la fachada, hasta el primer piso.

Por algún automatismo miré hacia abajo y allí estaba Areski, haciéndome una señal aprobatoria con la mano, acompañada de una sonrisa beatífica.

—¡No me vigiles a mí, pedazo de alcornoque! ¡Vigila la calle!

No es que estuviera demasiado alto, a tres o cuatro metros solamente, pero se apoderó de mí una sensación de vértigo. «No es el momento de vacilar», me dije. Despacio, pero con seguridad, avancé el brazo izquierdo hacia la ventana de Daniel Marcuso, sin soltar el canalón al que me agarraba con la otra mano. Los pies los tenía firmemente apoyados sobre un resalte metálico de la fachada, de modo que mi posición no era cómoda, pero sí bastante estable.

Tanteé y sentí el borde de la ventana contra mi mano. Empecé a desplazarme hacia allí buscando el pequeño listón de madera que, en mi recuerdo de 1988, estaba en el lado derecho. Dejé que los dedos exploraran los contornos y se crisparan alrededor de los batientes, vacilantes. De pronto, un clic. Bajo la ligera presión de mi mano el listón de madera se desplazó y

pude deslizar el dedo índice bajo el batiente de la ventana de guillotina. Allí, siempre por medio del tacto, intenté accionar el pequeño pasador metálico para liberar el cierre.

Al final sonó un pequeño chasquido. Tendí el brazo y empujé con todas mis fuerzas hasta que la ventana se levantó con un ruido de frotamiento.

—¡Síííí!, —me oí decir a media voz al constatar que tenía el paso libre.

Apoyé las manos y me di impulso para entrar en el cuarto de Daniel Marcuso. La exploración podía empezar.

1988. Me quedo un segundo perdido en la contemplación de esa cámara Polaroid y luego decido abandonar el olor reconfortante de las sábanas limpias y levantarme. Antes que nada, me siento en el borde de la cama y compruebo que hoy vuelvo a ser un chico. Llevo unos calzoncillos anchos y una camiseta *Star Wars* con la efigie de Chewbacca. De primera.

Es extraño, pero el lugar en el que me encuentro me resulta familiar. Es como si ya hubiera venido. Repaso mentalmente el conjunto de mis encarnaciones de la semana, pero la cosa no va por ahí. Me dirijo lentamente hacia el escritorio, en donde veo un número de *Science & Vie*^[3]. En la cubierta, la fotografía de una galaxia formando un gigantesco enjambre de estrellas, junto al titular: «¿Existen los universos paralelos?». Tomo la revista y le echo un vistazo al artículo interior.

¿Universos paralelos? Tan solo un par de semanas antes, esta idea me habría parecido ridícula. Sin embargo, hoy tengo la certeza de que el espacio y el tiempo son mucho más complejos de lo que pensamos. ¿Existe algún paso entre diferentes estratos temporales? ¿Estaré en uno de esos «universos paralelos»? Y si es así, ¿cómo me las he arreglado para efectuar ese viaje? ¿Ha sido una casualidad? ¿Soy un escogido? De ser el caso, ¿por quién? ¿Por qué yo?

Si empiezo a plantearme preguntas, sé que no acabaría nunca. Es mejor no complicarse la vida y aceptar lo que me ocurra. Esta es mi filosofía en este momento. Dejo la revista donde estaba y me digo que tendré que pedirla en el CDI del instituto. Más tarde, cuando todo esto haya concluido. Cuando haya encontrado el camino hacia mi querido antiguo mundo. El de 2018.

Sin hacer ruido, continúo con mi exploración meticulosa de la habitación. Hay algunos CD colocados descuidadamente junto a un equipo de música. *Ainsi soit je...* de Mylène Farmer. *Entre gris clair et gris foncé* de Jean-Jacques Goldman. La banda sonora de *Subway*, de Éric Serra. Sin duda, ¡he

caído en la casa de un auténtico melómano! Ante mí, en un pequeño estante, una decena de libros de bolsillo de brillantes cubiertas. En su mayor parte se trata de títulos de ciencia ficción. *Las puertas de Anubis*, de Tim Powers. *Libros sangrientos*, de Clive Barker. *Neuromante*, de William Gibson.

Vaya, que estoy en el cuarto de un *friki*. Me paso la mano por la cabeza y noto una bola de cabello erizado, rebelde. Avanzo hacia un espejo que hay junto a la puerta de la habitación, pero al hacerlo tropiezo con un objeto que enseguida reconozco: una cinta de vídeo, una vieja VHS. En la funda se ve a un Stallone de tensa mandíbula y protuberantes músculos. El subtítulo me lo sé de memoria: «*El ojo del tigre*».

Jo, *Rocky III*...

—¡Léo! ¡Eh, Léo! ¿Qué tal? ¿Ya estás?

Era la voz —no muy discreta, que digamos— de Areski.

—¡Chiiist!, —resoplé asomándome a la ventana, con un dedo sobre los labios.

Y luego levanté el pulgar, para decir: «Todo bien».

Efectivamente, todo se mantenía conforme a lo que había guardado en la cabeza. La habitación de Daniel Marcuso no había cambiado desde mi estancia en 1988. Todo estaba en su sitio: la cama, el escritorio, las fotografías de The Cure, amarillentas ya, clavadas en la pared.

Durante un momento permanecí inmóvil, como paralizado. Todo eso era bastante raro. Podía decirse que Daniel Marcuso no había puesto los pies ahí desde su adolescencia.

En el aire flotaba el olor a cerrado. Encendí la luz del escritorio y eché un vistazo a mi alrededor. «Lo que me ha llegado a ocurrir en esta semana», pensé sentándome en la cama... Era realmente de locos.

Luego recordé el motivo de la visita: la muerte de Jessica Stein, las fotografías secretas, la clave del enigma. Me levanté de un salto y, como haría un gato, me eché al suelo para deslizarme sobre él y tender el brazo entre el colchón y el somier.

Nada.

En la calle, Areski se puso a ulular como un búho. ¿Habría visto realmente que llegaba alguien, o simplemente lo hacía para pasar el rato? Ese era el problema con Areski: nunca se sabía si iba en serio o no. Pero en el fondo no tenía importancia. No había tiempo para volver a la ventana y cerciorarme de que todo iba bien. ¡Estaba tan cerca de mi objetivo!

Mi mano continuó palpando por debajo del colchón durante un segundo, cuando sentí en los dedos el tacto de una caja metálica.

Dejo con delicadeza la cinta de *Rocky III* sobre el escritorio, como si se tratara de un objeto mágico de poderes desconocidos, y luego sigo explorando el cuarto. Decididamente, este lugar me resulta familiar. Sí, ya sé que es imposible, sin embargo... ¿En qué momento habré podido estar aquí?

Lentamente me acerco al pequeño espejo de la pared, justo debajo de la postal con la leyenda «Recuerdo de la Bretaña».

Me contengo antes de mirar mi reflejo. No sé por qué, pero hay algo que me frena. Vuelvo a husmear el perfume que desprende la estancia. Un olor a ropa limpia y a vida bien ordenada. Al pie de la cama, una pequeña acumulación de ropa, sin duda la que he llevado el día anterior. Me siento bien en esta habitación. Se parece un poco a la mía. Con el desorden preciso.

A través del estor a medio bajar se cuela el sol que ilumina la pieza con un fino hilo dorado. Sin duda pronto será la hora de ir al instituto.

Justo antes de mirar mi rostro en el espejo siento una sacudida tremenda. Algo en mí, una súbita toma de conciencia, una revelación, un choque.

—¡Pues claro!, —digo en voz alta, sin darme cuenta.

Sé dónde estoy. Reconozco estas paredes, me las sé de memoria. Mejor dicho... Las conoceré de memoria dentro de treinta años, y en ese momento estarán cambiadas, sí. La decoración tampoco será ya la misma: los muebles habrán cambiado de lugar, y la pintura será otra. Pero las paredes son las mismas. Me quedo inmóvil y solo mis ojos continúan curioseando, como para encontrar una explicación a lo que está pasando. A mi izquierda, colocada sobre el suelo, una consola Nintendo NES de la que sobresale el cartucho de *Legend of Zelda*.

A pesar de mis reticencias, consigo volver la cabeza para reencontrarme frente al espejo. Me acerco lentamente a él. Un rostro con granos me mira perplejo. Una cara fina, bastante bien dibujada a pesar de los rastros de acné. Una cara joven. Tan joven...

«Léo, yo soy tu padre...».

Una vez fuera de la casa, necesito unos minutos para aceptar que he aterrizado en la vida de mi padre. «¡Jo, cualquier cosa menos esto!», pienso en pleno ataque de pánico. No tengo ninguna necesidad, ninguna, de saber

cómo era mi padre cuando tenía mi edad. Si ya no compartimos gran cosa en este momento... En estas circunstancias, la cosa se pone fea.

Camino por las aceras de la ciudad y procuro pasar desapercibido. Al rato me digo que tal vez sea una oportunidad. Después de todo, igual estoy a tiempo de reconquistar a mi madre y de alejarla de Emmanuel Leblanc, el tío bueno, ¿no? ¡Jo, esto sí que es fuerte! Tengo que ligar con mi propia madre para conseguir que me acompañe a la fiesta de fin de curso.

Recuerdo las palabras de mi padre, ayer. Cuando me dijo que fueron a ver una película. Una película con gente que bailaba...

Tal vez podríamos empezar por ahí...

Por el camino me cruzo con varios tipos vestidos con chándal enorme, con cintas en el pelo y cadenas gruesas alrededor del cuello, o bien con cazadoras con estampado de piel de leopardo. Llevan peinados insólitos: permanentes monumentales o cortes *mullet*, corto a los lados y largo por detrás. ¡Ah, esos años ochenta!

Cuando llego al Marcel-Bialu reconozco inmediatamente el esquema organizativo del patio. De hecho, es un universo que voy conociendo: al fondo, el grupo de las chicas populares, aglutinadas alrededor de Jessica Stein. Capucine Chauchoin y Victoire Delasalle están con sus cacareos, con chaquetas de tela tejana y *leggings* negros. Un poco más allá, a unos metros de distancia, el grupo equivalente pero en masculino: la brigada de Marc-Olivier Castaing. Los rebeldes.

Son tres: el mismo Marco, Tony y Étienne, todos apoyados despreocupadamente en un muro, con un pie alzado y fumando un cigarrillo tras otro mientras observan el mundo con desprecio. De vez en cuando, Tony desliza una mirada hacia Étienne. Lo hace disimuladamente, pero aun así se percibe en ella una mezcla de rabia y rencor, de deseo y tristeza.

Al otro lado del patio, el universo de los *frikis* y de los *losers*. En 1988 los empollones apasionados por la informática todavía no habían obtenido el poder. Me dan ganas de acercarme a ellos para darles un golpecito en el hombro y decirles: «No os preocupéis, llegará vuestra hora». No muy lejos de este grupo, pero todavía un poco más aislado, veo a Daniel Marcuso, perdido y encerrado en sí mismo. En la mano, como siempre, la cámara.

Unos metros más arriba, justo delante de la puerta del comedor ahora cerrada, veo a Élise Brossolette, que observa a Daniel y no parece atreverse a

acercarse. Este baja los ojos y tal vez finja no darse cuenta de nada. Esa pareja tiene todavía mucho camino que recorrer...

Y también apartados, pero reunidos justo delante del campo de entrenamiento, en pleno aire libre, se encuentra el grupo de los deportistas. No son muchos, solo tres o cuatro, y llevan todos camisetas sin mangas o pantalones de baloncesto. Entre ellos reconozco la cara perfecta de Emmanuel Leblanc. Está en pie, con las manos detrás de la cabeza, y mueve las caderas en un ejercicio de calentamiento.

Cada uno de estos grupos se detesta. Los rebeldes detestan a los deportistas, y estos desprecian a los *frikis*. Es el orden de la naturaleza. Un orden inmutable y eterno, como la ley de la sabana o algo por el estilo. No se le puede pedir a un león y a un mono que sean amigos. Es así.

Y eso incluso cuando no sé muy bien qué animal soy yo, en todo el lío.

En medio del patio, entre esos extremos, se encuentra la gran mayoría de los alumnos del instituto: los que no tienen signo distintivo, los que no son ni *cool* ni *pringados*, los que se deslizan por entre la muchedumbre con la esperanza de que nadie repare en ellos, los que sobreviven al día a día discretamente. Todos obedecen a la moda de 1988, con el corte de pelo correspondiente. Algunos llevan pulseras brasileñas. Otros lucen la chapa de «*Touche pas à mon pote*» o «*We are the World*». Llevan camisetas de *Robocop*. Forman la masa indistinta de los que se limitan a esperar, con paciencia, que todo esto acabe.

Avanzo entre ellos —no querría que nadie reparara en mí— cuando distingo una cara que me es familiar, una cara de rasgos rectos, finos y suaves.

Mi madre está charlando con una amiga. Las dos se apoyan contra el marco de una ventana y se diría que están inmersas en una discusión apasionada.

Desde luego, es bastante loco esto de ver a mi madre así, en un mundo en el que yo, Léo, no existo todavía. Parece que se siente bien consigo misma, de vez en cuando suelta una risita y se recoloca los largos cabellos tras las orejas. Me acerco a ella con pasos discretos, sin decir nada, sin llamar su atención.

Y en ese instante el mundo que hay a mi alrededor se evapora en un torbellino de movimientos y de colores. La marea de alumnos se prolonga hasta el infinito en una sucesión imparable. Ya no reparo en nada. Es como si

los pocos metros que me separan de mi madre formaran una suerte de barrera espacio-temporal.

Solo está ella.

Solo estoy yo.

Y el destino.

Después de sacar la caja de metal de debajo del colchón de Daniel Marcuso, me senté en la cama para inspeccionar su contenido. La pequeña lámpara del escritorio continuaba proyectando su luz discreta. La luz que reinaba en la habitación era algo extraña: como una mezcla de pólvora y de polvo. No sabía si todo iba a explotar de un momento a otro... o si permanecería inmóvil durante una eternidad más.

«Será mi imaginación», pensé mientras quitaba la tapa metálica de la caja. Era la misma cajita de galletas bretonas que en mi recuerdo. Incluso la etiqueta Fotos pegada con cinta adhesiva a la tapa había quedado intacta.

El interior estaba lleno de fotografías en blanco y negro. Enseguida he reconocido los decorados: el instituto, el lago, las calles de Valmy en 1988. Revisé las fotos, una tras otra: adolescentes, en grupo o en solitario. Algunos tomados de espaldas, evidentemente sin que lo supieran. Otros practicando deporte, tenis o fútbol. En cualquier caso, el tipo de fotos que había visto en el anuario del instituto. Y también toda una sección consagrada a Jessica Stein. Eso que yo llamaba «las fotos de pervertido» de Daniel Marcuso. Esas que había tomado a escondidas y que mostraban a su presa en diferentes situaciones: en la calle, en el instituto, su silueta a contraluz en la ventana de su habitación...

Debajo de este primer montón encontré otro grupo de imágenes, metidas en un sobre. Enseguida comprendí que era lo que buscaba. Lo he abierto y he extraído la primera instantánea. Formas de árboles, sombras y luces. El pinar que rodea el lago. Y en medio, dos personas enlazadas: las figuras de Tony y de Étienne besándose.

He continuado con la revisión de las fotografías hasta llegar a las de la fiesta de fin de curso. «Estaba enfermo», decía. Sí, enfermo... De eso, nada.

Se trataba de varias decenas de fotografías hechas en el interior del gimnasio, transformado para la ocasión en gran sala de baile. Alumnos con traje de noche, vestidos y lentejuelas. Me bastó con echar un vistazo para localizar enseguida a Jessica Stein. Luminosa, sonriente, desbordante de alegría y de belleza.

En ese caso, bailaba en brazos de Marc-Olivier Castaing, salpicada por los reflejos de la bola de facetas. El gran reloj del gimnasio marcaba las nueve y cuarenta y tres.

Coloqué de nuevo todas las fotografías en su sobre y luego las deslicé bajo mi camiseta. Volví hacia la ventana y dirigí un discreto silbido a Areski:

—¡Pst! ¡Oye, que bajo!

—De acuerdo...

Vi que hacía girar su silla para colocarse ante la fachada, con expresión atenta y nerviosa. Mientras me dejaba deslizar a lo largo del canalón, sentí en el vientre las imágenes de Daniel Marcuso. El sobre me rozaba la piel.

Y quemaba.

—¿I-Isabelle?

Vuelvo a estar en el patio del instituto. Un tipo pasa junto a mí y me empuja. Lleva una camiseta de Michael Jackson con la leyenda *Thriller*.

Mi madre se vuelve hacia mí, con suavidad. Veo que por un instante sus cabellos flotan en el aire sobre sus hombros, como en cámara lenta. Los grandes ojos dejan de mirar a su amiga para posarse sobre mí. Es joven. ¡Tan joven! Antes de esta semana completamente loca, nunca había pensado realmente en que mi madre un día tuvo diecisiete años.

Pero, claro está, hoy no es mi madre.

—Laurent —me responde con una sonrisa que disimula tras el cuello de su blusa.

Me acerco un poco y, con toda la naturalidad posible, me inclino hacia ella para saludarla con un beso.

—Eeh... Hola —balbucea con voz sorprendida.

Percibo una ligera incomodidad en su entonación. Es justo reconocer que en este caso tengo una ventaja sobre ella: la conozco a la perfección. Ninguno de sus gestos tiene ningún secreto para mí. Sin duda está apurada por haber invitado a Emmanuel Leblanc a la fiesta de fin de curso, y no sabe cómo comportarse con mi padre.

—¿Te lo has pensado ya? Ya sabes, la fiesta de fin de curso...

En ese instante se le enturbia la mirada, abre y cierra los ojos y me parece que está a punto de ponerse roja como un tomate.

—Sí... Eh... No... Vaya, que no sé.

La miro, con intensidad. Sin decir nada. Y luego decido ir a por todas.

—Emmanuel me ha dicho que irías con él.

Duda un segundo. Se queda inmóvil, inclina la cabeza para rascarse la sien. Me acerco a ella para soltarle, con voz contenida:

—Haz lo que quieras, de verdad. ¿Conoces esa canción de Étienne Daho que dice: «Todo puede cambiar, hoy es el primer día del resto de tu vida»?

—Eeh... No... No sabía que te gustaba Étienne Daho...

Le contesto que me encanta y me pongo a tararear la canción en cuestión. Mi madre me mira, un poco sorprendida. No conoce la tonada. Sin duda es una canción que en 1988 todavía no se había publicado. No pasa nada. Sigo con la canción.

—«*Tu peux exploser aujourd'hui est le premier jour du reste de ta vie...*».

—Pues parece muy bonita —dice ella deprisa, como para poner fin a este momento de intimidad.

Y luego me explica que tiene que irse, que le toca examen de mates.

—Las identidades notables. Un tema realmente complicado. ¿Te va bien si nos vemos a las seis, después de las clases?

Sin esperar mi respuesta empieza a alejarse en dirección al edificio A. Suena el timbre. Me quedo bloqueado un momento.

—¿A las seis?, —pregunto.

Ella se vuelve, decidida, con la cara sonriente y luminosa:

—Sí. ¿Me acompañarás al trabajo? Te invitaré a tomar algo.

—De acuerdo entonces —digo por fin—. A las seis delante del portal.

Ella levanta un poco la mano, como diciendo: «Hasta luego».

Por primera vez en mi vida me alegra saber que mi madre me espera a la salida del instituto.

Después de bajar por el canalón de Daniel Marcuso volví a reunirme con Areski. Se veía que le costaba contener la emoción.

—¿Qué tal? ¿Qué tal?

—Espera, que te lo enseñaré. Pero primero salgamos de aquí.

Agarré su silla y empezamos a subir por la Carretera del Lago. El canto de las ranas nos llegaba desde más abajo. Parecían ser las únicas que nos habían visto. Dos siluetas en la noche que llevaban consigo su exiguo botín: un puñado de fotografías y, tal vez, la clave de un misterio que se remontaba a treinta años atrás.

—¿Qué tal?, —volvió a decirme Areski cuando llegamos al centro de Valmy y la iluminación pública se hizo general y abundante.

Estaba impaciente por saber, y era comprensible. A mí me pasaba lo mismo.

Me saqué el pequeño sobre de debajo de la camiseta y lo abrí con precaución. Durante una fracción de segundo sentí que Areski contenía la respiración.

—Suspense... —dije con tono irónico, mientras hacía que desfilaran las fotos ante nuestros ojos.

Era indiscutible que estábamos en posesión de un documento histórico único. La fiesta del instituto de 1988, fotografiada casi minuto a minuto. En cada una de las imágenes, el gran reloj del gimnasio nos permitía reconstituir una cronología de los acontecimientos. Foto tras foto, las agujas avanzaban y desgranaban la hora.

Sentí que una sonrisa se formaba en mis labios. Metí de nuevo las fotografías en el sobre y miré a Areski. Él no sonreía. Al contrario: parecía preocupado.

—Nos vemos mañana —dije—. Tenemos que poner en claro todo esto. Tenemos que examinar cada foto hasta el último detalle. La solución ha de estar ahí.

—¿La solución?, —repitió con voz insegura—. ¿La solución a qué?

—Pero bueno, Areski... ¡La solución al asesinato de Jessica Stein!

Cuando suena el timbre para marcar el fin de las clases corro hacia la entrada del instituto. Temo que mi madre haya olvidado nuestra cita. Pero enseguida la localizo entre la gente, y ella también se apresura hacia el portal. A cada paso, los cabellos se le levantan y revelan la línea fina y clara de su perfil.

Es algo que nunca me había llamado la atención hasta ahora —o no particularmente, en cualquier caso—, y es que es bastante guapa. En cuanto me ve, por su parte, me saluda con una gran sonrisa, acompañada con un gesto de la mano. Parece contenta de verme... O más bien de ver a mi padre, claro.

Y solamente esta idea, sabiendo lo que la vida les tiene reservado, me rompe el corazón.

—¿Qué tal el examen de mates?, —pregunto.

—¡Oh, no hablemos de eso, por favor!

Lanza un manotazo purificador al aire y me mira con expresión cansada y divertida.

—¡Vale, vale!, —digo en tono ligero, esforzándome por disimular la emoción—. ¿Vamos, entonces?

—¡Vámonos!, —responde ella, divertida.

Avanzamos unos metros, doblamos por la esquina de la calle Milledieu y salimos a la gran avenida de plátanos coronada por el sol.

—No sabía que trabajarías —digo por dar conversación.

Mi madre nunca me ha hablado de eso. La miro un instante y ella me explica que encontró este empleo a principios de año, y que le sirve para sus gastos particulares. Hace de camarera en un café del paseo Villemin, no muy lejos del cine Le Palace.

—Lo mejor —dice ella— es que colaboramos con el cine, de modo que a menudo tengo entradas gratis. El mes pasado vi *El gran azul*. Me gustó mucho. De hecho, la vi dos veces. Y a ti, ¿te gusta el cine?

Le respondo que sí, aunque un poco distraídamente, porque estoy absorto en la contemplación de los edificios y de los escaparates que tenemos alrededor. Observo los objetos que están de moda: chapas y pins diversos —algunos con las efigies de cantantes o con títulos de películas—, radiocasetes, magnetoscopios VHS, Minitel^[4]... Y claro, la ropa fluorescente, las cintas y los pantalones de licra azul eléctrico que llevan los maniqués. Es extraño. Es como si hubiera aterrizado en un planeta desconocido.

—Sobre todo esas películas antiguas como *El gran azul* —digo—. Esa es un clásico.

—¿A qué te refieres? Pero si la acaban de estrenar...

Desvío la vista de los escaparates, consciente de mi metedura de pata.

—Pues eso, que se va a convertir en un clásico. Fijo.

—Sí, fijo —dice ella por no llevarme la contraria.

Se desvía por una calle que nos lleva directamente al paseo Villemin. Caminamos todavía unos cincuenta metros cuando percibo unas mesas instaladas sobre la acera, a la sombra de un toldo descolorido.

—Es ahí —dice ella con orgullo.

—Pero... ¿Trabajas en el Plus-que-parfait?

—Pues sí... Bueno, solo los jueves y domingos por la noche. Venga, siéntate, que te traigo algo. ¿Qué quieres tomar?

Me quedo unos momentos pensando, hasta que lanzo, sin duda con demasiado entusiasmo:

—¡Sí! ¡Una Pschitt! «Cálmate y refréscate con Pschitt» —digo recordando el cartel publicitario de la puerta del café.

Mi madre ahoga una risita traviesa y luego desaparece en el interior. Pasa tras la barra y se pone un delantal de plástico. Miro hacia los taburetes del fondo de la sala, pensando que voy a dar con toda la banda de Jessica Stein y de Marc-Olivier Castaing. Pero no. El bar está vacío, a excepción de los tres motoristas acodados en la barra, cada uno con su cerveza.

Mi madre vuelve con una botellita y un vaso lleno de un líquido burbujeante.

—Aquí tiene, señor.

Le doy las gracias y le pido que se siente conmigo un rato, antes de empezar su turno. Ella duda, mira a derecha e izquierda, me mira a mí, esboza una sonrisa.

—Bueno, pero solo dos minutos, ¿eh?

Saca la silla que tengo al lado y se sienta sin decir nada. En la mejilla se le marca un hoyuelo, y comprendo que está esperando a que yo inicie la conversación. Entonces me pongo a hablar de todo y de nada. Del tiempo («¡Vaya día más bueno!»), de la vida de estudiante («¡Qué ganas de pillar vacaciones!»), de los años ochenta («¡Me encanta la Pschitt!»)...

Luego, casi con naturalidad, la conversación toma la deriva de vidas, proyectos, padres...

—¿A ti te parece que conoces de verdad a los tuyos?, —me pregunta.

—Sí... En fin, creo que sí —digo sin expresar extrañeza—. Lo que sí pienso es que cada día aprendo a conocerlos un poco mejor.

—Mmm... Pues yo no estoy tan segura. Es extraño. A veces tengo la impresión de estar supercerca de ellos, ¿sabes? Y luego, otras veces, cuando los miro, me pregunto quiénes son esos extraños que han caído así, por casualidad, en mi vida. Que no tenemos nada en común, pero que he de arreglármelas con eso. Sí, ya sé, es raro...

Pronuncia estas últimas palabras riendo. No me atrevo a decirle que entiendo muy bien lo que siente. Como si la vida fuera una lotería y la escasa libertad de que disponemos consistiera en utilizar lo mejor posible lo que nos ha tocado en suerte. Una situación económica. Una herencia cultural. Un cuerpo más o menos adaptado a los cánones de belleza de la época. Y unos padres a los que no comprendemos, de los que no comprenderemos nunca nada y a los que tendremos que soportar toda nuestra vida.

—Después del bachillerato, me iré.

Mi madre me mira. Lo ha dicho con mucha calma y seguridad. En su boca parece más un hecho científico que una opinión o un proyecto.

—Me voy a París.

Tengo una ventaja sobre ella, porque sé que no será así. Después del bachillerato se irá un año a la universidad, a Clermont-Ferrand. Y luego, después de suspender los exámenes, encontrará un trabajo de media jornada en una librería de Valmy. Pero claro, de todo esto no le digo nada.

—¿Y qué harás allí?, —le pregunto.

—Pues no lo sé. Estudiar, supongo. Y si no estudio, trabajaré. En el fondo no importa demasiado. Lo que quiero por encima de todo es viajar, ver mundo, divertirme. Quiero aprovechar la juventud, eso quiero. Y luego siempre he tenido ese sueño de ser escritora. Ya sé que es una tontería, dicho así. Pero me gustaría probarlo. Escribir novelas, ¿por qué no?

Asiento con la cabeza, pero sin decir nada. Contemplo por un instante la perspectiva de nuestras vidas fracasadas, y eso, la verdad, me pone triste. Me gustaría podernos consolar, encontrar las palabras justas, pero no lo consigo.

Algunas palabras son demasiado dolorosas como para expresarlas, imagino.

Son casi las siete cuando dejo la botella de Pschitt vacía sobre la mesa metálica. Mi madre sigue mirándome, con la sonrisa en un extremo de la boca. Desde el interior del bar nos llega una canción de la radio: *Just Can't Get Enough*, de Depeche Mode.

—Te paso a buscar cuando acabes, ¿vale?, —le digo sin dejar de mirarla.

—Eeh... Vale, sí.

Es evidente que está un poco sorprendida.

—¿Hacia las diez, te parece?, —añade.

—A las diez. Hasta ahora.

Me levanto y me alejo. Subo por el paseo Villemin, paso por delante de Le Palace, llego a los jardines Desnouettes. La tarde casi acaba, pero el verano está por todas partes a mi alrededor y baña las calles en una luminosidad sin velo. Un calor obsesivo viene a asfixiarnos en oleadas sucesivas.

Me quedan tres horas que tengo que matar como sea. Por instinto me dirijo hacia el súper del señor Sylvestre. Al fondo tiene una pequeña sección de papelería. Escojo un cuaderno con cubierta en cuero y cierre imantado, y

también una pluma de capuchón lleno de estrellas. Me acerco al mostrador para pagar.

—¿Qué hay de nuevo bajo el sol?, —me pregunta el señor Sylvestre.

Evito el diálogo habitual, le tiendo un billete de cien francos y salgo de la tienda para volver, a la izquierda y a unos centenares de metros, a la plaza Desnouettes. «Lo siento, papá, no podré devolvértelos, ¡pero son para una buena causa!».

Paso por la puerta metálica, retenida por un resorte ruidoso, y me dirijo hacia el primer banco que encuentro. Me vuelven imágenes de ayer por la noche. Después de acompañar a Areski a su casa, me quedé un rato por las calles de Valmy, sin hacer nada en particular. Era de noche y refrescaba, pero no tenía ganas de volver enseguida a casa. La adrenalina seguía corriendo por mis venas. Una mezcla de miedo y excitación, de aprensión y estupor. Como si el mundo, o mi corazón, fueran a dejar de latir o de girar. Como si mi existencia hubiera llegado a su colofón. A su último momento.

Sentado en ese banco, me fijo en dos niños que se divierten en un subibaja, ante la mirada distraída de su madre. Los ojos de la joven oscilan entre el parque de juegos y la revista que tiene sobre la falda. Su aspecto revela cansancio. Abro el cuaderno en cuero que acabo de comprar, le quito el capuchón a la pluma y escribo, con trazo firme: «Laurent Belami, 16 de junio de 1988».

Me quedo sentado durante un tiempo indeterminado. El necesario para ver que el día concluye, que el sol se pone. El tiempo preciso para ver que la joven se levanta del banco y llama a sus hijos dando unas palmadas. El tiempo para verlos partir y sentir el frescor de la noche que cae sobre el mundo. Es un momento de respiro, casi un momento de gracia. Algunas horas de 1988, algunos instantes robados, como un secreto entre el universo y yo. Pienso en las caras de la gente con la que me he relacionado durante esta semana: Daniel Marcuso, Valentine, Jessica Stein, Areski, Étienne Pernod, Capucine Chauchoin, Belinda. La cara de mi madre, tan llena de juventud y de confianza. Todo se mezcla, todo se entrelaza, como si nuestras vidas estuvieran, de un modo u otro, vinculadas.

Eso es lo que somos: vidas enmarañadas, perdidas en el espacio y el tiempo, dejadas en el mundo como trozos de porcelana, partículas de alegría y de sufrimiento, de esperanza y de tristeza; que se agarran como pueden a su presente, a su pasado, a su futuro; que intentan, como pueden, encontrarle un sentido y un poco de libertad a todo esto.

Cuando salgo de mi ensoñación, mi reloj indica las nueve y cuarenta y siete. He pasado aquí más de dos horas, perdido en mi contemplación. Voy a tener que volver al paseo Villemín, para encontrarme con mi madre y convencerla de que se olvide de ese jodido *top model* llamado Emmanuel Leblanc.

Si no es así, se acabó Léo Belami.

Son las diez, y mi madre sale del trabajo. El bar se ha llenado y la radio emite ahora una canción *rock* de acordes saturados que llegan hasta la calle, mezclada con el ruido de las pintas contra el zinc y las risas de los clientes sentados a las mesas. Ella me mira, aparentemente sorprendida. Tal vez pensaba que no iba a cumplir mi palabra. Sonríe y me tiende una mano ligera.

—Gracias por estar aquí —me desliza suavemente al oído al reunirse conmigo en la acera.

—D-De nada.

Pero mis palabras quedan tapadas por la música y por el fragor de la noche de verano.

—¿Quieres que vayamos al cine? Si nos damos prisa, todavía llegaríamos a la última sesión.

—¿Al cine?, —repite, visiblemente sorprendida—. Buf, no sé... ¿A ver qué?

—Mmm... Pensaba algo... Algo con gente que baila, eso es.

Al oírlo levanta la cabeza:

—¿*Hairspray*? La vi la semana pasada. Superbuena. Pero no tengo muchas ganas. ¿Y si paseáramos un poco?

Asiento. A tomar viento el cine y la gente que baila. Tras andar juntos durante un rato, me vuelvo hacia mi madre y le tiendo el cuaderno de cuero y la pluma.

—Ten. Regalo.

—¿Para mí? ¿Y con qué motivo?

—Para que no olvides dedicarme tu primera novela —digo sonriendo.

Ella me mira. Deja de caminar. Parece emocionada. La luz de las farolas le ilumina la cara. El corazón me late con fuerza contra las costillas, pero me esfuerzo para que no se me note.

Al cabo de un momento me da las gracias con dulzura y vuelve a caminar. Soy yo quien retoma la conversación. Le hablo de la fiesta de fin de curso, del

instituto, del verano que llega. Ella no dice gran cosa, pero siento que su corazón se mece con cada una de las palabras que pronuncia.

Cuando llegamos a las pistas deportivas le propongo que nos quedemos un rato.

—Hace buena noche. Podemos tumbarnos en la hierba.

Ella me sigue sin decir nada. Por encima de nosotros, la noche vasta e infinita. No hay más que la claridad de las estrellas, el centelleo tranquilo de la Vía Láctea que parece responder al canto de los grillos. Hacia el lago, algunas ranas se añaden al concierto, mientras que el olor del agua fría y mineral rebosa en el aire y en nuestros pulmones.

Con un gesto, mi madre recoge la falda de su vestido y se sienta a mi lado. Seguimos charlando de todo y de nada. Ella habla de las vacaciones que están al caer. Como cada año, sus padres se la llevarán a hacer *camping* por la costa.

—¿Y tú?, —pregunta.

Baluceo, inseguro. Luego cruzo las manos por detrás de mi cabeza y me tiendo sobre el césped. La bóveda estrellada ocupa la totalidad de mi campo de visión. Por un instante me quedo en silencio y atento, concentrado. Finalmente digo:

—Vamos juntos a la fiesta de mañana. Por favor.

Estas palabras han salido solas. Me arrepiento inmediatamente de haberlas dicho. Me da miedo que parezcan demasiado desesperadas. Demasiado directas. Mi madre no contesta nada.

Se limita a tenderse a mi lado, mirándome. La observo con el rabillo del ojo. No ocurre nada.

Una sonrisa radiante se dibuja justo en el fondo de sus ojos.

La alarma de mi iPhone me despierta a la mañana siguiente. Falta poco para las siete y, por la ventana entreabierta, percibo el canto de los primeros pájaros. Necesito algo de tiempo, uno o dos segundos, para entender dónde estoy. Solamente palpando el borde de la cama —y sobre todo al sentir que mi mano se cierra sobre un calcetín sucio— adquiero la certeza de estar de vuelta.

Abro los ojos y todo regresa a mi mente. La velada del día anterior con mi madre. Y la velada de anteayer, con nuestra escapada a casa de Daniel Marcuso. Me levanto de golpe y me arrojo hacia el escritorio. El sobre sigue ahí. Con Areski hemos quedado en que examinaríamos el contenido a la hora de la comida. La cita es a las doce y media, ante el Centro de Documentación.

El hecho de que yo siga con vida podría indicar que mi padre consiguió convencer a mi madre para que lo acompañara a la fiesta. Este pensamiento me llena de alegría.

Abro el sobre y saco una primera fotografía. ¿Estará ahí la respuesta?

En la imagen aparece la pista de baile improvisada en el gimnasio del instituto, justo debajo del gran reloj. Son las diez y diecinueve. Las parejas bailan enlazadas. Algunos levantan la cabeza. Otros parecen hallarse sumidos el uno en el otro. Por encima de todos, una gran bola de facetas, como una espada de Damocles. Intento identificar a mis padres entre la multitud, pero no logro distinguir nada.

En cambio, localizo algunas personas que me resultan familiares. Ahí están Jessica Stein y Marc-Olivier Castaing, en la pista de baile. Un poco apartados, cerca del bufé, Tony y Victoire. Ella lleva un vestido claro, y él un esmoquin impecable con una pajarita negra perfectamente horizontal. Al otro lado de la escena, Étienne Pernod baila con Capucine Chauchoin. En ese instante preciso, las diez y diecinueve, se diría que todo está en su sitio.

Saco una segunda fotografía y la mantengo en la mano izquierda. El reloj del gimnasio ahora indica que son las once y veintitrés. La escena, en principio, no es diferente. El ángulo de visión es más cercano, pero sigue

tratándose de parejas bailando abrazadas. Las chicas llevan vestidos elegantes. Casi todas van con los hombros descubiertos y muestran una sonrisa confiada.

En una esquina de la imagen vuelvo a dar con el rostro de Tony. Parece tenso. Al contrario que en la primera fotografía, va ligeramente despeinado y se diría que la pajarita está un tanto arrugada. ¿Será por el calor que, a juzgar por la frente reluciente de algunos bailarines, reina en la sala? ¿O acaso ha ocurrido algo? ¿Algo entre las diez y diecinueve y las once y veintitrés?

En la parte alta de la segunda fotografía veo una silueta de espaldas. Reconozco inmediatamente la prestancia y el porte de Marc-Olivier Castaing, así como su cabellera negra como la noche.

Jessica Stein, en cambio, ha desaparecido.

Me uno a Areski en la entrada del instituto. Un poco antes de las ocho me ha enviado un mensaje de texto para decirme: «Esta mañana no vale la pena que me acompañes. Nos encontramos en la entrada».

«¿Seguro?», le he contestado.

«Sí. ¡Hasta ahora, Spiderman!».

No puedo evitar sonreír al leer este mensaje y al volver a pensar en nuestra escapada nocturna. Tuve que agarrarme fuerte a ese canalón.

Areski muestra una sonrisa luminosa. Está en su silla y habla con una chica que se encuentra de espaldas a mí. Pero claro, la reconozco enseguida: es Valentine. Viéndola reírse y gesticular cualquiera diría que la recuperación de su ruptura con Jérémy Claquard ha sido rápida.

Me aproximo lentamente a la escena. Sin decir nada, choco el puño con Areski y le doy un beso rápido en la mejilla a Valentine.

—*Tutto va bene?*

¿Estoy soñando o acabo de hablar en italiano, así, porque sí? Voy en piloto automático. Valentine me mira, sonriente, y me responde que sí, que está bien. Areski asiente con la cabeza.

Los tres juntitos entramos en el instituto cuando suena el timbre de las primeras clases. No digo palabra, pero mientras cruzamos el patio para llegar al edificio A, siento sobre mí la mirada de Valentine. Parece que está más simpática que ayer, con ese «¡Déjame en paz!» que gritó.

También hay que decir que tal vez no escogí el mejor sitio para hablarle...

En cualquier caso, esta mañana ya no encuentro agresividad en sus ojos. Como mucho cierta indiferencia, y tal vez algo de melancolía.

Nos separamos al llegar al edificio: ella se va a la clase de Biología, Areski y yo nos dirigimos al gimnasio. No nos decimos casi nada, solo «vale», «bueno» o «hasta luego», pero hoy estas palabras banales están cargadas de sentido.

Como si fueran unas nubes pequeñas, pero al mismo tiempo muy compactas, repletas de una lluvia densa y tormentosa.

Al final de la mañana vuelvo a encontrarme con Areski, tal como habíamos quedado, ante la puerta del Centro de Documentación. Lleva un pedazo de pan metido en la boca y avanza lentamente. Mueve alternativamente la rueda derecha e izquierda de su silla de ruedas, como si estuviera haciendo tiempo.

Le dirijo una mirada burlona y luego abro la puerta del edificio para dejarlo pasar.

—Después de usted, querido amigo.

—Gracias, compañero.

Nos instalamos en una de las mesas del fondo, junto a la cristalera, y con gesto precavido extraigo el sobre de mi mochila.

—¡Ajá!, —exclama Areski con tono de inspector de policía de serie televisiva—. ¡El objeto del hurto!

—¡Chist! ¡Cállate la boca! ¿Tú eres tonto o qué?

Saco las fotos y las dispongo sobre la mesa de manera que forman un gran rectángulo. Son exactamente veinticinco. Las observo de una en una y luego explico:

—En casi todas las fotos verás el reloj del gimnasio que marca la hora. Lo que tenemos que hacer, por tanto, es ordenar las imágenes cronológicamente e intentar ver si aparece algo extraño. Y si es así, a qué hora ocurrió.

Areski me mira con aire muy convencido. Con sus gafas de pasta tiene el aspecto de un espía de la Alemania del Este.

—En cualquier caso —digo para concluir—, hay algo que no debemos olvidar.

—¿El qué?

—Estas fotos son sin duda el último rastro de vida que Jessica Stein dejó en la tierra.

Areski apenas puede contener un escalofrío de excitación. Lo veo por el estremecimiento de sus hombros y por la ligerísima sonrisa que se insinúa en su rostro durante una fracción de segundo.

Tiendo la mano hacia la primera foto y miro las agujas del reloj inmovilizadas sobre el papel. 22.43.

Otra foto. 20.56.

Otra más. 23.38.

Las ordeno según la hora. Luego miro a Areski. Lo ha comprendido, y se pone manos a la obra. Ante nosotros, los veinticinco rectángulos en blanco y negro parecen otras tantas ventanas.

—Como un calendario de adviento —dice Areski, colocando una foto ante la precedente.

—Sí, bueno... Aunque un poco lúgubre, ¿no?

—Una secuencia mortal —afirma—, eso tenemos aquí.

Y luego se encorva sobre la mesa con una risotada como de cuervo.

Tras aproximadamente una hora de clasificación, observación e investigación, Areski y yo llegamos a las siguientes conclusiones:

- 21.12: Llegada de Jessica Stein y Marc-Olivier Castaing. Tony y Victoire ya están ahí, lo mismo que Étienne y Capucine. Los reciben con grandes sonrisas. Jessica lleva un vestido largo de color claro, lleno de bordados y fruncidos. También aparece un hombre de mirada oscura, un poco apartado de la escena. Reconozco al profesor de Educación Física del instituto, el señor Mailletz. Lo conocí cuando estaba en la existencia de Capucine Chauchoin. Busco por todos lados, pero no encuentro ni rastro de mis padres.

- 21.33: Primera explosión de confeti. En la foto todos los rostros sonríen, a excepción de uno: el de Tony, que está a un lado y parece enfadado. ¿Qué ocurre en ese preciso momento, en esa cabeza?

- 21.56: Suena la primera lenta. Se forman las parejas en la pista. Jessica se enlaza tiernamente con Marc-Olivier. Él muestra una expresión de alegría indisimulada. El profesor de gimnasia sigue ahí, inmóvil. Imagino que es el encargado de vigilar la fiesta. Se diría que no se ha movido ni un centímetro desde hace casi una hora. No veo ni a mi madre ni a mi padre. ¿Dónde estarán?

- 22:22: Marc-Olivier Castaing no sale en la foto. Jessica está sola en un rincón del gimnasio. Habla con una persona que está de espaldas y que no llego a identificar.

- 22:25: Vuelta de Marc-Olivier Castaing. ¿Qué habrá hecho durante esos tres minutos? El profesor de Educación Física, el señor Mailletz, sigue en el

mismo lugar, con los brazos cruzados, la mirada cansada, exactamente en la misma posición que en las fotografías precedentes.

- 22:38: Étienne y Tony, solos, separados de sus parejas, hablan al lado de la pista de baile. Parece una conversación animada, pues Tony levanta un dedo que supongo amenazador en dirección a Étienne. Ya no veo al profesor de Educación Física al fondo del gimnasio. Habrá cambiado de puesto de observación.

- 22:55: Nueva explosión de confeti. Una silueta pasa por delante del objetivo corriendo. Está movida, no puedo identificarla, pero creo que se trata de Capucine Chauchoin. Hipótesis reforzada porque Étienne Pernod, en la imagen, está solo al fondo de la imagen. ¿Estará huyendo su pareja?

- 23:05: Ni rastro de Capucine Chauchoin.

- 23:10: Tony aparece despeinado, con el nudo de la pajarita arrugado. Victoire, a su lado, parece un tanto ausente. Ya no veo a Étienne. Jessica se sirve una copa en el bufé. Es la última foto en la que la localizo.

- 23:23: Marc-Olivier Castaing de espaldas.

- 23:40: Étienne está de vuelta, es evidente: discute otra vez con Tony. Marc-Olivier parece recorrer el gimnasio buscando algo o a alguien, con una expresión azorada en los ojos y aire dubitativo.

- 23:45: Última fotografía de la serie. Los rostros están en tensión, reflejan cansancio. La fiesta toca a su fin.

Tras este examen cronológico, arranco una página de mi cuaderno de mates y trazo una gran línea vertical, para formar dos columnas. En la primera escribo el nombre de los que, por no haber abandonado la sala del gimnasio durante la fiesta, no pueden ser sospechosos del asesinato de Jessica:

- Marc-Olivier Castaing
- Victoire Delasalle
- Tony

A estos tres nombres añado el de Daniel Marcuso, claro está: él es quien toma las fotos, y por tanto no puede ser sospechoso. Sin embargo, cuando lo interrogamos con Areski, respondió que la noche de la fiesta estaba enfermo, y que por eso no había ido. ¿Qué será lo que esconde?

En la columna de la derecha anoto el nombre de los que, en un momento u otro de la velada, salieron del gimnasio al mismo tiempo que Jessica Stein:

- Capucine Chauchoin
- Étienne Pernod
- El señor Mailletz

Tras uno de estos nombres se esconde, potencialmente, el culpable.

Ahora lo que tengo que averiguar es por qué se fueron de la fiesta, uno tras otro, aparentemente sin motivo, y qué hicieron después.

¿Por qué Tony acabó la fiesta despeinado, con aire tenso y la mirada cargada de electricidad?

¿Por qué Jessica Stein abandonó a Marc-Olivier Castaing?

Y finalmente: ¿por qué ni mi madre ni mi padre salen en estas fotos?

—Y qué, ¿tienes pensado explicarme algún día lo que estamos haciendo?, — me pregunta con suavidad Areski mientras el timbre del reinicio de las clases suena en el Centro de Documentación y yo guardo, con cuidado y respetando el orden, las fotografías en su sobre.

—Sí, sí, no te preocupes —le digo con una indiferencia totalmente premeditada.

Me levanto a toda prisa y agarro la silla de Areski con las dos manos. Sí, claro que quiero contarle mis verdaderas intenciones. Pero también sé que le costaría creerme si le dijera lo que me ocurre. Por eso prefiero mantenerme evasivo. Seguir en modo *undercover*.

Salimos del Centro de Documentación y volvemos a recorrer los pasillos del edificio A, de manera que pasamos otra vez por delante de un cartel que anuncia la fiesta del instituto. Es el de la foto de Jessica Stein, con el *hashtag* #TreintaAñosYa. Siento un escalofrío que me recorre todo el cuerpo. Esa mirada, esa sonrisa, ese rostro misterioso...

En ese preciso momento, tengo una certeza: solamente una persona en el mundo puede arrancar a Jessica Stein de su muerte.

Y esa persona soy yo.

El resto de la jornada se desarrolla sin sobresaltos, entre la indolencia y el aburrimiento. La última hora se consagra al curso de «reflexión filosófica» que dirige el señor Gêrôme con el sempiterno traqueteo de su voz.

—Bien. Hoy terminamos nuestra secuencia. Sobre la libertad.

Nadie escucha, en realidad. Kévin, con la gorra bien encasquetada, está encorvado sobre sí mismo, como si se liara un porro o echara una cabezada. Anissa, en primera fila como siempre, garabatea en su cuaderno. Dispersos por la pequeña aula junto al comedor, los alumnos están sentados en posiciones más o menos acrobáticas que revelan muy a las claras sus respectivos niveles de concentración: con los pies apoyados en el respaldo de

la silla que tienen delante, inclinados sobre la mesa u ocupados en grabar la superficie con la punta de unas tijeras.

—En el próximo inicio de curso —prosigue el señor Gérôme—. Se os solicitará. Que escojáis. La orientación posterior a la selectividad.

Silencio general.

—¿Os inspira? ¿Eso? ¿Algo? ¿Kévin?

Kévin se incorpora de golpe, con aire confundido.

—Eeh... —balbucea, mientras lanza a su alrededor una serie de miradas rápidas y atemorizadas—. Me inspira que... Que... Bueno, pues que no tenemos que ser muy inflexibles con lo que escogamos... Eso.

El señor Gérôme inclina la cabeza, reconcentrado, como si Kévin fuera un chamán que acabara de revelarle una verdad profunda y ancestral.

—Muy bien, Kévin.

Casi me da la impresión de que va a aplaudir y que luego lo estrechará entre sus brazos. Pero en lugar de eso, se vuelve hacia mí y me lanza una mirada irónica.

—¿Tienes? ¿Alguna cosa? ¿Que añadir? ¿Léo?

—Eeh... Bueno... Eeh, no, vaya...

Esto mío no es mucho más brillante que lo de Kévin, desde luego. Pero al final preciso:

—Hoy tenemos la libertad de escoger entre una facultad o una escuela. Pero ¿cómo podemos saber si esta elección nos hará felices dentro de veinte o treinta años? ¿Es preferible escoger lo que nos conviene hoy? ¿No sería mejor reflexionar y elegir una vía que tal vez nos guste un poco menos, pero que nos permitirá llevar una vida mejor?

El señor Gérôme permanece sumido en sus propios pensamientos por un instante, con los brazos cruzados y el mentón apoyado entre el pulgar y el índice de su mano derecha. Cuando levanta la cabeza mira a la clase y sonríe.

—Lo que Léo quiere decir —explica por fin—. Es que ser libre. Significa ser capaz. De renunciar. A la propia libertad.

Ahí, evidentemente, nadie dice nada. Para empezar, yo mismo no estoy demasiado seguro de haberlo entendido. ¿Era esto lo que quería decir? Tal vez. Pero en ese caso, no me había dado cuenta.

—Eso es difícil —dice Kévin con un suspiro—, ¿no?

Yo me agazapo en mi rincón, inclinado sobre la mesa, y garabateo esta frase en mi cuaderno: «Ser libre es ser capaz de renunciar a la propia libertad».

—Es difícil, sí —confirma el señor Gérôme—. Pero es así. Nadie puede. Forzarte a ser libre. ¿O sí puede?

Sería un buen tema para la disertación de Filosofía en la selectividad: «¿Se puede forzar a alguien a ser libre?».

—A mí me parece que no —dice la chica de la primera fila—. Si fueras a alguien es que ya no es libre.

—En efecto, muy bien, Anissa.

El señor Gérôme camina a lo largo de la pizarra y luego dirige a la clase una mirada interrogadora.

—Lo que os hace libres —dice despacio—. Es poder escoger. Vuestra orientación en la vida. Como decía Léo. Escoger por vosotros mismos. Considerando lo que podrá. Haceros felices más adelante. ¿No es cierto?

Murmullo de aprobación de la clase.

—Por tanto. Es vuestra educación. El recorrido académico. Los estudios. Eso os hará libres.

Los alumnos vuelven a asentir.

—Y eso que —sigue diciendo el señor Gérôme— estáis obligados. A venir a clase. A tener una educación. Es la ley. No podéis hacer. Ninguna otra cosa.

Deja que pase un segundo y luego concluye, con aires triunfantes:

—En cierto modo. Podemos decirlo. ¿Verdad? Que la sociedad. Vuestros padres. Vuestros profesores. Os están forzando. ¿A ser libres?

Cuando salgo del instituto sigue el buen tiempo. La mayor parte de los alumnos se dirigen hacia el lago. En pequeños grupos compactos, se apresuran hacia los caminos de tierra que llevan al sotobosque y al pinar. Todavía quedan unas horas de sol y de calor. Los imagino poniéndose el bañador e internándose en las aguas calmas y profundas.

Por mi parte, tomo el camino inverso. Necesito ir al gimnasio y hacer un poco de boxeo. Tengo que despejarme. Tras superar la gran avenida de plátanos, tomo por el paseo Villemín y, en la esquina con la calle Guillemet, entro en el súper del señor Sylvestre.

—¡Hola, Léo!, —me saluda con su voz a la vez calurosa y ligeramente arrastrada—. ¿Qué hay de nuevo bajo el sol?

El pequeño aparato de radio que tiene en una esquina del mostrador emite una canción de Jean-Jacques Goldman llamada *Pas toi*. Las notas se elevan

por el local y vuelven a caer enseguida entremezcladas con la saturación de las voces: «*Je ne sais pas pourquoi je saigne et pas toi...*»^[5]».

—Nada nuevo bajo el sol... Al menos de momento —digo esbozando una sonrisa.

Un destello de picardía pasa por la mirada del señor Sylvestre, que se echa a reír. El rostro fino y anguloso oscila de arriba abajo y veo reflejarse en su cráneo, algo despoblado, la luz del exterior.

Después de pagar mis adquisiciones (una botella de bebida energética y un paquete de chicles) tomo la dirección del gimnasio. Aunque voy con un poco de retraso sobre mi horario, no acelero el paso. Prefiero aprovechar todavía un poco esta brisa veraniega y el perfume de los primeros frutos.

Me quedo alrededor de una hora en el gimnasio, dándole puñetazos a un gran saco para liberar todo el sudor que mi cuerpo contiene. Cuando termino la sesión, estoy hecho polvo. Paso a los vestuarios, me cambio después de una ducha rápida y recorro el pasillo que va hacia la salida.

Bobby está ahí, apoyado con todo su peso en la escoba, con la cabeza reclinada sobre las manos y aire abstraído. Al verlo así no puedo evitar sentir una punzada de lástima y de pena. Su silueta es extraña, casi fantasmagórica, con esas piernas largas y finas, ligeramente arqueadas, con el contrapeso de una barriga prominente, sin duda consecuencia de años de cerveza y de excesos de todo tipo. ¿Cómo es posible que Marc-Olivier Castaing, tan guapo, tan seguro de sí mismo, el preferido del instituto, la estrella de los adolescentes, haya acabado así?

Me acerco lentamente. A medida que mis pasos rechinan en el suelo sintético veo dibujarse, a la sombra de su corazón y en la obertura de la camisa, el pequeño dragón que lleva tatuado en el pecho. Cuando se da cuenta de mi presencia, Bobby se endereza de pronto y se pone a pasar la escoba, como si nada. Los gestos son cansinos, blandos. Nada que ver con el Marc-Olivier que conocí hace treinta años.

—¡Vaya, sí que trabajas hasta tarde!, —le digo para iniciar la conversación.

Levanta la cabeza hacia mí. Claramente, no se esperaba que le dirigiera la palabra. Murmura algo entre dientes. En cada una de sus pasadas, la escoba produce un silbido seco contra el suelo. Lo miro, dejo pasar uno o dos segundos y luego sigo:

—Bobby... ¿Es tu nombre verdadero?

—¿Eso a ti te importa mucho, chavalote?

—Bueno, no... Era curiosidad. Es que no tienes pinta de llamarte Bobby, eso es todo.

Me mira con los ojos enrojecidos. De pronto, deja de barrer. La escoba se inmoviliza y el pequeño dragón azul flota en el aire, bajo la luz cruda y destellante de los fluorescentes, entre él y yo.

—Bobby. Así me llaman aquí.

La voz es temblorosa y áspera. Pronuncia estas palabras como para tranquilizarse, como para agarrarse a algo. Durante un momento veo que una sombra de melancolía cubre su expresión. Parece a punto de zozobrar. Me gustaría dejarlo tranquilo, pero es más fuerte que yo. Quiero saber. Tengo que saber.

—¿Cuánto hace que trabajas aquí?, —le pregunto sin abandonar el tono despreocupado.

—Pues pronto hará ocho años. Antes trabajaba en un garaje. Pero acabó mal. Y luego he ido haciendo pequeños trabajos, aquí y allá.

Deja pasar un tiempo y luego pregunta.

—¿Por qué? ¿Te interesa?

—Oh, es por preguntar algo..., por hablar.

Me mira un momento con suspicacia y luego retoma el trabajo del vaivén de la escoba contra el suelo.

—¿Tú conociste a Jessica Stein?, —le digo sin dejar que se note la inquietud que crece en mi interior—. En el instituto hacen una retrospectiva y...

—No.

Su voz, que se ha hecho seca, me interrumpe bruscamente. Sigue con los ojos clavados en el suelo, pero la escoba ha vuelto a inmovilizarse. Las manos parecen crispadas alrededor del mango. Percibo los músculos que se tensan, las articulaciones que empalidecen. Pequeños espasmos le agitan la boca. Se muerde el labio y arruga el ceño. El dragón dibujado en su pecho me lanza una mirada inflamada.

—Porque estaba pensando que hoy tendría más o menos tu edad, y en las fotografías...

De pronto, Bobby se endereza y tira la escoba por el suelo. El mango produce un ruido seco que se expande por todo el pasillo. En un momento me agarra por el cuello de la camiseta y me lanza contra la pared. En su mirada brilla una rabia sorda, incontrolable. Al sujetarme suelta un resoplido ronco, casi como un rugido, que es casi el grito de un animal atemorizado y herido.

Esas manos poderosas y fuertes se cierran sobre mí. Me empuja con todo su peso.

—No pronuncies nunca más ese nombre. ¡Nunca más! ¿Entendido?

La voz es glacial. Asiento y voy librándome de su presa. Me lanza una mirada inyectada en sangre y recoge la escoba.

De pronto, lo comprendo.

Sabe algo.

Conoce un secreto que no comparte con nadie.

Uno que lo acompaña desde hace treinta años.

Son casi las ocho cuando salgo del gimnasio y llego a la calle Malesherbes. Tras el mostrador de Vídeo 2000, con su disfraz de duende, Belinda está deslumbrante.

—Hola, Léo.

—Hola, Belinda. ¿Todo bien?

Ella asiente y me acompaña con la mirada mientras voy hacia la trastienda para vestirme con mis cascabeles. Sergio ha puesto al fondo de la tienda un gran cartel publicitario: «Solo cuarenta y ocho horas más para aprovechar nuestra promoción excepcional y especial de Navidad».

—Solo cuarenta y ocho horas más de ir vestido como un cretino —digo con rabia cuando paso por delante.

Cuando vuelvo, diversos clientes contienen la risa al verme aparecer. Hago todo lo que puedo por ignorarlos y ocupo mi lugar tras el mostrador, donde Belinda está registrando *El amanecer de los muertos* y *Braindead*.

—¡Vaya, sesión zombis a tope!, —digo con voz un tanto forzada.

El cliente me mira en silencio, luego abre la puerta —se acciona la campanada eléctrica— y se va. Me vuelvo hacia Belinda. Sus ojos enormes siguen sonriendo.

—¿Mejor película de zombis de todos los tiempos?, —pregunta como si fuera la presentadora de un programa concurso de televisión.

Reflexiono un segundo.

—*La invasión de los ultracuerpos*.

—¡Eso no son zombis, sino extraterrestres!

—Bueno, entonces... *Soy leyenda*.

—¡Y eso son vampiros!

Y así seguimos hablando rato y rato, hasta que llega la hora de cerrar la tienda.

—¿Te acompaño?, —le propongo a Belinda después de que haya sustituido el disfraz de duende por una camiseta ancha y unos tejanos gastados.

—Vale —dice suavemente mientras baja la verja.

En las calles de Valmy-sur-Lac sigue haciendo calor. Caminamos sin decir nada. De vez en cuando cruzamos las miradas y sonreímos.

—¿Sabes qué?, —digo por fin—. He estado pensando en tus dibujos. Son realmente buenos.

Me refiero a su cuaderno de guiones gráficos. Belinda parece un poco avergonzada y luego murmura un «gracias» apenas audible.

—Es la primera vez que a alguien se le ocurre que pueda tener un talento de alguna clase —añade.

—¿Me tomas el pelo? ¿Tus padres no te animan?

—Pfff... ¡Qué dices!

En su voz hay algo de lamento, algo profundo y doloroso. No insisto. Pienso en mi madre, que quería convertirse en escritora y que al final no tuvo la valentía de irse de Valmy.

—Si no crees en ti —le digo a Belinda—, nunca harás nada.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Lo sé, eso es todo. Esta ciudad se te comerá. Te quedarás aquí y te pasarás la vida preguntándote cómo habrían podido ser las cosas si hubieses aprovechado la oportunidad.

—¿Tan sencillo como eso?

—Sí. Tan sencillo como eso.

No consigo entender que Belinda pueda dudar tanto de sí misma. Es inteligente, divertida, original, creativa. Y sin embargo, algo la retiene. Bastaría con que se concediera una pausa para adquirir confianza en sus propias capacidades, y podría hacer todo lo que se le antojara. Por otro lado, posiblemente sea el caso de todos y cada uno de nosotros: ¿quién ha dicho que tengamos que enterrar nuestros sueños y renunciar a lo que más deseamos?

Me mira sin decir nada y capto en sus ojos como una sombra. Seguimos nuestra marcha por las calles de Valmy. Se oye el canto de los grillos aquí y

allá, junto a nuestro camino, lo mismo que el croar de las ranas y los lamentos de las aves nocturnas, desde el lado del lago.

—Léo... —suspira Belinda, poniéndose bien las gafas.

Me da la impresión de que se obliga a hablar, como si necesitara reunir fuerzas para hacerlo. La voz es a la vez ligera, discreta y un poco vacilante.

—En cuanto a... Eeh... En cuanto a la fiesta del instituto...

—¿La fiesta de mañana?

—Tú... ¿Tú irás?

Pienso en Valentine, en todo lo que me he esforzado por ser su pareja. Y ahora la tengo al alcance de la mano: Jérémy Claquard está fuera del circuito, y yo tendría que estar muy loco para no intentarlo.

—Pues no lo sé —le digo a Belinda.

—Porque si quieres... Si quieres..., pensaba que podríamos...

—¿Que podríamos ir juntos?, —digo para completar la frase.

Ella me mira con timidez y asiente:

—Sí, eso es. Vaya, si quieres...

La verdad es que en ese preciso instante no sé qué responder. Levanto la cabeza y observo la gran bóveda nocturna sobre nuestras cabezas. Cuando era pequeño pensaba que las estrellas eran los espíritus de los muertos. Los abuelos, los antepasados. Pensaba que brillaban en el cielo solo para nosotros, con una luz infinitamente lejana, pero que seguiría murmurando al oído, a pesar de la distancia: «Mira. Estoy aquí. Contigo, siempre».

A día de hoy ya no creo eso. Sin embargo, durante un breve instante, ahora que Belinda camina junto a mí, ahora que la oigo respirar, ahora que siento que el aire entre nosotros se reafirma, me pregunto en qué lugar del cielo se encuentra Jessica Stein. ¿En cuál de estas estrellas? ¿Qué ínfima fuente de luz brilla por ella desde el fondo de la noche?

—Sí, ¿por qué no?, —respondo, fingiendo indiferencia.

Belinda parece algo decepcionada. Tal vez sea por el tono que he empleado, poco entusiasta, algo distante. Procura disimular, se limita a apartarse un mechón de la frente. Luego me mira y fuerza una sonrisa.

—Vale —dice con un tono similar al mío.

Como si en realidad nada de todo eso tuviera importancia.

Continuamos avanzando por las calles de Valmy, bajo la luz conjunta de las farolas y de las estrellas, y me pongo a soñar que ya estamos lejos. Que hemos dejado atrás el fastidio de esta ciudad. Que somos adultos con su vida y sus ocupaciones. Habitamos en otra ciudad, una muy grande, en donde todo

es posible. Llevamos una existencia completamente nueva. Opuesta a la de ahora mismo.

—¿No te pasa, que a veces piensas en lo que será la vida dentro de diez años?, —le pregunto a Belinda.

Ella suspira.

—Todo el rato.

—Tú trabajarás en el cine. Vivirás en un sitio super *cool*, no como este. Habrás triunfado y llevarás la vida que quieras. Harás películas superraras. De esas para intelectuales, de arte y ensayo, pero también con unas salidas cojonudas.

Ella ahoga una risa, asiente con la cabeza, dice que ya le gustaría que las cosas fueran así.

—Las cosas pueden ir exactamente como te parezca —digo con un tono que de repente es más grave.

Belinda me mira. Su sonrisa se difumina y veo que una sombra pasa por sus ojos, tras las gafas.

—Dentro de diez años... —repite, soñadora—. Eso no nos deja mucho tiempo...

Por esa voz temblorosa sé que retiene la emoción y la inquietud. Me dan ganas de abrazarla, de decirle que no se preocupe..., pero en lugar de eso me limito a sonreír y murmurar, con poca convicción:

—Eso del tiempo tampoco hay que tomárselo muy en serio, ¿sabes?

De vuelta en casa, me siento extenuado. Y qué raro, no hay nadie. En la cocina, en la puerta de la nevera, una nota con la letra de mi madre:

Léo,

No te preocupes por nosotros. Hemos ido al cine. Si tienes hambre, hay comida en la nevera.

Beso,

Mamá

Durante unos instantes me quedo bloqueado, casi aturdido. ¿Mis padres, en el cine? Es la primera vez que oigo algo semejante. Es absurdo. Mi padre odia poner un pie fuera de casa. Y mi madre está demasiado cansada para ir adonde sea después de su jornada de trabajo. ¿Qué broma es esta? ¿Qué pueden estar haciendo juntos en la ciudad?

Subo a mi habitación, lleno de preguntas y de dudas que me torturan. Pienso en la jornada que acaba de pasar. Pienso en las fotos de Daniel Marcuso: 23.10, la hora en que Jessica Stein aparece por última vez. Pienso en Marc-Olivier Castaing, alias Bobby. En esa mirada llena de odio, rencor y tristeza cuando he mencionado el nombre de la que había sido su chica.

Me tumbo en la cama y cierro los ojos, arrastrado por una fatiga súbita. Todas esas caras danzan sobre las pantallas de mis párpados, como los personajes de una pantomima. ¿Quién es inocente? ¿Quién es culpable? Al final, ya no lo sé.

Entre ellas vuelvo a ver a Belinda. Oigo su voz dulce y dubitativa cuando me invita a la fiesta de fin de curso. ¿Será una buena idea acompañarla? Tal vez. Sin duda.

En el momento preciso en que formulo estos pensamientos, el móvil me vibra en el bolsillo de los tejanos. Es un SMS de Valentine.

A medida que lo leo me doy cuenta de que el mundo se está volviendo a cerrar a mi alrededor. Tengo la sensación de estar preso, de nuevo, en una falla temporal. «¡Mierda! ¿Cuándo acabará todo esto?», me pregunto al tiempo que dejo caer el iPhone a los pies de mi cama. Cierro los ojos para abstraerme de todo eso, para no pensar en nada, para hacer el vacío y dejarme ir.

El mensaje sigue en la pantalla unos instantes, antes de desaparecer:

Hola, Léo. ¿Y si mañana vamos a la fiesta juntos?
Es la peor idea de todos los tiempos o no? ;-)
Besos.

Viernes

12

06.18

Me saca de mi sueño el timbre estridente de un despertador. Uno a la antigua, con dos campanas arriba y un martillito que repiquetea. Entreabro los ojos y tiendo el brazo fuera de las sábanas para dejar caer el puño sobre el instrumento de tortura. El ruido insoportable cesa de pronto. Por la ventana distingo el día que apunta: el sol ya se ha levantado, pero el cielo sigue un tanto oscuro.

Cierro los ojos y vuelvo a dormir.

06.52

Unos golpes bruscos en la puerta me despiertan con sobresalto. Un puño que sacude fuerte y que hace vibrar los batientes. Incluso las paredes parecen estremecerse ante el ataque repetido.

—¡Eh! ¡Venga, arriba ahí dentro!, —grita un hombre.

Me incorporo. Intento comprender en qué dimensión he caído ahora. ¿Dónde estoy? ¿Qué hora es? ¿En qué año estamos? Y sobre todo: ¿quién soy, hoy?

—¡Voy enseguida!

La voz que me sale de la boca es aflautada, un poco frágil. Una voz femenina. Me levanto, despacio, y lo confirmo: el camisón de seda azul cielo que llevo no es nada masculino. Miro a mi alrededor. Algo no cuadra. No es como suele ser.

Un papel pintado amarillento y gastado, despegado por los bordes, cubre las paredes de mi cuarto. Ninguna fotografía de alguna película, o de un grupo de música. ¿Dónde están los carteles de *Indochine*, de Mylène Farmer o de *El gran azul*? No hay nada de eso en la pequeña habitación en la que estoy. Sobre el escritorio de al lado de la cama, ningún disco ni casete. Ni siquiera un libro, a excepción de los textos del instituto.

El mobiliario es viejo, vetusto, está estropeado, tiene marcas de golpes. En las paredes hay manchas de humedad, aureolas que se extienden desde el suelo hasta el techo. Esta vez no parece que haya caído en casa de los Rockefeller.

Recorro los pocos metros cuadrados de la habitación. Poco a poco me va invadiendo una sensación de pánico. Siento que me laten las sienas. Abro un armario de madera, cojo y con las puertas mal fijadas, en el que supongo que encontraré mi ropa.

En el interior, tres vestidos que se baten en duelo. Son vestidos viejos, salidos directamente de los setenta, con motivos de flores y colores gastados. Durante un breve momento me pregunto si no ha habido un nuevo error, un nuevo fallo en mis afectaciones temporales. ¿Estoy en 1988? ¿No habré caído diez años más pronto? ¿Me habré perdido definitivamente en los meandros del tiempo?

Un reloj pequeño y rosa, ridículo, en mi muñeca, indica que son las seis cincuenta y dos.

Siento la sangre palpar cada vez más fuerte contra el cráneo. Necesito un segundo para reflexionar, pero el pánico que siento es más fuerte. Me dirijo con paso vacilante hacia el escritorio y tiro del primer cajón. Entre los papeles y los objetos de diversa índole, un neceser de maquillaje.

—Perfecto —digo en voz alta.

Abro. Contiene algunos lápices, pinceles y, lo más importante, un espejo circular no mayor que la palma de mi mano. Lo oriento hacia mi cara, y es entonces cuando las piernas me flaquean y se me forma una bola en el estómago. Siento unas súbitas ganas de vomitar y me falta muy poco para desmayarme.

Aun así, finalmente consigo calmarme y me siento en la cama.

La buena noticia es que no me he perdido en el tiempo. Sí, estoy en Valmy-sur-Lac, en 1988.

La mala noticia es que he caído en el cuerpo de Jessica Stein.

Y que, si mis cálculos son correctos, esta noche habré muerto.

07.09

Tardo más de diez minutos en reponerme de la impresión inicial. En diversas ocasiones, para asegurarme de que lo he visto bien, coloco el espejo ante mí y observo la cara que tengo delante. Sí, son los ojos, los labios, los pómulos altos y la expresión inocente de Jessica. Pero si realmente es así,

¿por qué esta habitación? ¿Por qué este guardarropa insignificante? ¿Acaso Jessica no es la chica más popular del instituto? La mejor vestida, la mejor maquillada, la más al corriente de lo que está de moda y de lo que no.

¿Cómo es posible que viva en semejante tugurio?

Vuelvo al escritorio y saco otros objetos del cajón: un peine de nácar, una postal de Venecia con un mensaje («¡Besos desde Italia!»), una bola de nieve con la torre Eiffel. Y un pequeño marco de fotos.

Tomo este objeto y lo hago girar entre mis manos, con cuidado.

Reconozco la imagen inmediatamente. Dos niñas entrelazadas por los hombros y riéndose como locas. La confianza y la alegría las hacen luminosas. Es la misma fotografía que encontré en la habitación de mi madre.

Las dos *Best Friends Forever* miran al objetivo como si la existencia se desplegara ante ellas con toda su amplitud y como si nada ni nadie pudiera separarlas.

Después de dejar el marco sobre el escritorio, me quito el camisón azul y me pongo la primera indumentaria que encuentro en el armario: un vestido grueso de estampado anticuado, marrón y naranja.

Finalmente, salgo de la habitación y voy al comedor, en el extremo de un pasillo oscuro, con muros recubiertos de tela.

07.31

Estoy sentado a la mesa, ante un bol de cereales lleno hasta la mitad y un vaso de zumo de naranja. Frente a mí, un hombre me mira, sin decir nada, con un esbozo de sonrisa. Está gordo... Gordo de verdad, como alrededor de los ciento cincuenta kilos. Tal vez sea el padre de Jessica. Por lo menos, eso imagino. Lleva unas gafas grandes de montura fina y, la verdad, se parece muchísimo a esos asesinos en serie americanos que se ven en algunos documentales. De vez en cuando oculta la cara tras un bol de café en el que pone: ¿QUIÉN MANDA AQUÍ?, y luego se seca los labios con el revés de la manga.

—Me sabe mal lo de tu madre —dice con una voz que rezuma—. Esta mañana se encuentra un poco cansada.

—N-No pasa nada.

Él me sigue mirando, con ojos que buscan un lugar en el que posarse, como dos moscas que zumban, brillantes y gordas.

—Ya sabes... —Añade—. Desde que se marchó tu padre no anda muy fina. Menos mal que estoy ahí de vez en cuando, para..., en fin... para hacerle

compañía, ¿no?

—Ajá —respondo, esforzándome en disimular mi asco.

El tipo está inmóvil y me mira a los ojos con una sonrisa lúbrica y enfermiza. Me dan ganas de vomitar. Desde lo más profundo de mi ser le suplico mentalmente que no entre más en detalles. Y lo raro es que parece comprender el mensaje, pues no dice nada más. Le da un sorbo prolongado y ruidoso al café y se traga un mordisco de pan con mantequilla.

Al verle tomar de esa manera el desayuno y limpiarse la grasa que se acumula en las comisuras de los labios, siento que una capa de tristeza y desazón se cierra sobre mí. ¿Tienen que ser siempre así, las cosas? Quiero decir: ¿la vida de adulto es por fuerza así de nimia, así de repugnante? ¿Tiene que ser tan negro, el mundo? ¿No hay ninguna esperanza de escapar a todo esto?

Rechazo estos pensamientos, porque no es posible que así sea, porque tiene que existir un pequeño destello de libertad y de alegría.

Me levanto de la mesa súbitamente y encuentro un pretexto para marcharme de allí enseguida:

—Tengo que irme. He quedado con Capucine... Eeh... Para revisar una exposición...

El hombre obeso me mira, reprime un tic nervioso. Un hilo de baba se le forma en la comisura de los labios.

—¿Ya?, —dice levantándose.

Se acerca a mí y tiende una mano hacia mi cintura, como si quisiera agarrarme. Con un movimiento rápido lo evito y recupero la distancia. Los ojos me palpitan y siento que mis venas están a punto de estallar, pero procuro que no se note nada.

—Sí... —susurro—. Tengo que... Tengo que marcharme...

Las palabras salen de mi boca como por sí solas. Él continúa mirándome, con el rostro agitado por los espasmos. De pronto, cuando veo que vuelve a dar un paso hacia mí, comprendo que tengo que huir.

Desconozco el motivo. Es como un instinto que me dice: «No te quedes aquí. Ni un segundo más».

Sin reflexionar, me precipito hacia la puerta. El hombre se lanza en mi persecución con paso lento y algo vacilante. Vastas masas de carne ondulan bajo su chándal gris. Tiende una mano y escupe una palabra:

—¡Espera!

Pero ya está sin aliento, como si acabara de correr una serie de los cien metros. No le hago ni caso, salgo de la casa y le cierro la puerta en las narices.

Una vez fuera, echo a correr. Así, sin razón. Llego al cabo de la calle y giro hacia la izquierda. El chasquido de las sandalias resuena sobre el asfalto. Todavía es pronto; el día está vacío, es virgen, como una inmensa extensión de nieve que nadie hubiera pisado todavía. En este silencio, el ruido de la grava bajo mis zancadas parece un desgarró.

Tras un carrera desenfrenada, decido calmarme.

—Todo está bien... Todo está bien... —me digo, sin aliento y temblando de miedo.

Es extraño, pero mi propia voz me tranquiliza. La sangre continúa empujando en mis venas. No ha ocurrido nada, pero tengo la impresión de haber escapado de un gran peligro. Como un animal que se hubiera salvado de las garras de un predador. Hace buen día, y calor. Las golondrinas surcan el cielo azul y cantan las cigarras. Vuelvo a ver el rostro hinchado de violencia del hombre obeso. Su sonrisa enfermiza, los dientes amarillentos y las mejillas llenas de rojeces. Esa mirada furtiva y lúbrica, agitada por los espasmos nerviosos.

Avanzo por las calles de Valmy —las calles de una ciudad que, hasta la semana pasada, creía sin historia alguna— y me pregunto adónde ir. Camino sin rumbo, voy más allá de las afueras, de las casas idénticas, de la urbanización y las callejuelas mal asfaltadas. Bajo hacia el lago y luego me introduzco en los barrios mejores.

Se percibe una atmósfera extraña, una atmósfera de despreocupación y de ligereza, matizada al mismo tiempo por una suerte de amenaza ciega. Como si unas nubes negras se estuvieran congregando más allá del horizonte, en un lugar al que la mirada no llega, por lo menos de momento.

08.07

—¡Jessica! ¡Eh, Jessica!

La voz que me llama es a la vez delicada y fuerte. Alzo la cabeza y salgo de mis pensamientos. A mi alrededor, las encantadoras y bien mantenidas casas de ladrillo de un barrio residencial. Estoy en lo más elegante de Valmy. Aquí viven los abogados, los médicos, los ejecutivos... A mi izquierda, una vista increíble sobre el lago, rodeado de pinos y aureolado por las brumas.

—¡Vamos, date prisa!

Una mano sale de la ventana de una casa. Reconozco, asomado al balcón como si fuera una Julieta de las albas vaporosas, el rostro amistoso y sonriente de Victoire.

Me hace grandes gestos, difíciles de interpretar.

—La puerta está abierta. ¡Date prisa!, —susurra.

Obedezco sin hacer preguntas. En mí va creciendo algo semejante a una burbuja de seguridad. Sé que puedo confiar en Victoire.

Me acoge con los brazos abiertos. Le sonrío en correspondencia y me acurruco contra ella. No sé por qué, pero las lágrimas empiezan a subirme a los ojos en oleadas y me esfuerzo en contenerlas a duras penas.

08.34

Después de hablar un rato sobre la fiesta del instituto y sobre la vida adolescente en general, acabo por comprender que Jessica Stein se desplaza cada mañana a casa de Victoire para vestirse y maquillarse. Es aquí, en el barrio elegante de la ciudad y lejos de su propia familia, en donde se transforma en reina del instituto.

—¿Todas las mañanas?, —pregunto, sorprendido.

—Pues sí... Pero bueno, Jessica, ¿qué te pasa hoy? Cualquiera diría que acabas de nacer...

—Pues algo así, sí...

Esto último lo digo en voz baja, y Victoire no le da más importancia. Un pequeño aparato de radio sintonizado en Valmy FM difunde los acordes pop de *You Make My Dreams*, de Hall & Oates.

Abre un armario gigantesco en el que se alinean decenas de vestidos con estampados sutiles y diseños elegantes. También hay camisetas con la efigie de cantantes de moda: Prince, Madonna, Queen... Mi mirada oscila entre esta colección y los contornos un poco redondeados de Victoire.

Estoy seguro de que no entra en ninguno de esos vestidos. Así que los guarda, los ordena, los lava..., únicamente por amistad, por Jessica. Solamente de pensarlo, las lágrimas me vuelven a los ojos y no puedo contener un sollozo.

—¡Jessica! ¿Qué pasa? ¿Qué tienes?

Victoire me dedica una sonrisa reconfortante y vuelve a tomarme en sus brazos. Tanta simpatía y tanta bondad me dejan sin aliento.

—Gracias —le digo con voz ahogada—. No sé si ya te lo había dicho, pero gracias. Gracias por ser tan buena amiga. Gracias por hacer esto por mí durante todos estos años.

Me mira y es evidente que está preocupada. Mostrarse agradecida no debe figurar entre las costumbres de Jessica. Pienso en Victoire y en la vida que

por lo visto lleva desde hace tanto tiempo. Ella, la divertida, la culona, la fea de la banda. La última en quien se piensa, esa a quien se ignora y se desprecia. El papel secundario. La figurante. La que vive a la sombra y no dice nada.

—Y ahora, ¡atención!, —anuncia con gran alegría.

Toma una percha del armario de la que pende un vestido blanco y azul de corte fino y ornamentos delicados. Lo reconozco inmediatamente, porque lo he visto en las fotografías de Daniel Marcuso: es el que Jessica llevará en la fiesta. Me quedo inmóvil un momento y admiro los fruncidos y los bordados de la tela.

—Es un vestido fantástico —digo en un susurro.

—Sí —confirma Victoire, pasando una mano delicada sobre la tela, como para quitar una bolita imaginaria. Y luego añade, con voz grave y misteriosa —: El vestido perfecto para la fiesta perfecta.

09.27

Victoire y yo quedamos en encontrarnos después de las clases para cambiarnos y ponernos los vestidos de la fiesta. Por un momento estoy tentada de decirle que no tengo ganas de ir. O que no voy a ir, y ya está. Pero Victoire se limita a reír, como si yo estuviera de broma, y mueve la mano en un gesto que pretende acabar con todas mis reticencias:

—No te preocupes por nada —dice—. Y venga, ánimo. ¡A muerte!

Cuando llegamos a las cercanías del instituto ya empieza a hacer calor. Victoire me ha dejado un vestido ligero, a la vez sobrio y *chic*, para pasar el día. Una vez dentro del instituto, nuestros pasos nos llevan como por instinto hacia el espacio reservado a los alumnos más populares. Evidentemente, sé que este espacio nos pertenece. Lo mismo que sé, a medida que avanzo entre los grupos de alumnos, que somos (o más bien, que soy) el centro de todas las miradas.

Es una sensación extraña, a la vez desagradable y embriagadora. Ser el centro de atención. Estar en el candelero, en el punto de mira. Eso es algo habitual para Jessica, pero para mí es completamente nuevo.

Al fondo del patio distingo a Marc-Olivier Castaing, sentado sobre un murete, con una pierna recogida debajo y la otra balanceándose en el aire. Está rodeado por su guardia más fiel: Étienne y Tony, quienes también me miran sin cortarse, con una sonrisa confiada en los rostros iluminados por el sol. Capucine también se encuentra ahí, apoyada despreocupadamente contra

Marc-Olivier. Mientras me voy acercando, él no se mueve. Cuando ya estoy a su altura se limita a hacerme un guiño, acompañado de las palabras adecuadas:

—¿Qué pasa, nena?

Mastica un chicle y el pelo engominado le da un aire de rebelde de tres al cuarto. Salido directamente de una película americana de los años ochenta. «Hortera», pienso para mí. Pero no digo nada. Él me agarra del brazo y me planta un beso en la mejilla. Apenas puedo contener una mueca de asco.

Oficialmente, soy su chica. Pero sé que también tontea con Capucine.

Marc-Olivier me sostiene la mirada con una expresión de placer en los labios. Tiene esa belleza insolente que la vida otorga a algunos y niega a otros. Lo sabe. Y también sabe que gracias a esta apariencia ventajosa se le conceden todos los derechos.

Lo que ignora, en cambio, es que la vida no da nada sin contrapartidas. Todo acaba pagándose.

Pronto —muy pronto— lo comprenderá.

11.42

La clase de mates está a punto de terminar. Seguimos con las identidades notables. Permanezco atento por unos momentos y escucho al profesor, pero luego la mirada se me escapa por la ventana, en donde se ve la copa de algunos árboles. «Identidades notables»: así se llama a las ecuaciones matemáticas que responden a una cierta forma predefinida. Del tipo: $(a+b)^2 = a^2 + 2ab + b^2$. Está chupado: una vez que conoces la fórmula, puedes resolverlas todas sin tan siquiera tomarte el trabajo de pensártelo.

Me digo que la vida sería más sencilla si fuese así: Si todo pudiera resolverse aplicando un método. Si pudiéramos saber, si pudiéramos comprender inmediatamente lo que las personas piensan y creen. Si pudiéramos ver a través del velo de las apariencias para leer las intenciones de cada uno.

Miro a mi alrededor. Una veintena de alumnos inclinados sobre la hoja o vueltos hacia el profesor y la pizarra. Algunos hablan. Otros están concentrados o contienen la risa. Capucine mordisqueea el lápiz. Victoire me lanza una mirada cómplice. Marc-Olivier mira por la ventana.

Todas esas caras. Todas esas vidas. Todas esas identidades notables que nunca llegaré a descifrar.

Al final de la jornada de clases, nos preparamos para la fiesta del instituto. ¡Por fin llega el momento tan esperado y tan temido! Acompaño a Victoire hasta su casa para poder ponerme el vestido fatídico. Durante el trayecto hablamos de todo y de nada. Del instituto. De lo que queremos hacer luego. De los chicos.

—A mí me gustaría ser estilista, ¿sabes? Y trabajar en alta costura —me dice Victoire.

La animo a que siga explicándose con una sonrisa.

—Pero aquí... —Añade mostrando con un gesto desesperado las casas y las calles que nos rodean.

—Nada te obliga a quedarte en Valmy —digo yo.

—Sí, ya lo sé... Bueno, no, de hecho no lo sé. Por un lado tengo ganas de irme. Porque sé que aquí no hay nada. Y por otro lado he pasado toda mi vida en este rincón. ¿Podría adaptarme a un sitio diferente?

No contesto. Las preguntas que se hace Victoire también son las mías: ¿podemos escapar del lugar del que procedemos? No me parece que exista una seguridad al respecto. Pienso en el curso del señor Gérôme: sí, claro, tenemos la libertad de hacerlo todo, de intentarlo todo. Pero eso no es más que la teoría. No creo que en la práctica las cosas sean tan sencillas.

Victoire me guía hasta su casa y me precede al entrar en su habitación. Vuelvo a encontrar ese ambiente recogido y agradable, con las paredes llenas de grabados de moda y con un perfume sutil en el aire. Victoire maniobra alrededor de un pequeño mueble en el que coloca un espejo. Saca un neceser de maquillaje de un cajón y descuelga dos vestidos de su armario. Leo la impaciencia en sus ojos chispeantes.

—¡Me muero de ganas de estar allí!, —exclama.

Me siento con tranquilidad en su cama y la observo mientras se mueve. Se diría que esta es la fiesta más importante de su vida. En el fondo, tal vez sea realmente así. La fiesta del instituto, antes de los primeros exámenes del bachillerato, justo antes de *Terminale*, el fin de la despreocupación. Muy pronto nos iremos de Valmy... O no. Cada uno vivirá por su lado, vidas diferentes y lejanas. Diseñadora de moda como Victoire, fotógrafo local como Daniel Marcuso, encargado de mantenimiento como Marc-Olivier o vendedora de zapatos como mi madre.

El destino es vasto e imprevisible.

Capucine se ha unido a nosotras en casa de Victoire. Las tres nos hemos maquillado y nos hemos puesto los vestidos. A la luz del sol poniente de verano, parecemos esas ninfas que habitan los cuadros de los museos. A la vez bellas y evanescentes. Estamos ahí, presentes..., y sin embargo, se diría que una fuerza misteriosa y desconocida ya se nos lleva a otra parte.

Capucine se ha puesto un poco de colorete y lleva un pintalabios muy vivo. Hay algo infantil en su expresión. Victoire, por su parte, se ha recogido el cabello. Sobre la frente solo caen algunos mechones, irregulares. Me mira intensamente con una sonrisa y dice, como si tuviéramos público a nuestro alrededor:

—¡Pero mirad todos, lo preciosa que está!

Capucine aplaude y da saltitos. Yo me pongo frente al espejo y, casi por primera vez en todo el día, me atrevo a enfrentarme a mi reflejo. La cara de Jessica Stein me mira con sus ojos enormes, melancólicos y graves. Siento en el vientre un choque pesado y lento, que luego me bloquea el pecho y me inmoviliza por completo. Jessica Stein. En carne y hueso. Viva y vibrante, toda belleza.

Salimos de la casa para dirigirnos al Plus-que-parfait, donde nos esperan los chicos. Así los llama Capucine: «los chicos». Como si se tratara de una especie lejana, misteriosa y fascinante.

—A veces me pregunto qué les pasa por la cabeza —comenta Victoire.

¿Estarán, como nosotras, nerviosos e impacientes ante la perspectiva de esta fiesta de fin de curso? Ese aire despreocupado y bromista que se dan siempre, ¿no será un mecanismo propio de machitos, una manera de aparentar? Pues claro.

Mientras recorremos las calles de Valmy, la mayoría de las personas con las que nos cruzamos se vuelven al vernos pasar. Un coche incluso toca el claxon. A cada paso, el tejido de mi vestido restalla y me roza las piernas. Llevo zapatos de tacón por primera vez en mi vida, y es una auténtica tortura. Capucine encuentra muy divertida esa manera de andar, oscilante e insegura, y me ofrece el brazo.

—Pero ¿qué te pasa?, —dice entre carcajadas—. ¿Tan nerviosa estás con la perspectiva de ver a Marco?

Le sonrío de vuelta, murmuro algo y vuelvo a concentrarme en las irregularidades del terreno. Capucine y Marc-Olivier. ¿Era Jessica consciente de lo que se tramaba a sus espaldas? ¿Sería este el motivo por el que salió de la fiesta precipitadamente? No lo sé. En las fotografías de Daniel Marcuso también se ve salir corriendo a Capucine. ¿Qué drama se desarrolló en ese instante preciso?

—Y tú, ¿estás impaciente por volver a ver a Étienne?

—Eeh... Sí, claro... —responde Capucine.

En su voz hay un pequeño matiz de incertidumbre. Las parejas Capucine-Étienne y Victoire-Tony son solo parejas de figurantes, sin más, concebidas para realzar el verdadero centro de gravedad de la velada: Marc-Olivier Castaing y mi persona.

Giramos en la esquina del paseo Villemin, donde el cine Palace nos tiende los brazos. Al lado, en la misma acera, el Plus-que-parfait.

De pronto pienso en la semana que ha quedado atrás. Es extraño: todo me parece a la vez cercano y lejano. No tengo la sensación de que hayan pasado seis días desde que me desperté en la vida de Daniel Marcuso el domingo pasado. Vuelvo a ver mi entrada triunfal en el Plus-que-parfait, las burlas de Jessica y su banda. También pienso en la caja de fotos secreta guardada bajo el colchón. Todas esas imágenes robadas, esas instantáneas de la vida de Jessica Stein, tomadas de imprevisto y congeladas para siempre en el papel fotográfico.

Y por fin pienso en Étienne y Tony. En su beso rabioso, ardiente de deseo en el pinar. El obturador del aparato de Daniel y las amenazas de Tony, llenas de odio: «Estás muerto, Marcuso, ¿me oyes?». Sé que Tony no ha cumplido su promesa y que no ha matado a Daniel. Pero ¿quiere eso decir que haya abandonado toda forma de represalia? ¿No estará, en este instante, preparando su venganza?

Y por fin pienso en mis padres. Mi madre y Emmanuel Leblanc. Mi padre y ese gran póster en la pared de su habitación: *Mad Max 2*. Por mucho que no lo haya hecho a propósito, ¿no resultará que en realidad he reescrito el curso de su historia?

Seis días.

Seis vidas.

Sin contar la mía.

Todos esos pensamientos dan vueltas en mi cabeza en el momento en que franqueamos la puerta del Plus-que-parfait. Como es habitual, en la barra hay tres motoristas con sus correspondientes cervezas. En cuanto entramos, uno

de ellos repasa nuestras siluetas juveniles. Durante un instante muy breve, veo brillar en sus ojos como un brillo malvado. Procuro evitar su mirada y bajo la cabeza. ¡Me gustaría tanto ser invisible!

Al fondo del café, en su lugar habitual, Marc-Olivier, Étienne y Tony están desparramados sobre una banqueta tapizada en rojo. Victoire es la primera en dirigirse hacia ellos, sonriente. Capucine y yo la seguimos. En la sala reina un ambiente eléctrico, mezcla de impaciencia y excitación. En los altavoces colocados en alto suena una canción de Téléphone: *Ça c'est vraiment toi*.

Al vernos llegar, Marc-Olivier se levanta de un salto y nos sonríe con fingida naturalidad.

—¡Guau...!, —exclama—. ¡Lo que es hoy estáis como para parar un tren!

Capucine no puede reprimir un cloqueo de orgullo y se pone a girar sobre sí misma para que todo el mundo puede admirarla. Étienne y Tony se han quedado sentados. No se mueven ni dicen nada. Marc-Olivier, por su parte, toma a Capucine por la cintura y se marca unos pasos de baile con ella. Las guitarras eléctricas de Téléphone acompañan el movimiento de la pareja. Algo extraño, a la vez muy bello y un poco inquietante, se desprende de la escena.

Y luego Marc-Olivier se queda quieto. Lo mismo que Étienne y Tony, lleva un esmoquin blanco con pajarita negra. No aparta sus ojos de los míos. Me observa con un orgullo innegable. Como si fuera un objeto muy precioso, como si le perteneciera desde la eternidad.

Con paso arrastrado viene a mi encuentro y me agarra por el talle. Siento las manos fuertes, sus dedos finos que se cierran sobre mí. Una imagen me pasa por la cabeza, una imagen precisa y terrorífica: las garras de una rapaz. La sonrisa de Marc-Olivier se hace todavía más ancha. Sigue observándome por unos segundos y luego se inclina con suavidad hacia mi cara.

—Tú y yo, esta noche, nena...

Se endereza y me lanza una mirada llena de sobreentendidos. En este momento me doy cuenta de que la fiesta del instituto, para Jessica y Marc-Olivier, no era solo una manera de celebrar el fin de las clases.

No. Para ellos era la noche de su primera vez.

20.00

Seguimos al fondo del Plus-que-parfait cuando la camarera llega a nuestra mesa. Los chicos piden una cerveza, Capucine un mojito y Victoire un cóctel

brasileño de nombre impronunciable. Bajo las miradas atónitas de mis amigos, yo pido un Pschitt, y luego levanto los ojos hacia la camarera:

—«Cálmate y refréscate con...».

Me detengo inmediatamente. Ante nosotros, envarada y con un delantal que se supone que la realza, reconozco enseguida a mi madre. Tiene un aire melancólico y la expresión de su cara es impasible. Me quedo perplejo un momento, y luego pregunto:

—¿Isabelle? Pensaba que solamente trabajabas aquí los martes y los jueves.

—En principio, sí —responde ella—. Pero hoy he tenido que sustituir a otra chica en el último momento.

¡Todo se aclara! Por eso no aparece en las fotos de Daniel Marcuso. Nunca estuvo en esa dichosa fiesta de fin de curso.

—Bah, seguro que no te perderás gran cosa —le digo para consolarla.

Se diría que está un tanto desconcertada por el tono reconfortante que le doy a mi voz. Me mira sin decir nada y entorna un poco los ojos, como si quisiera adivinar mis intenciones. Se hace el silencio entre nosotras por un instante; luego se vuelve con un movimiento algo brusco y se dirige a la barra.

Una vez que mi madre ya no puede escucharnos, estallan las carcajadas en la mesa.

—«Cálmate y refréscate con Pschitt» —me imita Capucine entre risas—. ¿Qué tonterías son esas, Jessica?

—¡Oh, no sé...!, —digo mientras siento que me sonrojo—. Me ha salido así...

Suena otra canción en la radio: *I Hate Myself for Loving You*, de Joan Jett. Los acordes eléctricos llenan el espacio y dan a la escena un tinte vagamente *vintage*. En ese instante preciso tengo conciencia de pertenecer a un momento de la historia. 1988. Todo esto ya ha ocurrido. Hace mucho tiempo.

Me levanto y siento la mano de Marc-Olivier, que intenta retenerme, pero me suelto. Con paso lento, como hipnótico, también me dirijo hacia la barra. Mi madre está de espaldas, ocupada en teclear algo en la caja mientras se mece discretamente al compás de la música. Los tres motoristas acodados en el zinc no se pierden detalle. Avanzo el brazo y le toco suavemente el hombro.

Ella se vuelve. El brillo melancólico de sus ojos parece haber ganado en intensidad. Lleva el pelo recogido en un moño y el vestido está un tanto

arrugado. Admira por un momento el mío, magnífico e inmaculado. No dice nada. Al final soy yo quien rompe el silencio.

—Es que... —digo con voz tímida—. Quería decirte...

Realmente, no sé por dónde empezar. Mi madre me mira con cara de extrañeza.

—Quería decirte... Que me acuerdo de que éramos amigas íntimas..., aunque de eso hace mucho...

La expresión de los ojos se relaja y se llena de vida, y le tiemblan los labios. Se recoloca un mechón por detrás de la oreja para contenerse. Y finalmente abre la boca, dubitativa.

—Yo tampoco lo he olvidado.

—*Best Friends Forever* —digo sonriendo.

Al oír estas palabras empieza a dar sacudidas, entre el ataque de risa y las lágrimas, y me abraza, tan fuerte que casi no puedo respirar.

—Lo siento de verdad —digo por fin—. Lo siento, si en estos últimos años me he alejado un poco de ti. Es la edad ingrata, según dicen.

La oigo murmurar algo, con la cara pegada a mi hombro.

—¡Te he echado tanto de menos durante todo este tiempo...!

Y luego se echa a llorar. No sé lo que me ocurre, pero yo tampoco puedo contener las lágrimas. También la abrazo fuerte, tan fuerte como puedo. Luego, de pronto, siento en esa proximidad que vuelve a reír. Debemos de parecer un par de locas, pero eso me da lo mismo.

Los tres motoristas de la barra nos miran sin decir nada, agarrados a sus jarras de cerveza, como si fuéramos una telenovela o algo así.

—Realmente estás fantástica —me dice mi madre mirándome de arriba abajo y con una expresión en la que ha desaparecido completamente la melancolía.

—Gracias.

—Estoy segura de que vas a pasar una noche maravillosa. O al menos eso es lo que te deseo.

20.55

Aún es de día cuando salimos del Plus-que-parfait. Marc-Olivier me sujeta por el brazo mientras subimos por el paseo Villemin. Aprieta su cuerpo contra el mío como si alguna urgencia estuviera uniéndonos ya. No me atrevo a decir nada ni a hacer nada. Vuelvo a pensar en sus palabras: «Tú y yo, esta

noche, nena...». Lo ha dicho contra mi cuello, como un secreto que fuera a la vez muy importante y muy peligroso. Supongo que en realidad es así.

El paseo Villemín está lleno de gente. Vamos por la calle Guillemet, pasamos por delante del súper del señor Sylvestre. A medida que nos acercamos al instituto siento que el corazón se me va acelerando. En este momento, ¿cómo podría evitar ir a la fiesta? Es imposible.

Atravesamos el centro de Valmy y llegamos ante la entrada del instituto. El gimnasio queda a la derecha. Desde fuera es un edificio sobrio y más bien austero, de armazón y techado metálicos. Parece un almacén. Han decorado la entrada con guirnalda multicolores. También han instalado sobre la puerta una gran pancarta: INSTITUTO MARCEL-BIALU, FIESTA FIN DE CURSO, PROMOCIÓN DE 1988.

Al verlo, siento que las piernas me flaquean. Me falla el corazón, me sudan las manos... Instintivamente, mi brazo se agarra al de Marc-Olivier y se me nubla la visión.

—¿Estás bien, nena?

—¡Jessica, estás muy pálida!, —observa Victoire.

—N-no, no, todo va bien...

Leo en los ojos de mis «amigos» que se preocupan por mí. Pero pronto vuelve a reinar la excitación y proseguimos hasta el gimnasio. A través de la puerta oigo las notas amortiguadas de una canción pop. Algunas luces, reflejadas por las bolas de facetas, también nos llegan. De vez en cuando resuenan las risas o los aplausos.

—Ya está en marcha... —murmura Marc-Olivier.

La noticia de nuestra llegada ha corrido como un reguero de pólvora, de modo que enseguida nos encontramos con que somos el centro de todas las atenciones. Y con razón: somos la pareja estrella de esta velada. Lo sé.

Una gota de sudor corre por mi sien en el momento en que entro en el gimnasio y la música se me viene encima. Han colocado un bafle enorme en cada esquina del gimnasio y los cuatro hacen que retumbe *Like a Virgin*.

Reconozco al momento la decoración de la fiesta. Es punto por punto idéntica a la que estudié en las fotografías de Daniel Marcuso. Por cierto, ¿dónde se habrá metido? Sin duda estará escondido en algún rincón, con la cámara en la cara, dispuesto a disparar.

El gimnasio se ha convertido en una sala de baile inmensa. Al fondo hay un escenario que acoge a los bailarines, y a la derecha un bufé con grandes fuentes llenas de comida. También hay botellas de zumos de fruta y algunos refrescos. Al verlo Marc-Olivier ahoga una risita y le da un codazo a Tony.

—Menos mal que tenemos lo que hay que tener —dice sacando una petaca del bolsillo interior de la chaqueta.

Desenrosca el tapón y bebe un largo trago antes de tender el brazo hacia Tony. El olor a alcohol llena enseguida su aliento. Algo como *whisky*. Tony ríe y bebe a su vez. Sí, ríe, pero veo muy bien que un relámpago de tristeza atraviesa su mirada.

Avanzamos por el recinto con la cadencia de la música. Algunas parejas ya se han puesto a bailar, pero en su mayor parte la gente está inmóvil, se queda quieta ante el bufé y parece no saber muy bien qué hacer. Capucine y Victoire cloquean a cada paso, y Étienne no dice nada.

Sobre la pista veo el gran reloj del gimnasio, igual que en las fotografías. Me da la impresión de oír el avance de las agujas, desgranando los segundos. Tic. Tac. Tic. Tac.

Plantado ante el bufé veo al profesor de Educación Física, el señor Mailletz, con los brazos cruzados. Con ojos glaciales y una expresión de alegría enrabietada en la cara, me sostiene la mirada. Yo la aparto enseguida. En esta fiesta todo me parece extraño y peligroso. Es como si la amenaza pudiera surgir en cualquier momento, desde cualquier parte.

Y siempre, por encima de mi cabeza, el tictac regular del reloj. Cada segundo que pasa me acerca a mi muerte.

Según las agujas son las 21.17. Me quedan alrededor de tres horas.

21.26

Los vinilos se suceden en los platos. Es el turno del *P. Y. T*, de Michael, que prende fuego a la pista de baile.

Cada vez se forman más parejas. Marc-Olivier y yo nos unimos a la multitud de alumnos. Constituyen una ronda eterna, la ronda de la seducción, de los primeros gestos, del descubrimiento del amor. ¿Cuántos de ellos se enamorarán esta noche? ¿Cuántos se sentirán engañados, rotos? Prefiero no pensarlo demasiado. Me dejo llevar por el movimiento y por fin me pongo a bailar y a saltar.

De pronto, a unos metros, percibo el *flash* de una cámara. Vuelvo la cabeza de inmediato y descubro, un poco apartada de la pista de baile, una silueta que conozco bien. Enseguida dejo de bailar y me dirijo al fotógrafo. O más bien a la fotógrafa, porque no es Daniel Marcuso, como podía suponer, quien se encuentra tras el objetivo.

Es Élise Brossolette.

—¿Élise?, —digo acercándome a ella.

Ella me mira un poco desafiante, como si fuera a jugarle una mala pasada, y me pregunta qué quiero.

—Nada. Me ha extrañado. ¿Eres tú quien hace las fotos esta noche? ¿Dónde está Daniel?

—Está enf-fermo. Me ha confiado su cá-cámara.

Pronuncia estas últimas palabras con una voz inexpresiva y distante. Tras esta aparente indiferencia capto una casi imperceptible frustración. Me quedo unos segundos inmóvil, paralizado. El cerebro me entra en ebullición ante lo que se revela de pronto ante mí: Daniel Marcuso nos dijo la verdad: él tampoco estaba en la fiesta de fin de curso.

Lo había apartado de mi lista de sospechosos, pensando que había estado tomando fotos durante toda la fiesta y que por tanto no podía ser el asesino de Jessica. Pero lo que acaba de decir Élise cambia completamente el juego.

—Ah..., bueno... —digo, vacilando un poco.

—¿Ne-necesitabas algo de él?, —pregunta ella.

—No... No, nada... Que se mejore, díselo de mi parte.

—Vale, no se me o-olvidará.

Estas últimas palabras las dice con una mueca y detecto una punta de ironía y de cólera contenida en el fondo de su voz. Abro de nuevo la boca, pero no sale nada de ella. Élise Brossolette va vestida con un polo ancho y unos tejanos viejos. Nada que ver con mi indumentaria de gala. Me mira con su aire torpe. La cara poco agraciada. Las mejillas demasiado redondas. La nariz chata. Bajo la cabeza y no digo nada. Supongo que tiene razón al maldecir al destino y a Jessica Stein. Supongo también que al final la vida le rendirá justicia.

Sin añadir nada más, se da media vuelta y vuelve a ponerse a recorrer la sala de baile, con el ojo puesto en el visor de la cámara.

Cuando vuelvo hacia Marc-Olivier veo que Capucine y Victoire están solas, sentadas en un banco al lado de la pista de baile.

—¿Y Étienne y Tony?, —pregunto.

—No lo sé —responde Marc-Olivier—. Creo que se las han tenido. Pero no sé por qué.

Vuelve a sacar la petaca de alcohol del interior de la chaqueta, vuelve a darle un largo trago y luego me la tiende. La rechazo con expresión de asco. Marc-Olivier ya parece un poco borracho. Los gestos que hace son vacilantes, como al ralentí, y el paso es inseguro. Me precipito hacia Capucine y Victoire.

—¿Dónde están los chicos?, —pregunto.

—Han ido al baño —responde Capucine—. Bueno, eso creo. Ya hará unos cinco minutos que se han ido. No sabía que los chicos también iban acompañados al baño. Vaya, que hacen como nosotras.

Ahoga una risa burlona y Victoire la imita. No sé muy bien qué está ocurriendo, pero la verdad es que da mala espina.

Me dirijo hacia el fondo del gimnasio, hacia la puerta en la que pone SERVICIOS. Me acerco con pasos cautelosos, como si temiera que me oyeran a pesar del jaleo que reina por todas partes. En la pista, la banda sonora de *Dirty Dancing* a todo volumen desata las pasiones. Permanezco quieto durante un rato, sin saber qué hacer, cuando la puerta se abre de golpe. Veo a Tony que sale, desgredado, apretando las mandíbulas, desbordante de rabia. Me empuja al pasar y desaparece entre la multitud de bailarines.

Étienne sale también, con la mirada perdida, apurado, como si acabaran de robarle algo. Le tiembla la barbilla. Se diría que está a punto de echarse a llorar. Intento detenerlo. Lo llamo:

—¡Étienne!

Pero él no se para, no dice nada. Como si ni siquiera me viese, como si estuviera perdido en las profundidades de su ser, en busca de algo que solo él sabe que existe. Lleva el cuello de la camisa levantado y los cabellos revueltos. Camino unos segundos detrás de él y luego lo dejo marchar.

De pronto se produce un gran estruendo en el gimnasio, seguido de una explosión de confeti. Las risas y los gritos acompañan este diluvio de papelitos que cae sobre nosotros como una nieve muy ligera. El confeti llena el espacio y los destellos de luz se proyectan al azar desde las bolas de facetas. Étienne se abre paso entre los colores y los ruidos. Veo que sigue adelante, como un fantasma. Como una sombra. Ajeno a sí mismo y para siempre al abrigo de las certidumbres. Siento una oleada de compasión inútil, imposible e impotente.

Percibo un nuevo *flash* a un lado. Élise Brossolette exhibe una sonrisa extraña. Me aparto de ella para dirigirme al escenario, donde Marc-Olivier, cada vez más vacilante, baila los ritmos sincopados de su propia música interior.

21.54

El resto de la velada se desarrolla sin muchos incidentes, entre fases de baile —una sabia alternancia entre canciones lentas y canciones *rock*

orquestrada por el DJ— y conversaciones agitadas entre amigos. En diversos momentos, Marc-Olivier me agarra por la cintura y me dirige una mirada apremiante, una manera de decirme que espera muy claramente algo de mí, y que tendré que estar a la altura de todos sus deseos. Intento, en la medida de lo posible, rechazarlo sin provocar un acceso de cólera por su parte, o una reacción fulminante. Me las arreglo como puedo, sin dejar de estar pendiente del reloj de encima del estrado.

«Mientras siga aquí, en el gimnasio, todo está bien». Me lo repito como un mantra, como una plegaria o como una fórmula mágica de algún tipo. Sobre todo, tengo que evitar salir del gimnasio.

Incluso cuando Marc-Olivier quiere ir a fumar «un pito» insisto para que nos quedemos dentro. Lo tomo por el brazo y lo arrastro hasta la mitad de la pista de baile. Allí vuelvo a notar que todas las miradas convergen hacia nosotros. ¡Somos tan guapos, tan perfectos! ¡Hacemos tan buena pareja!

¡Desde luego! Pero detrás de este cuadro, ¿qué hay? Un futuro alcohólico y una reina en desgracia. Nada que permita soñar demasiado tiempo.

En los bafles dispuestos en las cuatro esquinas de la pista de baile resuenan las primeras notas de una canción de las Bangles, *Eternal Flame*. Una historia de amor eterno, de sentimientos nacientes y de corazones que latén al unísono. Apoyo la barbilla sobre el hombro de Marc-Olivier para observar mejor la sala que nos rodea.

¿El asesino está aquí, en algún lugar? El señor Mailletz se mantiene siempre apartado, con los brazos cruzados sobre el musculoso pecho. Capucine y Étienne bailan a su lado. Este último sigue pareciendo un poco perdido.

Más lejos, sentado en un banco, Tony le lanza de vez en cuando miradas furtivas. Victoire ha desaparecido.

La voz de la cantante de las Bangles nos envuelve lascivamente. Cierro los ojos y dejo que la música entre en mí. Mi cuerpo se pone a moverse, sigo el ritmo con las caderas. De pronto, ya no tengo más ganas de reflexionar. Solo quiero bailar. Estar ahí.

A medida que me dejo ganar por esta sensación tan presente, el tictac del reloj desaparece poco a poco. La realidad es que ya nada más que eso tiene importancia.

Marc-Olivier eructa sonoramente. Siento que las lágrimas acuden a mis ojos. Es extraño. No existe una razón concreta, pero no hago nada por retenerlas. No me doy ni cuenta, y resulta que estoy llorando a mares, que no puedo parar. Marc-Olivier me mira, visiblemente perdido.

—¿Estás mal, nena?

Se percibe la inquietud en su voz, pero es una inquietud egoísta. Se preocupa por sí mismo, es absolutamente evidente. Me quedo mirándolo un segundo sin decir nada.

Luego me libero de su abrazo y dejo la pista ante la mirada decepcionada del resto de los estudiantes.

22.43

Nada permitía presagiarlo, pero la celebración se convierte de pronto en un melodrama. Me he refugiado en los servicios para secarme las lágrimas y oigo a Étienne y Tony entrar en tromba por el lado de los chicos. Reconozco sus voces, las entonaciones apresuradas y atemorizadas. Hay urgencia en el tono que emplean. «No tenemos mucho tiempo», dice Tony al otro lado de la pared. Intento cerrar los ojos y taparme los oídos, pero no sirve de nada.

De pronto, Capucine entra en la parte de las chicas. Su expresión es algo chasqueada: tiene el aire de preguntarse por qué su pareja pasa tanto tiempo en el baño. En cuanto la veo entrar hago lo que puedo por llamar su atención.

—¿Qué tal, Capucine?, —digo lo más alto que puedo, con la esperanza de que los chicos me oigan a través del tabique y disimulen un poco sus jugueteos.

—Eeh... Bien, sí, ¿y tú?

—Bien, bien... Aunque la cabeza me da un poco de vueltas con tanto baile y tantas luces...

—Pues al menos tú no te pasas todo el rato esperando en un banco a que tu pareja se digne presentarse.

—Oh, bueno, ya se sabe... —En ese momento, un ruido sordo resuena en el otro lado de la pared, un gran «bum», como un cuerpo proyectado hacia una puerta. Vuelvo a levantar la voz, como si nada—. Será por el calor. Porque hace mucho calor, ¿no te parece? ¿Eh?

Capucine vuelve lentamente la cabeza. Ya no presta atención a nuestra conversación, sino a los ruidos que percibe al otro lado.

—Pero... ¿qué hacen esos ahí dentro?, —murmura—. ¿Se están peleando o qué?

Me apresuro a responderle:

—¡Oh, claro! ¡Seguro que es eso! ¡Ah, los chicos...! ¡Ja, ja! ¡Son de lo que no hay! ¿Verdad, Capucine? ¡Capucine!

No me da tiempo a llamarla una tercera vez, porque ya ha abandonado los servicios de las chicas. Corro tras ella, pero me piso el dobladillo del vestido y en un momento me encuentro tendida en el embaldosado sucio.

Cuando consigo levantarme, oigo una voz estridente que resuena al otro lado. Es Capucine, que grita como si acabaran de apuñalarla, una queja larga y dolorosa, llena de incompreensión y de estupor:

—¿Étienne?!

22.55

Definitivamente, la velada se está convirtiendo en un drama. Explota una nueva salva de confeti por encima de nuestras cabezas, pero el corazón de la gente ya no está realmente en la fiesta. La excepción quizá sea Marc-Olivier, quien con la ayuda del alcohol sigue agitándose en la pista de baile. Con el rabillo del ojo veo que Capucine se va corriendo. Un poco más arriba, sentada en las gradas, Élise Brossolette acciona una vez más el obturador de la cámara. Me da la impresión de que esta noche dura desde hace ya una eternidad. Estoy agotado y aturdido, como si el cerebro me funcionara al ralentí. Es casi como si sintiera que las células se me adormecen.

«¡No, ahora, no!», me digo interiormente. No puedo relajar la vigilancia. El asesino está aquí, en algún lado. Tengo que seguir en guardia.

De pronto, mientras estoy observando la farándula de adolescentes a mi alrededor, que bailan la enésima lenta (*It's Only Mystery* de Arthur Simms), siento que una mano se cierra sobre mi hombro. Es un puño firme y frío. Me vuelvo lentamente. Las luces reflejadas por las bolas de facetas iluminan el gimnasio en una infinitud de pequeñas notas coloreadas que giran y giran por encima de nosotros. Puntean las caras y los cuerpos, los iluminan de una manera extraña, un poco irreal. Toda la escena parece un sueño. Uno de esos sueños sudorosos e incómodos que de pronto viran hacia la pesadilla.

Ante mí tengo la silueta musculosa del profesor de Educación Física. Sobre su rostro flota una sonrisita inquieta. La voz, grave y tensa, resuena como una detonación.

—Jessica, ha habido un problema. Venga conmigo, por favor.

23.04

Sigo al señor Mailletz hacia los pasillos del gimnasio, procurando adaptarme a su paso rápido y decidido. Con este vestido y estos zapatos de

tacón no es tan fácil. Delante de mí, la silueta larga y musculosa acaba conduciéndome a una pequeña estancia. En la puerta hay una placa: ADMINISTRACIÓN.

El profesor de Educación Física se sienta en un sillón y señala una silla del otro lado del escritorio para que yo haga lo mismo. Obedezco lentamente. Sé que hay algo que no encaja. Sé que todo esto desentona.

Una lámpara sobre la mesa ilumina la estancia con una luz débil que no es de mucha ayuda. El señor Mailletz me mira, suspira, se apoya contra el respaldo de la silla, vuelve a suspirar. Escoge las palabras.

—Mire, Jessica —dice por fin—. En su casa ha habido un pequeño incidente. Nos ha llamado un señor, su... su padrastro, ¿no es eso?

En ese momento vuelvo a ver el rostro gordo, hinchado, cubierto de tics y de sudor del hombre que me ha despertado esta mañana. ¿Mi padrastro? No se me ha presentado así. Ha dicho que «hacía compañía» a mi madre...

—No es el padrastro de Jessica... Mi padrastro, quiero decir —respondo como para justificarme.

El señor Mailletz hace un gesto con la mano, como para descartar mi objeción.

—Eso no importa ahora —dice—. Se trata de su madre, Jessica. Ha tenido... Ha tenido un problema. Sería preferible que volviera a su casa. La acompañaré.

Así que este era el motivo que había llevado a Jessica Stein a abandonar la fiesta de fin de curso. Por eso nadie la había vuelto a ver antes de que encontraran su cuerpo en las profundidades cenagosas del lago.

—¡Ni hablar!, —digo con una voz brusca y decidida que incluso a mí me sorprende—. No quiero salir de este gimnasio. No, no y no.

—Escuche, Jessica. Yo lo entiendo: es la fiesta de final de curso y todos habían esperado este momento durante mucho tiempo. Pero le aseguro que no puede quedarse. Y su pareja..., el señor Castaing..., no está en condiciones de ponerse al volante.

Pienso en los últimos pasos de baile de Marc-Olivier, cada vez más vacilantes por el alcohol.

—Soy el responsable de afrontar esta situación —sigue diciendo el profesor de Educación Física—. Y ya puede ir asumiendo que va usted a acompañarme. Por las buenas o por las malas.

Al pronunciar estas últimas palabras avanza el rostro hacia mí y la lámpara lo ilumina. Sus rasgos se acentúan y revelan una expresión

indescifrable y una sonrisa fina sobre una fila de dientes perfectamente blancos.

Desde el gimnasio nos llegan fragmentos de una última canción pop. El señor Mailletz se levanta y me tiende el brazo para incitarme a hacer lo mismo.

La sonrisa de su rostro se hace más amplia por un momento y luego desaparece en la oscuridad devoradora que nos rodea.

23.17

Nos encontramos en el aparcamiento desierto del gimnasio. Una gran noche extiende su manto de luces sobre nosotros: la luna, algunas estrellas, la farola del extremo de la calle. Todo se me hace cada vez más irreal, como si a mi pesar algo me guiara hacia un punto preciso del destino. Como si la existencia supiera por mí, al margen de mis luchas y resistencias, adónde tengo que dirigirme. He hecho todo lo que he podido por no irme de la fiesta, y aquí estoy, fuera, en compañía de un desconocido.

El profesor abre la puerta del lado del pasajero y me indica que me siente. Cada uno de mis gestos es lento y calculado, como si fuera un condenado a muerte y tuviera que aprovechar el menor resquicio para escaparme. Pero no hay nada que hacer. El profe cierra la puerta y luego ocupa el sitio del conductor.

Se instala, baja el cristal, dice que tiene calor, me dirige una mirada de soslayo. Yo, por mi parte, estoy completamente petrificado, incapaz de moverme o de decir esta boca es mía. Pone la llave y le da al contacto, de manera que el motor traquetea ligeramente. La radio del coche se pone automáticamente en marcha y el habitáculo se llena de las notas azucaradas de una canción pop, *Killer Queen*.

El coche es un Fiat rojo un poco envejecido. Los asientos están gastados y dejan aparecer en algunos lugares una espuma amarillenta. En el retrovisor interior cuelga un pequeño pino. El volante está recubierto de algo semejante a la moqueta.

—*She's a killer... queeeeen...* —Se pone a cantar mi chófer a la vez que pone la primera para salir del aparcamiento—. ¿Te gustan los Queen? Yo los vi en concierto en el 77, ¡y entonces eran la bomba, eso lo puedo decir!

Estas palabras suenan falsas. Tengo la impresión de que quiere fingir seguridad. Giramos en la esquina del gimnasio y pasamos por delante del

instituto. Siento una ligera melancolía cuando veo la verja cerrada del portal y, mas lejos, las puertas de los edificios de las clases.

El profesor de Educación Física se pone a llevar el ritmo con la palma de la mano contra el volante. De pronto tengo calor. Bajo el cristal y dejo que el viento acaricie mis largos cabellos. Ahí fuera la noche es tranquila y bella. Incluso oigo, a través de las guitarras de *Killer Queen*, el canto ligero de los grillos.

—Hace calor, ¿eh?

El señor Mailletz me mira. La sonrisa sigue ahí, bien instalada en su rostro. El coche avanza a toda velocidad atravesando las calles de Valmy. Veo desfilar las casas por la ventana, como fantasmas pálidos en la oscuridad. Poco a poco llegamos a las afueras. Las casas se dispersan cada vez más. Tras una curva cerrada a la derecha, el Fiat penetra en la penumbra de una calle mal asfaltada. El coche se estremece y salta y yo me agarro al tirador de la puerta para no irme a un lado. El pinito del retrovisor se pone a dar vueltas, como presa del pánico.

—¿Estás bien, con tanto traqueteo?, —me pregunta el profesor de Educación Física.

No contesto. Miro la calzada. Me doy cuenta de que no sé muy bien dónde estamos. Cerca del lago, sin duda. Las siluetas de los grandes pinos nos rodean en una especie de segunda noche, más oscura todavía que la primera. El señor Mailletz tiene que adivinar la inquietud que poco a poco denota mi rostro, porque se vuelve hacia mí y me dice, con una voz que pretende ser sosegadora:

—Es por aquí, ¿verdad? Rodeo el lago y llego al barrio de Bellerive, ¿no?

A decir verdad, no sé si ese es el camino. Ya no recuerdo dónde vive Jessica Stein. Toda la jornada está inmersa en una bruma inconsciente. Bellerive forma parte de los barrios bajos, con un poco de mala fama, de Valmy-sur-Lac. Es de lo más verosímil.

Pero al pensar en la casa de Jessica de pronto caigo en la cuenta de lo que allí me espera. Vuelvo a ver la cara de mi «padraastro», esos ojos falsos, esa expresión de rabia sorda y de deseo oculto. «¡No! ¡Es imposible!».

Miro por la ventana. El pequeño Fiat atraviesa la noche a tumba abierta y me conduce directamente a la boca del lobo. Me da la impresión de que los árboles están más cerca, que se inclinan hacia nosotros, que casi quieren atraparnos. El señor Mailletz sigue tarareando y marcando el ritmo sobre el volante.

Siento que una vena se hincha en mi sien y empieza a golpear sordamente. El flujo sanguíneo sube a mi cerebro y me saca del letargo. Es como una súbita toma de conciencia. Ya no me queda ninguna otra opción. En mí estalla un sentimiento de pánico.

Tengo que escapar de esta trampa, sea como sea.

23.31

—¡Qué calor que hace ahora mismo! Es casi insoportable. Incluso por la noche. Imagino que pasarás el verano en el lago, con tus amigos, ¿no? Venga a bañarte y a ponerte morena... ¡Ah, qué bonito es ser joven! ¡Qué suerte...!

La voz del profesor es grave, un poco inquieta. Como si fuera el primero en percibir la amenaza que se cierne en la noche. Sujeta el volante con la mano izquierda y la palanca de cambios con la derecha. No digo nada ni contesto a sus preguntas. El coche sigue traqueteando. Cuanto más avanzamos, más se deteriora la calzada. Ya no hay iluminación en la calle y estamos en las inmediaciones del lago. No hay luz ninguna, ni siquiera la de las estrellas. Los grandes pinos se han comido la noche y nos sumergen en el fondo de su propia sombra.

De repente, el coche se ve sacudido por un nuevo sobresalto. Un hoyo, que nos hace dar un bandazo.

—¡Mierda!, —suelta el señor Mailletz después de frenar bruscamente.

Aprovecho para agarrar el tirador a mi derecha y accionarlo con fuerza. La puerta se abre y deja que el aire entre de golpe en el coche. Sin pensármelo, recojo el dobladillo de mi vestido y salto.

—¡Eh!, —grita mi chófer.

Caigo con un ruido sordo de grava y de tierra. Tras el impacto, me duelen las piernas y tengo arañazos en todo el brazo derecho. Pero no dispongo de tiempo para compadecerme de mí mismo. A unos metros, el Fiat se detiene en seco, con los faros de atrás como los ojos rojos de un monstruo surgido del fondo de la noche. Me quito los zapatos y echo a correr tan rápido como puedo en la dirección opuesta. Oigo que una puerta del coche se cierra y que la voz de enfado y sorpresa del profesor de Educación Física vuelve a gritar:

—¡Eh!

Pero ya he desaparecido entre las manos afiladas de los grandes árboles. El ramaje se agarra a mí, a los pliegues del vestido, a los brazos, a las piernas. Siento los arañazos y casi me da la impresión de oírlos suspirar. «Debe de ser el viento...». Se ha levantado una ligera brisa que hace oscilar las copas de

los pinos. No pienso nada, me limito a correr. Más y más. Y más. Como si tuviera que escapar de algo. Como si una bestia monstruosa, sedienta de sangre, me pisara los talones.

Tras unos minutos de carrera desenfundada, caigo de agotamiento. Jadeo, tengo los pies desnudos lacerados y cubiertos de sangre. Los brazos me hacen daño, el vestido está hecho jirones. Me apoyo en un árbol para respirar. Ya no se oye ningún ruido, aparte del viento y de los grillos. El señor Mailletz habrá renunciado a perseguirme.

Cierro los ojos y exhalo un largo suspiro. ¿Ha terminado ya todo esto? ¿He salvado a Jessica?

Algo me dice que no es así.

Cuando abro los ojos descubro la superficie sombría de una gran extensión de agua.

Sé dónde estoy.

En el lugar exacto en el que encontrarán el cuerpo de Jessica.

23.44

Ya he llegado a ese momento fatídico. A pesar de todos mis esfuerzos. Cualquiera diría que todo estaba escrito. Una vez más, el destino habrá sido más fuerte que yo. El mundo quería que Jessica Stein se encontrara en este preciso lugar, en este mismo momento. No podía hacer nada por evitarlo.

«Somos libres de hacer todo lo que queramos», había dicho el señor Gérôme. ¡Ni hablar!

No somos libres de nada. Simplemente, estamos condenados a seguir los caminos que se han trazado para nosotros.

Me quedo unos minutos inmóvil, impotente, desamparado. Poco a poco se aposenta en mí la sensación terrible de que nada sirve de nada. Que la muerte se acerca y me rodea, que no puedo luchar más.

A mi alrededor, el canto de los grillos redobla su vigor. Me perfora los tímpanos y percute contra mi cráneo.

El chapoteo del agua, en cambio, tiene un efecto adormecedor. Miro mi reloj. Ya falta poco. El rugido de un coche en la carretera nacional traspasa la noche. ¿Es el Fiat del profe de Educación Física? ¿Ha vuelto a iniciar su búsqueda? El ruido del motor se aleja y luego desaparece, atrapado por la oscuridad y el olor maduro de la vegetación.

Es algo menos de medianoche y ahora ya lo sé. Voy a morir. Mi única satisfacción será, tal vez, descubrir el rostro del culpable. Una potente ola de dolor y de tristeza me sumerge. No he conseguido salvar a Jessica. A ella, a quien la vida se lo debía todo. La reina del instituto, desaparecida para siempre por un golpe de mala suerte.

—Perdón... —murmuro, casi a mi pesar, como si ella pudiera oírme—. Perdón...

En el momento en que pronuncio estas palabras siento un escalofrío. Algo se ha movido detrás de mí. Lo siento. Lo sé. Sí, es verdad, puede haber sido el viento en los árboles, o cualquier alimaña nocturna al acecho de su presa...

Pero no, no se trata de eso. Oigo un nuevo rumor, discreto como el bufido de un felino, seguido de pasos ligeros a través del pinar. No hay duda: mi asesino se acerca.

Los puños se cierran, mi cuerpo se pone en guardia, los músculos se tensan. Me mantengo erguido, dispuesto, atento al menor movimiento.

De pronto, frente a mí, las ramas bajas de los pinos se agitan. Percibo un pantalón, luego un torso, y por fin un rostro.

Ahí está mi asesino, en la luz blanca y desnuda de la luna. Un ligero rictus deforma su cara. Un rictus malvado y carnívoro, consciente del horror que se dispone a cometer. Avanza lentamente hacia mí, con paso extrañamente vacilante. Lo observo petrificado.

Tiene un aire patoso, como de pretendiente tímido en busca del primer gesto de amor. Lo conozco, lo conozco perfectamente..., y Jessica también.

Mi asesino. Cuando ya solo lo separa un metro de mí, cuando ya casi podría tocarme, abre la boca. Oigo su voz suave, melodiosa entre el estruendo de los grillos:

—¿Qué hay de nuevo bajo el sol?

23.59

No me da tiempo a entender lo que ocurre. No tengo tiempo de comprender que realmente es el señor Sylvestre, el inofensivo tendero, quien está plantado ante mí. Intento huir, correr. Pero mis pies, doloridos, se hunden en la arena. El señor Sylvestre me agarra por el brazo. Sus dedos se cierran sobre mí con una energía inusitada. No me suelta. Nunca lo habría creído capaz de semejante fuerza.

Intento revolverme, pero es en vano. Cuanto más me agito, más siento que los pies se me hunden en la arena. Para escapar de su presa lo araño, lo

golpeo, pero no sirve de nada. Mi agresor, iluminado por la claridad de la luna, sigue mostrando ese rictus cruel, ese aire de superioridad y de potencia liberada.

—Bueno, bueno, calma... —dice, como si yo fuera un caballo salvaje al que quisiera amansar.

Tiene los ojos inyectados en una furia sorda. El señor Sylvestre... Me cuesta creer que todo esto sea real. Y sin embargo...

—Todo irá bien, ya verás —susurra con voz melosa.

Con la otra mano me agarra la nuca y la aprieta con una terrible presión.

Siento su cuerpo pegajoso de sudor juntándose con el mío, y la agitación del tórax al ritmo de la respiración. Su aliento en el pelo y su mano como un torno.

Lentamente, apoya la cara contra mi cuello en busca de un momento de calma. Cierro los ojos, sin dejar de luchar, de debatirme, y suelto un pequeño gemido aterrorizado. Pero es imposible. Es más fuerte que yo. Siento que el cuerpo de Jessica está a punto de ceder, de romperse. Cada uno de sus músculos está en tensión, alertado por la amenaza. No hay nada que hacer.

En mi desesperación, intento abstraerme de este momento. No estar ahí. Pensar en otra cosa. Y así, manteniendo los ojos cerrados, consigo recordar algunas imágenes de esta semana demencial. Las vidas entrelazadas que he vivido sucesivamente. La cara de mi madre a los diecisiete años. La cara de Valentine. La silueta tranquilizadora de Belinda. Areski. Voy convocando esas presencias, de una en una. Las llamo. Giran a mi alrededor en algo así como un último adiós.

Vuelvo a ver los pasillos del gimnasio donde entreno y a Marc-Olivier Castaing, Bobby, con la cara llena de odio por la simple mención de Jessica Stein. Si esta noche no hubiera estado borracho, ¿habría podido evitar el drama? ¿Será que a veces se plantea esta pregunta? ¿Será que todavía lo tortura? Estoy seguro de que sí.

Me acuerdo de todas esas horas pasadas en el gimnasio para trabajar las rutinas de golpeo. Pegándole al dichoso saco, repitiendo sin fin las mismas técnicas, anticipando los golpes. Y todo eso, ¿para nada? En ese cuerpo que no me pertenece, ¿me he convertido en una persona completamente incapaz de pelear? Mientras estos pensamientos van desfilando por mi cabeza, siento el aliento de mi agresor contra el oído. «¡Tengo que liberarme!».

Con un movimiento del hombro hago contrapeso y me apoyo contra él. «¡El ojo del tigre, Léo! ¡El ojo del tigre!». En la vida no es la fuerza lo único que cuenta. La determinación también es importante, y saber utilizar la

potencia del oponente. Consigo liberar mi brazo izquierdo y pasarlo por detrás de la cadera del señor Sylvestre. Parece un tanto sorprendido, pero sigue apoyándose contra mí, como uno de esos insectos que inmovilizan a sus presas antes de envolverlas con un hilo.

De pronto me suelta el brazo derecho, lo hace subir por mi espalda y lo aprieta contra sí. Coloca su mano libre sobre mi boca. Me dan ganas de vomitar. El olor de sus dedos, un olor a sudor, sangre, agua y tierra. La piel del tendero viscosa como la de un pescado. Sacudo la cabeza para deshacerme de su dominio. En vano. Los dedos se cierran sobre mi cara y aprietan más y más fuerte. Me ahogo. El dolor es intenso, hasta el límite de lo soportable.

Como último recurso, finjo un desmayo relajando todos los músculos del cuerpo. El señor Sylvestre suelta un gruñido de satisfacción. Y entonces lo agarro por la cadera y con un movimiento de los hombros consigo soltarme. Le sujeto la nuca con las dos manos y descargo un violento rodillazo en el estómago.

Se muestra sorprendido por un segundo y no le dejo ningún respiro que le permita recuperarse: le golpeo en la entrepierna con todas mis fuerzas.

El señor Sylvestre se retuerce y ahoga un grito de dolor.

Con un gesto preciso y calculado le asesto un rodillazo en la nariz, que cruje y se rompe en una explosión de sangre. Y luego una derecha bien templada, un puñetazo brutal justo al nivel de la ceja.

El señor Sylvestre se derrumba, inconsciente.

—Nada nuevo... bajo el sol..., hasta hoy —digo con voz entrecortada.

Luego me acerco al cuerpo inerte y, con todas mis fuerzas, le doy una buena patada en los testículos.

—Pero a partir de ahora eso va a cambiar.

Me alejo unos pasos y observo el cuerpo sobre la tierra.

¿Será que he conseguido cambiar el curso del destino? Aparentemente, sí. Estoy al límite de mis fuerzas y me derrumbo sobre la arena. Tengo ganas de llorar, pero me contengo. El vestido está destrozado y sucio, con manchas de sangre. Me paso una mano por los cabellos desgredados. En mi cabeza resuenan los acordes de *Eye of the Tiger*. Nombre del grupo: Survivor.

A lo lejos, en el silencio de la noche profunda, más allá de la oscuridad del lago, oigo las primeras sirenas que traspasan el aire.

Un nuevo mundo está ya a punto de iniciarse.

El resto de la noche es una bruma de la que apenas soy consciente. Recuerdo la alerta que se dio tras la desaparición de Jessica Stein. Fue el profe de Educación Física quien avisó a la policía. El cortejo de coches se puso a recorrer los alrededores del lago en todos los sentidos, en un concierto de sirenas y luces giratorias.

Tras mis explicaciones, esposaron al señor Sylvestre y se lo llevaron. Un equipo de bomberos me recogió y me puso a salvo. Uno de ellos no dejaba de repetir, mientras me acariciaba el pelo:

—Ya se ha acabado... Ya se ha acabado...

Cuando me despierto al día siguiente, no queda ninguna secuela de la noche fatídica. Siento que mi cuerpo ha descansado, sin trazas de lucha ni de torceduras, como si no hubiera sucedido nada.

Me sacan del sueño un rayo de sol a través del estor y el canto vivaracho de un pájaro. Me incorporo inmediatamente y contemplo, satisfecho, la decoración tranquilizadora y familiar de mi cuarto. Estoy de vuelta en casa. Y esta vez espero que sea de verdad.

Me levanto y me visto a toda prisa. Tengo ganas de sacarle el máximo partido a esta nueva vida, a este nuevo mundo en el que por fin he aterrizado, después de atravesar el espejo de la fatalidad. He ido al encuentro del destino y he comprendido finalmente que, a pesar de la adversidad, podemos cambiar el curso de las cosas. Sí, podemos influir sobre el futuro.

Esta única idea ya me llena de felicidad. Me dispongo a salir de mi habitación cuando oigo en el piso de abajo un concierto de voces y de risas. A las ocho menos cuarto eso no es muy habitual.

Salgo y me dirijo hacia las escaleras. Como si me esperara una nueva amenaza. Sí, son voces de más de una persona, y provienen de la sala. Es la voz de mi madre y la de otra mujer, y ríen y bromean.

Me quedo un momento inmóvil, desconcertado, y finalmente empiezo a bajar sin hacer ruido. Capto algunas palabras y, sobre todo, me doy cuenta de que la voz de mi madre me suena rara. No es la habitual.

Hacía una eternidad que no la oía tan contenta.

Al llegar al pie de las escaleras empujo con precaución la puerta de la sala. Encuentro a mi madre sentada a la mesa, con una taza de café frente a ella, sonriente, feliz. También, la silueta de otra mujer, rubia, alta, que me da la espalda y que está contando una historia que enfatiza con muchos gestos. Tiene que ser una historia divertida, porque mi madre no deja de reírse.

Cuando me ve, se pone seria y me mira:

—¡Oh, Léo, perdona! ¡Te hemos despertado!

La segunda mujer se vuelve y me dirige, a su vez, la sonrisa de su rostro despejado.

—¿Qué tal, grandullón?, —dice.

Por un momento me quedo estupefacto. Me mareo, me flaquean las piernas...

—Pero bueno... —dice la mujer—. ¡Si estás pálido como la cera! ¡Cualquiera diría que has visto un fantasma!

Me mira. Una leve inquietud se adivina en esa expresión jovial y llena de vida. Su cara es bonita y graciosa. Los pómulos altos. Los labios a la vez finos y con color. Podría dibujarla con los ojos cerrados.

—Jessica ha venido a buscarme antes del trabajo —dice mi madre con voz suave, como para justificarse—. ¿Quieres comer algo?

—J-J-Jessica Stein... —murmuro, mientras agarro una silla para sentarme con ellas.

—Pues sí..., es ella —dice mi madre, antes de preguntar—: Pero ¿qué te pasa hoy?

—Oh, nada, estoy cansado, eso es todo. Pero entonces..., vosotras dos..., ¿seguís siendo amigas?

Mi madre y Jessica se miran y luego se echan a reír a la vez, por el aspecto un tanto incongruente de mi pregunta.

—*Best Friends Forever!* —suelta Jessica levantando el vaso de zumo de naranja como si se tratara de un brindis.

Mi madre asiente y hace lo mismo con su taza de café.

—Aunque... —vuelve a comentar Jessica—. También es verdad que hubo momentos en los que estuvimos un poco perdidas... Los años del instituto... ¡Si es que en esa época yo era una auténtica bruja!

Mi madre suelta una carcajada y añade:

—¡Y que lo digas!

Jessica también se ríe, y luego intenta justificarse:

—Tener diecisiete años no es fácil para todo el mundo. Es la edad ingrata. Me buscaba. ¡Y además, hay que tener en cuenta que eran los ochenta!

Mi madre asiente con la cabeza, con una sonrisita nostálgica.

—¡Ay, Léo! Te juro que si hubieses conocido esa época... —dice con un suspiro.

—¡Y si nos hubieses conocido a nosotras, en esa época...!

No digo nada, pero las observo. Parecen dos chicas de instituto contentas de encontrarse y de estar juntas. Durante los minutos siguientes las escucho recordar su juventud. De vez en cuando se dirigen a mí para soltarme frases como «¡Ah, me habría gustado que lo vieras!», o «Si hubieras estado allí...». Me contento con asentir y sonreír mientras las escucho, radiantes, alegres.

Falta ya poco para las ocho y Jessica se levanta de pronto, me planta un beso en la mejilla y le dice a mi madre:

—Bueno, mi niña, que tenemos que irnos, ¡va!

Mi madre se levanta de la silla y también me da un beso. Recoge un cuaderno y una pluma. La reconozco, por su capuchón gordo y lleno de estrellas. Comprendo que en esta nueva vida Jessica y ella trabajan juntas. Han abierto una librería-café en la calle Guillemet, en el lugar exacto en que, hace una eternidad, en un mundo paralelo, el señor Sylvestre tenía el súper.

De camino hacia el instituto Marcel-Bialu vuelvo a pensar en una frase que hace un momento ha pronunciado Jessica, cuando estábamos sentados a la mesa de la sala: «Tener diecisiete años no es fácil para todo el mundo».

Pienso en todo lo que me ha pasado esta semana. Todas las situaciones diferentes. Todas las preocupaciones, tan similares y únicas a la vez. Después de todo lo que he visto, me parece casi milagroso que sobrevivamos a nuestra propia adolescencia. ¿Cómo conseguimos superar esa edad, para no perdernos en ella para siempre jamás? ¿Cómo conseguimos curarnos? Francamente, es un misterio.

Paso a recoger a Areski para llevarlo hasta el portal del instituto.

Por el camino me explica la partida de juego en línea del día anterior, me habla de sus padres que no lo dejan en paz, de sus hermanos y hermanas que lo tienen harto. También me confiesa las ganas que tiene de marcharse de aquí.

—Convertirme en el chef de un gran restaurante, ¿te imaginas?, —dice con voz soñadora—. Pero para eso hay que irse. Primero a una escuela. Y

luego a trabajar, en París o en Lyon, en los palacios.

Asiento sin decir nada. Ahora sé que hay mil maneras de ser feliz, aquí o en otra parte. Y que la vida no es nunca como la imaginamos al principio.

Mientras empujo, lentamente, su prisión de hierro sobre el asfalto de Valmy, siento los perfumes del sotobosque y de humedad fresca provenientes del lago. Hoy todo me parece absolutamente inofensivo. Hace buen tiempo — como siempre— y tengo ganas de aprovechar el sol y el aire de verano repleto de luz y de gritos. También tengo ganas de aprovechar mis diecisiete años. De hacer estallar mi juventud, a la que todo le está prometido.

De golpe, sin avisar, sujeto más fuerte la silla de ruedas y me pongo a correr a toda velocidad.

—¡Oye!, —grita Areski—. ¡Ten cuidado, tío!

Pero no hago caso. Al contrario, acelero, corro todo lo que puedo y lanzo una gran risotada a plena luz del día, una risa de felicidad y de loca liberación.

Cuando llegamos ante el instituto me cruzo con la silueta de Jérémy Claquard. Es extraño, pero con su cazadora de cuero me recuerda un poco a Marc-Olivier Castaing hace treinta años. Antes de que se convirtiera en Bobby. Sujeta un cigarrillo entre los labios dándose aires de lo más *cool*.

Hago caso a las órdenes teñidas de reprimenda de Areski («Vale, puedes dejarme aquí, ¿me gustaría llegar vivo a clase!») y suelto la silla de ruedas para acercarme a Jérémy. Es la primera vez que lo veo tan de cerca. Como me he quedado quieto a menos de un metro de él, acaba por levantar la cara y clava la mirada de sus grandes ojos en el fondo de los míos. No estoy nada seguro de lo que hay en esa mirada, pero me parece discernir una sombra de tristeza ínfima detrás de toda la ostentación, de toda la farsa. Detrás de la máscara.

Sobre uno de los paneles del instituto veo el anuncio para la fiesta de fin de curso. Ya no es el mismo. El *hashtag* #TreintaAñosYa sigue ahí, pero en lugar de mostrar únicamente el rostro de Jessica Stein, muestra el de todos los alumnos de la promoción de 1988, dispuestos en el cartel como una especie de gran caleidoscopio. Entre ellos están Daniel Marcuso, Capucine Chauchoin, Étienne Pernod... Y, en medio, frente a frente, como si reflejaran un amor simétrico y eterno, las caras sonrientes y jóvenes de mis padres.

Jérémy Claquard me mira de reojo, con algo de desconfianza.

—Jérémy, ya sé que no nos conocemos mucho. Pero creo que tendríamos que hablar.

—¿Y de qué quieres hablar?, —responde, a la defensiva.

—De Valentine, idiota. Y de vidas que se fastidian por culpa de tonterías ridículas.

Durante los minutos siguientes dejo que salga una corriente ininterrumpida de palabras. Él me escucha, inmóvil, y de vez en cuando inclina la cabeza. Parece aturdido. Pero mi discurso se abre camino, y tengo la seguridad de que me entiende. Cuando acabo, se incorpora completamente (hasta ese momento se apoyaba en un poste) y me da un golpecito en la espalda. Luego, con su voz impasible, algo sobreactuado, me dice:

—Vale. Gracias, tío.

Le sonrío y vuelvo a unirme a Areski ante el edificio B. La jornada puede empezar.

En clase de mates me siento en mi lugar habitual. Estamos a fin de curso y ya casi no queda nada que hacer, pero aun así la profesora insiste en que revisemos algunos puntos del programa. Déjame adivinar...

—¡Las identidades notables!, —dice la señora Krazewski, como si nos anunciara algo mirífico y maravilloso.

Ahogo un suspiro. Valentine, en la silla que tengo delante, se vuelve y me dirige una sonrisa llena de compasión. Luego, discretamente, coloca un papel doblado en cuatro en mi estuche. Lo tomo y lo despliego, con cuidado de que Crazy no se dé cuenta de nada.

En el papel, con su escritura fina, Valentine ha escrito: «Entonces, ¿quedamos para la fiesta de esta noche?».

Con toda honestidad: no me atrevo a volver a esa dichosa fiesta del instituto. Por mucho que el *hashtag* #TreintaAñosYa se haya convertido en algo extrañamente positivo. Tengo la sensación de que no sería justo. Ni para Valentine ni para mí. Después de todo, es demasiado tarde. Me dejó. Deberíamos aceptar este hecho y hacer, los dos, el duelo de nuestra relación.

Destapo mi boli y escribo en letra muy pequeña, justo debajo de su mensaje: «Estoy un poco cansado. Voy a saltarme esa fiesta de fin de curso. Además, creo que Jérémy tiene cosas que decirte. Sobre todo cosas que lamenta. Ya lo comprobarás con él».

Firmo con una cabeza sonriente y vuelvo a doblar el papel, que lanzo sobre la mesa de Valentine con un gesto rápido. Después de leerlo, se vuelve hacia mí, me mira sonriente y me envía un beso con la mano. Hago como si lo atrapara y lo colocara sobre mi pecho.

Estamos en paz. La historia se acaba ahí.

Tras la jornada en el instituto, acompaño a Areski a su casa y luego me preparo para ir a Vídeo 2000, donde me esperan Belinda y mi disfraz de duende. En el fondo de mi ser siento que se forma una bola de alegre nerviosismo, como de impaciencia.

Me subo a mi bici y atravieso de nuevo las calles de Valmy-sur-Lac. El aire penetra en mi camiseta a medida que voy tomando velocidad. Miro a mi alrededor las casas, los edificios, las tiendas. Hoy todo parece diferente.

Al llegar ante Vídeo 2000, dejo mi bici atada a una verja. En el interior de la tienda, Belinda me saluda con una sonrisa tímida. Lleva en la cabeza su gorro de duende. Me acerco a ella con paso vacilante. Tras las gafas veo que sus ojos desvían la mirada. Lleva el mismo vestido ligero del otro día: trozos de tela cosidos juntos de manera que forman un *patchwork* de colores vivos.

—¿Has previsto algo para esta noche?, —le pregunto.

De pronto, los ojos se levantan hacia mí y su cara se ilumina con una sonrisita discreta. Sobre las mejillas, algo de rubor. Se mordisqueea el labio inferior y se pasa una mano nerviosa por detrás del oído. Por encima de nosotros, la sonorización emite una canción de Arcade Fire: *Everything Now*.

—Eeh... No, nada —dice ella.

Avanzo hasta el mostrador, de manera que me quedo frente a ella. Parece un poco sorprendida de mi comportamiento.

—¿Te paso a buscar a las ocho?

—P-pero... ¿Hoy no trabajas?

—Dile a Sergio que dimito.

Y sin añadir nada más salgo de la tienda y recupero la bicicleta. Una sensación de intensa libertad me invade al aplicar mi fuerza a los pedales y enfilarse a toda velocidad el paseo Villemin.

La noche llega deprisa. Al salir de casa me cruzo con mi padre. Acaba de volver, pues está poniendo su abrigo en un colgador y todavía no se ha quitado los zapatos.

—Hola, papá. ¿Qué tal el trabajo hoy?

—Bah, rutina y más rutina —dice sonriendo.

Parece que está mejor. Me da la impresión de que sus rasgos ya no están aplastados por el peso de la vida. Es como si yo hubiera desbloqueado algo en

él, en algún momento del pasado.

Hacia las ocho Belinda me espera delante de Vídeo 2000, con su sonrisa de siempre. Caminamos juntos por la acera. A cada paso, siento su cuerpo vacilar contra el mío, las manos que se balancean junto a las caderas, la silueta que oscila y duda. Mi estado interior es idéntico. La miro de vez en cuando y no consigo frenar el deseo de hacerlo. Me doy cuenta de que se ha peinado y de que se ha maquillado un poco. Yo también me he esforzado. Llevo un pantalón negro y una camisa blanca perfectamente planchada, así como zapatos de vestir.

Lentamente, en la esquina de la calle Guillemet, sin dejar de caminar, me acerco a ella y le tomo la mano con suavidad.

Ella me responde con una sonrisa, pero no se suelta. Al contrario, sus dedos rodean los míos. En ese instante preciso, no tenemos necesidad de decir nada. Sabemos que la noche se prolongará todavía mucho y que el tiempo es agradable. Y que tenemos diecisiete años. Un universo entero nos espera.

—¿Mejores cinco películas sobre la adolescencia? Venga, di.

Belinda se echa a reír y responde de inmediato:

—¡Está chupado! *Grease, Battle Royale, American Graffiti, Rebeldes.*

—Falta una. ¿*Carrie*?

—Qué va... ¡*Donnie Darko*, claro!

Yo también me río. Y luego, cuando giramos en la esquina de un edificio, Belinda me pregunta con suavidad:

—¿Quieres ir a la fiesta del instituto?

Niego con la cabeza. Le aprieto más la mano y, tirando de ella, me pongo a correr. Recorremos la calle Guillemet, la avenida de Bellecour, el pequeño parque de la plaza Montbrune. Cuanto más avanzamos, más velocidad toman nuestros cuerpos. Pronto corremos a buen ritmo, sin pararnos, y pasamos por delante de los coches, abriéndonos paso entre ellos, bajo un concierto de bocinas. Belinda ríe, me pregunta qué hago, pero yo no respondo, corro casi sin aliento, corro.

Cuando finalmente llegamos a las pistas deportivas, ayudo a Belinda a pasar por encima de la barrera de cemento y nos instalamos en el centro, tendidos sobre la hierba, agotados y felices. Por encima de nuestras cabezas el cielo se tiñe de malva y las primeras estrellas parecen minúsculas luciérnagas perdidas en el fondo del universo que solamente brillan para nosotros. Belinda vuelve a tomarme la mano y recuesta el rostro contra mi cuello. El

cielo se abre en mil colores mientras cierro los ojos y me concentro en el instante.

Sopla una brisa muy ligera desde el lago, una brisa que acaricia nuestros rostros calmados. Siento el olor de los pinos y de la hierba. Si me concentro bien, puedo oír el flujo y reflujo del agua. Su murmullo, como una playa de silencio negro en medio del zumbido de los grillos.

—Hay que aprovechar este momento —digo con voz calmada, como para mí mismo.

Belinda reafirma todavía más su abrazo y posa la mano, como una hoja que cae, sobre mi pecho.

—Tendremos muchos más como este —responde ella con sencillez—. Desde mañana mismo, si quieres.

Permanezco un momento silencioso, soñador. Siento un escalofrío de placer en el cuerpo al pensar en un mundo que se abre ante mí como una carretera accidentada, en la que se suceden, aquí y allá, las alegrías sencillas y los misterios insondables.

—Mañana... —digo lentamente volviendo a abrir los ojos—. Mañana ya será otra vida.

—Tienes razón. Somos libres.

Entonces contemplo la bóveda celeste y pienso que tal vez el misterio más grande sea este: somos libres de todo.

No sé por qué, pero eso casi me da ganas de llorar.

Playlist

«This Life», autores-compositores: ILoveMakonnen, Mark Ronson, Ezra Koenig. Intérprete: Vampire Weekend. Sony Music Entertainment & Columbia Records, 2019 (álbum *Father of the Bride*).

«Safe and Sound», autores-compositores: Gaspard Augé, Xavier de Rosnay. Intérprete: Justice. Head Bangers Publishing, Because Music, Sarl Genesis, 2016 (álbum *Woman*).

«Still Loving You», autores-compositores: Rudolf Schenker, Klaus Meine. Intérprete: Scorpions. Universal Music Publishing MGB France, 1984 (álbum *Love at First Sting*).

«Back in Black», autores-compositores: Brian Johnson, Malcolm Young, Angus Young. Intérprete: AC/DC. Australian Music Corporation PTY Ltd., BTY Rights Management (France), 1980 (álbum *Back in Black*).

«Love Me, Please Love Me», autores-compositores: Michel Polnareff, Frank Gérald. Intérprete: Michel Polnareff. SEMI Société, BMG Rights Management (France), 1966 (álbum *Love Me, Please Love Me*).

«When You Were Mine», autor-compositor: Prince Rogers Nelson. Intérprete: Prince. Universal MCA Music Publishing, Controversy Music, 1980 (álbum *Dirty Mind*).

«Pull marine», autores-compositores: Serge Gainsbourg, Isabelle Adjani. Intérprete: Isabelle Adjani. Melody Nelson Publishing, 1983 (álbum *Pull marine*).

«Photograph», autor-compositor: Rivers Cuomo. Intérprete: Weezer. Geffen Records, Universal Music France, 2001 (álbum *Weezer (green album)*).

«Uptown Funk», autores-compositores: Mark Ronson, Bruno Mars, Philip Lawrence, Jeff Bhasker, Devon Gallaspy, Nicholas Williams. Intérprete: Mark Ronson *feat.* Bruno Mars. Columbia, Sony, RCA, Sony Music Legacy (BMG), 2014 (álbum *Uptown Special*).

«Sign of the Times», autores-compositores: Alex Salibian, Harry Styles, Jeff Bhasker, Tyler Johnson, Mitch Rowland, Ryan Nasci. Intérprete: Harry

Styles. Erskine, Columbia, Sony Music Legacy (BMG), 2017 (álbum *Harry Styles*).

«Manic Monday», autor-compositor: Prince Rogers Nelson. Intérprete: The Bangles. Universal MCA Music Publishing, Controversy Music, 1986 (álbum *Different Light*).

«Girls Just Want to Have Fun», autor-compositor: Robert Hazard. Intérprete: Cyndi Lauper. CBS Music Inc., Sony ATV Music Publishing France, 1983 (álbum *She's So Unusual*).

«Faith», autor-compositor: George Michael. Intérprete: George Michael. Big Geoff Overseas LTS, Chappell Cie, 1987 (álbum *Faith*).

«Kids in America», autores-compositores: Ricky Wilde, Marty Wilde. Intérprete: Kim Wilde. RAK Publishing Ltd., Warner Chappell Music France, 1981 (álbum *Kim Wilde*).

«Jump», autores-compositores: Alex Van Halen, Eddie Van Halen, David Lee Roth, Michael Anthony. Intérprete: Van Halen. Mugambi Publishing, Diamond Dave Music, Budde Music France, Société PCEF, 1983 (álbum 1984).

«Mad World», autor-compositor: Roland Orzabal. Intérprete: Tears for Fears. Universal Music Division Mercury Records, 1983 (álbum *The Hurting*).

«Humble», autores-compositores: Asheton Hogan, Michael Williams II, Kendrick Duckworth, Pluss. Intérprete: Kendrick Lamar. Top Dawg Entertainment, Aftermath Entertainment, Interscope Records, Universal Music France, 2017 (álbum *Damn*).

«Boys Don't Cry», autores-compositores: Michael Dempsey, Robert Smith, Lol Tolhurst. Intérprete: The Cure. Fiction Songs Ltd., Universal Publishing MGB France, 1979 (álbum *Boys Don't Cry*).

«Le premier jour du reste de ta vie», autores-compositores: Guy David Batson, Sarah Jane Cracknell, Jonathan Edward Male, Étienne Daho. Intérprete: Étienne Daho. Momentum Music Ltd., Satori Song, Universal Music Publishing, 1998 (álbum *Singles*).

«Just Can't Get Enough», autor-compositor: Vince Clarke. Intérprete: Depeche Mode. BMG Rights Management, Mute Records Ltd., 1981 (álbum *Speak and Spell*).

«Pas toi», autor-compositor: Jean-Jacques Goldman, Goldman Jean-Jacques Édit, 1986 (álbum *Non homologué*).

«You Make My Dreams», autores-compositores: Daryl Hall, John Oates, Sara Allen. Intérprete: Hall & Oates. Unichappell Music Inc., Hot Cha Music

Co., Geomantic Music, Chappell CIE, Warner Chappell Music France, BMG Rights Management, 1980 (álbum *Voices*).

«Ça (c'est vraiment toi)», autores-compositores: Louis Bertignac, Richard Kolinka, Corine Marienneau, Jean-Louis Aubert. Intérprete: Téléphone. Téléphone Musique Éditions SARL, 1982 (álbum *Dure Limite*).

«I Hate Myself for Loving You», autores-compositores: Desmond Child, Joan Jett. Intérprete: Joan Jett. Blackheart Records, 1988 (álbum *Up Your Alley*).

«Like a Virgin», autores-compositores: Billy Steinberg, Tom Kelly. Intérprete: Madonna. Sony ATV Music Publishing France, Denise Barry Music, Steinberg Billy Music, 1984 (álbum *Like a Virgin*).

«P. Y. T. (Pretty Young Thing)», autores-compositores: James Ingram, Quincy Jones. Intérprete: Michael Jackson. Yellowbrick Road Music, Eiseman Music Co. Inc., Hen Al Publishing Company, Kings Road Music, MG Rights Management, Société PECF, 1982 (álbum *Thriller*).

«(I've Had). The Time of My Life», autores-compositores: John DeNicola, Donald Markowitz, Franke Previte. Intérpretes: Bill Medley. Jessica Warner, RCA Records, 1987 (álbum *Dirty Dancing*).

«Eternal Flame», autores-compositores: Susanna Hoffs, Billy Steinberg, Tom Kelly. Intérprete: The Bangles. Bangophile Music, Sony ATV Tunes LLC, Universal MCA Music Publishing, Sony ATV Music Publishing France, 1988 (álbum *Everything*).

«It's Only Mystery», autores-compositores: Corine Marienneau, Louis Bertignac, Éric Serra. Intérprete: Arthur Simms. BMG Music, Ariola, Wagram Music, 1985 (álbum *Subway*).

«Eye of the Tiger», autores-compositores: Frankie Sullivan, Jim Peterik. Intérprete: Survivor. Sony ATV Music Publishing France, Société PECF, Ensign Music Corporation, Warner Bros Music Corp., 1982 (álbum *Eye of the Tiger*).

«Bye Bye Badman», autores-compositores: Ian Brown, John Squire. Intérprete: The Stone Roses. Concord *Copyrights* London, Imagem, 1988 (álbum *The Stone Roses*).

«Everything Now», autores-compositores: Win Butler, William Butler, Régine Chassagne, Jeremy Gara, Tim Kingsbury, Richard Reed Parry. Intérprete: Arcade Fire, Emi Music Publishing Ltd., Emi Publishing France, 2017 (álbum *Everything Now*).

Agradecimientos

Mi primer pensamiento es para mis hijos, Paul, Stella y Nino. Gracias por enseñarme tantas cosas y por haberme ayudado a convertirme en una persona adulta.

Siempre os lo agradeceré.

Escribir un libro es un acto solitario. Publicarlo es un trabajo en equipo. En este proceso, he tenido la suerte de estar rodeado de un verdadero *dream team*: quiero dedicarles mi eterno agradecimiento.

Un inmenso inmenso y aún más inmenso gracias a Susanna Lea y a Versilio. Gracias por haber creído en este proyecto y por haberlo alentado. Es un privilegio y un placer haber podido trabajar con un equipo tan implicado, ingenioso y entusiasta. En el mundo de la edición no sé cómo se llamaría esto, pero si fuera un coche, sería un Rolls.

Gracias a Emmanuelle Hardouin por sus lecturas y sus correcciones, siempre pertinentes y planteadas con la mayor delicadeza. Sin duda este libro no sería el mismo sin ella.

Mi gratitud a la editorial Robert Laffont. Gracias a Cécile Boyer-Runge por acogerme en esa bonita casa, así como a los equipos comerciales, de maquetación, de imprenta...

Glenn Tavenne y Fabien Le Roy: gracias por vuestro acompañamiento tan amable, pero no olvido que me debéis una botella de champán (y sabéis muy bien por qué).

Big up para los libreros del *quinzième* de París: *L'Émile*, *L'Attrape-Coeurs*, *L'Art de la joie*. Y a todos los libreros independientes que consiguen a la vez ser un lugar para compartir, una casa, un refugio y una ventana abierta al mundo.

Gracias a mi hermano y a mi primo, que me llevaron a ver *Regreso al futuro 3* en el cine La Palace cuando tenía ocho años. Gracias, Fred, por haberme hecho compartir *Poltergeist*, *Gremlins* y *El secreto de la pirámide*. Ha sido genial crecer contigo.

Gracias a mis padres, que nunca se negaron a comprarme un libro o a acompañarme a la biblioteca. Todo esto es gracias a vosotros.

Y en cuanto a la parte encriptada, gracias a los miembros del PCA y a mis colegas del KB, excepcionales en más de un sentido. Se reconocerán.

Esta novela no existiría sin la paciencia, la inteligencia y la gentileza de mi compañera, Nathalie, quien la leyó antes que nadie y me animó a sacarla del cajón. Gracias por nuestras veladas dedicadas a la comedia romántica. Gracias por las infusiones y las horas pasadas hablando de Jane Austen. Gracias por *Piel de asno* y por *Algo para recordar*. Gracias por no tener miedo de nada y por conservar la fe en el futuro. Será luminoso.

Y, por supuesto, gracias a Sylvester Stallone por *Rocky*.

[1] Pruebas que los estudiantes pasan antes de acceder al último curso (*Terminale*) del instituto. <<

[2] «A mi amigo, ni tocarlo», lema de una campaña contra el racismo iniciada en 1985. <<

[3] Revista mensual francesa de divulgación científica fundada en 1913. <<

[4] Servicio de videotexto accesible a través del teléfono que gozó de gran expansión en Francia antes de internet. <<

[5] «No sé por qué yo sangro y tú no». <<